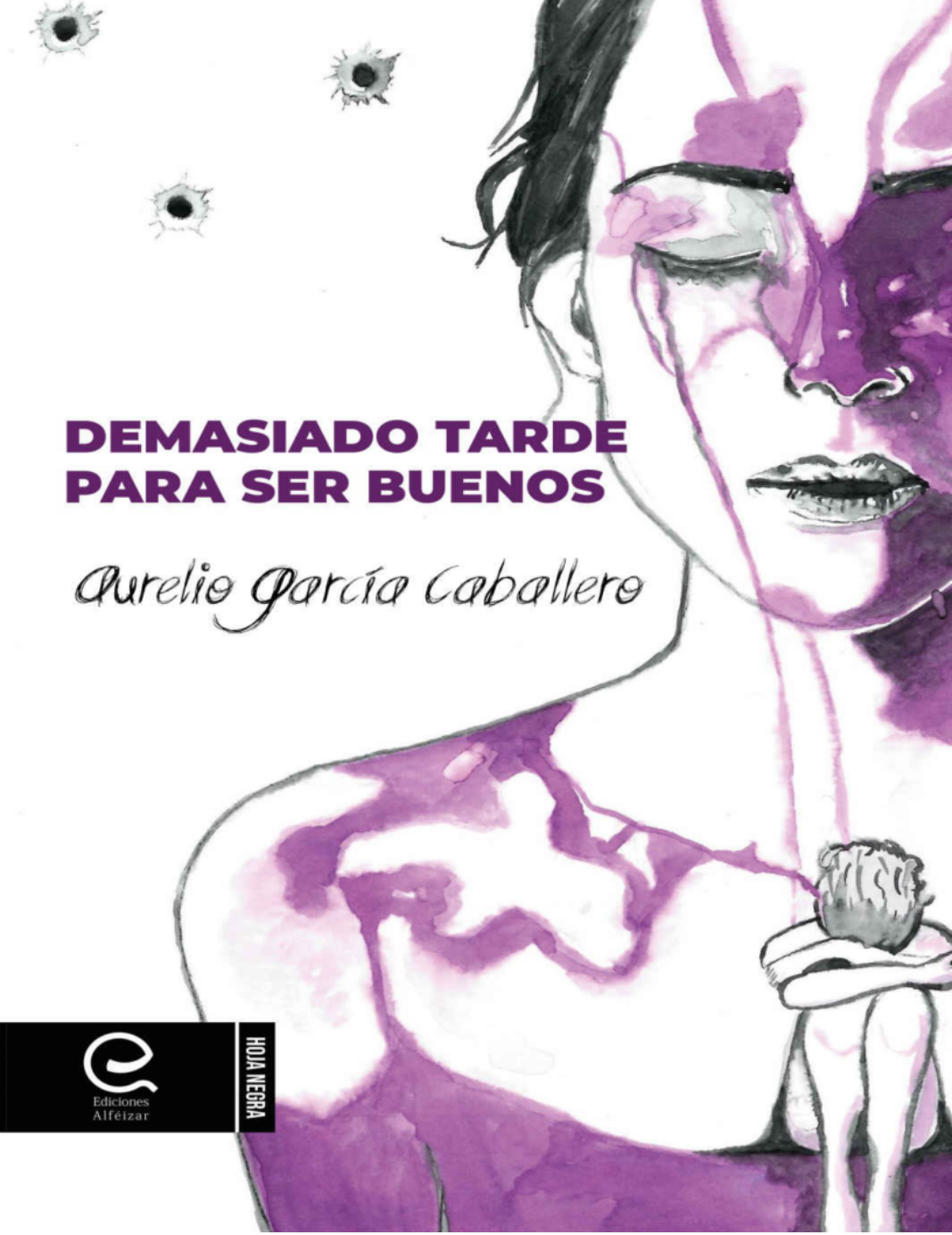
DEMASIADO TARDE PARA SER BUENOS

Aurelio García Caballero



Ediciones Alfeizar

HOJA NEGRA

DEMASIADO TARDE PARA SER BUENOS

—Aurelio García Caballero—

Ediciones
Alféizar

© 2020
Editado por Ediciones Alféizar
C/ Joan Carles I - 41
46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Aurelio García Caballero

Teléfono: 34 644 524 524
Email: info@edicionesalfeizar.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.es

Para Lydia y Naroa.

La prolongada esclavitud de las mujeres,
es la página más negra de la historia
de la humanidad.

Elizabeth Cady Stanton

ÍNDICE

1 - Las fiestas
2 - Océano Pacífico
3 - Querer saber más
4 - ¿Por qué nos deja solos?
5 - Torpe encuentro
6 - ¿Dónde estará?
7 - Intimidad.
8 - Catarsis
9 - Ilusión
10 - Malditas pesadillas
11 - Nuevo intento por volver a la normalidad
12 - Igualdad
13 - Vacaciones
14 - Rock and Roll y Frenesí
15 - Nada claro
16 - Recaída
17 - Buscando pruebas
18 - Positivo
19 - Día de todos los Santos
20 - Adiós al programa
21 - La maldad del ser humano
22 - ¿Amor o capricho?
23 - Celos
24 - ¿Por qué?
25 - El vidente
26 - Melancolía
27 - Empezar de cero
28 - La niña de mis ojos
29 - En busca de respuestas
30 - Acto de valentía
31 - Confabulación
32 - La mentira
33 - ¡Otra vez igual!
34 - No es no
35 - Lo siento, pero me tengo que ir
36 - Cada vez más cerca
37 - Complicidad
38 - Intranquilidad
39 - La búsqueda

40 - ¿Quién ha sido?
41 - Incertidumbre
42 - Malas noticias
43 - Las cartas sobre la mesa
44 - Unidos por el dolor
45 - Los cazadores cazados
46 - Saber la verdad
47 - Vivir con las manos manchadas de sangre

1 - Las fiestas

Mayo 1996. Fiestas de Valdetorres de Jarama.

Se iba acercando el verano y empezaban a proliferar las fiestas patronales de los pueblos. Esa noche, Lucía, se iba con sus amigos a una de ellas en Valdetorres de Jarama. Su novio, Ernesto, no podía ir con ella porque tenía que trabajar esa noche. Lo estuvieron hablando y este la animó a que fuese con sus amigos y se lo pasara bien. A pesar de sus reticencias —la mayoría de ellos no le caían bien—, no quiso quitarle esa ilusión.

Como una amiga llevaba su coche y Luis el suyo, Lucía no tuvo que conducir. Se fue en el coche que solo iban chicas. En el otro iban sus otros amigos: Luis, Antonio, Ángel y Begoña. Cuando no iba con su novio Ernesto, se sentía algo extraña, echaba de menos su complicidad, su protección. Aun así, se retrepó en su interior dispuesta a pasárselo lo mejor posible. Lucía nunca había tenido problemas para relacionarse con las demás personas, de hecho, solía ser el alma de la fiesta. Le encantaba bailar, reírse y pasárselo bien. Su novio, Ernesto, había tenido problemas con sus amigos Luis y Antonio, lo que hizo que se distanciaran más y apenas quedaba con ellos. Lucía sabía que sus amigos eran algo capullos y a Ernesto no le sobraban razones para distanciarse de ellos. Tomaron la decisión de que Lucía quedase con ellos cuando quisiera. Como hacía mucho que no lo hacía y Ernesto trabajaba esa noche… Además, sus amigos se pusieron muy pesados.

El pueblo estaba atestado de gente, resultaba complicado poder avanzar. Tomaron la decisión de aparcar en las afueras del pueblo, que era donde iban la mayoría de coches que llevaban delante. Entre la cantidad de coches, baches y árboles que había en la zona donde querían estacionar el coche, tuvieron que hacer virguerías para poder aparcar. Lo cierto es que estaba bastante retirado del recinto ferial, les tocaría dar una larga caminata. De no haberlo hecho así, hubiesen estado toda la noche dando vueltas alrededor del pueblo intentando aparcar.

Iban siguiendo la marea de personas que se encaminaban hacía la feria. Según avanzaban, les iban llegando los diferentes sonidos y olores típicos de la feria. Se mezclaban en sus fosas nasales esa amalgama de olores tan característicos: olor a barbacoa, a churros, a algodón de azúcar, a fritanga… También iban percibiendo el sonido estridente de las diferentes atracciones y casetas que había montadas. Cuanto más próximos estaban a ellas, más complicado era comunicarse con alguien. Temblaba el suelo y sus cuerpos al ritmo de

la música pachanguera o *hit* del verano. Personas en todas direcciones chocando unas con otras deseosas de pasárselo bien.

Las chicas se paraban cada dos por tres mirando todos los puestos; los chicos, que no habían hecho más que empezar, tenían todavía la paciencia intacta. Aguantaban estoicamente, aunque estaban deseando «repostar» en el primer garito que viesen.

Ellas decidieron subirse en las atracciones mientras ellos las esperaban tomando una cerveza. «Eso era cosas de críos», les dijeron a modo de excusa. Luis, se hizo un porro para hacer más llevadera la espera; se lo iban pasando uno a otro. Les dio tiempo tomarse varias cervezas hasta que las chicas se cansaron de las atracciones. Decidieron ir a cenar algo, tenían que coger fuerzas ya que la noche se prometía larga.

Una vez llegaron a la plaza del pueblo, estuvieron bebiendo y bailando casi toda la noche. Bailando las chicas, porque los chicos, lo que era bailar…

Eran casi las dos de la madrugada y las chicas que iban en el coche con Lucía, decidieron irse. A Lucía le parecía demasiado pronto, se lo estaba pasando muy bien. El otro grupo la propuso —si ella quería—, que se podía quedar con ellos e irse más tarde. No lo tenía del todo claro, sobre todo, cuando una de ellas le dijo: «Lucía, vente tía, mira lo bebidos que van, yo no me fiaría. Podéis tener un accidente o que Luis, que sabes que es un "gamba", se meta con alguien». Lucía hizo caso omiso y decidió quedarse más tiempo con el resto de sus amigos. Llevada por la adrenalina de la fiesta y lo poco que había bebido, hizo que tomase esa decisión. Estaba feliz, se lo estaba pasando en grande.

Eran cerca de las seis y media de la mañana cuando Lucía se bajó del coche de sus amigos al llegar a su pueblo. No habló durante todo el trayecto, de hecho, ninguno lo hizo. No quiso que la acercasen a su casa, prefería ir dando un paseo a ver si se despejaba. Cerró la puerta de un portazo. No quiso ni mirarlos. Esperó hasta que el ruido del coche se perdió en el horizonte para echar a andar. No se veía ni un alma por la calle. Arrastraba los pies como si se tratase de un zombi. A pesar de que estaba haciendo fresquito, parecía que no tenía prisa por llegar a casa. Llevaba el chaquetón abrochado hasta la barbilla y el cuello del mismo, subido haciendo las veces de bufanda. Aunque el verano estaba a punto de hacer su entrada, esa madrugada estaba siendo fría.

Todavía persistía en su cuerpo el efecto del alcohol, se sentía mareada y con ganas de vomitar. Iba rememorando lo sucedido esa noche sin terminar de creerse lo que había pasado. «Tampoco he bebido tanto…», se justificaba. Le hubiese gustado que fuese un mal sueño. Las ganas de vomitar se le acrecentaban. Con cada fogonazo

que le venía a la mente, su estómago la pedía expulsar lo que tenía en su interior. Aceleró el paso y se metió entre dos coches para poder vomitar. No podía parar de llorar y de decirse: «¿Por qué me habré quedado? ¡Soy estúpida!» Se reprochaba sin parar. No tenía suficiente con lo vivido, que no dejaba de pensar si sus padres estarían durmiendo o esperándola a que llegase.

Antes de entrar en su casa se miró en el retrovisor de un coche; entre el rímel y lo que había llorado, parecía un oso panda. Mientras lo hacía, le vino a la mente las palabras de su amiga Begoña: «Escúchame, Lucía…». Volvió a sentir náuseas. Se sentía culpable, avergonzada y se daba asco a sí misma.

Las dudas que tenía, se despejaron nada más abrir la puerta de su casa. Sus padres estaban en la planta de abajo esperándola.

—¿Te parece bonito las horas que son? ¡Llevamos más de tres horas esperando a que llegases! —le decía su madre fuera de sí.

—No tengo quince años como para que te pongas así —decía Lucía con la boca pastosa por el alcohol.

—¡Mírala…! ¡Encima viene borracha! —le decía con desprecio su madre.

—Bueno, tranquilicémonos, lo importante es que ya está en casa —Intentaba mediar su padre—. Hija, tienes que entender que estuviésemos preocupados. Ya sé que nos dijiste que ibas a las fiestas de ese pueblo, pero es que tú no acostumbras a venir a estas horas, si por lo menos hubiese ido Ernesto contigo…

—¡Eso! ¡¿Qué le vas a decir a Ernesto?! ¡¿Qué has estado de cachondeo toda la noche?! —le reprochaba su madre.

—Está bien, lo siento… no volverá a ocurrir. Y a Ernesto, ¿qué quieres que le diga? —le decía a su madre sin dejar de mirarla amenazante—. ¡Di!… ¿qué le tengo que decir? —su madre se dio la vuelta y no la contestó—. Si no os importa, me voy a dormir.

—Mejor pégate una ducha, que falta te hace —aseveró su madre.

—Eso no hace falta que tú me lo digas —decía mientras subía las escaleras—, ya soy mayorcita, para lo bueno y para malo —terminó diciendo con un tono más bajo, reprochándose lo vivido esa noche, esa maldita noche.

Se metió en el baño y cerró con cerrojo. No quería ver a nadie, no quería que nadie la molestase. Para lo coqueta que era ella, no se atrevió a mirarse al espejo. Mientras se quitaba la ropa, sintió de nuevo náuseas y mareo. Abrió el grifo de la ducha y esperó a que saliese el agua caliente mientras no dejaba de revivir lo ocurrido. ¿Tendría que decírselo a alguien? ¿Y a Ernesto? Se metió en la ducha y empezó a enjabonarse. Una vez se aclaró la espuma, se puso a llorar desconsoladamente. Se sentó en el suelo de la ducha abrazada a sus piernas recogidas. Se quedó en esa postura durante varios minutos sin

cortar el agua caliente, como si con ello pudiese eliminar todo lo ocurrido y que el agua lo arrastrase por el sumidero.

2 - Océano Pacífico

Cobeña. Febrero de 1996.

No paraban de besarse, acariciarse y decirse palabras bonitas. Se resguardaban del frío intenso que hacía esa noche dentro del coche de su novio, Ernesto. Habían aparcado el coche al lado de la casa de los padres de Lucía. Quedaban casi todas las tardes, era extraño que algún día no se viesen. Llevaban cuatro años juntos y habían decidido casarse el próximo año; estaban cansados de tener que despedirse todas las noches después de haber pasado la tarde juntos. Tenían la necesidad de vivir en el mismo hogar. En Navidades, se lo dijeron a sus respectivas familias. Hacía más de un año que se habían comprado un piso y se lo entregaban en abril de ese mismo año. Esperaban ese momento tanto como el niño que espera que le regalen su juguete soñado.

Lucía, al principio, le decía a Ernesto que no era necesario que la llevase siempre a casa, que ella se iba dando un paseo, pero Ernesto, no consentía que se fuese sola a casa. Lucía, ante la insistencia de Ernesto, no tuvo más remedio que desistir. Cuando salía sola con sus amigas, le tenía que llamar al teléfono fijo de su casa para decirle que ya había llegado y de esa manera, Ernesto, se quedaba más tranquilo. A penas hacía unos meses que la telefonía móvil se implantó en España y tener un móvil, era como si fuese un artículo de lujo o algo innecesario.

Lucía se bajó del coche y, hasta que no abría la puerta y entraba en su casa, Ernesto no se iba. Eran las 23:40. El silencio y la oscuridad invadían la planta baja de la casa de Cristóbal y Juana, sus padres. Cuando subía a la planta de arriba para irse a su cuarto, lo primero que veía era un pequeño resquicio de luz que asomaba por debajo del cuarto de su hermana pequeña, Lola. Se asomaba al quicio de la puerta de la habitación de sus padres para decirles que ya estaba en casa. Luego entraba en el dormitorio de su hermana para charlar un rato —diez o quince minutos—, ya que a Lucía le gustaba estar en su cuarto antes de las 00:00, que es cuando empezaba su programa radiofónico preferido: «Océano Pacifico». Se llevaba con su hermana seis años. Lola tenía veinte años y ella veintiséis. A pesar de la diferencia de edad, su complicidad era absoluta. Ya en su cuarto, Lucía, seguía el mismo ritual de todas las noches: ponía la radio con poco volumen, encendía la lámpara de la mesilla y ponía un pañuelo de seda naranja encima de ella para lograr un ambiente más cálido; después se introducía en la cama ataviada con su pijama de felpa, era muy friolera. Todo este ritual, aderezado con el silencio de la noche y

la voz de la locutora, creaba la atmosfera perfecta para sumergirse por completo en el programa. Las señales acústicas en forma de pitidos —seis concretamente, uno por segundo, desde las 23:59:55, hasta llegar a las 00:00:00 —anunciaban que el programa iba a dar comienzo.

No quiero estar sin ti.

Si tú no estás aquí, me sobra el aire.

No quiero estar así.

Si tú no estás, la gente se hace nadie.

Si tú no estás aquí, no sé

qué diablos hago amándote.

Si tú no estás aquí, sabrás que

Dios no va a entender por qué te vas…

Con esta canción de Rosana, «*Sí tú no estás*», comenzó el programa esa noche. Sin dejar acabar la canción, bajando el volumen gradualmente de la misma, hizo su entrada la locutora María Quirós:

«¿Qué tal han ido las cosas hoy? —a la vez que hablaba, se fueron ensamblando la canción de Rosana con el sonido del mar que tanto le gustaba poner de fondo a la locutora—. A algunos, nos cuesta expresar con palabras los sentimientos, ¿verdad? Claro, lo idóneo es sentirlos, independientemente de que luego logremos expresarlos o no. Como el que no quiere la cosa, ya estamos a miércoles, ¡solo dos días para el fin de semana! Llega desde esta atalaya, prende la mecha, prende el fuego e imagina que a veces, como si estuviésemos en la playa, lográramos hacer una fogata y los fueguitos, como diría Eduardo Galiano, fuéramos la gente, los navegantes, los náufragos.»

María Quirós, la conductora del programa, comenzó con esta pequeña introducción. Con su voz cariñosa y susurrante, lograba cada noche un océano bañado de emociones y esperanzas a través de poesías, mensajes de los oyentes, fragmentos de películas… Todo ello bajo un clima romántico y cercano hacía el navegante noctámbulo, vagabundo de la noche o caminante de los sentidos, aderezado con joyas musicales.

A pesar de que Lucía tenía que madrugar para ir a trabajar, no le importaba estar escuchando el programa hasta altas horas de la madrugada. En ocasiones reía, se emocionaba o se identificaba con los oyentes del programa. No siempre aguantaba hasta que el programa finalizaba, ya que siempre acababa a las 04:00 de la madrugada. En numerosas ocasiones, tenía que dar por finalizado el viaje al que se había acoplado por la insinuante voz de la locutora. La conducía hacía una arena cálida y pacífica que le hacía sentirse cloroformizada. Le

permitía abrir su corazón hacía ese verdadero océano de pasiones y sensaciones. Había mañanas, que cuando sonaba el despertador, la radio, seguía funcionando.

Cuando Lucía llegaba al trabajo, no hacía falta que dijese que había estado escuchando el programa hasta tarde, con solo mirarle la cara sus compañeras, ya lo sabían. En alguna ocasión les había contado que escuchaba todas las noches ese programa. Algunas la tachaban de loca por acostarse a esas horas; otras en cambio, les gustaba enterarse de todos los entresijos del programa. Consiguió que un par de compañeras se hiciesen fieles a él, aunque solo fuesen los viernes, ya que el fin de semana no trabajaban.

Los viernes, era el único día que no escuchaba el programa en su casa, lo escuchaba con su novio Ernesto en el coche de este. Se iban a una zona escampada o polígono cercano para poder tener la mayor intimidad posible y hacer el amor. Después se quedaban acurrucados en la parte trasera del coche. Se cubrían con una manta que siempre llevaba Ernesto en el maletero. Mientras se decían todo lo que se querían llevados por el momento carnal que acababan de vivir, esperaban a que diese comienzo «Océano Pacifico». Aunque no les gustaba quedarse mucho tiempo en lugares tan oscuros y solitarios, la sensación de bienestar después de hacer el amor y la voz de la locutora, les abducía de tal manera que les resultaba casi imposible moverse de allí. Había ocasiones, que si oían algún ruido, sobre todo Ernesto, se vestían rápidamente y salían disparados de donde estuviesen. Lucía le decía que parecía el perro de un pastor, a la mínima que nota que el rebaño puede estar en peligro, ahí está él. Ella, la mayoría de las ocasiones, no se enteraba de ningún ruido. Se sentía tan a gusto, tan protegida con Ernesto, que terminaba por bajar la guardia. Para hacerle de rabiar, había ocasiones, que le decía que lo hacía aposta, que se inventaba lo de los ruidos para dejar de escuchar el programa. Al principio, él se lo creía y terminaba enfadado. Sabía Lucía que Ernesto la consentía todos los caprichos, pero le gustaba hacerle de rabiar. Lo bueno que tenía él es que apenas le duraban los enfados. A los diez minutos, y después de los cariños de Lucía, ya se le había pasado el enfado. Ernesto intentaba justificar su comportamiento diciéndole que lo hacía por ella, que temía que la pudiese pasar algo. Que había mucho loco suelto. Lucía terminaba por darle la razón y agradecerle lo mucho que se preocupaba por ella.

No tenían más remedio que buscar la intimidad de esa manera. Caminos apartados de la carretera, polígonos o la casa de alguno de ellos, aprovechando que sus padres habían salido. Lo habitual era las dos primeras opciones. Este era uno de los motivos por lo que estaban deseando independizarse. Si no hubiese sido porque Lucía se quería casar por la Iglesia, ya estarían casados y viviendo juntos. Ernesto

prefería hacerlo por el Juzgado y haberse ido de alquiler hasta que les hubiesen dado la casa, pero como le gustaba complacer a Lucía, decidió aceptar la decisión de ella.

Aunque se veían casi todas las tardes, estaban deseando que llegase el fin de semana para estar juntos más tiempo. Lucía trabajaba en una multinacional de bollería en Paracuellos de Jarama. Llevaba seis años en la empresa. Trabajaba de mañana, de 06:00 a 14:00. Todos los días la recogía un autobús de la empresa en Cobeña, que es donde ella vivía. Ernesto, en cambio, trabajaba en el aeropuerto de Barajas. Llevaba ocho años en la empresa. Decidieron comprarse el piso en Paracuellos de Jarama, ya que a los dos les quedaba más cerca del trabajo.

Los fines de semana apenas paraban en sus respectivas casas. Quedaban para tomar el aperitivo, después quedaban por la tarde para ir al cine, cenar, tomarse algo en el pub de moda de la zona donde fuesen y terminaban decorando de nido de amor cualquier camino o zona solitaria. El coche de Ernesto, se había convertido en su hogar. En él, era donde se amaban, hacían planes, discutían, lloraban, reían… «Sí el coche hablase…», se decían en numerosas ocasiones.

3 - Querer saber más

Paracuellos de Jarama. Septiembre de 2019.

Tobías tenía la necesidad de saber más. No se conformaba con lo que le habían contado su padre, familia o vecinos. «Tenía que haber algo más», se decía constantemente. Cada vez que se interesaba por tener más detalles acerca del fallecimiento de su madre, recibía la misma respuesta: «Deja de remover el pasado Tobías». Cuando falleció su madre él tenía once años y su hermana Naira, siete años. Su hermana, tampoco entendía por qué insistía tanto últimamente sobre el mismo tema. De tanto insistir, logró captar su atención. Cada vez que uno de los dos sacaba el tema a su padre, terminaban discutiendo. Su padre siempre les decía que su madre estuvo unos años enferma, con depresión, y ese fue el motivo por el que se suicidó. Que lo que él les contaba o las demás personas, era lo que realmente había ocurrido. Pero ellos, lo que querían saber es por qué su madre tenía depresión. Qué era lo que le hacía sentirse tan triste como para tomar la decisión de suicidarse. Su padre les contó que su madre tuvo depresión posparto, tanto con uno hijo como con otro, según los profesionales. Que él no era médico y no podía decirles más. Pero Tobías con veintidós años y Naira con dieciocho, no terminaban de tenerlo del todo claro. Naira era más pequeña y apenas tenía recuerdos de su madre, sin embargo, Tobías, todavía tenía algunos frescos. Echaba de menos los besos y caricias de su madre. La recordaba como una persona buena y una sonrisa preciosa. Una persona que en numerosas ocasiones estaba llorando o triste. La recordaba en numerosas ocasiones hablando sola o discutiendo con su padre. Se abrazaba a ella y lloraba también como por efecto contagio. Su madre le acariciaba la cabeza, le besaba y le decía que no se preocupase, que se iba a poner bien. Por desgracia no fue así. Era algo que Tobías le reprochaba a su madre cuando se acordaba de ella y hablaba solo: «Si tu intención era hacer eso, ¿por qué me engañaste?».

Llevaba muchas noches sin poder dormir bien. De hecho, no dormía bien desde que su madre se fue. Pero últimamente, sin llegar a encontrar una explicación, dormía peor. Se despertaba sudando, perturbado, con miedo. Con el corazón tan acelerado que pensaba que se le iba a salir del pecho. Le parecía tan real lo que había soñado, que necesitaba un buen rato para poder recomponerse. Era rara la noche que no tenía la misma pesadilla; se levantaba totalmente agotado, sobrecogido. Afortunadamente, él no llegó a ver a su madre ese día fatídico. Sabía que se había ahorcado por lo que le contó su padre y familia unos años después. Soñaba viendo a su madre colgada de una

soga. La veía colgada mientras le llamaba a él pidiéndole ayuda. Él se aferraba a las piernas de su madre intentado levantarla para que no se ahogase. «¡No dejes que me ahogue, Tobías, ayúdame!» Le decía su madre alargándole la mano. Él se sentía impotente porque no era capaz de levantarla ni llegar a tocar su mano. Sino era lo suficientemente fuerte, su madre terminaría por ahogarse. «¡No dejes que me ahogue hijo!¡Tengo que contarte toda la verdad!» Su madre no dejaba de pedirle ayuda. Todos sus esfuerzos eran en vano. No podía con ella. Terminaba abrazado a las piernas de su madre derrotado y llorando desconsoladamente. «Una noche más, no he podido salvar a mi madre», se decía Tobías cuando despertaba. Deseaba con todas sus fuerzas que fuese un sueño con final feliz. Estaba aterido. Hacía once años que su madre había fallecido y aún no había aprendido a vivir sin su abrigo. Todavía se podía leer en sus ojos el poso de la tristeza.

Le contó el tipo de pesadilla que tenía la mayoría de las noches, a su tía Lola. Era con la que más confianza tenía. Ella no dejaba de mirarle asombrada con el rostro desencajado. Se ponía en el lugar de su sobrino y la hacía sentirse triste. Le decía que tenía que pasar página, que no siempre se pude conseguir respuestas. No podía seguir torturándose de esa manera. Le recomendó que fuese a su médico a ver si le podía ayudar a dormir mejor. Tobías la contestaba que lo que él necesitaba eran respuestas, no pastillas para dormir. Le preguntaba a su tía porque se habían vuelto todos tan herméticos con ese tema. Si no les hubiese gustado saber el motivo por el que su madre se había suicidado. Su tía le decía que por supuesto le hubiese gustado saberlo y, de ser así, no cambiarían las cosas. Que ya se sentía bastante mal por no haber podido ayudar a su hermana. Que ella tampoco dejaba de darle vueltas a lo ocurrido. No entendía cómo su hermana había quedado envuelta en esa espiral como insecto en una telaraña. «Una mujer tan guapa, divertida, feliz, enamorada… en solo un año, se había convertido en otra persona», le decía su tía. Tobías quería saber a qué se refería. Por qué decía que su madre había cambiado en solo un año. «Quizás sean cosas mías, Tobías», intentaba excusarse su tía. Lola guardaba silencio mientras Tobías no dejaba de mirarla esperando alguna respuesta. En ese momento le sonó el móvil a su tía. Tuvieron que dejar la conversación mientras Lola hablaba. Eso hizo que Tobías se quedase con la miel en los labios. Quedó más intrigado. Mientras su tía hablaba por teléfono, él no dejaba de hacer sus elucubraciones. Una vez que su tía terminó de hablar, le pregunto a Tobías lo que estaban hablando, no recordaba dónde lo habían dejado. Él le recordó la última frase que ella dijo. Insistió en que le explicase mejor lo que trataba de decirle. Le dijo que de un día para otro, su madre había cambiado su carácter, su forma de ser. Que estaba tan ilusionada con casarse por la iglesia y celebrar un buen banquete, que

de repente lo cambia todo y decide casarse por el juzgado. «Creo que al quedarse embarazada antes de la ceremonia, hizo que cambiasen los planes por completo» decía Lola intentado encontrar alguna explicación. Le decía a su sobrino, ya que Tobías no veía motivo suficiente para anular una boda, que en aquella época estaba mal visto que una mujer se casase embarazada. A parte que sus abuelos —católicos fervientes—, tampoco lo veían bien e hizo que todo se precipitase. Tu madre estaba embarazada de tres meses cuando se enteró. Tuvieron que organizar todo de prisa y corriendo.

—«¿Qué dirán la familia y los vecinos?», decían tus abuelos. Tenía que estar todo hecho antes de que a tu madre se le notase la tripa. ¡Como si la gente fuese estúpida! —Lola levantó la voz—. ¡Por qué tantos prejuicios! ¡¿Cómo te puedes avergonzar de tu hija?! —Se lamentaba.

Tobías escuchaba a su tía totalmente atónito. Apenas parpadeaba. No quería que su tía dejase de hablar. Se estaba enterando de cosas que jamás le habían contado. De todos modos, ella pensaba que algo más tenía que haber ocurrido, que solo lo de la boda y el embarazo, no era motivo para estar tantos años así. Al menos eso creía. También llegó a pensar que había discutido con Ernesto, pero esa idea enseguida la desechó. Podía haber discutido, por supuesto, pero si hubiese sido algo serio no se hubiesen casado.

—Cuando dices que algo más tenía que haber pasado, ¿a qué te refieres? —quería saber Tobías.

—No lo sé cariño… —el tono de resignación de Lola era evidente—. Es lo que te decía al principio, nadie encuentra una explicación. No sabemos lo que pasa por la cabeza de las personas.

—¿Mi madre era muy religiosa, iba a misa?

—Creía en Dios, pero a misa no iba… no era practicante. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, quizás pensó que había cometido alguno pecado al quedarse embarazada. No sé, por descartar cosas.

Su tía le dijo que no creía que fuese nada eso. Su madre era católica, pero no hasta el punto de torturarse de esa manera. Tobías quería saber más acerca de su madre. Incitaba a su tía para que le contase cómo era su madre de joven. Hubo un momento de la conversación, que Lola se acordó de una noche que su madre llegó muy tarde para lo que ella estaba acostumbrada. Se había ido a las fiestas de un pueblo de al lado con sus amigas. Normalmente estaba siempre con su novio, pero esa noche tuvo que trabajar Ernesto y no podía pasarla con ella. Regresó a casa sobre las seis o las siete de la mañana. Tuvo una discusión fuerte con sus padres. Ya no solo por las horas a la que había regresado a casa, también porque se le notaba bebida. Al día siguiente, Lola habló con ella, pero su hermana no

estaba por la labor de contarle detalles. Le extraño el comportamiento de Lucía, ya que siempre se contaban todo, pero no le dio más importancia. Según iban pasando los días, la notaba más irascible. Ya no volvió a ser la misma. A pesar de que Lucía quería mostrar normalidad, ella notaba que su hermana había cambiado. «¡Ahí lo tienes!», dijo Tobías como si hubiese dado con lo que motivó el suicidio de su madre. Su tía le decía que si realmente creía que por una noche de fiesta, su madre iba a dejar que eso le hiciese daño de esa manera… Que había hablado con la amiga que había ido a las fiestas y no le dijo nada en concreto, aunque tuvo dudas de las explicaciones que le había dado. También se acordó que su madre solía escribir un diario. Llevaba desde los trece años haciéndolo. Que ella misma y su padre estuvieron buscándolo después de su fallecimiento. No lograron encontrarlo. Pensaban que el diario les podía aclarar algo, al no encontrarlo, pensaron que a lo mejor se deshizo de él. Ante un nuevo descubrimiento, Tobías, no dejó de hacer hincapié acerca del diario. A pesar de que su tía le dijo que lo buscaron como auténticos perros sabuesos, Tobías, tenía sus dudas. No se resignaba a encontrarlo. Le decía a su tía que por qué no le había contado estas cosas de su madre antes. Su tía le dijo: «primero porque eras un niño; segundo, porque nunca me lo habías preguntado».

Aunque se sentía triste, el haber hablado con su tía le vino bien. No tenía muy claro si se le habían despejado algunas dudas, o por el contrario, estaba aún más perdido. Se despidieron y se fue a casa con la idea de poder encontrar el diario de su madre. «Tiene que estar en algún sitio», se decía durante el trayecto. «Una persona que escribe un diario desde tan temprana edad, no lo tira así como así». No dejaba de darle vueltas al asunto. Iba con la ilusión de poder encontrarlo. Tan pronto pasaba del optimismo al pesimismo. «¿Y si lo ha escondido mi padre? ¿Y si lo tiró él? A lo mejor lleva razón mi tía y lo tiro mi madre… ¿Y si mi madre se lo dio a alguien para que luego nos lo diera a nosotros?» Iba tan ensimismado en sus pensamientos, que cuando se quiso dar cuenta, ya estaba en la puerta de su casa.

«¡Hola, ya estoy en casa!», dijo Tobías al entrar por la puerta. Se dispuso a dejar las llaves en un mueble que tenían en la entrada y se percató de que le habían dejado una nota: «Tobías, hemos ido al súper a comprar, no tardamos. Un beso. Naira». La nota de su hermana, sumada al ímpetu que traía de casa de su tía, hizo que se pusiese a buscar como un auténtico sabueso el diario de su madre. Se dirigió primero al cuarto de su padre. Buscó en las mesillas de noche, en los armarios, en las estanterías, debajo de la cama… Nada. Después fue al cuarto de su hermana. Nada, el mismo éxito. También buscó por todo el salón, tampoco. Terminó por irse a su cuarto. Llevaba la moral por los suelos. Iba por el pasillo como el deportista que acababa de ser

derrotado, cabizbajo, totalmente desolado. Se sentó en su cama con las manos en la cabeza. «¿Dónde puede estar?», se preguntaba. Mientras repasaba todos los sitios en donde había mirado, le vino la inspiración. «¡En el trastero no he mirado!» Se levantó de la cama como un resorte. Se tenía que dar prisa antes de que llegasen su padre y hermana a casa. No le apetecía tener que dar explicaciones. Cogió las llaves, se dirigió al ascensor y bajó hasta los garajes. Allí también se encontraban los trasteros. «¡Joder, ya no me acordaba de la mierda que tenemos aquí metida!», exclamó Tobías al abrir la puerta. Tenía que mover demasiadas cosas. Tomó la decisión de irse a casa y dejar la inspección para otro momento. Su padre y hermana estarían a punto de llegar. Por lo menos se fue con la ilusión de que lo pudiese encontrar otro día. Su padre llevaba tiempo diciendo que había que limpiarlo y colocarlo todo. Utilizaría las palabras de su padre como excusa para poder buscar tranquilamente.

Aunque su primer objetivo era el diario de su madre, no dejaba de darle vueltas a lo que su tía le había contado acerca de la noche que su madre llegó tarde a casa y discutió con sus padres. Desde esa noche, su madre había pegado un gran cambio. ¿Qué es lo que hizo que su madre pegase ese cambio? ¿Por qué ya no volvió a ser la misma persona? ¿Por qué se sumió en esa depresión? ¿Se equivocarían los médicos en su diagnóstico? ¿Contaría su madre a los médicos toda la verdad? ¿Por qué se fue de esa manera?

Si algo tenía claro Tobías, es que, no dejaría de perder la esperanza de saber más acerca de la enfermedad y muerte de su madre.

4 - ¿Por qué nos deja solos?

Abril de 2007.

Naira estaba agarrada de la mano de su profesora esperando a que Tobías saliese de clase para ir a comer. Naira no entendía por qué tenían que esperar a su hermano cuando ningún día lo hacían. Al salir Tobías por la puerta de su clase, la profesora llamó su atención y le dijo que venía a recogerlos su tío Joaquín, el hermano de su padre. Le extrañó mucho que su tío fuese a recogerlo. Si no iba su madre, quién solía ir a recogerlos era su abuelo. Sabía que algo no iba bien, pero lo que no se podía imaginar era lo que había ocurrido.

—¡Hola chicos! ¿Qué tal el día? —trató de poner normalidad su tío.

—¿Y el abuelo? —contestó Tobías a modo de saludo.

—Ha ido con tu madre al médico —respondió Joaquín lo que se había preparado que tenía que decir—. No se acordaban que tenían cita y me han llamado. ¿Queréis que vayamos a comer una hamburguesa?

—¡Síii! —gritaba contenta Naira.

—Pero, ¿nos va a dar tiempo a volver al cole? —quería saber Tobías.

—No te preocupes, Tobías. Han dicho que esta tarde no vayáis al cole.

Aunque le extrañaba todo a Tobías: que su tío fuese a recogerlos; que les llevase a comer una hamburguesa y, que por la tarde no fuesen al colegio, se dejó llevar por la invitación tan tentadora de él. Siempre comían en casa lo que hacía su madre o su abuela. Además, hacía mucho tiempo que no iban a comer una hamburguesa.

Joaquín les propuso durante el trayecto, que fuesen pensando el menú que se iban a pedir con la intención de que fuesen entretenidos y no le hiciesen más preguntas.

Tobías estaba en su cuarto tumbado en la cama mientras recordaba el día que fue su tío a buscarlos al colegio. No terminaba de entender por qué las personas mayores no se atreven a decir las cosas tal y como son. ¿Por qué su tío no le dijo la verdad de lo ocurrido? Por muy doloroso que sea, ¡tarde o temprano lo tenía que saber! No dejaban de invadirle los recuerdos de todo lo vivido los días anteriores.

Cuando llegó a casa su padre por la tarde, se abrazó a su hermano, su tío Joaquín, y le dio las gracias. Luego les abrazó a ellos con fuerza y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa, papá? —quiso saber Tobías al verle llorar.

—Ahora os cuento, hijo.

Se despidió de su hermano y quedaron en verse en un par de horas.

Ernesto sabía que nunca iba a ser buen momento, pero también, que esperar mucho tiempo para comunicar a sus hijos lo ocurrido, no sería bueno. Intentaba estar lo más entero posible, pero no lo pudo conseguir. «Los niños necesitan saber lo que pasa, al ver las reacciones que podamos tener los adultos, se van a dar cuenta de que algo terrible ha ocurrido», le decía Ernesto a su cuñada que era de las que pensaba dejar pasar el tiempo. «En ningún caso les puedo mentir. Les diré la verdad, de la forma más dulce posible y adaptando la información a su edad». Argumentaba Ernesto.

Su intención era no dar más información de la necesaria. Sus hijos no deberían saber las causas ni los detalles sobre el fallecimiento de su madre. No los necesitan. Por muy duro que le parecía, sus hijos tenían que saber que la vida termina. Tenía que explicarles que está muerta y que nunca la volverán a ver.

Sobre el papel todo parecía fácil, pero cuando llegó el momento de decírselo, no encontraba las palabras. Tobías y Naira que estaban sentados en el sofá no dijeron nada durante unos segundos.

—¿No vamos a ver más a mamá? —rompió el silencio Naira.

Ernesto le puso el ejemplo de la gata del vecino y le dijo que su madre estaría con ella en el cielo y ya no volvería.

—Pero… no lo entiendo… ¡Íbamos a ir a verla esta tarde! —decía Tobías con lágrimas en los ojos—. ¡¿Por qué nos deja solos?! —salió corriendo a su cuarto.

Naira se quedó sentada en el salón viendo la tele mientras su padre iba en busca de Tobías.

Estaba todo tan reciente en su memoria que no podía evitar pensar en ello. Se levantó de la cama y fue en busca de la carpeta que tenía su madre guardada con sus dibujos en el salón. Su padre y su hermana veían la tele. Mientras revisaba los dibujos su mente no dejaba de jugarle malas pasadas.

Su padre no quiso que estuviese en el velatorio y tampoco en el entierro. Quería que recordase a su madre tal y como era, no en un féretro. Los familiares y amigos no dejaban de entrar y salir de su casa. Todos le besaban mientras lloraban y le decían palabras bonitas. Él no quería nada de eso, solo quería que su madre estuviese viva. Su hermana jugaba con sus primos como si nada. Él tuvo que meterse en su cuarto a llorar, no podía seguir con todas aquellas personas.

Después de haber estado viendo los dibujos, cogió una fotografía que tenía de su madre y mientras la miraba se le iban cayendo las lágrimas. La abrazaba y la besaba como si tuviese a su madre delante de él. La reprochaba que les hubiese dejado solos.

No se podía creer que no la volviese a ver más. No volvería a tocar su melena negra; a ver sus preciosos ojos verdes; a sentir sus labios

gruesos en sus mejillas, a ver su sonrisa…

Su padre le despertó de su letargo al entrar en su cuarto.

—¿Te encuentras bien, Tobías? —se interesó su padre.

—No, ¡¿cómo voy a estarlo?! ¡La echo mucho de menos!

—Yo también, hijo. Tenemos que ser fuertes y seguir viviendo. Es bueno que llores, es normal, yo también lo hago. Pero tenemos que intentar que Naira no se ponga triste. Además, a mamá no le gustaría vernos llorar.

Ernesto se tumbó a su lado y comenzó a besarlo.

5 - Torpe encuentro

Cobeña. Mayo de 1992.

Cobeña es una localidad de la Comunidad de Madrid perteneciente a la unidad paisajística de la Campiña, situada al lado de Ajalvir. Se encuentra en el noreste de la Comunidad Autónoma a 24 kilómetros de la capital. La localidad se encuentra emplazada sobre la falda de un cerro perteneciente a las terrazas y aluviones que configuró el río Jarama. La localidad fue fundada por los musulmanes, alrededor del siglo X, aunque ya había población desde la época romana.

Cada día, a las 5:45 de la mañana, iba Ernesto por la calle Olivo hasta llegar a la calle Mercado para coger su coche. Se encuentra a unos 200 metros de su casa. A esas horas apenas se encuentra con alguien por la calle. «Buenos días», se saludaba con las tres personas que siempre se encontraba. Dependiendo de la estación del año en la que estuviesen, también añadía: «hoy va a hacer frío», o, «hoy va a hacer calor». Una de esas personas era Lucía. Al lado de los colegios y el consultorio, estaba todas las mañanas de lunes a viernes, esperando el autobús de la empresa donde trabajaba; siempre acompañada de otras dos chicas de la misma edad más o menos. Desde el primer día que la vio, se quedó prendado de ella. Según se iba acercando a Lucía, se iba poniendo más nervioso. Se le aceleraba el corazón. Deseaba intercambiar alguna palabra más, pero se quedaba en blanco. «Si estuviese sola…», intentaba justificarse. Pero a los pocos segundos se decía: «No seas absurdo Ernesto, aunque estuviese sola, no te atreverías a decir nada más». Después de la autoflagelación a la que se sometía durante unos minutos, intentaba ser positivo y se daba por satisfecho con verla todas las mañanas. Cuando la conociese más —si es que se puede llegar a conocer a una persona por saludarla todas las mañanas— se atrevería a hablar más con ella. Se llevaban «conociendo» casi un año. Se acicalaba todas las mañanas para que Lucía se fijase en él. Si el saludo mañanero iba acompañado de una sonrisa por parte de Lucía, Ernesto llegaba al coche levitando. Hacía sus propias elucubraciones: «Yo creo que le molo» «Si no estuviesen las otras en la parada con ella…». Durante el trayecto a su trabajo, era la persona más feliz. Deseaba que llegase el día siguiente para poder verla. Había días, que por las tardes, intentaba pasearse por el pueblo a ver si se encontraba con ella. «¡Joder, un pueblo tan pequeño, y nunca me la encuentro!». Se lamentaba Ernesto. «¿No va a estar trabajando todo el día, o en su casa metida?», se preguntaba.

Tampoco llegó a verla ningún fin de semana en los bares que el frecuentaba con sus amigos. Un sábado que estaba tomando algo con

ellos, les propuso ir a otro de los bares de la zona. A los amigos no les hacía gracia, ya que en los otros bares o pubs, no ponían la música que a ellos les gustaba. Con la excusa de poder encontrarse con otras chicas diferentes a las que veían todos los fines de semana, logró convencerles. Era un pub pequeño donde ponían música más comercial. Estaba tan lleno que había bastante gente fuera de él. Había chicos y chicas tomando sus consumiciones fuera del recinto. Propuso entrar él y otro amigo a por bebida mientras los otros tres esperaban fuera. Tenía que cerciorarse de que ella estuviese dentro. Ni siquiera sabía su nombre. Él y su amigo intentaban avanzar entre el gentío que había hasta llegar a la barra. Ernesto puso el «radar» en funcionamiento. Mientras su amigo se afanaba por ir abriéndose paso, Ernesto no dejaba de mirar de un lado al otro a ver si había señales de vida de ella. Conseguido el objetivo de llegar a la barra, solo quedaba por cumplir el de Ernesto. Era como buscar una aguja en un pajar. El local estaba repleto. Una vez pedida las consumiciones, Ernesto le dijo a su amigo que le esperase en la barra que iba al baño. Realmente no tenía ganas de ir al baño, pero lo puso como excusa para inspeccionar mejor el terreno. Según iba acercándose a él, en una esquina del pub donde había un grupo numeroso de chicos y chicas sentados alrededor de una mesa, estaba ella, Lucía. No se lo podía creer, era ella. No dejaba de mirarla. Deberían de haber contado algo gracioso, ya que sus amigos y ella misma, no paraban de reírse. «Tiene una sonrisa preciosa», se decía Ernesto. Quedó totalmente abducido. No podía dejar de mirarla. No se atrevió a acercarse a ella. «Si estuviera sola…», volvía a poner esa excusa. Los minutos pasaban y él seguía ahí plantado.

No escuchaba el bullicio de las personas, tampoco la música. Solo estaban ella y él. Se quedaría toda la noche ahí, de pie, mirándola, diciéndole con la mirada lo que sentía por ella. De repente, Lucía y una amiga suya, se levantaron y fueron hacía los baños. Ernesto que todavía seguía sumergido en sus pensamientos, no tuvo la capacidad de reaccionar. Se giró para disimular que iba al baño. Se chocó con un chaval que había a su lado pidiéndole disculpas. Cuando se disponía a abrir la puerta para entrar al baño, esta se abrió de manera brusca golpeándole en la ceja. Los dos chicos que salían le pidieron disculpas y le preguntaron si se encontraba bien. Ernesto le quitó importancia, les dijo que no había sido nada. «Joder, que hostia», se lamentaba Ernesto con la mano puesta en la ceja.

—¡Hola! ¿Estás bien? —se interesó Lucía por él.

—¿Eh?... sí… ¡ah!... ¡Hola! —decía Ernesto torpemente.

—Te han dado un buen golpe. ¿De verdad te encuentras bien? —quería saber Lucía.

—Sí, no ha sido nada —quitándose la mano de la ceja—, iba

despistado y no lo he visto venir.

—O nos vemos por la mañana muy temprano, o como ahora, muy tarde. ¿Sabes quién soy? —terminó preguntándole al ver que no reaccionaba.

—Sí, sí, sí… claro, nos vemos todas las mañanas. Soy Ernesto y ¿tú?

—Lucía —se dieron un par de besos—. ¿Estás solo?

—No, estoy con unos amigos. —le decía Ernesto torpemente señalando la barra.

—Bueno… a ver si nos vemos otro día y tomamos algo.

—Claro, cuando quieras.

—Bueno… pues nos vemos. De todos modos, yo en tu lugar, me pondría hielo en la ceja —terminó recomendándole Lucía.

—Vale, no ha sido nada, no creo que haga falta —dijo mientras se volvía a echar mano a la ceja.

Se metió en el baño para mirarse en el espejo. Se le estaba inflamando la ceja. «Joder… ¡qué torpe!», se quejaba Ernesto. Estuvo echándose agua fría un rato. «Vaya manera de presentarnos… bueno por lo menos ya sé su nombre», se consolaba. Después de casi 15 minutos, volvió a la barra. Su amigo quiso saber por qué había tardado tanto: «¿Estabas plantando un pino? Estaba a punto de irme…». Ernesto, le dijo que cuando saliesen a la calle se lo explicaba. Una vez reunidos los cinco amigos en la calle y después de los reproches de los que esperaban fuera, Ernesto les contó el percance con la puerta del baño. De Lucía, nada, por supuesto, eso quedaba para él. Le dijeron que se pusiese el vaso del cubata en la ceja, ya que se le iba inflamando cada vez más. A Ernesto, este pequeño contratiempo le daba igual. Por fin sabía el nombre de la chica que le gustaba, además se habían dado un par de besos. «¡Qué bien olía!», se decía Ernesto haciendo caso omiso a lo que hablaban sus amigos. Estaba en una nube, y no solo por el golpe recibido. Había sido más fuerte el impacto de la presencia de Lucía que el de la propia puerta. Se reprochaba no tener la facilidad de palabra que tenían otras personas. Hubiese hablado más con ella. Le hubiese preguntado si solía ir a ese pub a menudo, podía haber quedado con ella al día siguiente… Cada movimiento que hacía con el cuello, le venía una ráfaga del perfume de Lucía. Se le había quedado el olor en el cuello de la camisa. No podía dejar de pensar en ella. Sus amigos no dejaban de llamarle la atención, ya que parecía ausente. Le empezaron a gastar bromas referentes al percance que había tenido. Entre trago y trago, y las bromas, se iba pasando la noche. La calle y el pub se iban despejando. Decidieron tomarse la última dentro. Ernesto estaba encantado con esa decisión, podría ver de nuevo a Lucía. A la vez que ellos entraban, Lucía y su grupo se marchaba. Se llevó una decepción. Además, Lucía no se dio ni cuenta de la presencia de Ernesto, a pesar

de que este la buscaba con la mirada. Se tomó la última consumición sin mucho entusiasmo. Estaba deseando irse a casa.

No sabía si Lucía tendría novio. Él deseaba que no fuese así. Que ninguno de los chicos con los que estaba esa noche tuviese algo más que una simple amistad.

Llegó el lunes y estaba deseando volver a encontrarse con Lucía. Estaba decidido a intercambiar más palabras con ella. Estuvo todo el domingo imaginándose la posible conversación que podrían tener. Tenía que dejar su timidez a un lado si la quería conocer de verdad. Salió de su casa cinco minutos más tarde. Iba con el temor de no encontrársela. Sus temores se habían hecho realidad. Lucía no estaba en la parada, se vino a abajo. Cuando apenas le faltaban unos metros para sobrepasar la parada, vio a Lucía corriendo hacia él. Le dio un vuelco el estómago. Llegaron casi a la par. «¡No puede ser!», gritó Lucía. Había perdido el autobús de la empresa. Sin llegar a saludarse, Ernesto le preguntó que le ocurría. Lucía le dijo que había perdido el autobús y le resultaría complicado llegar al trabajo antes de hora y media aproximadamente. Ernesto intentó calmarla y se ofreció a llevarla. «¿De verdad no te importa?» Lucía vio el cielo abierto. Ernesto dijo que le pillaba de camino y no tenía inconveniente. El trayecto al coche y hasta que se montaron en él, Lucía no dejó de agradecérselo. Ernesto estaba pletórico. Ni en los mejores sueños se le había llegado a ocurrir una situación así. Aprovechó el trayecto al trabajo de Lucía, para saber todo lo que pudiera de ella. Su horario de trabajo, la calle donde vivía, los bares que frecuentaba, si alguno de esos chicos era su novio… Nunca se había sentido tan ilusionado, tan seguro de sí mismo.

Llegaron a la empresa donde trabajaba Lucía. Le volvió a dar las gracias emplazándolo a verse al día siguiente. Ernesto tenía una de sus manos en la palanca de cambios y Lucía apoyo la suya sobre la de él de manera cariñosa a la vez que se despedían. Reanudó la marcha hacía su trabajo más feliz que ningún día. En tres días, había hablado más con Lucía, que en todo el año que llevaban viéndose por las mañanas. El sentir el tacto de su mano hizo que se le erizaran todos los pelos del cuerpo. «¡Encima no tiene novio!», gritó mientras iba conduciendo. Estaba exultante.

A Lucía también le gustaba Ernesto. Ella jugaba con ventaja; sabía que Ernesto estaba colado por ella. No había hablado mucho con él, pero lo presentía. Necesitaba algún encuentro más para terminar de confirmarlo.

Los encuentros mañaneros cada vez se alargaban más. Pasaron de monosílabos a tener pequeñas conversaciones. Empezaron a quedar los fines de semana con los mismos amigos para conocerse mejor. Una noche de sábado, decidieron entre los dos, que Ernesto la acompañase

hasta su casa e ir charlando tranquilamente. La amistad estaba más que consolidada, solo faltaba que alguno de los dos, terminase por dar el primer paso. Para sorpresa de los dos, fue Ernesto el que tomó la iniciativa. Como ya sabía dónde vivía Lucía, unos metros antes de llegar a su casa, hizo que se detuviese y sin mediar palabra, la besó en los labios. Le temblaba todo el cuerpo como un castillo de naipes a punto de derrumbarse. No sabía cuál sería la reacción de Lucía cuando despegó sus labios de los de ella. Se quedaron a dos centímetros uno del otro, sin dejarse de mirar, sin decirse nada. Apenas transcurrieron unos segundos, pero fueron suficientes para hacer pensar a Ernesto que lo próximo sería una «hostia» por parte de Lucía. Si tardaba mucho en darle una respuesta, el resultado sería el mismo que si se la hubiese dado. Estaba a punto de desmayarse. Se equivocaba. Ahora quién tomó la iniciativa fue ella. Le besó en los labios con más intensidad. Temblaban como dos cachorrillos muertos de frío. Y eso que ya era verano. Pero claro, no era de frío por lo que temblaban, era de pasión. Del amor que sentían el uno por el otro. De deseo tanto tiempo contenido. Si la intención de ellos era tener la mayor intimidad posible, no habían elegido el mejor lugar. Estaban situados debajo de una farola que les alumbraba como se alumbra el escenario de un espectáculo. Eran los actores principales y lo demás, no les importaba. Era su noche, una noche que nunca olvidarían.

6 - ¿Dónde estará?

Paracuellos de Jarama. Septiembre de 2019.

Era el último domingo de mes. Tobías no trabajaba, le tocaba descansar. Llevaba dos años trabajando de reponedor en un supermercado. A pesar de las reticencias por parte de su padre, decidió colaborar en la economía doméstica. Era el último año de carrera. Estaba estudiando en el conservatorio. Le encantaba la música y era algo que tenía claro desde pequeño. Después del conservatorio, quería hacer un postgrado en musicología. Pensaba, que sin música, la vida sería un error.

Lo que tenía claro, al ser un chaval tan responsable, es que, tenía que echar una mano en casa y poder pagarse sus estudios. Gracias a su trabajo, se pudo sacar el carné de conducir y comprarse un coche de segunda mano: una Volkswagen Transporter de color negro. Al tener un grupo de música —*Tobías Theory*—, le vendría muy bien para poder desplazarse. Su grupo hacía versiones de rock de los 80 y 90. Tocaba la guitarra eléctrica y era el vocalista. Su voz era muy personal, con recursos interpretativos. Tenía buena afinación, musicalidad, gusto, buena coordinación corporal y vocal, lo cual le ayudaba a que su voz fluyera con libertad.

Esa mañana se levantó decidido a encontrar en el trastero el diario de su madre. Mientras desayunaba con su padre y hermana, les dijo que lo iba a limpiar. Su hermana Naira se ofreció a ayudarle. Estuvo a punto de decirle que no era necesario, pero desechó la idea. No le diría en ningún momento el motivo real de la limpieza del trastero, no porque su hermana no tuviese derecho a saberlo, sino porque no quería que pensase que estaba obsesionado; que lo estaba. Una vez en el trastero, no sabían por dónde empezar. Tenían tantas cosas acumuladas de años atrás, que tomaron la decisión de coger cajas vacías y bolsas de basura para tirar lo que ya no necesitasen e ir abriéndose paso. Sabían que les iba a llevar toda la mañana.

Llevaban más de dos horas limpiando y a un lado del pasillo que daba acceso a los trasteros habían hecho dos montones diferentes: uno de las cosas que iban a tirar; otro, de las cosas que seguirían en el trastero. Todavía no había señales del diario. Tobías no cejaba en su empeño de poder encontrarlo. «Cómo me gustaba esta muñeca», decía Naira mostrándole a Tobías su hallazgo. «¿Y estos disfraces? —le decía Tobías a su hermana con cara de asombro—. ¿De verdad nos hemos puesto esto?». Reían y recordaban con nostalgia cada hallazgo que descubrían. Iban guardando en la furgoneta de Tobías todo lo que estaban dispuestos a tirar en el punto limpio más próximo. Estaban

llegando al final del trastero cuando Tobías se encontró con una caja que pesaba bastante. Le quitó el precinto que la cerraba y al abrirla le dio un vuelco el estómago. Se quedó varios segundos observando lo que había en su interior sin saber qué hacer. A primera vista le pareció ver libros, álbumes de fotos y lo que parecía un diario. Estaba paralizado. Si no hubiese estado su hermana, se habría lanzado como un niño cuando se dispone abrir los regalos de Navidad y saber lo que contiene cada paquete. «Si el diario está aquí, le tendré que decir a Naira la verdad», se decía Tobías. Miró hacía atrás. Su hermana estaba terminando de colocar unas cajas en las estanterías. Se dispuso a descubrir el contenido de la caja. Iba sacando los álbumes de fotos como si estuviese manipulando la mejor cristalería de Bohemia: despacio, con delicadeza.

—¿Y esas fotos? —asusto Naira a su hermano que estaba ensimismado mirando el álbum de fotos que tenía en las manos.

—¡Joder Naira, que susto! —le recriminaba a su hermana haciendo que esta se partiese de risa—. ¿No te acuerdas de ellas? No entiendo por qué están aquí guardadas… —protestaba Tobías.

—A lo mejor las guardó aquí papá porque le traían recuerdos… —pensó Naira.

—No lo entiendo —protestaba Tobías—, a mí me gustaría echarles un vistazo de vez en cuando.

—La verdad que sí, aunque ver las fotos de mamá nos traiga recuerdos, es bonito volver a verlas.

Mientras Tobías seguía viendo las fotos, Naira fue sacando un par de libros que había en la caja. «Cien años de soledad» y «Lo que el viento se llevó». Su madre era una gran lectora. Al abrirlos descubrió que estaban dedicados por su padre, se los había regalado: uno el día de su veintisiete cumpleaños; el otro, el día de los enamorados. Hizo que la piel se le erizara. Se los mostró a su hermano y este que ya tenía los ojos acuosos de los recuerdos que le habían traído las fotos, hizo que se le cayesen las lágrimas. Por efecto contagio, Naira se solidarizó con su hermano.

—Echas de menos a mamá, ¿verdad? —quiso saber Naira.

—Mucho —logró decir Tobías con lágrimas en los ojos—. Sus caricias, sus besos, los cuentos que nos contaba… tú eras más pequeña y quizás no la recuerdes tanto.

—Me duele no acordarme tanto como tú. Es que lo tengo todo borroso, no logro tener una imagen nítida. —Se lamentaba Naira.

Terminaron de sacar todas las cosas que había en la caja y el diario no apareció. No dejaba de lamentarse para sí Tobías. Todas sus esperanzas se habían esfumado. Había buscado por todos los rincones. Salvo que su tía no le hubiese contado la verdad y lo tuviese ella guardado, o que lo tuviese su padre y no lo quisiera mostrar. Si de

alguno de los dos dudaba, era de su padre, ya que es más introvertido que su tía. «Mi tía no me lo ocultaría», aseveraba Tobías. «Mi padre, seguramente por no hacernos sufrir…», dudaba.

Tobías conducía hacía el punto limpio. Iba callado. Estaba totalmente sumergido en sus recuerdos. Las fotografías y libros de su madre le trajeron tantos recuerdos, que evocaba su infancia en sus pensamientos.

—¿Qué piensas Tobías? —rompió el silencio Naira.

—¿Eh?... Nada —contestó Tobías como un autómata.

—Vas tan callado… algo tienes que ir pensando —insistía su hermana.

—Bueno… la verdad que ver los álbumes y los libros, me han traído muchos recuerdos. Me estaba acordando cuando alguna noche no podía dormir y me iba a buscar a mamá a su cuarto. Aunque mamá tomaba medicación para poder descansar, había noches que no lo lograba. La primera noche que me levanté fui directo a su cuarto y no estaba. ¡Papá roncaba que no veas! Me pareció escuchar hablar a alguien en el salón. Estaba cagado, pero decidí asomarme por si estaba mamá. Al llegar al quicio de la puerta, vi que la persiana del salón estaba levantada y entraba la luz de las farolas de la calle. Vi la silueta de mamá en el sofá, tumbada. En la mesita del salón tenía puesta una radio pequeña, se podía distinguir por la luz roja de encendido que tenía. La llamé: «¡Mamá!», no me contestaba, lo que hizo que me recorriese un escalofrío por todo el cuerpo, me asusté. La volví a llamar: «¡Mamá!», esta vez sí me contestó: «Tobías… cariño, qué susto me has dado, ¿Qué haces levantado?». Le dije que no podía dormir. Me dijo que me tumbase con ella en el sofá. Me tapó con su manta. Me acariciaba la cabeza y no paraba de darme besos. Me dijo que ella tampoco podía dormir y le hacía sentir bien escuchar la radio. Me habló del programa que estaba escuchando. Me decía que le encantaba escucharlo todas las noches.

—¿Cómo se llamaba el programa? —se interesó Naira.

—«Océano Pacifico», no se me olvidará nunca —le confesaba a su hermana—. Me explicó que ponían música, llamaban los oyentes, recitaban poesías… Recuerdo que la locutora ponía el sonido del mar de fondo, y entre eso y las caricias de mamá… me quedaba frito. Solo recuerdo que aparecía la mañana siguiente en mi cama.

—¡Cómo mola! ¡Qué suerte! —exclamó Naira—. No me extraña que la eches tanto de menos. Son recuerdos bonitos, pero a la vez, tristes. Ya quisiera recordar situaciones de esas con mamá… —decía con tristeza su hermana.

—También tuviste tus momentos con ella, lo que ocurre que eras más bebé que yo. De esto que te estoy hablando… no sé… tendría yo nueve o diez años… y tú tendrías cinco o seis años.

Llegaron al punto limpio y después de descargar se fueron a tomar algo a un bar que había al lado. Llamaron a su padre por si estaba la comida preparada. Les dijo que todavía le quedaba un rato, lo que hizo que se entretuvieran un poco más en el bar. Su hermana no dejaba de preguntarle cosas acerca de su infancia. No quería que parase de contarle anécdotas a ver si de esa manera lograba recordar algo. Le contó que una noche de verano, en la que hacía mucho calor, también ella estuvo en el salón con ellos escuchando el programa. Se quedaron los dos dormidos al lado de su madre. A Naira se le saltaron las lágrimas. Su hermano le dijo que podía buscar en *YouTube* el programa de radio. Él lo había buscado. «No he encontrado mucho, pero lo suficiente para trasportarme a mi infancia», le decía Tobías. De camino a casa, Tobías lo buscó en el móvil y lo fueron escuchando. Ahora sí que no hablaron en todo el camino. Tobías sumergido en sus recuerdos y Naira intentando recordar algo. Aparcaron en el garaje, y al bajarse, Naira abrazó a su hermano y le dio las gracias. Hablar de su madre en casa se había convertido en tabú. Se pasaron por el trastero para recoger la caja de los álbumes y los libros.

Su padre había estado toda la mañana preparando cocido madrileño. Todos los domingos lo comían. Su padre era ordenado, muy meticuloso. A la hora de elaborar cualquier comida, también lo era. No les importaba comer cada domingo cocido, ya que su padre lo hacía muy rico. Cuando veían el sábado por la noche los garbanzos en agua, ya sabían que el domingo no habría sorpresa. Un día su padre les explicó cómo lo hacía por si él no estaba en casa y lo querían hacer: «La noche anterior ponéis a remojo unos buenos garbanzos castellanos. Además, le ponéis un puñado de sal gorda para que al día siguiente no se encallen en la cocción —a ellos le sonaba a chino, pero no dejaban de prestar atención a su padre—. Empezaremos por poner a cocer —partiendo de agua fría— las carnes, la punta de jamón y los huesos. Durante todo el cocido, de principio a fin —hacía hincapié su padre—, retiraremos la espuma que se vaya formando con una espumadera. Asimismo, iremos incorporando agua según se vaya evaporando para que nuestro cocido no se quede seco. El fuego del cocido lo tendremos de una forma continua a media potencia. Cuando el agua empiece a hervir, añadimos los garbanzos, previamente escurridos y lavados. Desde que el agua vuelva a hervir, tardarán en estar tiernos entre dos y tres horas, hecho a fuego lento —ya sabéis que a mí me gusta hacerlos en una cazuela de manera tradicional—, recalcaba su padre. Eso sí, meted los garbanzos en una malla para poder sacarlos con facilidad al finalizar la cocción. En un puchero aparte, ponemos a cocer el repollo y en otra cacerola, cocemos chorizos y morcillas, para que no llenen de grasa nuestro caldo. Cuando el cocido esté prácticamente hecho, incorporamos las patatas

y las zanahorias peladas en el puchero del cocido. Al finalizar el proceso, sacamos las carnes y las servimos en una fuente a la que incorporamos chorizos y morcillas. Rehogamos el repollo y lo ponemos en una fuente con los garbanzos, las patatas y las zanahorias. ¿Lo tenéis claro?», les preguntaba su padre, a lo que ellos respondían: «Más o menos». «Para hacer la sopa —continuaba su padre con la lección—, colamos el caldo y añadimos los fideos cuando el caldo empiece a hervir, siendo necesarios dos o tres minutos para los fideos finos. Una vez finalizado, ya sabéis como se sirve: primero la sopa con los fideos, segundo los garbanzos y las verduras y por último las carnes y chacinas».

Al llegar a casa y previo beso de ambos a su padre, se dispusieron a ir poniendo la mesa. Mientras su padre iba siguiendo todo el ritual para servirlo a la mesa y ellos terminaban de llevar cubiertos, bebidas…, su padre les preguntó qué tal había ido la limpieza del trastero. Le contaron todo lo que habían tirado a la basura. «¿Habéis mirado bien lo que tirabais?», quiso saber su padre. «¡Claro! ¿Tenías algo importante guardado?» preguntó Naira. Su padre le dijo que no, que lo preguntaba por ellos, no fuese a ser, que tirasen algo que luego echasen de menos. También preguntó a Tobías por la caja que subió a casa. Este le dijo que eran álbumes de fotos y libros de su madre. «Ah…» se limitó a decir su padre. No mostró demasiado entusiasmo.

Durante la comida, Tobías tuvo la sensación de que su padre estaba de buen humor y era bastante receptivo. No dejaba de hablar y contestar cualquier pregunta que se le hacía. Se animó a preguntarle porque tenía los álbumes de fotos en el trastero y no en casa. Su padre le contestó que tenerlos en casa le hacía daño. Le traía muchos recuerdos, y la mejor manera de evitarlo era guardarlos en el trastero. Tobías se vio sorprendido por la sinceridad de su padre. Pensó que se andaría con rodeos y le contaría cualquier cosa que se le hubiese ocurrido en ese momento.

—Papá —quiso aprovechar Tobías la buena inercia de la conversación—, ¿el diario que tenía mamá, sabes dónde está? —quiso saber.

A su padre le costó tragar la última cucharada que se había introducido en la boca.

—¿Qué diario?» —quiso saber su hermana—. ¡Joder, siempre soy la última en enterarme de las cosas! —protestaba Naira dando tiempo a su padre a pensar una respuesta. Esta vez no contestó con la misma seguridad ni rapidez.

—¿Cómo sabes lo del diario? —le contestó su padre sorprendido.

—Me acuerdo que de pequeño la veía escribir en él —improvisó de manera rápida Tobías. No quería involucrar a su tía, ya que fue ella quien se lo dijo.

A pesar de verse sorprendido, su padre no dejaba de comer. Naira y Tobías no dejaban de mirarle esperando una respuesta. Su padre, se tomó su tiempo.

—Sé que necesitáis respuestas —logró decir al fin su padre—, yo llevo todos estos años buscándolas y no termino de encontrarlas. El diario de mamá —a Ernesto empezaba a temblarle la voz, tuvo que carraspear en un par de ocasiones—lo buscamos tu tía y yo como locos. Por más que miramos en los sitios que pensábamos que podía estar, no conseguimos encontrarlo. Llegamos a la conclusión de que se deshizo de él.

A Ernesto se le cayó alguna lágrima. Tobías le agarró la mano de manera cariñosa, Naira se levantó y le abrazó por el cuello.

—Nos hubiese gustado haberlo encontrado. Tú madre nunca me dejó verlo. Yo, por supuesto, se lo respeté. Pero tanto tu tía, como yo, pensamos que podríamos encontrar alguna respuesta. No sé si de haberlo encontrado nos hubiese aclarado algo, pero eso jamás lo sabremos —sentenció su padre.

7 - Intimidad.

Cobeña. Marzo de 1996.

Ese fin de semana iba a ser especial para Lucía y Ernesto. Estaba acabando el mes, y los padres de Lucía, cuando iba llegando la primavera, se iban algunos fines de semana al campo. Hacía unos años que se habían comprado un terreno entre los pueblos de Fuente el Saz de Jarama y Valdetorres de Jarama. Su padre, que era albañil, junto con otros compañeros de trabajo, construyó una pequeña casa de campo. Eso les permitía pasar fines de semana y veranos en la parcela. Para poder acceder a la parcela, tenían que salirse de la carretera y coger un camino de tierra de unos cuatrocientos metros. La parcela estaba completamente vallada con malla metálica y cubierta de enredaderas que les permitían tener mayor intimidad. La entrada se hacía por una puerta corredera de color verde. Tenía un acceso peatonal y de carruajes de unos veinte metros empedrados. Según se entraba en la parcela, totalmente de frente, había un parking techado para cuatro coches. A la derecha de los aparcamientos, se encontraba la casa de una sola planta. Lo primero que te recibía era un generoso porche; nada más entrar en ella, a mano derecha, se encontraba la cocina y justo enfrente, se encontraba el salón. Era de lo que más presumían sus padres. Tenía los techos altos con vigas de madera color marrón oscuro, las paredes de color blanco. Según se entraba al salón, a mano izquierda, se encontraba la chimenea. Cristóbal, el padre de Lucía, había equipado la casa con un sistema de canalización de aire caliente, lo que les permitía tener todas las estancias de la casa calientes. Si salías del salón y avanzabas por el pasillo, de un lado al otro, se disponían las tres habitaciones que tenía la casa. Al final del pasillo se encontraba un baño completo con una ventana que daba a la parte trasera de la finca. También tenían una pequeña nave con traviesas de madera natural en el techo, que lindaba con la casa. Habían montado una cocina para el verano, a la vez les servía como despensa y trastero La casa estaba decorada con los muebles más esenciales, sin dejar de perder su encanto. Enfrente de la casa, su padre había construido una pequeña piscina. «Es para que se puedan pegar un baño las niñas en verano», decía su padre. Nosotros no sabemos nadar…», haciendo referencia a su mujer y a él mismo. Le costó meterse por primera vez en la piscina, a pesar de que sus hijas le animaban todos los días. Un mes de julio después de haber estado a pleno sol cuidando la huerta que tenía, no tuvo más remedio que meterse en ella para refrescase. «¡Qué fresquita!», exclamaba su padre una vez dentro de ella. Desde entonces, casi todas las tardes se daba

un baño en la zona que no cubría. «¡Y eso que decías que era la piscina para nosotras!», le decía Lola provocando la risa de su hermana Lucía. Su madre, como si de un gato se tratara, le tenía pánico al agua. No llegó a estrenarla nunca. «¿Qué os creéis, que no tengo otra cosa que hacer? Además, no quiero coger frío en los riñones». Decía a modo de excusa para que la dejasen tranquila.

Ese fin de semana también se iba su hermana y una amiga de ella con sus padres. «He logrado convencer a mi hermana para que se vaya con mis padres», le contó Lucía a Ernesto. «Entonces, me podré quedar a dormir contigo, ¿no?», quería saber Ernesto. «Me lo pensaré», le contestó de broma Lucía. De todos los años que llevaban juntos, no habían tenido la ocasión de poderse quedar solos en casa de Lucía o en la de Ernesto.

Sus padres se fueron a las cinco y media de la tarde, y Ernesto, en cuanto le llamó Lucía, se presentó en su casa. Ernesto le tuvo que contar a sus padres, a pesar de que ya tenía una edad, que se iba de fin de semana con unos amigos, que volvería el domingo después de comer. Sus padres, como los de Lucía, eran bastante tradicionales. Estos ya conocían a Lucía y a los padres de ella, por lo que tenían que mantener las formas hasta que se casaran y se fuesen a vivir juntos. «Como le diga yo a mis padres que te vienes a casa a dormir… no vuelven a irse a la parcela», decía entre risas Lucía.

Fueron a comprar comida para el fin de semana y a alquilar unas películas al video club. No tenían pensado salir de casa de Lucía en todo el fin de semana. Era la primera vez que iban a estar en esa situación y como todavía hacía frío, qué mejor que estar en casa sin salir. Ernesto, una vez se acomodaron, no dejaba de besar y toquetear a Lucía. Estaba deseoso de hacer el amor. Lucía le decía: «Tranquilo cariño, si tenemos todo el tiempo del mundo. Después de cenar nos vamos a mi cuarto». Él le decía: «¿Por qué no cenamos ya?» Lucía se reía de sus ocurrencias. A Ernesto no le quedaba más remedio que intentar calmar su calentón.

Cuando llegó la hora de la cena, Lucía, le propuso que fuese poniendo la mesa. Ella se iba a encargar de hacer la cena, no quería que le ayudase.

—¿Qué piensas, que no sé cocinar? —le preguntó Ernesto.

—Ya sé que sabes cocinar cariño, pero me apetece cocinar para ti —contestó Lucía.

—Está bien, luego te daré yo el postre —sonreía Ernesto de manera pícara a la vez que le daba un cachete en el trasero.

—Acuérdate de poner esas dos velas que te he dejado ahí —le indicó Lucía—, y déjate de tocar tanto.

Preparó de cena: dos entrecots de ternera con salsa de roquefort, patatas fritas y pimientos del piquillo. «¡Está riquísimo! —exclamaba

Ernesto—. ¡Qué bien cocinas, cariño! Lucía no dejaba de darle las gracias. «Es lo que tú te mereces, mi vida», le decía Lucía con los ojos acuosos, lo que hizo que Ernesto se levantase y la diese un beso en la boca. «Te amo, mi vida», le decía Ernesto acariciándole la cara. Entre bocado y bocado: se miraban, se decían cuánto se querían; bromeaban, reían… Abrieron una botella de vino tinto con la sensación de que iban a dejarla casi entera, ya que ellos apenas bebían. Cuando se quisieron dar cuenta, se habían servido lo último que quedaba en la botella.

Decidieron que Ernesto fregaba la vajilla mientras Lucía recogía la mesa. Una vez que Lucía terminó de recoger todo, se acercó a él, le dijo al oído que estaba muy sexy fregando. Le besaba la oreja, le metía la lengua. «Cariño, como sigas así, no sé si voy a poder terminar de fregar», le confesaba Ernesto, que empezaba a notar cómo su pene iba despertando. Lucía pasó al cuello, le besaba y lamia con pasión. Ernesto se quedó con el plato en una mano y el estropajo en la otra como una estatua. Se dejaba llevar por los labios de Lucía. Ella le pasó las manos por el pecho deslizándolas hasta su entrepierna. Sintió el pene de Ernesto en todo su esplendor. No dejaba de mover su mano y de besarle el cuello. Le desabrochó el pantalón, le bajó la cremallera y agarró su pene con delicadeza. Los movimientos de su mano volvían loco a Ernesto, no tuvo más remedio que soltar lo que tenía entre las manos y girarse buscando la boca de Lucía. Se besaban con pasión y lujuria. Dio la vuelta a Lucía. La besaba el cuello como ella había hecho con él. Le acariciaba los pechos, los apretaba con ternura y pasión. Sentía sus pezones entre los dedos y frotaba su entrepierna con las nalgas de Lucía que se movían rítmicamente. Le quitó el jersey de cuello alto que llevaba puesto. Le bajó los tirantes del sujetador para besarle mejor los hombros y sus pechos. Lucía se giró y le hizo parar. Le bajó el pantalón con decisión y se puso de rodillas delante de él. Le acariciaba el pene sin haberle quitado todavía los calzoncillos. Le metió la mano dentro de ellos y sacó su pene para llevárselo a la boca. Esto hizo que Ernesto tuviese que apoyar las dos manos en el fregadero, no dejaba de retorcerse de placer. Lucía se sacaba y metía el pene de la boca; lo frotaba con la lengua, con la mano. Metió su mano en el bolsillo de la falda sacando una bolsita de plástico y después de abrirlo, le puso el preservativo. Ernesto estaba sorprendido de cómo Lucía había llevado la iniciativa desde el principio, no era algo común en ella. «¿Será por la botella de vino que nos hemos bebido?» No dejaba de preguntarse. «Si es así… ¡Viva el vino!» gritaba para sus adentros. Ernesto se apartó delicadamente e hizo que Lucía se incorporase. Le quitó el sujetador, la falda y las medias con las bragas. Le hizo apoyar un pie en una banqueta de la cocina. Se arrodilló delante de ella y empezó a jugar con su vulva. Esta vez la que se

apoyaba en el fregadero retorciéndose de placer, era ella. Le daba mordisquitos en los labios de la vagina y masajeaba su clítoris con la lengua. «¡Métemela, cariño!», suplicó Lucía. Ella se apoyó en el fregadero dándole la espalda. Ernesto la penetró y los movimientos fueron cogiendo velocidad. Ernesto con una mano acariciaba uno de sus pechos, con la otra no dejaba de acariciar su clítoris. Llegó primero al orgasmo Lucía, no era lo normal. La siguió Ernesto después de oír los gemidos tan largos en el tiempo, tan sensuales de Lucía.

Ernesto, después de recoger la cocina, se fue al cuarto de Lucía donde le esperaba metida en la cama. Había ambientado la habitación como hacía siempre que se disponía a escuchar su programa de radio preferido. Aunque estaba siendo una noche especial, no tenía por qué dejarlo de escuchar. ¿Con quién mejor que con Ernesto? Cuando este llegó al cuarto, vio con sus propios ojos, lo que ya le había contado en una ocasión Lucía; un pañuelo de seda naranja encima de la lámpara que había en la mesilla y la radio con poco volumen. Lo que diferenciaba esa noche a otras en las que Lucía escuchaba la radio, era: la presencia de Ernesto y que se encontraba desnuda y rodeada de pétalos de rosa, encima de la cama. Además, había un aroma intenso y sensual en su cuarto. Lucía le contó después que eran hojas de sándalo. Todas esas sensaciones que le iban entrando por la vista, el olfato y, por último, el tacto de la piel de Lucía, hicieron que la libido de Ernesto despertase de nuevo. «Tenemos tres cuartos de hora hasta que empiece el programa» le insinuó Lucía. Volvieron a hacer el amor, esta vez tomó él la iniciativa. Estaba descubriendo a una Lucía que no había terminado de conocer en ese terreno. El fin de semana estaba superando todas sus expectativas.

Las señales horarias que se escuchaban a través de la radio, indicaban que iba a dar comienzo el programa. Estaban tumbados en la cama, abrazados. La cabeza de Lucía descansaba en el pecho de Ernesto. Se acariciaban sin mediar palabra, ya se habían dicho todo con sus cuerpos. Relajados, se limitaban a escuchar la radio.

Vendrán días en que el peso
que hoy te abruma se hará liviano.

Vendrán días en que ese peso
ya no será carga sino bagaje.

Vendrán días, han de venir.
Porque un alma que alberga sentimientos viles no brilla
y un alma sin brillo
es un tiempo marchito para quien lo soporta…

Con esta canción de Manolo García, *«Vendrán días»*, comenzaba el

programa esa noche. Como era normal en la locutora, solapaba el final de la canción, con el sonido del oleaje del mar.

«¡Por fin viernes! ¿Cómo se presenta el fin de semana? —hablaba la locutora—. ¡Qué bonita es la vida! ¡Qué bonito es el amor!, ¿verdad?... Como decía Pablo Neruda: Pido silencio y solo quiero cinco cosas: Una es el amor sin fin; lo segundo ver el otoño; lo tercero es el grave invierno; en cuarto lugar el verano; la quinta cosa son tus ojos, no quiero dormir sin tus ojos, no quiero ser sin que me mires; yo cambio la primavera porque tú me sigas mirando».

Recitaba María Quirós —la locutora—, con esa voz cariñosa y susurrante que la caracterizaba. Lucía se giró para decirle algo bonito a Ernesto, pero se había quedado dormido. No quiso despertarle. Se movió de su lado con la mayor delicadeza posible y dejó que siguiese durmiendo.

Mientras le observaba no dejaba de preguntarse por qué deseaba despertarle, achucharle y decirle cuánto le quería. ¡Qué sensación maravillosamente extraña la de querer sentir el deseo irresistible de despertarle cuando está apaciguadamente durmiendo! Quería pedirle perdón por haber perdido en alguna ocasión los nervios, por haberle regalado alguna mirada dura, por haber desperdiciado momentos con él… Así es la dulce culpabilidad que habita permanentemente en el corazón de una mujer, de un hombre.

8 - Catarsis

Paracuellos de Jarama. Octubre de 2019.

Se acercaba el cumpleaños de Ernesto, habían quedado Tobías y Naira para ir a comprar el regalo de su padre. Cumplía cincuenta y un años. Desde que falleció Lucía, su esposa, no volvió a tener ninguna relación seria. Se dedicó en cuerpo y alma a sus hijos. A los cinco años de la muerte de Lucía, y después de tener que aguantar a compañeros de trabajo, amigos y familiares, se decidió a salir con alguna que otra mujer, pero no llegó a cuajar. No dejaba de compararlas con Lucía. Pensaba que no volvería a encontrar otra mujer como ella. La tenía siempre presente en su cabeza, en su corazón, en su alma. No podía olvidarla. Aunque delante de sus amigos y familiares no lo reconocía, a solas, sabía que no era sano vivir así, pero era la decisión que había tomado. Lo decía con la boca pequeña, ya que en los momentos de soledad en casa, cuando sus hijos salían de fiesta, le invadía la nostalgia. Pensaba en su futuro a corto o medio plazo y se veía solo. Aprovechaba su soledad para ponerse melancólico y echar alguna que otra lágrima recordando tiempos mejores. Su pasión por la cocina, le animó a apuntarse a un curso por las tardes. Iba dos días por semana. Las dos horas que pasaba en la clase, le servían para evadirse de todo. Solía ir en bicicleta a la escuela de cocina, ya que era otra de sus pasiones. Cuando no tenía que ir a las clases, se hacía largas caminatas por los caminos que rodeaban el pueblo o cogía el mayor tramo de carril bici para hacer algo de ejercicio. También le gustaba jugar al mus. Los fines de semana se iba al bar donde acostumbraba a jugar al mus y pasar la tarde. Cada vez lo hacía con menos frecuencia. Entre los enfados que algunos cogían cuando perdían y lo pesados que se ponían alguno de ellos porque se echase pareja, empezó a dejar de ir. Prefería estar paseando o poniendo a prueba su aprendizaje culinario. Se ponía música mientras cocinaba rodeado de libros de recetas o con la *tablet* que le habían regalado el año anterior su cuñada e hijos. Siempre buscaba algún video tutorial donde poder ir siguiendo los pasos de algún plato nuevo.

Este año celebrarían su cumpleaños en la parcela que tenían sus suegros. Al fallecer estos y Lucía, pasó a manos de su cuñada, Tobías y Naira. Les costó volver a la casa de la parcela, ya que fue allí donde Lucía se había suicidado. Sus suegros fueron los que se encontraron con el cuerpo de Lucía colgado en la nave que colindaba con la casa. Cuando le avisaron a él y quiso llegar, el cuerpo estaba en el suelo tapado. La nave estaba ocupada por la policía y el forense de guardia. Lola, su cuñada, cuando pudo ver a su hermana, fue en el tanatorio.

Sus hijos, al ser pequeños, fueron ajenos a todo lo ocurrido. Como suele ocurrir en la vida: el tiempo y rodearte de tus seres queridos, hace que una persona aprenda a vivir con su dolor, a continuar hacia adelante. No había sido fácil, pero por sus hijos, tenía que volver a la normalidad. De nada servía lamentarse, tenía dos niños pequeños que sacar adelante. Eran su vida, lo único por lo que merecía la pena seguir viviendo. Intentó por todos los medios que sus hijos no supieran como había sido el fallecimiento de su madre, pero el comportamiento de muchas personas dejaba que desear. Cuando no era el, o, la alcahueta de turno, era la crueldad de algún niño lo que hacía que llegase a oídos de Tobías cómo había muerto su madre. Naira al ser la más pequeña, no era lo suficientemente consciente de todo lo ocurrido. Ernesto, no podía manejar todas esas situaciones. Entre mentiras o medias verdades, Ernesto estuvo manejando el normal crecimiento de sus hijos. Cuando ya estos se hicieron mayores, no dejaban de insistir a su padre de que querían saber la verdad. No tuvo más remedio que hacerlo. Fue uno de los momentos más duros para él. No entró en demasiados detalles, su pretensión era hacerles el menos daño posible. Aunque quisiera explicarlo mejor, no podía. «¿Cómo explicas a tus hijos el suicidio de su madre? ¡Si ni siquiera logro entenderlo yo!», se decía Ernesto después de hablar con ellos.

Llegó el día de la celebración, Ernesto con sus dos hijos se fueron a la parcela para organizar todos los preparativos hasta que llegasen los invitados. Desde que falleció Lucía, solo lo había celebrado un año, el anterior. Empezó a encontrarse con ánimo de nuevo. Su cuñada Lola y su marido, sus dos hermanos —con sus dos hijos cada uno y sus respectivas mujeres—, su madre, Tobías y Naira, era los invitados al cumpleaños. Estuvo una semana pensando el menú que les iba a preparar. Quería poner en práctica lo aprendido en las clases de cocina.

—¿Qué vas a preparar, papá? —quiso saber Naira.

—Mi idea es hacer carne al horno. He comprado dos piezas de redondo de ternera de 1,5Kg cada uno, espero que haya para todos. La preparación lleva su tiempo, por eso nos hemos venido tan pronto.

—Que ganas de complicarte, papá. Siendo tantos, podíamos haber hecho una barbacoa… a todo el mundo le gusta —protestaba Tobías.

—Ya sabes como soy, hijo. Me gusta que se queden satisfechos —se justificaba Ernesto.

Se pusieron manos a la obra. Naira y Tobías, aceptaron el rol de «pinches de cocina». Todo lo que les mandaba su padre, lo iban haciendo lo mejor que podían, siempre bajo la supervisión del «jefe de cocina», Ernesto. «Peláis las patatas, las cebollas y junto con la sal y el tomillo, lo mezcláis en este bol», ordenaba Ernesto. Él se encargaría de preparar la carne. También se encargó de echar en un mortero: sal,

ajo, pimienta negra, tomillo y aceite de oliva. Una vez terminada la mezcla, la untó en el redondo. Fue precalentando el horno durante diez minutos, para luego meter la carne. Trabajaban como un verdadero equipo. «¿Queréis preparar la crema de pimientos?», les propuso Ernesto a sus hijos. No se negaron. Estaban totalmente metidos en su papel de «pinches». Les estaba gustando su nueva experiencia. Mientras Tobías pelaba las cebollas y las cortaba en juliana fina como le había dicho su padre, Naira se encargaba de lavar los pimientos y cortarlos en trocitos pequeños. También lavó los tomates y los peló para luego triturarlos. «Cuando lo tengáis listo, me lo acercáis para pocharlo en la sartén», ordenaba su padre sin dejar de mirar su cuaderno de notas. Estaba cada uno tan metido en su papel, que no hablaban nada que no tuviese que ver con la comida que estaban preparando. «Bueno, el resto del trabajo queda para el horno», comentó su padre una vez introdujo la carne dentro. «Nos merecemos un descanso y tomar algo, ¿no?», quiso saber Naira mirando a su padre y hermano respectivamente. Tanto uno como otro, dieron su visto bueno.

—Papá, ¿ese radiocasete, funciona todavía? —se interesó Tobías mientras tomaban algo alrededor de la mesa de cocina.

—¡Claro!, tiene sus años, pero está como nuevo. —aseguró su padre mientras se levantaba para ponerlo en marcha.

Una vez lo puso en funcionamiento, sus hijos se pusieron a aplaudir, a lo que su padre les contestó: «que cachondos…», provocando la risa de los tres.

—Sé que hoy es un día de celebración, un día para estar felices, pero quiero que escuchéis algo que os tenía que haber puesto antes, es una sorpresa. Algo que nos hará ponernos tristes, pero bueno… —no supo más que decir.

Naira y Tobías se quedaron boquiabiertos, no supieron que decir. No dejaron de seguir con la mirada cada paso que daba su padre, solo interrumpidas cuando se miraban entre ellos con cara de sorpresa. Ernesto había ido a por su cazadora al salón, ya que en ella tenía las llaves del coche. Cuando volvió a la nave, les dijo que esperasen que iba al coche a coger algo. Se levantaron de sus sillas y desde el quicio de la puerta, observaban todo lo que hacía su padre. Cuando su padre se dio la vuelta y vio a los dos en la puerta, le provocó risa y ternura a la vez. Les dijo: «Estáis impacientes, ¿eh?».

Les animó a entrar dentro y que se sentaran. Llevaba una casete en la mano. Necesitaba demostrar a sus hijos lo mucho que quería a su madre y lo que les quería a ellos. Quería compartir con ellos esos momentos tan felices que vivió con Lucía. No entendía porque no lo había hecho unos años antes. Tobías y Naira se lo merecían. Mientras lo introducía en la pletina les fue contando el origen del casete:

—No sé si en alguna ocasión os he hablado de un programa de radio que escuchaba mamá por las noches…bueno…yo también me llegué a aficionar… —Se giró esperando una respuesta.

—No has llegado a contárnoslo, pero yo recuerdo alguna de las noches que no podía dormir, que me iba al salón con ella y lo estaba escuchando —le respondió Tobías.

—A mí me lo ha contado Tobías. —decía Naira resignada.

Ernesto cogió una silla y se sentó al lado del radiocasete mientras seguía contándoles la historia. Tobías y Naira quedaron frente a su padre y el radiocasete. Ernesto sin dejar de mirarlos siguió con su explicación:

—Está casete la grabó mamá unos meses antes de casarnos. Llamó al programa para dedicarme una poesía y unas palabras muy bonitas —empezaba a quebrársele la voz.

Decidió poner la casete y dejar de hablar.

«Hola, soy una compañera de travesía desde hace muchos años. Una asidua navegante. Mi nombre es Lucía, y quería dedicarle esta poesía a mi novio Ernesto, al que quiero más que a nadie. Va por ti cariño, te amo.

Por ti mis días tienen distinto contenido.
Por ti cada mañana me levanto
para vivir junto a ti, vida mía.
Eres tú quién mantiene encendida
la llama de mí vida.
Por ti vuelan mis ojos por el aire.
Por ti espero emocionada cada mañana.
Por tus manos benditas,
por tu presencia en mí pena,
por ser peregrino de mi vida,
te debo tanto amor, te debo tanto…

Ernesto paró la cinta con lágrimas en los ojos. Naira se levantó como un resorte y fue a abrazar a su padre que no se movía de la silla con la cabeza gacha y los brazos apoyados en sus piernas. Tobías lo hizo más lentamente mientras se iba secando con las manos las lágrimas. Entrelazaron sus brazos los tres, estuvieron un largo rato abrazados. Ernesto puso el casete a modo de catarsis, de liberación personal. Después de tantos años, algo en su interior estaba cambiando.

—Gracias por hacer de padre y madre todos estos años… estamos muy orgullosos de ti, se animó a decir Tobías, uniéndose a sus palabras, Naira.

—Gracias a vosotros por ser mis hijos…por respetar mí silencio, mi dolor. No estaba preparado para contaros todo lo relacionado con

mamá… perdonadme.

A pesar de que en el ambiente flotaba: el dolor, la nostalgia y preguntas sin respuestas, les vino muy bien el paso que había dado su padre. Se pusieron de nuevo con todos los preparativos esperando la llegada del resto de familiares. Tobías se vio tentado de hacer alguna que otra pregunta a su padre, la desechó. Ya habían tenido suficiente por hoy. Seguía dándole vueltas al diario de su madre.

—Fue aquí donde tu madre se suicidó —soltó Ernesto sin mediar pregunta. Sus hijos le miraban sorprendidos, sin dejar de pestañear—. Vuestros abuelos fueron los que se encontraron el cuerpo colgado de vuestra madre en esa viga —señalaba Ernesto con su mano—, pobrecillos… Es lo peor que te puede pasar, encontrarte a un hijo tuyo en esa situación.

Naira y Tobías no dejaban de mirar la viga de madera que les había indicado su padre. Parecían abducidos.

—Aquí también buscasteis el diario de mamá, ¿no? —aprovechó Tobías para preguntar a su padre y romper el silencio que se había apoderado de ellos.

—Sí, tampoco encontramos nada. Como no lo enterrase en alguna zona de la parcela…

—A lo mejor se le ocurrió eso —dudó Naira.

—No lo sé hija, pero no te vas a poner a levantar toda la parcela… Yo sigo pensando que mamá se deshizo de él —aseveró Ernesto.

Sonó la bocina de un coche, llegaban los primeros invitados. Decidieron dejar el tema para otro momento, ahora tocaba pasarlo bien en familia. Tobías no dejaba de darle vueltas a todo lo que estaban viviendo esa mañana. Sus pesadillas tampoco habían cesado, además sentía cosas que nunca le habían pasado. Al ver cómo su padre se había sincerado con ellos, se sentía obligado a contarle lo que le estaba ocurriendo, estuvo a punto, pero el inoportuno pitido del coche, hizo que postergase su confesión para otra ocasión.

Hace dos noches, Tobías, mientras dormía, sintió como si una corriente de frío polar recorriese su cama. Palpo a oscuras por si estaba desarropado y noto como si alguien se levantase de su cama, lo que hizo que encendiese la luz de manera precipitada. El escalofrío que le recorrió desde la cabeza hasta los pies esta vez, no fue de frío, sino de miedo. Estaba asustado porque no dudaba de lo que había sentido. De manera instintiva se bajó de la cama y miro debajo de esta por si había alguien. Después abrió las puertas de su armario empotrado. «¿Qué estoy haciendo?», se reprochaba. El corazón seguía latiéndole a toda velocidad. Quería beber un vaso de agua pero no se atrevía a ir a la cocina. Estaba asustado. Encendió la luz del pasillo y se decidió a ir a beber agua. No dejaba de mirar de un lado a otro,

tenía el presentimiento de que había alguien en la casa. Se asomó a la habitación de su hermana y esta dormía. Hizo lo mismo con su padre. Se arrepintió al abrir la puerta, ya que su padre roncaba como un «león», lo que hizo que se asustase más. Comprobó que ni su padre ni su hermana habían estado en su cuarto. Tampoco había nadie extraño, ¿quién habría sido? Pensaba que se estaba volviendo loco. Este era uno de los motivos por los que no se atrevía a contar lo que le estaba sucediendo a nadie. ¿Le creerían?

9 - Ilusión

Paracuellos de Jarama. Abril de 1996.

Ernesto y Lucía recogieron las llaves del piso que habían comprado, lo estaban deseando. Al ser viernes, tenían todo el fin de semana para limpiar e ir organizando cosas. Como ya sabían el día que les daban las llaves, fueron pidiendo muebles para que se los fuesen llevando y así ir preparando la casa. Con la ayuda de la familia —cada miembro se encargó de limpiar una estancia diferente del piso— se dejó el piso casi preparado. «¡Menos mal que no os vais a venir a vivir todavía!», protestaba Lola, la hermana de Lucía, con la celeridad que hicieron todo. «Es una pena que lo tengáis casi montado y no poder disfrutarlo. Bueno… me imagino que le sacareis provecho los fines de semana, ¿no?», le decía su hermano a Ernesto guiñándole un ojo y dándole una palmada en la espalda. Con lo tradicionales que eran sus padres, no querían que se fuesen a vivir juntos sin estar casados. La boda iba a ser en marzo del año siguiente. «Si le digo a mis padres, que nos vamos a vivir en pecado…», resoplaba Lucía, a lo que Ernesto contestó: «Díselo a los míos…»

Estuvieron liados con el piso durante quince días más, ya que les faltaba algún electrodoméstico, mueble para el salón y pequeños detalles. Como ya predijo el hermano de Ernesto, los fines de semana, sin saberlo sus padres, lo pasaban en el piso. Regresaban a sus respectivas casas por las noches para no levantar sospechas. Ya no tenían que ir buscando algún lugar oscuro y solitario. Ya no tenían que hacer el amor de manera incomoda en el coche, ni pasar frio. Ya tenían su propia casa. Apenas salían ya con los amigos los fines de semana, se quedaban en su casa viendo películas y pasando todo el tiempo que podían juntos.

Ernesto enseño la casa a sus amigos. Pasaron la tarde tomando unas cervezas y viendo el fútbol. Lucía, por su parte, se la mostró a los suyos otro día. A Ernesto no le caía bien algún que otro amigo de Lucía, prefirió que cada uno se la enseñara a sus amigos en días diferentes. Los que peor le caían eran: Luis y Antonio. Este último le daba lástima, ya que se dejaba llevar por Luis, no tenía personalidad. Ángel, que era otro de los amigos de Lucía, era mejor persona, pero en ocasiones, también se dejaba llevar por lo que decían los otros dos. Tanto Antonio como Ángel, eran los típicos chavales que no supieron coger el tren de los amigos deseables y se tuvieron que conformar con Luis. Cuando Ernesto y Lucía quedaban con los amigos de ella, Luis y Antonio se comportaban como auténticos capullos, sobre todo con Ernesto. «No te preocupes cariño, no son malos chavales», intentaba

tranquilizarle Lucía. Ernesto no lo tenía tan claro, pero por no discutir con Lucía, lo dejaba estar. Él pensaba que a Luis le gustaba de siempre Lucía y, al estar con él, cada vez que tenía ocasión, se dejaba llevar por los celos atacándole constantemente. A Ernesto le gustaba montar en bici, a los otros ir de caza, lo que hacía que tuviesen encontronazos cada vez que salía el tema. Los cazadores protestaban diciendo que los ciclistas eran un incordio por los caminos que iban; los ciclistas que los cazadores se creían dueños del campo. Ernesto, normalmente evitaba discutir, lo hacía por Lucía, pero últimamente ya le daba igual. No soportaba a Antonio ni a Luis, a este último ya no le tragaba. No le gustaba su actitud chulesca ni su comportamiento machista con las mujeres. Intentaba tener conversaciones distintas con el resto del grupo, pero no siempre lo conseguía. Una noche que estaba el grupo reunido en un bar de copas, la conversación giraba en torno a los ciclistas, para no variar. Daba la sensación de querer buscar el enfado de Ernesto. En esta ocasión, si la intención de Luis era enfadarle, lo consiguió al decir:

—Ya podéis tener cuidado tú y tus amigos cuando paséis cerca del coto con las bicicletas, no sea que se escape algún tiro —«disparó» por su boca Luis.

—¡Pedazo de mierda! ¿Me estas amenazando! —Ernesto, que no se pudo contener, se levantó de la silla en la que estaba sentado desafiando a Luis. Hizo que el resto de los acompañantes también lo hiciesen.

—Parece que se ha picado «Induráin» —dijo de manera despectiva Luis sin borrársele de la cara la sonrisa cínica que todavía mantenía.

—Pero que gilipollas eres…aquí te quedas, no te aguanto más. Tú haz lo que quieras Lucía, pero yo me voy —aseveró Ernesto.

—¡Joder Luis!... si no sueltas por esa boquita una de las tuyas, no te quedas tranquilo. Ahora sí que te has pasado —le decía Lucía mientras iba detrás de Ernesto.

—Pobrecito... ¡Anda sí, ve detrás de él como un corderito! —contestó Luis con el mismo tono chulesco.

Desde esa noche, las cosas con Luis no volvieron a ser iguales. Seguían quedando con los amigos de Lucía, pero intentaban evitar que estuviese Luis para evitar confrontación alguna. Si se le encontraba por la calle e iba Ernesto solo, no se saludaban, no así Lucía, que a pesar de todo, no le retiró la palabra. Si iba con Ernesto, se limitaba a decir hola o adiós; si iba ella sola, podían mantener una pequeña conversación. Ernesto en ningún momento le dijo a Lucía que dejase de hablarle, respetaba que siguiese hablándose con él, pero que también le respetara a él si no quería hablar a Luis. Lucía siempre dio la cara por Ernesto, se lo hizo saber también a Luis, a pesar de que este no lo entendiese. A raíz de esta discusión y, de que ya tenían su

casa, cada vez quedaban menos con los amigos de Lucía. En numerosas ocasiones, Ernesto le decía a Lucía que quedase con ellos primero si le apetecía y luego ya se veían ellos. Así empezaron a hacerlo.

Ernesto la esperaba en otro sitio con los amigos de este, o en el piso. Lo sentía por Lucía, pero a la vez temía que las cosas empeorasen y pudiesen llegar a las manos.

Luis, «el petas». Le llamaban así los de su generación. Las demás personas, le llamaban el hijo del «bujías», ya que su padre era mecánico. Era el pequeño de la familia. Tenía un hermano cinco años mayor que él, Jacinto. No tenía nada que ver con él. Jacinto se sacó la carrera de derecho y siempre había sido un chaval bueno y educado, todo lo contrario que Luis. Era raro el día que no llamaban a sus padres del colegio. Se sacó el graduado escolar a duras penas. Dejó los estudios y se puso a trabajar en el taller mecánico que tenía su padre. No se llevaba muy bien con su hermano, ya que Jacinto le reprochaba constantemente su comportamiento. «Le consentís todo lo que el niño quiere, puede que algún día os arrepintáis», le decía Jacinto a sus padres. Cuando no tenía algún problema con el coche, lo tenía con algún vecino o cazador. Era el ojo derecho de su padre. Lo cierto que era el que más se parecía a su progenitor. Eran igual de chulos, fanfarrones y machistas. Todo lo contrario que su madre y hermano, que eran dos personas sociables y educadas. No tenía grandes amistades, a los únicos que podía considerar amigos eran a Antonio y a Ángel. Este último, quizás por miedo a recibir represalias por parte de Luis y que no tenía mucha personalidad, se iba con ellos. En lo físico era un chico normal, tirando a obeso. Llevaba dos años con una chica, Juana. La trataba con menosprecio sin recibir quejas por parte de ella. Todo el mundo se daba cuenta de su comportamiento, algunos de los más cercanos, se lo reprochaban, pero a Luis le daba igual. Se defendía diciendo que él era el hombre y era el que mandaba. Juana, que tampoco tenía muchas luces, terminó por aceptar su papel y tomárselo a risa. Se comportaba de manera autoritaria con ella, la única verdad que existía era la suya. La criticaba y machacaba emocionalmente con alguna de las debilidades de ella o se las inventaba. Su única intención era tenerla sometida. No dudaba en hacer cualquier comentario, siempre vulgar y obsceno hacía cualquier chica guapa con la que se encontraba aun estando ella delante. Algunas de las personas que les conocían, pensaban que seguramente hasta la pegaría. Algunos, entre ellos Lucía, decían que estas personas exageraban. Era tan buena, que no quería ver cómo era su amigo. Estaba de acuerdo en lo de machista, pero llegar a pegar a Juana… Se conocían desde niños e intentaba ayudarle en el colegio. A los padres

de Lucía no les hacía gracia que su hija siguiese siendo amiga de él. «Ese chico no es trigo limpio, hija», le decían sus padres. Lucía siempre les respondía igual: «No es mala persona, tiene mala fama, solo es eso».

Antonio, «Mortadelo». Le llamaban así por su delgadez y las gafas que llevaba. Era el mayor de tres hijos. Tenía dos hermanas más pequeñas que él. Logró sacarse el graduado escolar y estudiar administrativo. Académicamente estaba más preparado que Luis, pero tenía menos picardía, pericia y maldad que él. Al igual que los padres de Lucía, los padres de Antonio, no terminaban de entender cómo podía seguir siendo amigo de Luis. Por culpa de él, se había metido en algún que otro lio de los que pudo salir indemne. Parecía mentira que teniendo dos hermanas, se comportase como un auténtico machista. Su familia pensaba que era por la amistad que le unía a Luis. Parecían uña y mugre.

Ángel, «el sopitas». Le llamaban así, porque cada vez que iba su madre al colegio a recogerlo cuando era pequeño, decía: «Te ha hecho mamá una sopita más rica…». Después, cuando empezó a ejercer su profesión de electricista, le empezaron a llamar «el chispas». Era el tercero de cuatro hermanos. Todos chicos. Había sido buen estudiante, resultado de ello fue el título de electricista que había conseguido. Trabajaba en una multinacional del sector. Era el más introvertido y mejor persona de los tres. No era de los chavales populares del colegio, todo lo contrario, era la diana perfecta de los ataques del resto de compañeros. Solo por ser buen estudiante, sufría constantemente las bromas de los demás, hasta que se unió a Luis y a Antonio, que se convirtieron en sus guardaespaldas. Quizás este era uno de los motivos por lo que seguía siendo amigo de ellos, sentía que estaba en deuda con ellos, sobre todo con Luis que era el que más le defendía. Hasta hacerse amigo de ellos, era un chaval solitario que apenas salía de casa. Lo único que les podía agradecer —aparte de defenderle en el instituto— era el sentirse integrado con el resto de amigos y empezar a relacionarse con chicas. En ocasiones sentía que estaba pagando un alto peaje al seguir siendo amigo de ellos, ya que cada vez que hacían algún comentario, o tenían una actitud que a él y el resto del grupo no le parecía apropiada, le hacían sentir vergüenza.

Begoña, «la gamba», en su época escolar la llamaban así porque era una chica voluptuosa, tenía mucho pecho y buenas caderas. Se le podía aprovechar todo menos la cabeza, ya que era poco agraciada. Después, cuando se casó con «el chispas», pasaron a llamarla «la voltios». Era una buena amiga de Lucía, al menos eso creía Lucía. Tenía un hermano dos años menor que ella. Dejó el instituto por la mitad, pensó que no valía para estudiar, quizás la única vez que hizo algo sensato. Tuvo la fortuna de entrar en el ayuntamiento de

limpiadora. Era la típica persona con incontinencia verbal. Al principio te parecen de lo más simpático, buenos conversadores y con una personalidad atrayente. Sin embargo, según se les va conociendo, te resultan las personas más pesadas del mundo. Hablaba por hablar, tomaba el protagonismo de las conversaciones sin ser consciente de lo que decía. Le gustaba ir siempre con escotes y minifaldas. Sabía sacar provecho del buen cuerpo que tenía en ese momento. A pesar de todo esto —como ocurría con Luis— Lucía la seguía considerando amiga y la tenía cariño.

Había un par de chicas y un chico más en el grupo, pero estos cuatro eran los que más relación tenían entre sí. Ernesto entendía que tenía que aceptar a los amigos de Lucía, pero lo que no entendía, era cómo podía tener esa clase de amigos con lo que ella valía. Cómo no podía darse cuenta de los «personajes» que la rodeaban. Todas esas malas cualidades que él veía, Lucía no las quería ver. El incidente que tuvo Ernesto con Luis, hizo que Lucía abriese más los ojos, ya «no perdía el culo» por estar con sus amigos como antes. A Ernesto le gustaba más estar los dos solos, si era con amigos, prefería que Lucía quedase con las compañeras del trabajo y sus respectivas parejas, ya que eran más agradables y maduros. Aunque en algunas cosas no coincidía con ellos, ya que los chicos, en ocasiones, tenían comportamientos con sus parejas que no le gustaban y con los que no estaba de acuerdo, se sentía mejor que con los otros amigos de Lucía.

Era una sociedad machista. Esa generación como las anteriores, se habían educado en el «patriarcado». Se daba por sentado que el peso de la casa y la familia lo tenía que llevar la mujer, y el hombre era el que se encargaba de trabajar. Aunque la mujer se iba incorporando al ámbito laboral en mayor número, en la cuestión familiar y doméstica, seguía cargando con toda la responsabilidad. Estos roles se sostienen y perpetúan gracias al soporte de la sociedad: el estado, la justicia, las leyes y normas, las costumbres, las creencias…

10 - Malditas pesadillas

Paracuellos de Jarama. Septiembre de 2019.

Tobías empezaba a preocuparse por los sueños y sensaciones que tenía casi a diario. No encontraba ninguna explicación a lo que le estaba ocurriendo. Aunque había sido educado en la religión católica, no era demasiado creyente. Tampoco creía en fenómenos paranormales. En alguna ocasión había oído hablar de ellos sin darle demasiada importancia, era bastante escéptico.

Esa noche tenía concierto con su grupo y decidió no salir por la tarde de su casa. Se dedicó a buscar en internet todo lo relativo a lo que le estaba ocurriendo. Salió de la cocina con un refresco dirección a su cuarto. Según iba por el pasillo, le vino el olor de un perfume, el de su madre. Se quedó paralizado. «Joder, lo que me faltaba», se decía sin ser capaz de moverse del lugar donde se había quedado parado. Logró recomponerse e ir con más decisión todavía a su ordenador a buscar información.

Existen muchas creencias alrededor del mundo sobre qué pasa con las personas después de su muerte y dónde van todos aquellos que ya no están con nosotros en este mundo físico. Tobías, como la mayoría de personas, no terminaba de tener claro que es lo que pasa con nosotros después de la muerte. Para los creyentes su alma irá al cielo, al paraíso. «Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio», Hebreos 9.27». «¿Después de morir tienes que pasar por un juicio?», se preguntaba Tobías. «O sea, que según los creyentes, tú espíritu va al mundo de los espíritus y este se divide en: paraíso espiritual donde van los que se han portado bien —según la doctrina religiosa— y prisión espiritual donde van los que no se han portado bien, según ellos, o mejor dicho, su Dios». Hablaba en voz alta Tobías. «No me extraña que las personas tengamos miedo a morir, si el día del juicio no tienes un buen abogado…», tiraba de sarcasmo Tobías. Como era algo que no le convencía, optó por seguir buscando. Dio con un artículo que hablaba sobre las apariciones o sensaciones parecidas a las que él había experimentado. En él se decía que la consecuencia de las apariciones o sensaciones extrañas que una persona presiente, podían ser porque ese espíritu quiere dar instrucciones a un ser querido sobre: lo que está haciendo mal, advertir de posibles problemas o reconciliarse con esa persona. Era normal lo que sentía Tobías después de sus sueños o presencias: miedo, sentirse paralizado, falta de oxígeno, escalofríos…

El artículo que más le llamó la atención se titulaba: «La doctora que no cree en la muerte: “Hay cosas que no se pueden explicar por la

ciencia objetiva"». La doctora Luján Comas, licenciada en medicina y cirugía, es médico especialista en anestesia y reanimación. Durante más de treinta y cuatro años ejerciendo su profesión y el diagnostico de una enfermedad terminal a su marido, hace que se cuestione la visión tradicional de la muerte. Según la doctora, la consciencia sería una energía que no se crea ni se destruye, sino que se transforma y perdura. Debido a su especialidad había reanimado muchos paros cardiacos y había asistido a operaciones muy graves. Dedicó mucho tiempo a investigar las ECM —experiencias cercanas a la muerte— y llegó a la conclusión de que la consciencia no es un producto de nuestro cerebro, sino que utiliza a nuestro cerebro. Pensaba que las unidades más pequeñas de las células, actúan como canales para la transferencia de información cuántica responsable de la consciencia.

A Tobías, algunas de las palabras utilizadas por la doctora le sonaban a chino. Pero lo esencial, lo que quería transmitir la doctora, lo entendía a la perfección. «Está claro, cuando morimos el contenido de esas micro células vuelve a esa consciencia cuántica que está conectada a todo», reflexionaba en alto Tobías. Entre lo que había leído anteriormente
—aunque no lo compartiese mucho— y este último artículo, se preguntaba: «¿Por qué no puede estar mi madre mandándome señales?». Le hacía albergar esperanzas y dejar de creer que estaba sugestionado u obsesionado con el fallecimiento de su madre. También le gustó la frase que dejó la doctora al finalizar el artículo: «si entendiésemos que no existe la muerte, no tendríamos miedo y viviríamos de otra manera». Tenía claro que la muerte física existía, ya que su madre no estaba presente, pero lo que le generaba muchas dudas era todo lo que había estado leyendo. ¿Habrá espíritus cerca de nosotros? ¿O quizás, otras energías?

Lo cierto es que, a pesar de tantas dudas, la creencia que tenía acerca de lo que estaba viviendo en los últimos meses había cobrado fuerza; su madre se estaba poniendo en contacto con él.

Miró su reloj.

—¡Joder, se me ha echado el tiempo encima!

Apenas tenía hora y media para ducharse, vestirse y pasar a recoger a sus compañeros de grupo. Estaba deseando acabar la carrera para disponer de más tiempo libre; entre los estudios, el trabajo, los ensayos y los conciertos, no podía descansar todo lo que quisiera. En cierto modo, estaba agradecido de tener la mayor parte del tiempo ocupado, por lo menos no le daba tantas vueltas a la cabeza.

Subido en su furgoneta, ya iba en «modo» concierto. Le gustaba repasar mentalmente todo lo que tenía que hacer hasta comenzar la actuación. Iba recogiendo uno a uno a los componentes del grupo.

Marcos, moreno de pelo corto, prácticamente rapado. Los brazos

llenos de tatuajes y dilataciones en cada una de sus orejas. Era al primero que recogía. Aunque no le vieses entrar en la furgoneta o en cualquier otro sitio, podías saber si estaba por el olor que desprendía. Bajaba al súper que tenía al lado de casa y en la sección de perfumería, cogía el que le parecía y no dejaba una parte de su cuerpo sin rociar. Es el batería del grupo.

Álvaro, pelo moreno, degradado de los lados con la parte de arriba más larga y peinado hacía un lado. Barba descuidada. Un metro ochenta de fibra y músculos. Le gusta ir al gimnasio tanto como tocar la guitarra eléctrica. Comparte con Tobías el ser vocal del grupo.

Eduardo, media melena de color castaño claro y lacio. Es el último en recoger, el más alto. Un metro y noventa centímetros de huesos e inexpresión. Cada vez que iba a subir a la furgoneta sus compañeros le decían: «¡Cuidado con la cabeza!», casi nunca terminaban la frase, ya que Eduardo se les adelantaba dándose un buen golpe en la parte alta de la cabeza. Aparte de desaborido, también era despistado. Es el bajista del grupo.

Después de cada saludo protocolario, preguntaba a cada componente si tenían alguna duda acerca de los temas que iban a tocar esa noche. Durante el trayecto y el montaje del escenario, terminaban de aclarar posibles dudas. Tobías era muy perfeccionista y meticuloso, no le gustaba dejar nada al azar. Sus compañeros también lo eran, no tanto como él, pero parecían auténticos profesionales.

Esa noche empezaron la actuación con el tema «Runaway» de Bon Jovi, la primera canción con la que se dio a conocer Bon Jovi incluida en su primer disco. Una canción cañera que hacía que el público no dejase de moverse y cargara las pilas. El siguiente tema fue: «Lest´s get rocked» de Def Leppard; continuaron con «Rock you like a hurricance» de Scorpions y «Run to the hills» de Iron Maiden. Después de haber tocado estos cuatro temas más cañeros, pasaron a tocar dos baladas en acústico: «Carrie» de Europe y «More than words» de Extreme. A pesar de estar metido en su papel, Tobías, se percató de que una chica que había entre el público no dejaba de mirarle diferente a como lo hacían las demás personas del público. Cuando intercambiaban la mirada, esta le sonreía, y Tobías, por no ser borde, le devolvía la sonrisa. Desde el escenario y la poca luz que había, le pareció ser una chica atractiva.

Desde que formaron el grupo e iban a actuar a los garitos, Tobías empezó a tener más éxito todavía con las chicas. En su época escolar como en la universitaria, no tenía problemas para ligar. Era un chaval moreno de pelo corto, un metro ochenta de estatura y los ojos verdes como su madre. A pesar de tener un buen físico, no se lo tenía creído, es más, le molestaba que le dijesen que era guaperas o un ligón. Estuvo con un par de chicas, nada serio. Estaba centrado en sus

estudios, el trabajo y su grupo de música.

Acabaron el concierto con: «I don´t want to miss a thing» de Aerosmith, «Nothing else matters» de Metallica y «Sweet child o´mine» de Guns and Roses, con la que ponía el colofón al concierto. Eran una banda que gustaba bastante a los asiduos a locales de música. Se notaba que todos ellos eran estudiantes de música, ya que era un sonido de calidad. El público les despidió con un sonoro y caluroso aplauso.

Después de recoger todos sus instrumentos se dirigieron a la barra a tomar algo. Llevaban un rato charlando y bebiendo, cuando se les acercaron un grupo de cinco chicas para saludarlos y conocerlos. Tobías estaba de espaldas y no las vio llegar. Al girarse se dio cuenta que en el grupo se encontraba la chica con la que había estado intercambiando miradas. «Joder, es más guapa de lo que yo pensaba», se decía Tobías sin dejar de sonreírla mientras la miraba. Después de las presentaciones, decidieron coger unas mesas que se habían quedado libres y tomar algo todos juntos. Se sentaron uno junto al otro.

—Perdona, ¿cómo me habías dicho que te llamabas? —quiso saber Tobías algo avergonzado.

—Natalia. Que pronto te has olvidado de mí nombre —contestó con una sonrisa pícara.

—Perdóname, es que después de actuar, tardo un rato en poner los pies en la tierra. Ya verás cómo ya no se me olvida… y menos una cara tan bonita.

—No es necesario mentir para salir del jardín en el que te has metido.

Tobías la había seguido con la mirada cuando se dirigieron a la mesa a sentarse como el escáner de un aeropuerto hace con los pasajeros. Iba con un top negro escotado y ajustado, al igual que una minifalda de las que te quita el hipo. Era una mujer exuberante, seductora. Pero no solo seducía por su forma de vestir, también lo hacía por su forma de andar, de sonreír, de hablar… Era una mujer con las suficientes armas como para seducir a un hombre. Aunque hubiese estado en pijama, hubiese dejado con la boca abierta a cualquier hombre.

Natalia seguía la conversación con atención, respondiendo no solamente con palabras sino con expresiones de sorpresa, admiración, complicidad… Le demostraba a Tobías cada vez que le hablaba, que era una mujer: segura, con carácter y con sentido del humor. No estaba acostumbrado a estar con una «mujer» en esa situación. Le tenía ganado con la boca, la mirada, sus gestos y expresiones.

—Perdona que te haga una pregunta —titubeaba Tobías—, sé que a las mujeres no os gusta o que no es apropiado, ¿cuántos años tienes?

—por fin se atrevió a preguntar.

—A mí no me molesta, treinta y uno. ¿Y tú?

—Veintidós.

—¡Eres un *baby*! —le soltó para hacerle de rabiar—, aunque hablando no lo pareces…

—Bueno, eso lo tendrás que ir descubriendo por ti misma, ¿no? —Tobías no se achicó.

Estuvieron conversando y bebiendo durante un par de horas. Se intercambiaban miradas y gestos de complicidad. Se vacilaban cada dos frases, parecía una «batalla de gallos», de raperos. Si se les tuviese que dar un veredicto, Natalia le hubiese ganado de manera aplastante. Se notaba que tenía más tablas que él.

Sin darse cuenta, se encontraban más separados de sus respectivos amigos que al principio de haberse sentado. Estaban tan sumergidos en su conversación que no existía nadie a su alrededor. Natalia se lanzó a besarle. Tobías la recibió con los brazos abiertos. Lo estaba deseando pero no se atrevía. Los besos, las miradas seductoras y las caricias fluían con total naturalidad. Natalia le propuso irse del local y buscar intimidad. Tobías aceptó la propuesta sin dudarlo. Se despidieron de sus respectivos amigos y se dirigieron hacía la calle. Una vez en ella, Tobías la preguntó dónde quería ir, Natalia quiso saber si tenía coche. Este le dijo que lo tenía aparcado una calle más allá. Al llegar a la altura donde estaba la furgoneta aparcada, comenzaron a besarse de nuevo. Sus manos se deslizaban por todo el cuerpo. La furgoneta estaba aparcada en una avenida ancha, que por la hora que era y que ya empezaba a refrescar, no pasaba nadie. Tenía delante de ella un camión de alto tonelaje y por detrás otra furgoneta, de esas de reparto. Natalia le propuso meterse en la furgoneta y continuar con lo que tenían entre manos. Tobías no lo dudó un solo segundo, se dejó llevar. Hasta que se empañaron los cristales, se podía apreciar la silueta de los dos cuerpos en movimiento. Aunque Tobías había estado con un par de chicas, se sentía torpe ante la destreza de Natalia. Se dejaba llevar por ella como el niño que va agarrado de la mano de su madre y sabe que todo va a ir bien. Natalia iba quitando cada prenda de ropa que llevaba Tobías con delicadeza. Lamía su cuello, su pecho y abdomen como quién saborea un buen helado de cucurucho. Tobías intentaba imitarla a la hora de quitarle la ropa, pero no tenía la misma destreza, sobre todo cuando llegó al sujetador. Con una sonrisa de complicidad por parte de Natalia, le ayudó a quitárselo. Al ver sus pechos, se lanzó a besarlos y chuparlos como si le fuera la vida en ello. Tenía unos pechos generosos.

Lo mismo le ocurrió cuando la vio totalmente desnuda. Sus nalgas eran perfectas y duras. Estaba tan excitado, que temía no poder estar a la altura. Ninguna chica le había besado y acariciado todo el cuerpo

como lo estaba haciendo ella.

Estaban sentados en la parte de atrás de la furgoneta, lo que aprovechó Natalia para tumbarse a lo largo de los asientos ofreciéndole su cuerpo. Este entendió su mensaje. Deslizó su lengua por todo el cuerpo de Natalia. Le encantaban tanto sus pechos, que se recreó lo suficiente como para oír los gemidos de ella. Estaban duros y los pezones parecían que iban a salir disparados. Se deslizó hasta su vagina y empezó a besarla y jugar con ella. No estaba dando crédito a lo que hacía. Nunca se lo había hecho a ninguna chica. Notó que los gemidos y movimientos de pelvis de Natalia iban en aumento. Esta le cogió de la cabeza presionándola hacía su vagina. «¡No pares por favor!», le suplicaba Natalia. «¡Más rápido, me corro!», imploraba Natalia. A pesar de que le dolía la lengua, la boca y que no podía respirar, estaba dispuesto a morir en el intento. Tenía que estar a la altura de las circunstancias. Natalia, a la vez que tenía el orgasmo, levantaba sus nalgas del asiento y las presionaba contra la cara de Tobías, se retorcía de placer, gemía sin parar.

Natalia se incorporó del asiento y le felicitó.

—Ha sido increíble, a lo mejor no eres tan *baby* como yo creía…

Tobías tenía su ego por las nubes.

—Ahora es tú turno —le dijo Natalia, con mirada y voz seductora.

Tobías estaba tan excitado, que Natalia no necesitó mucho tiempo para que él tuviese su orgasmo.

Se quedaron un largo rato tumbados, sin mediar palabra, solo escuchando la música que ponían en la radio. Después hablaron largo y tendido. También volvieron a hacer el amor de nuevo. Cuando se dieron cuenta estaba casi amaneciendo. Después de vestirse, Natalia le dijo que iba a salir fuera para fumarse un cigarrillo. Tobías, que no fumaba, se quedó en la furgoneta y aprovechó para terminar de vestirse. Al igual que una retrasmisión deportiva cuando repite las jugadas más importantes, hacía Tobías con lo que acababa de ocurrir en su furgoneta. Solo de pensarlo, volvía sentirse excitado. Se había quedado totalmente atrapado por Natalia.

11 - Nuevo intento por volver a la normalidad

«La parcela». Agosto de 2001.

Lucía parecía que había superado la depresión post parto que le habían diagnosticado después de dar a luz a Tobías. Habían sido unos años duros. Tobías tenía ya cuatro años y en unos meses iba a tener una hermanita. Lucía estaba embarazada de seis meses. Estaban muy ilusionados, aunque Ernesto no dejaba de pensar en cómo reaccionaría Lucía después de dar a luz. Temía que le volviese a ocurrir lo mismo que le había ocurrido con su anterior hijo. La larga peregrinación por psiquiatras y psicólogos, les resultó muy duro. Aunque siempre estuvo a su lado y fue compresivo con ella, no entendía porque se podía sentir así. Lucía estuvo de baja casi dos años. Intentaba que siempre estuviese tranquila y en el mejor ambiente. Había temporadas, sobre todo cuando llegaba el buen tiempo, que se iban a la parcela de los padres de Lucía. Ernesto se iba desde allí al trabajo, todo lo que fuese necesario para que ella se recuperase. Lo que le chocaba, es que Lucía, en ningún momento se quería desprender de su hijo —el médico le comento que las madres en esa situación tienden a descuidarse ellas mismas y a sus hijos—, al no hacerlo ella, no terminaba de entenderlo. Todavía se acuerda de las palabras del médico: «Dese cuenta, que mientras usted y el resto de familia y amigos están exultantes de alegría, no se sabe lo que siente y vive esa madre. Muchas madres sienten: tristeza, lloros, fatiga, irritabilidad, insomnio… El cambio tan radical que sufre la mujer tanto en lo físico como en su vida cotidiana, es difícil de asimilar».

Al estar embarazada de seis meses y de baja en la empresa, ese año decidieron no irse de vacaciones. Acordaron pasar el verano en la parcela porque se estaba más fresco y podía darse algún baño en la piscina. También lo hacían por Tobías, para que pudiese bañarse en la piscina todos los días, ya que ellos no tenían. A Tobías le gustaba ir detrás de su abuelo cada vez que iba al huerto que tenían en la parte trasera de la casa. Podía jugar en el patio sin temor a que le pudiese pasar algo.

Ernesto lo hacía por su familia a pesar de que el trabajo le quedaba más lejos. Era el único lugar donde veía a Lucía más tranquila, más ella. Se encontraba mejor, pero Ernesto veía que no era la Lucía que él había conocido, la de antes de casarse. Temía preguntarla por si eso hacía que recayese o la hiciese sentirse mal. En alguna que otra ocasión, sobre todo cuando Lucía no se levantaba de la cama, le pedía explicaciones. Se enfadaba con ella y terminaba diciéndola que si el problema era él. Llegó a pensar que Lucía estaba así porque había

dejado de quererle y no se atrevía a decírselo. «No digas eso cariño, eres lo mejor que me ha pasado. Ya te lo han dicho los médicos, es algo que no se puede controlar. Me invade la tristeza y no soy capaz de pararla», le decía Lucía acariciándole la mejilla. Terminaban los dos abrazados, llorando durante un largo rato.

Ernesto no perdía la esperanza de que Lucía se recuperase del todo, aunque hubiese días que estaba a punto de arrojar la toalla. Esos días en los que la tenía que obligar a ducharse, a que comiese más, que saliese a dar un paseo… Tenía que tirar del carro por ella, su hijo y por él. Eran las dos personas que más quería en este mundo. Aunque Lucía ya no era la misma, por lo menos se encontraba mejor que los dos primeros años de casados.

Lo que no dejó de hacer en ningún momento Lucía, fue escuchar su programa de radio todas las noches. Tampoco dejó de escribir en su diario. Cuando no la atormentaban los malos recuerdos y se encontraba bien, no paraba de escribir.

La encantaba leer. Si su mente se lo permitía, terminaba atrapada por el libro que estuviese leyendo. Por unos minutos, pasaba de ser la desdichada Lucía, a ser el personaje protagonista de la novela que estuviese leyendo.

Se iba al salón para no molestar a Ernesto y había mañanas que cuando este se levantaba, estaba durmiendo en el sofá. La preparaba el desayuno antes de irse al trabajo. Le aconsejaba que se fuese a la cama, allí estaría más cómoda. Se daban un beso y un abrazo de despedida. Ernesto se iba a trabajar con el temor de cómo encontraría a Lucía a su vuelta.

12 - Igualdad

Madrid. Septiembre de 2019.

Naira, estaba estudiando en la Universidad Complutense de Madrid periodismo, era su primer año. Aunque su padre y hermano no querían que buscase trabajo, ella estaba empeñada en hacerlo. Quería colaborar en casa como lo hacían ellos y también quería tener dinero para sus gastos. De momento no encontraba nada que pudiese compaginar con sus estudios, pero no cejaría en su empeño. Era una persona que estaba involucrada con los problemas de la sociedad, sobre todo, lo relacionado con las mujeres. Se consideraba feminista, pero sin llegar a ser extremista. Estaba de acuerdo en la búsqueda de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Eliminar la dominación y la violencia de los hombres hacía las mujeres. Otros temas le parecían sacados de contexto e incluso exagerados. Como, por ejemplo: el uso del lenguaje no sexista o inclusivo, lo veía exagerado. Sentía vergüenza ajena cuando oía hablar a alguna persona utilizando ese lenguaje, pensaba que hacía el ridículo. Lo veía como algo más político que de sentido común.

Ese verano había sido el que peores datos había registrado en violencia de género en la última década. Durante el mes de julio, una mujer había sido asesinada cada dos días. La violencia sexual había aumentado un 50%. Asesinatos, violaciones, manadas, pederastia, acoso… No terminaba de entender como se le había dicho a las generaciones de mujeres anteriores, que todo estaba conseguido. Cuando día a día, en su cuerpo siguen sufriendo la violencia machista más extrema, la misma que sufrían sus abuelas y madres.

Como, en el S.XXI, todavía podíamos seguir buscando la igualdad entre los dos géneros. Con lo que menos estaba de acuerdo era con la expresión: «Todos los hombres son iguales», ya que, en la convivencia con su padre y hermano, no había síntomas de machismo. Es más, en alguna que otra manifestación feminista, la acompañaron. El único pero que les ponía, lo sobreprotectores que eran con ella.

Aunque todavía hay sociedades muy machistas y la mujer está totalmente anulada, en algunas, como la nuestra, se han conseguido grandes avances, a pesar de que todavía haya personas que se resisten a ello. Queda mucho camino por recorrer, pero con el ímpetu y la fuerza que tiene la mujer, tarde o temprano, tanto hombres como mujeres tienen que estar a la par. Unas décadas atrás, si la mujer era madre, no podía abandonar a su familia y, si eras hija, tenías que aprender tus labores a tiempo para cuidar a los demás como Dios manda. Las mujeres estaban destinadas a cuidar y gustar a los

hombres manteniendo, eso sí, comportamientos que no se saliesen de los gustos de sus maridos. Las mujeres que se salían de ese patrón, pagaban las consecuencias. Algunas mujeres asumirían bien su papel, pero muchas de ellas terminaban viviendo una vida que no querían y odiaban. El sentimiento de culpa que tenían al mínimo acto de rebeldía. Se las privaba de su libertad; en algunos casos el poder estudiar, ser creativas, votar, vivir solas, trabajar… ¡Cuánto sacrificio mal entendido, auto desprecio, auto exigencia y culpa! Eran hijas de ese tiempo, de esa sociedad «patriarcal». Gracias a todas esas mujeres que se rebelaron y lucharon por los derechos de la mujer —algunas con su propia vida— por revertir las cosas, pueden vivir en una sociedad más justa.

Naira, como la mayoría de las mujeres, pensaba que no se podía dar un paso atrás. Después de conseguir todo lo que habían conseguido —lo que les pertenece como seres humanos— no podían dejar de luchar. Era una mujer involucrada y activa en la causa. No se dejaba amedrentar por nadie.

Ese año se habían dado 37 violaciones «en manada». La lista por violaciones grupales, se iba incrementando de manera alarmante. La violación «en manada» más mediática, fue la cometida en Pamplona -Navarra- en la madrugada del 7 de julio de 2016, durante la fiestas de San Fermín. Un grupo de cinco hombres violó a una joven de dieciocho años en un portal del centro de la capital. En un primer momento se les acusó por abuso sexual. Tuvo una importante cobertura mediática y por las redes sociales. La sentencia fue tan injusta, que movilizó a gran parte de la sociedad española que se manifestó en contra de la sentencia. El caso tuvo una gran repercusión internacional. Fue debatido en el Parlamento Europeo y en la ONU mujeres, considerando que la condena había sido demasiado leve. A raíz de la sentencia, la periodista chilena Mónica Rincón presentó un editorial en CNN Chile titulado: «No es no», en el que criticó duramente la resolución del tribunal español. El editorial se viralizó en las redes sociales, consiguiendo más de cuatro millones de reproducciones. El caso fue finalmente revisado y sentenciado por el Tribunal Supremo que lo consideró una violación. Fueron condenados a 15 años de prisión.

A Naira se le revolvían las tripas con todo esto que estaba aconteciendo. Era raro el día que no salía algún caso de violación, maltrato hacía la mujer o asesinato en las noticias. Cuando se juntaba con su grupo de amigos y hablaban sobre el tema, se convertía en la «Frida Khalo» del grupo. «¿Qué coño está pasando?», preguntaba sin conseguir una respuesta. Mientras los demás la observaban sin pestañear, les preguntaba: «¿Por qué una mujer no puede vestir como

quiera sin temor a ser juzgada?», «Por qué una mujer tiene que tener miedo de volver sola a casa?», «¿Por qué ese instinto tan animal y primitivo de algunos hombres hacía la mujer?»…

Pensaban que se tenía que educar desde la infancia de otra manera. En la propia familia y en el colegio. Dando ejemplo desde las instituciones.

«¿Cómo se puede relegar a la mujer a un segundo plano, o peor aún, como pasa en algunos países, que la mujer no pinte nada?». «¿De dónde sale el hombre, de la mujer, no?». «¿Y ellos son los poderosos, los más fuertes?», no dejaban de lanzar preguntas al aire y reflexionar.

El día anterior, 20 de septiembre, había estado en una manifestación con el fin de visibilizar «la emergencia feminista». La Cibeles tintada de violeta, rodeada de una masa sin fin, el sonido de los tambores golpeados por batallones de mujeres, abuelas, hijas y nietas juntas en una misma lucha. Estuvo acompañada por su padre, hermano y tía. Se sentía tan orgullosa de ellos, que durante toda la protesta, no dejaba de besarlos e intercambiar miradas cómplices con ellos. Después cenaron en un bar cercano, llevaron a su tía a casa y se fueron a la suya. Durante la cena y el trayecto a casa, Naira iba eufórica, no paró de hablar todo el camino.

Ya en su casa, Naira, seguía hablando sin parar. Su padre y su hermano no dejaban de sonreír y tuvieron que pedirle que se tranquilizase. Tobías y su padre le dijeron que se iban a dormir, que estaban cansados, Naira se metió en su cuarto y estuvo hasta altas horas de la madrugada, reviviendo lo ocurrido en las redes sociales.

Madrugada. Una nueva pesadilla.

Iba cogido de la mano de su madre por lo que parecía un pasillo. Todo a su alrededor estaba difuminado, lo único que veía con claridad era la mano de su madre y la suya. Le hablaba indicándole un lugar, pero no la entendía. Al abrir la puerta del lugar a donde se dirigían, le cegó una luz enorme. Se incorporó de la cama violentamente. El mismo frio helador de otras ocasiones volvió a despertarlo. Tenía tanto frio, estaba tan asustado cuando encendió la luz de su cuarto, que no sabía dónde se encontraba. Giró la cabeza hacía su izquierda y la puerta del armario empotrado estaba abierta. No se lo podía creer. Si algo tenía claro en ese momento, es que esa puerta estaba cerrada antes de acostarse. Era una persona bastante obsesiva con el orden y la limpieza. Además, desde que estaba teniendo ese tipo de pesadillas, se aseguraba de revisar bien su cuarto antes de acostarse. Miró dentro del armario antes de cerrar la puerta. No había nada extraño. Después de tranquilizarse, se volvió a meter en la cama. Tenía tanto sueño, estaba tan cansado, que apenas tardó en quedarse dormido.

A pesar de haber tenido de nuevo una pesadilla, esa mañana se levantó más tarde de lo normal para él. Eran cerca de las doce de la mañana y su padre y hermana estaban en el salón.

—¡Vamos dormilón! ¡Ya es hora! Es que no estás acostumbrado a caminar tanto… —bromeaba Naira con él.

—A mí también me ha costado levantarme, no creas —le comentó su padre.

—Esta niña va a terminar con nosotros… —bromeaba refiriéndose a su hermana—. Bueno, todo sea por la lucha. —terminó diciendo Tobías con una sonrisa.

Mientras desayunaba, le propuso a su hermana ir con él y su tía al súper, ya que él se había comprometido a acompañarla a hacer la compra y después tomar algo. Naira le contesto que había quedado con sus amigas. Su padre salía en ese momento por la puerta despidiéndose de ellos, iba a clase de cocina. Escribió un mensaje a su tía diciéndole que en cinco minutos salía para allá. Ella siempre le esperaba en la puerta de su casa para que no tuviera que estar buscando aparcamiento. Siempre le gustaba pasar ratos con ella. Desde que se compró la furgoneta, cuando ella tenía que hacer mucha compra, la llevaba y luego aprovechaban para tomarse algo y charlar.

Después de hacer la compra y dejarla en casa de su tía, se fueron al centro del pueblo a tomar algo. Como todavía hacía buen tiempo, se sentaron en la terraza de un bar. Su tía se pidió un vermú y él una cerveza sin alcohol que acompañaron con una ración de patatas bravas. Llevaban un rato ya sentados, cuando su tía se percató de que de frente se les acercaba una persona que ella conocía. Una mujer de 1,60cm, con el pelo moreno y recogido. Llevaba la ropa tan ceñida, que parecía sacada de la sección infantil de cualquier tienda. A sus cincuenta y dos años, no dejaba de ponerse ropa de talla más pequeña y juvenil. Parecía un embutido andante. Al ser una mujer con mucho pecho y culona, metida en esa ropa parecía que tanto sus pechos, como su culo, estaban pidiendo a gritos salir disparados de ella. Era «la voltios», la que fue amiga de su hermana.

Esta no dejaba de mirarla y sonreírla hasta que llegó donde ellos estaban sentados. «Bueno, la que faltaba… “la voltios”», dijo su tía Lola, lo que hizo que Tobías dirigiese su mirada hacía la persona que ya tenían prácticamente encima.

—Buenos días Lola, ¿qué tal estás? —quiso saber «la voltios» a la vez que la propinaba un par de besos.

—Bien. Mejor que tú, que por el olor que desprendes, parece que te queda poco —decía entre dientes Lola.

—¿Y este chico tan guapo? —miraba a Tobías como si se lo quisiera comer.

—Es mi sobrino Tobías, hijo de Lucía. —este se levantó a darle un

par de besos sin saber el olor que desprendía a sudor.

—Eres igualito a tu madre, no puedes decir que no eres hijo suyo. —No dejaba mirarle de arriba a abajo—. A tu padre sí que no has salido… —remató con una sonrisa maliciosa.

—Si quieres sentarte a tomar algo… Así hablamos de todo lo que ocurrió esa noche. —Su tía le dio una patada por debajo de la mesa.

—No, gracias majo —mostrando sus dientes tan «limpios» como los sobacos—. ¿Sabes una cosa? Yo era muy amiga de tu madre. Qué pena que nos dejase tan joven. Lo has tenido que pasar tan mal…

—¿Te puedo hacer una pregunta? —su tía no salía de su asombro.

Lo que ella deseaba es que esa mujer les dejara tranquilos.

—Claro, lo que tú quieras cariño.

—Unos meses antes de que mi madre se casase, estuvo contigo y otros amigos en las fiestas de Valdetorres de Jarama, ¿no? Era por saber si ese día pasó algo o la notaste diferente.

—¡Qué va hijo! No lo pasamos muy bien. Éramos tan jóvenes… La verdad que ese día tu madre se desmadró bastante, bueno, como todos. Luego hablándolo entre los amigos, es como si hubiese sido su despedida de soltera. Ya que no llegó a celebrarla… Fue una pena, porque de haberla celebrado, no lo hubiésemos pasado tan bien…

—Es que mi familia piensa que desde ese día ya no volvió a ser la misma persona. Algo tuvo que pasar esa noche. Intento encontrar una explicación de por qué llegó a hacer eso. No tengo claro que mi madre se quitase la vida solo por depresión post-parto.

—¡Ay, pobre! No le des más vueltas, esas cosas pasan. Tu madre era de las que la mataba callando, ¡menuda era!

—¿Qué insinúas! ¿Eso a que viene! Creo que te estas colando. —Lola se sintió ofendida por esos comentarios.

—Nada, nada… ¡Joder hija, cómo te pones! —quiso quitarle importancia «la voltios»—. Bueno, me voy, que tengo cosas que hacer. Encantada de conocerte Tobías.

—Sí, vete, ya hablaremos —le dijo Lola con tono amenazante—. ¡Puta cotilla!, ¡Más vale que se lavara! —protestaba Lola ante la cara de incredulidad de Tobías. Este le preguntó si le caía mal, a lo que su tía le contesto—: No es que me caiga mal, es que no la soporto.

Tobías no dejaba de reírse al ver la cara de enfado de su tía. También hablaron del mal olor que desprendía y de la ropa que llevaba. Tobías quería saber si esta mujer siempre había sido así, ya que le extrañaba que fuese amiga de su madre.

—No la hagas mucho caso, esta confunde la velocidad con el tocino. Lo que ocurre, es que tu madre parecía que era de alguna «protectora», no era capaz de hacer de menos a nadie —explicaba a su sobrino lo buena que era su madre—. No dirás que a ti te ha caído bien… porque vamos… —Tobías negaba con la cabeza a la vez que no

paraba de reírse—. Lo que le ocurre a esta, es que siempre le ha tenido envidia a tu madre, de lo guapa, buena persona e inteligente que era. ¿Has oído el comentario que ha hecho la muy hija…?

Tobías la pedía que se tranquilizara, pensaba que le iba a dar algo.

—Sigo pensando que esta mujer, como los que estuvieron esa noche juntos, saben algo que nosotros no sabemos. No entiendo que es lo que esconden y porqué. ¿No te ha dado esa sensación?

Su tía le contesto afirmativamente. Esta vez sí que le pareció raro lo que había dicho. Notó en sus palabras rabia y maldad.

—No te preocupes, esto no se va a quedar así, cuando la coja por banda, esta se va a enterar —le decía a Tobías con rotunda firmeza.

—Hay que intentar hablar con todos ellos —aseveró Tobías.

13 - Vacaciones

Cudillero, Asturias. Agosto de 2005.

Estaba haciendo una noche extraordinaria. El cielo completamente despejado de nubes estaba decorado por miles de esa débil luminosidad que nos regala la naturaleza: las estrellas. También las acompañaba el astro de las noches: la luna, que se encontraba en su total esplendor: llena. Se dejaban admirar por Lucía, que estaba en una tumbona totalmente relajada mientras Ernesto acostaba a los niños. A su lado, su hermana y, al lado de esta, su marido. Ella estaba cubierta por una colcha fina, ya que las noches en Cudillero -Asturias- solían ser fresquitas. Ese verano, gracias al marido de Lola, su hermana, y al amigo de este que tenía una casa allí, pasaron diez días de descanso en esa localidad. Fueron ellos cuatro, su hermana y su cuñado. La casa estaba en la parte más alta del pueblo y disponía de una terraza lo suficientemente generosa como para estar en ella con total comodidad. Estaban teniendo suerte con la climatología, de los seis días que llevaban, solo les había llovido el día que llegaron. Cierto es, que buscaban temperaturas más agradables que las que estaban sufriendo en Madrid, pero por lo menos, que lloviese lo menos posible, sobre todo por los niños. Esa noche estarían a veinte grados. Durante el día llegaron a alcanzar los veintiocho grados.

Llegó Ernesto y se tumbó en la suya. Ninguno decía nada, se limitaban a disfrutar de las vistas que tenían. Presenciaban una película de realidad virtual en pantalla gigante. El cielo estrellado, luna llena, al fondo el puerto, el olor a salitre, los niños durmiendo… ¡qué más se podía pedir!

—¿Queréis que tomemos una copita? Yo las preparo —Pepe, el marido de Lola rompió el silencio.

Lola y Lucía, pegaron un respingo al oír la voz de este. Estaban tan abstraídas con la belleza que las rodeaba, que al oír su voz, es como si despertasen de un sueño.

Tanto su hermana Lola, como su marido Ernesto, trataban de buscar lo mejor para ella. Cada paso que daban en el que estuviese involucrada Lucía, no se daba en falso, siempre se daba pensando en ella.

Los temores de Ernesto se hicieron realidad. Cuando Lucía dio a luz a Naira, volvió a recaer. No es que alguna vez estuviera bien del todo, pero sí que había mejorado ostensiblemente. Llevaba cuatro años de médicos, bajas laborales, incorporaciones a su lugar de trabajo, volvía a darse de baja, no salía de casa, lloros, tristeza… Todo por lo que habían pasado antes y, por lo que tanto temía pasar de nuevo Ernesto,

se volvió a repetir. Intentar entender lo que le pasaba a Lucía, era como pretender coger agua a puñados. Ya no solo porque él no hubiese pasado por una situación parecida para poder entenderla, sino que ella tampoco se terminaba de abrir y contarle por qué se sentía realmente así. En numerosas ocasiones, Lucía, estuvo a punto de desvelarle a Ernesto el verdadero motivo por el que se encontraba tan triste, pero llegado el momento, se echaba atrás. Quería acabar con ese sufrimiento que estaban soportando tanto ella como Ernesto desde hacía tanto tiempo. Se culpaba todos los días por su cobardía, por lo que le había ocurrido, por no contárselo a los médicos, a su marido al que tanto quería. Pensaba que ya sería demasiado tarde y tendría que vivir con ello mientras le quedasen fuerzas. Era tanta la vergüenza, el pudor, el asco que sentía, que se estaba autodestruyendo ella sola, pero eso no era lo peor, sino que también estaba destruyendo su vida en pareja, la de su amado Ernesto.

Antes de que se fuesen de vacaciones a Cudillero, Lucía, junto con Ernesto, tuvieron que tomar una decisión con respecto al trabajo de ella. La empresa donde trabajaba Lucía, la propuso llegar a un acuerdo y rescindir su contrato por dos años de paro y una determinada cantidad. Como ya tenían su casa pagada y después de valorar detenidamente su estado físico y psíquico, decidieron aceptar la propuesta de la empresa. Ernesto, que nunca se planteó tirar la toalla con respecto a Lucía, pensó que el no tener que volver al trabajo la serviría para poder mejorar. Solo pensaba en su bienestar.

Lo único que tenían claro todas las personas que estaban en el entorno de Lucía, es que cuando salía de él, es cuando se atisbaban síntomas de mejoría. Si estaba en su casa apenas salía; si tenía que ir a visitar a sus padres, le costaba un mundo. Nadie mejor que ella sabía el esfuerzo que tenía que hacer cada vez que tenía que hacer algo que no quería. Cada vez que quedaban con algún amigo de confianza, le costaba un sufrimiento, pero lo hacía por Ernesto. La medicación que le daban cada vez era más fuerte, ya que le costaba dormir. La tenían casi siempre durmiendo, sedada, como un zombi. Es como si cualquiera de sus extremidades tuviera que pedir permiso a la otra para poder hacer cualquier movimiento.

Llegó su cuñado con una bandeja haciendo las veces de un camarero. Ernesto cogió la suya y la de Lucía, que era una limonada, ya que no podía beber alcohol con los medicamentos. Se la puso en la mano y le dio un beso en los labios.

—Gracias cariño —le dijo Lucía a Ernesto con una sonrisa que eclipsaba la luna que tenían esa noche.

—Gracias a ti mi vida, te amo —respondió Ernesto a la vez que la volvía a besar y la acariciaba la mejilla.

Su hermana propuso hacer un brindis y se pusieron los cuatro en pie.

—Por mi hermana, a la que quiero tanto, por ti, Ernesto, por la gran persona que eres y, por ti cariño, que te quiero tanto… ¡Por todos, qué leche!

Las risas invadieron la terraza.

Ya en el dormitorio, Lucía, propuso a Ernesto escuchar una grabación que tenía de su programa favorito «Océano Pacífico». Ernesto, que nunca la negaba nada, se tumbó a su lado. Lucía le dio un auricular y ella se puso otro. Le dio al *play* de su *Mp3:* Lo primero que se oye nada más ponerlo en marcha es el sonido de las olas durante unos segundos; le sigue una voz de hombre que anuncia la sección de «Cartas del navegante»; después de otros segundos escuchando el sonido de las olas, empieza a hablar la locutora:

«Me ha dicho un duendecillo del océano que hoy es tu cumpleaños amigo mío. Me ha escrito una compañera de travesía desde un pueblecito de Madrid y me dice que el motivo es porque es el cumpleaños de su marido, Ernesto. Quería mandarle una felicitación de una manera especial y creo que esta sin duda lo será. Nada, que cumplas muchos más, que pases un lindo día y que no importan los años, lo importante es que pasen. Y dar gracias a la vida, porque seguimos disfrutando de la sonrisa de un niño, de las caricias del sol, del sonido del mar, de la amistad… Nos incluyes así mismo un pensamiento de Teresa de Calcuta, que creo que a más de uno nos va a servir:»

Siempre ten presente que la piel se arruga,
el pelo se vuelve blanco,
los días se convierten en años…
Pero lo importante no cambia;
tu fuerza y tu convicción no tienen edad.

Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña.
Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida.
Detrás de cada logro, hay otro desafío.
Mientras estés viva, siéntete viva.
Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo.
No vivas de fotos amarillas…

Sigue aunque todos esperen que abandones.
No dejes que se oxide el hierro que hay en ti.
Haz que, en vez de lástima, te tengan respeto.
Cuando por los años no puedas correr, trota.
Cuando no puedas trotar, camina.
Cuando no puedas caminar, usa el bastón.
¡Pero nunca te detengas!

Lucía, mientras escuchaba el audio, se lamentaba de no ser capaz de seguir esos consejos. Sobre todo de: «Haz que, en vez de lástima, te tengan respeto», se le revolvía el estómago, se sentía una persona cobarde. Lloraba mientras lo escuchaba junto a Ernesto, también lo hacía él, pero por otro motivo.

Junto con el diario, el *Mp3* era otro objeto que Ernesto no llegó a encontrar después del fallecimiento de Lucía. Tenía varias grabaciones de voz con los niños que a sus hijos les hubiese encantado escuchar. También a él le habría hecho especial ilusión escucharla, ya que tenía momentos que necesitaba escuchar su voz.

Estuvieron un largo rato escuchando lo que tenía Lucía grabado en su *Mp3* y contando anécdotas. A pesar del primer momento de bajón, de las lágrimas, lograron recomponerse. Rieron y se besaron; llegaron las caricias y las palabras bonitas. Ernesto estaba excitado, la duda que tenía, es sí Lucía lo estaría tanto como él. Desde que tomaba medicamentos, tampoco era la misma en ese terreno. Uno de los efectos secundarios de esos medicamentos, era la falta de apetito sexual. Hacían el amor, pero no con la frecuencia que a Ernesto le gustaría. Quizás, tampoco con la que desearía Lucía. Era algo que le creaba impotencia y tristeza. Había muchas ocasiones que hacía el amor por él. Fingía placer y eso la hacía sentirse mal. «No le digo cuál es realmente el motivo de mi depresión, que encima finjo placer», se reprochaba constantemente Lucía. Pero esa noche si hicieron el amor. No sabía si era por estar en ese lugar maravilloso, pero lo cierto es que hasta consiguió tener un orgasmo. Se sentía afortunada por tener a Ernesto a su lado. Una persona que la demostraba todos los días lo mucho que la quería. Que cada cosa que hacía era pensando solo en ella. Y ella en cambio… ¿Estaba siendo egoísta con él? O, todo lo contrario, ¿le estaba protegiendo? Era un mar de dudas, dolor y tristeza.

14 - Rock and Roll y Frenesí

Paracuellos de Jarama. Octubre de 2019.

El concierto en el bar irlandés *Dublinia,* había acabado. Después de una hora y media de espectáculo, los integrantes del grupo *Tobías Theory*, se disponían a recoger. Según se encaminaban hacía la salida, Tobías se percató de la presencia de Natalia.

—¡Hola, qué sorpresa!... ahora nos vemos —sin detenerse del todo Tobías, ya que iba cargado, saludó a Natalia.

Estaba con su compañera de piso, Marina. Una chica con melena rubia, ojos azules, pecosa y monitora de *Crossfit*, lo que la permitía tener un buen cuerpo. Animada por Natalia, esa noche estuvieron viendo la actuación de Tobías y su grupo.

—Está bueno tú chico —le comentó Marina

—Sí, pero no es mi chico —se sintió molesta Natalia.

—Como ya te lo has tirado…

Llegó Tobías donde ellas estaban y Natalia presentó a su amiga.

—Tenía ganas de verte —decía Tobías con una sonrisa nerviosa—, nos despedimos y no nos pasamos el número de teléfono.

—Tampoco me lo pediste —contestó Natalia con sonrisa pícara.

—¿Queréis tomar algo? —intentó salir del paso Tobías.

Marina se miró el reloj: «¿Sí es una rápida?», había quedado y no se podía entretener. Estuvieron charlando y poniéndose al día. Al tener que irse Marina, Natalia, propuso a Tobías ir a cenar algo. Estuvo de acuerdo y se despidió de sus amigos. Acercó a Marina hasta la parada de metro más cercana. Al ponerse en marcha de nuevo, Tobías quiso saber dónde iban a cenar, a lo que Natalia le preguntó si le parecía bien ir a su casa y pedir la cena. Le sorprendió la propuesta, ya que, de no verse en diez días, a proponerle ir a su casa… Sabía que Natalia no era como las chicas con las que estaba acostumbrado a relacionarse, aun así, se vio sorprendido.

Vivía en un piso situado en pleno casco histórico de Barajas. Se apreciaba que había sido reformado hacía poco tiempo. Tenía dos dormitorios, salón, cocina y cuarto de baño. Unos 75m decorados con gusto. Se notaba que lo habitaban dos mujeres. En el sofá que había en el salón se encontraba subido un gato.

—Qué gato más bonito, ¿es tuyo? —quiso saber Tobías.

—No, es de Marina. Es una gata —le corrigió.

—¿Cómo se llama?

—Piruleta.

Natalia le contó que llevaban viviendo juntas desde hacía tres años. Que al principio lo alquiló ella sola, pero veía que llegaba muy justa a

final de mes y tuvo que compartir el alquiler con ella. Desde el primer momento empezaron a llevarse bien. Pensaba que el estar tanto tiempo fuera de casa y apenas verse, hacía que el tiempo que estaban juntas, fuese todo genial. «Somos más que amigas», le dejó caer Natalia esperando su reacción. Como no surtió el efecto que ella esperaba, le invitó a sentarse y le ofreció algo de beber mientras pensaban lo que iban a cenar.

—¿Quieres que ponga música? —le propuso Natalia—, es que yo no soy mucho de ver la tele.

—Vale, perfecto. Yo desde que me levanto estoy escuchando música.

—Normal, dedicándote a lo que te dedicas…

Tobías se sentó en el sofá evitando molestar a la gata, se puso en el extremo contrario. Lo que hizo que a Natalia le entrase la risa y le preguntase: «¿Te da miedo?». Tobías le dijo que no, que se había sentado en ese extremo por no asustarla. No había hecho más que contestarla, que la gata se levantó del sitio en el que se encontraba y empezó a caminar por la parte alta del sofá. El felino se desplazaba con su peculiar elegancia, ligereza y efectiva forma de andar, hasta posarse en las piernas de Tobías. Se acomodó de tal forma, que Tobías no se atrevía a moverse. Se animó a acariciarla y esta se dejaba hacer sin mostrar ningún tipo de queja.

—Eso no lo hace con cualquiera, de verdad. Pero si te molesta, te la quito de encima.

Tobías dijo que no le molestaba.

—Seguramente se ha subido encima de mí, porque presiente que soy especial —miraba a Natalia esperando su respuesta.

—¿Todo lo que tiene que ver con el género femenino reacciona así contigo?

—Tú sabrás… ¿a ti también te pasó lo mismo? —vacilaba a Natalia.

Fue de las pocas veces que dejó sin palabras a Natalia. Esta le tiró un cojín e hizo que la gata saliese disparada de entre las piernas de Tobías, lo que provocó la risa de los dos.

Decidieron pedir comida china, ya que a Natalia era lo que más le gustaba y a Tobías le daba igual. Durante la conversación que estaban teniendo y, visto que anteriormente Tobías no se percató de la indirecta que le había soltado Natalia, esta se animó a cambiar de tema y profundizar más en lo íntimo.

—¿Qué buscas en una chica, Tobías?

—Joder, que directa. No sé… ¿por?

—Quería saber si buscabas una relación seria, o por el contrario, prefieres «rollitos» de una noche.

—Pues, hombre, no es algo que se deba planear, ¿no? Pienso que si surge el amor, aunque no lo tengas planeado, es algo que no puedes

controlar. Si lo preguntas por lo de la otra noche… ¿Y tú, en un chico que es lo que buscas?

—Yo te voy a ser sincera Tobías. Si hay algo que odio en una relación amorosa o de amistad, son los secretos y las mentiras. Yo soy bisexual —la expresión de la cara de Tobías cambió totalmente—. A mí me gusta montármelo tanto con un chico como con una chica, o hacer un trio, bien sea dos chicas y un chico o montármelo con dos chicos. ¿Esto afectaría a nuestra relación o amistad?

—Joder, agradezco tú sinceridad. Yo soy heterosexual y, al igual que yo quiero que me respeten a mí, yo respeto a los demás. Quién soy yo para juzgar a nadie… Me imagino que me lo has dicho para que me dé por aludido y no me haga ilusiones, ¿no?

—Te lo he dicho: primero porque me gusta ser sincera, y segundo, porque es cierto que ahora mismo no quiero tener una relación seria. Si tú crees que mi condición sexual puede afectarnos, prefiero parar antes de llegar más lejos. Prefiero que tengamos los dos las cosas claras.

Con la integridad y claridad que le había hablado Natalia, le hizo sentirse como el alumno al que le está dando un repaso el profesor y sabe que lleva razón. Se sentía descolocado. Sí, se lo había dejado bien clarito, pero lo que no tenía claro es como se tenía que comportar: como un conocido, un amigo, un folla amigo, un novio… Lo que tenía claro, si seguía adelante, es que iba a ser una experiencia que jamás había vivido. De hecho, se quedaron un largo rato sin mediar palabra. Estaba todo tan explicado, que no era necesario decir nada más. Parecía que se había detenido el tiempo, menos mal que sonó la puerta de entrada al piso y como si hubiesen dado al *play* después de haber tenido puesto el *pause*, volvieron al presente. Era Marina que estaba de vuelta.

Tobías aprovechó para levantarse y tomar aire. Se puso a recoger los restos de la cena y llevarlos a la cocina.

—Tranquilo Tobías, no te preocupes, ahora lo recogemos —le decía Natalia.

—No pasa nada, es por tener la mesa más despejada —le contestó a modo de excusa.

Necesitaba levantarse para estirar las piernas y asimilar todo lo que había estado hablando con Natalia.

—Qué pronto has venido, ¿no? —quiso saber Natalia—. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, lo que ocurre es que ha llamado la suegra de mi hermana a su hijo, para decirle que el niño estaba con fiebre y se han tenido que ir. Menos mal que ya habíamos cenado…

—Vaya, lo siento, con el tiempo que hacía que no te veías con tú hermana…

—Bueno, no creas, casi lo agradezco, ya se estaba poniendo pesada con el tema de siempre.

Tobías se limitaba a ver, oír y callar. No se atrevía a meter baza.

—¿Tienes hermanos, Tobías? —quiso saber Marina.

—Sí, una hermana cuatro años más pequeña que yo.

—Espero que no sea tan pesada como la mía.

—La verdad es que nos llevamos muy bien, la quiero mucho.

—Qué mooono… —dijo Marina.

Hizo que Tobías y Natalia se mirasen con una sonrisa.

—¿No te llevas bien con tu hermana? —preguntó Tobías.

—Sí, es una historia muy larga… algún día te la contaré. Ahora me da mucha pereza.

—Es muy larga y misteriosa —afirmó Natalia.

Tobías no sé atrevió a insistir y se quedó con la intriga. Para disimular, se acercó a un cuadro que había en el salón y, después de estar observándolo un buen rato, se dio cuenta que estaba firmado con el nombre de Natalia. Ella le había comentado la primera vez que se conocieron, que había estudiado bellas artes y trabajaba dando clases.

Era un paisaje marino. En primer plano se podía apreciar el típico camino de madera que te lleva a la arena de la playa; alrededor, rocas y árboles. La arena de la playa blanca, contrastaba con los colores turquesa del agua y los verdes de la vegetación. Al fondo el mar y la montaña. En el agua había dibujado dos pequeñas embarcaciones. De azul celeste era un cielo totalmente limpio de nubes.

—¿Te gusta? —quiso saber Natalia.

—¡Me encanta!, es precioso —contestó Tobías sin dejar de mirarlo.

—Gracias, hace tres años que lo hice. Es la bajada a la playa de Nosa Señora, en las Islas Cíes, Vigo. Hacía un día precioso, no podía dejarlo pasar.

—¿Estabas de vacaciones?

—Sí, además soy de Vigo. Lo que ocurre es que llevo ya en Madrid más de diez años. Vine a hacer la carrera y ya me he quedado aquí. En verano siempre voy a ver a mi familia y paso unos días con ellos.

—¿Preparo algo de beber, «pareja»? —les cortó Marina con sarcasmo, subiendo el tono en lo de «pareja».

Dijeron que sí. Además, Natalia aprovechó, según iban hacía la cocina, para dejarle claro a Marina, que lo de «pareja» sobraba, que había hablado con Tobías acerca de sus intenciones, de su forma de ver una relación. Que se dejase de ironizar sobre ese tema. Según se lo decía, le dio un cachete en el trasero y fueron a preparar la bebida.

Mientras ellas estaban en la cocina, Tobías no dejaba de observarlas. No dejaban de bromearse una a la otra, de besarse en la boca, darse cachetes… Verlas jugar de esa manera le estaba excitando. Le parecía estar viviendo un día en la universidad. Como si estuviera

pasando una prueba teórica con lo que le había dicho Natalia con anterioridad, y el práctico, con lo que ahora estaba teniendo lugar en la cocina.

Al llegar al salón le dieron su bebida y Marina fue a cambiar la música que tenían puesta —*chill out*, que era la que más le gustaba a Natalia—, y puso música *dance*. Ellas se pusieron a bailar mientras Tobías las miraba tímido, con la bebida en la mano sin saber qué hacer. «¡Venga, Tobías, baila con nosotras!», le animaba Natalia. Era más su timidez que otra cosa, ya que cuando se animó a bailar, no desentonaba, tenía un buen sentido del ritmo.

Entre risas y bromas, hubo un momento que las dos chicas se pusieron a besarse. Se movían de manera sensual a la vez que no dejaban de tocarse. Dejaron sus vasos en la mesa y continuaron con el «espectáculo». Marina le quitó la camiseta a Natalia y esta hizo lo mismo sin dejar de bailar. Tobías estaba totalmente hipnotizado y excitado. Le dijeron que dejase su vaso y le invitaron a unirse. Le beso en la boca Marina, luego lo hizo Natalia. Con Tobías en medio de las dos, no dejaban de moverse de manera sensual rozando sus cuerpos. Le quitaron la camiseta, sus torsos desnudos no paraban de frotarse. Como un expositor de revistas giratorio, le iban dando la vuelta por turnos para comerle la boca. Le empujaron hacía el sofá y le dejaron como único espectador. Se quitaron el sujetador; Marina la falda, Natalia el pantalón. Después de quitarse sus respectivas bragas, empezaron a lamerse los pechos mientras Tobías observaba el «número» desde la mejor posición. Se le salían los ojos de las orbitas, movía la boca cada vez que ellas se besaban o lamian, estaba totalmente abducido con todo lo que estaba sucediendo delante de él.

Marina le cogió de un brazo y Natalia hizo lo mismo con el otro. Le levantaron del sofá. Natalia se puso detrás de él besándole el cuello y acariciándole el pecho; Marina le fue desabrochando el pantalón hasta quitárselo con los calzoncillos y dejarlo totalmente desnudo. Le volvieron a sentar en el sofá. Se subió encima de él, Natalia. Le puso los pechos en la cara y empezó a mover su pelvis suavemente. Tobías se dejaba hacer. Natalia y Marina le manejaban a su antojo. Entre Tobías y Marina, lograron que Natalia llegase al orgasmo. Natalia todavía tumbada, con las mejillas rojas e intentando recuperar la respiración, invitó a Marina a que se tumbase en el sofá. Mientras Natalia lamia su cuerpo, Tobías, esperaba instrucciones. Desvió la mirada un segundo y se encontró con la de la «Piruleta», la gata, que estaba subida en la mesa del salón. Se sintió intimidado, tuvo que volver a mirar hacia otro lado para que no le cortase el rollo. Marina se puso de rodillas en el sofá dando la espalda a Tobías y le pidió que terminase el trabajo empezado por Marina. Los glúteos perfectos y duros de Marina, le volvían loco. Marina iba acelerando sus

movimientos anticipo del orgasmo que estaba a punto de llegarle. «Piruleta», que llevaba ya un buen rato en alerta ante tanto gemido y grito, a la vez que Marina y Tobías tenían su orgasmo, saltó encima de la espalda de ella e hizo que esta gritara todavía más. Los tres tirados en el sofá, no paraban de reírse.

Mientras se iban vistiendo Natalia y Marina, Tobías, no les quitaba la vista de encima. Veía el brillo que desprendían sin deslumbrarse. Con los ojos bien abiertos aprendía de ellas, de estar a su lado. Tobías era de esas personas que tenía la capacidad de admirar a los demás y crecer con ellas.

De camino a casa, no terminaba de creerse lo sucedido. Iba pletórico rememorando todo lo ocurrido. «De ahora en adelante, ¿esto es lo que me espera?», se decía con una sonrisa.

15 - Nada claro

Cobeña. 6 de octubre de 2019.

Un año más se celebraban las fiestas locales de Cobeña en honor de la Santísima Virgen del Rosario. El clima estaba algo enrarecido, ya que en el mes de mayo fue asesinado un chaval en las anteriores fiestas. Son las fiestas mayores en honor del Santísimo Cristo del Amparo. Tobías había estado esa noche con su padre, hermana y tíos cenando y tomando algo.

En el trascurso de la noche y según iban paseando, Lola y Tobías, se distanciaron de los demás. Su tía le dijo que había hablado seriamente con Begoña, «la voltios», acerca de las palabras de esta el otro día. Le comentó que la notaba a la defensiva y un punto grosera.

—Me dice: «¿Qué es lo que pretendéis a estas alturas?», yo no daba crédito a sus palabras. Solo la dije que respetara a mi hermana y que tuviese cuidado con lo que decía. Sobre todo, delante de ti. Me decía que interés tenías en remover la mierda después de tanto tiempo. Yo le dije que el único interés que tenías, era buscar una explicación a su muerte, y me dice la hija de la gran puta: «No hace falta ninguna explicación, ya sabes que tú hermana estaba de la cabeza, vete a saber lo que se traía entre manos…». La cogí por el cuello, y si no es por la vecina suya, a «la voltios» esta, la hago que la de un cortocircuito. ¡Pero cómo se puede ser tan mala!

—Ya te lo dije, tía. A mí esto me huele raro. ¿Qué se iba a traer mi madre entre manos?

—¡Nada! ¡Es tan mala, que fue lo primero que me soltó para hacerme daño! Esta ni era amiga de tu madre, ni tu madre era amiga suya… ¡Qué más quisiera ella!

—Tenemos que intentar hablar con los otros a ver si nos aclaran algo.

—¿Los otros? ¡Menudos piezas! ¡No los quiero ver ni en pintura! El único que se salva es Ángel, el marido de la guarra esta.

—Pues hablamos con él.

—Es complicado. Esta «tipeja» le tiene controladito, además está el pobre enfermo, tiene cáncer. Pero bueno, ya veremos cómo lo hacemos, no te preocupes.

Iban de camino a casa de Lola, ya que habían aparcado allí.

No es casualidad cuando la vida insiste en cruzarte con algunas personas, debió pensar Lola cuando vio a Ángel en la puerta de su casa paseando. Primero le saludaron el marido de Lola, su cuñado y sobrina que iban de avanzadilla. Al llegar ella y Tobías hicieron lo mismo.

—Hola Ángel, ¿qué tal te encuentras? —se interesó Lola por él.

—Bien, bueno, ya sabes… luchando.

—Yo te veo bien —quiso ser amable con él—, poquito a poco. ¿Estás solo?

—Sí, no te preocupes, no está Begoña. Ha ido con su hermano y cuñada a la plaza. Ya me ha contado que habéis discutido. Perdónala, ya sabes el carácter que tiene.

—No te preocupes Ángel, tú no tienes que pedirme disculpas. ¿Te dijo por qué discutimos? —Ángel le contestó afirmativamente—. Este es mi sobrino, hijo de mi hermana Lucía. Se dieron la mano.

—¿Usted sabe si ese día que fueron de fiesta le pasó algo a mi madre? —Tobías no dejó pasar la oportunidad.

—Lo único que recuerdo es que éramos muy jóvenes y bebimos más de la cuenta… hace mucho de eso. No sé por qué hacéis tanto hincapié en ese día, como si tu madre no se pudiese divertir…

—Es que, a raíz de ese día, mi madre ya no fue la misma. ¡No entiendo porque ninguno queréis hablar con claridad! —subió su tono Tobías.

—Mira chaval, yo no quiero problemas ni tengo nada en contra tuya, es mejor que termines de asumir la muerte de tu madre, por muy duro que sea.

—Antes de asumir su muerte, tengo que saber la verdad. —precisó Tobías.

—Yo, en tú lugar, lo dejaría estar —empezó a toser como si se fuese a quedar en el sitio.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que intentas decirme? —insistía Tobías presintiendo que algo sabía.

—Déjalo, Tobías, ya hablaremos en otro momento
—intentó disuadir a su sobrino viendo que Ángel no dejaba de toser—. Ya hablaremos otro día, cuídate Ángel.

Según se iban dirigiendo hacia el resto del grupo que les esperaban cien metros más lejos, Tobías no dejaba de insistir a su tía: «Qué, ¿ahora lo tienes más claro!». Su tía le dio la razón. Entre hablar con Begoña y ahora con Ángel, lo tenía todo más claro.

Al llegar a la altura del resto, tuvieron que darles explicaciones, ya que con los gestos que se apreciaban desde donde ellos estaban, sabían que algo había pasado. Lola les contó la conversación que tuvo con Begoña y luego lo maquilló un poco para disimular. «Nada, Ángel nos estaba pidiendo disculpas… nosotros que no las tenía que pedir… ya sabéis…» Parecía que se lo habían tragado, lo cierto es que tampoco insistieron demasiado.

Tobías, que tenía un montón de dudas acerca de lo que pudo pasar ese día a su madre, con lo que le había contado su tía y, la conversación con Ángel, estaba seguro de que esas personas escondían

algo.

Sabía que esa noche no iba a dormir bien, era algo que tenía claro Tobías. Volvió a tener la misma pesadilla de la última vez. Caminaba por un pasillo con su madre y al llegar a una habitación, una luz cegadora no le dejaba ver. En esta ocasión, tuvo la sensación de que penetraban más en esa estancia, ya que creía ver algo oscuro a su izquierda. Al despertarse e incorporarse en la cama, también oía de fondo la voz de una mujer. Por un momento pensó que todavía estaba soñando. Cuando logró recomponerse, se dio cuenta que el sonido venía de su móvil. Lo ponía todas las noches a cargar en el enchufe que tenía al lado de la cama. Se estaba reproduciendo un archivo que visualizó tiempo atrás, del programa «Océano Pacífico» que escuchaba su madre. No se lo podía creer. Ya no solo por ese detalle, es que encima, él, lo ponía a cargar siempre apagado. «¿Qué es lo que pretendes decirme, mamá?», se preguntaba en voz alta. Lo tenía claro, su madre trataba de contarle algo.

No se podía dormir. Se puso a buscar información en internet sobre los sueños. Buscó el sentido de ir cogido de la mano de alguien: «Soñar con esta o andando cogido de la mano con alguien, representa su unión que existe con esta persona. En algunos casos podrían indicar, que tal vez teme que se aleja de usted».

Luego buscó ir por un pasillo: «Los analistas de sueños sugieren que soñar con pasillos es el esfuerzo, propósito o acciones que realizamos para alcanzar nuestros objetivos y metas. De este modo puede ser revelador que soñar con un pasillo oscuro pueda ser más frecuente en personas inseguras que no tienen claro cuáles son sus ilusiones o expectativas. Una persona realista puede soñar con pasillos largos si considera que debe sacar lo mejor de sí mismo y esforzarse al máximo si quiere conseguir esa plaza de funcionario o ese papel de protagonista en esa importante obra de teatro. En cierto modo, tú puedes sentirte representado en el propio pasillo en sí teniendo en cuenta que sabes que debes avanzar poco a poco y paso a paso para lograr que tu sueño se haga realidad».

Estuvo navegando un par de horas sin tener nada claro, hasta que le venció el sueño. Al día siguiente se levantó para ir a la universidad habiendo dormido apenas cuatro horas. No podía con su cuerpo. Después de comer, tenía que ir trabajar y a punto estuvo de no ir, ya que después de comer, se sentó en el sofá y se quedó dormido. Gracias a que su padre llegaba a casa diez minutos antes de que él se fuera y le avisó. Esos veinte minutos de siesta, le sentaron de maravilla, logró recargar las pilas.

Ese fin de semana no tenía concierto. La última vez que estuvo con Natalia, tampoco se intercambiaron los números de teléfono. Ese

sábado, después de comer, se animó y quiso dar una sorpresa a Natalia: «Voy a ver si me invita a un café». No lo tenía muy claro; no sabía si le gustaban las sorpresas o después de lo que le contó acerca de sus relaciones y lo vivido por él, se podía encontrar con cualquier situación o reacción por parte de ella.

Le costó aparcar, era una hora en la que la gente apenas movía el coche. Al llegar al portal, no se acordaba muy bien del número al que tenía que llamar. Llamó sin mucha convicción al 1ºA. A los pocos segundos contestó Natalia. Al llegar a la puerta de entrada al piso, se la encontró entre abierta. Antes de entrar dijo:

—¿Se puede?

—¡Pasa! ¡Estamos en el salón! —gritó Natalia.

Al llegar al salón, dio las buenas tardes. Estaba Natalia haciendo un retrato a una señora mayor con el pelo rubio y bien peinada, parecía recién salida de la peluquería. Tenía los ojos pintados de azul y los labios de carmín rojo. Daba la impresión —a pesar de su edad— de ser una mujer muy coqueta. Miraba hacía la ventana que daba a la calle, mientras que Natalia no quitaba la vista del lienzo. Antes de llegar donde ellas estaban, Natalia se levantó y le dio dos besos mientras le decía: «¡Qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí?». Tobías le dijo que había ido a verla y a que le invitara a tomar café. Le presentó a Paquita, la mujer a la que estaba retratando.

—Paquita, ¿quieres un café? —le preguntó Natalia.

—Si tienes descafeinado, mejor.

—Sí, claro. ¿Te importa prepararnos el café, Tobías? —quiso saber Natalia.

—No, por su puesto.

—Es de esas cafeteras que se pone la capsula, al lado de ella hay una caja con los diferentes tipos de café. La leche está en el frigorífico, si tienes alguna duda me lo dices —le aclaró Natalia.

—Qué novio más guapo y amable tienes Natalia —dijo Paquita dando por hecho que lo eran.

—De momento solo somos amigos —contestó Natalia.

Tobías no se detuvo en ningún momento y se fue a preparar los cafés, prefería que Natalia le aclarase a Paquita lo que fuese necesario, si es que había algo que aclarar.

No tardó mucho en prepararlos, ya que en su casa había una cafetera parecida. Después de preguntar a Natalia por una bandeja, llevó los cafés en ella al salón. Natalia le dijo que en uno de los muebles de la cocina, había una cajita de metal con pastas, que las cogiese. Cuando ya lo tuvo todo preparado en la mesa del salón, se sentaron los tres alrededor de la mesa.

—¿Qué edad piensas que tiene Paquita? —preguntó a Tobías.

—Bueno… yo es que para eso soy muy malo… mmm… ¿sesenta y

seis? —Tobías prefería quedarse corto a tener que pasar vergüenza por pasarse en su predicción.

—¡Ya te he dicho yo, este chico vale mucho! —Paquita no paraba de reírse—. Aunque no lo parezca, tengo setenta y dos, ¿a qué no los aparento? —quiso saber sin dejar de mirar a Tobías.

—Está usted estupenda —decía Tobías sonriendo y mirando a Natalia.

—Pero «hijo», no me trates de usted, me acabas de quitar años… me puedes llamar Paquita. ¡Si podría irme de marcha con vosotros! —los tres reían sin parar.

Después de estar charlando y tomarse sus respectivos cafés, Natalia y Paquita volvieron a la faena. Entre pincelada y pincelada que iba dando Natalia, Paquita no para de hablar.

—Paquita es muy moderna, tiene pareja dese hace diez años. Dice que no se vuelve a casar ni loca, ¿verdad? —decía Natalia.

—¡Uy, qué va! Si lo llego a saber antes… Ojalá me hubiese tocado vivir esta vida que lleváis vosotros…

—¿Te arrepientes, Paquita? —quiso saber Tobías.

—Pues sí, la verdad que sí, «hijo». El marido que tuve, no me dio buena vida. No digo que todos los hombres sean iguales, pero que mala suerte tuve. No fui lo suficientemente valiente como para haberle mandado a la mierda. Pero bueno, eso ya no tiene solución.

—¿Te separaste? —incidía Tobías.

—¡Qué va!, murió de cirrosis hepática. ¡Pues no le gustaba a este empinar el codo! Además era de los que tenía la mano larga. Aunque, de la impresión de que soy una mujer echada para adelante, fuerte, con carácter, en esos momentos no lo era. Estaba metida en una espiral de la que no era capaz de salir. ¿Qué iba a hacer con dos niños pequeños que tenía? En cuanto fueron más mayores, me busqué un trabajo. Poco a poco iba ahorrando; tenía pensado, en cuanto mis hijos pudieran defenderse, darle la patada. Luego, con cincuenta años cayó enfermo y me dio pena dejarlo tirado. Pensaba que iba a durar poco, ya que los médicos lo pusieron bastante mal, pero el muy cabrón, ¡duró cinco años!

—Aunque tú no lo creas, yo pienso que si fuiste una mujer fuerte y valiente, y no solo eso, también una buena persona, porque si algo se merecía, es que le hubieses dejado tirado y no lo hiciste —confesó Tobías.

—Eso le digo yo cada vez que hablamos —apuntó Natalia.

—Las mujeres de esa época éramos inocentes. Nos habían educado para respetar y servir al hombre, ¿y nosotras qué? ¿¡Una puta mierda!? ¡Pero que tontas que éramos!… Pero si no teníamos ni idea de sexo, yo creía que hacer el amor era como lo hacía mi marido —casi siempre bebido— y cuando lo descubrí… ¡Si casi pierdo el

conocimiento! —Tobías y Natalia rompieron a reír y no eran capaces de parar—. Os lo digo en serio —insistía Paquita—, ¿vosotros sabéis el tiempo que yo he perdido? Por eso ahora, si no todos los días, un día sí, otro no, pero este horno —decía señalándose sus partes— no se queda sin meter su bollo.

A Paquita no le suponía ningún problema hablar de cualquier tema. Hablaba de sexo como si estuviese hablando con sus mejores amigas. Si para otras personas, incluido Tobías, supondría un camino lleno de espinas, eufemismos, risotadas y dobles sentidos, para ella era como hablar del tiempo que hacía. Esas actitudes y muros emocionales que tenían personas de esa edad, hacía tiempo que Paquita los había derribado.

Poder aprender y dar valor a cosas que de verdad importan, ahí donde el agradecimiento, reviste de intensidad cada acto vivido, cada emoción, es lo que verdaderamente importa. Porque la belleza de nuestra existencia se halla precisamente en los actos más sencillos, más puros.

La conversación que habían tenido con Paquita fue conmovedora y enriquecedora a la misma vez. El salir de su rutina y dejar aparcados los pensamientos que le hacían daño, le permitía a Tobías disfrutar del momento. Saber agradecer, poder aprender y permitirse olvidar determinadas cosas no es solo la base de muchas filosofías y religiones. Se sentía libre al no estar aferrado a emociones negativas, lo que le permitía seguir aprendiendo y experimentando.

16 - Recaída

Paracuellos de Jarama. Marzo de 2007.

A pesar de que faltaban pocos días para que diese comienzo la primavera, hacía una mañana bastante fría. Lucía se disponía a llevar a sus hijos al colegio. Siempre iban andando, ya que apenas estaba a doscientos metros de su casa. Desde que comenzaron las clases, Lucía, se encontró animada para llevarlos al colegio. Estos años atrás, lo hacían sus padres. Tenían que ir todos los días a su casa para llevar a sus hijos al colegio. Era incapaz de poner un pie en el suelo y tener que enfrentarse a las rutinas diarias. En alguna ocasión que otra, la convencían sus padres y la hacían salir con ellos a llevar a los niños al colegio y después dar un paseo.

Esa mañana tardaron más de lo normal en abrir la puerta del colegio y se amontonó muchas personas en torno a la puerta. Entre el bullicio de los niños que jugaban, otros que lloraban y los padres hablando, Lucía, empezó a sentirse mal. Se sentía agobiada. La rodearon un grupo de mamás que no dejaban de preguntarle cosas y eso le hacía sentirse cada vez peor. Al no ser una de las madres que se entretenía en la puerta del colegio después de dejar a sus hijos o que iba a tomar café con otras, las demás aprovecharon para saber más acerca de ella. No solo la incomodaba, sino que le hacía sentirse agobiada. El verse sometida a tantas preguntas, a conversaciones incongruentes, a cómo criticaban a otras personas, la puso muy nerviosa. Hubo un momento que creía que se iba a marear y vomitar en la cara de alguna de las alcahuetas que tenía enfrente. Le dijeron que estaba blanca, que si se encontraba bien. Ella dijo a modo de excusa, que estaba con la menstruación y no se encontraba bien. En cuanto abrieron la puerta del colegio, salió disparada hacía su casa. Necesitaba coger aire y alejarse de esas personas.

Ya en su casa, tuvo el presentimiento de que volvía a las andadas. Tenía los mismos síntomas que había tenido los meses anteriores. No terminaba de calmarse. Quería evitar tomarse un tranquilizante, llevaba un tiempo que no recurría a ellos. Sentía taquicardias, las manos le temblaban y tenía ganas de vomitar. Intentaba controlar la respiración, pero no lo conseguía. Se dirigió a la cocina y se hizo una tila con la intención de tranquilizarse. Se puso a recoger los restos del desayuno y puso una lavadora. Intentaba estar distraída a ver si de esa manera lograba que se le pasase el mal estar. Se tomó la infusión y a los cinco minutos, tuvo que salir disparada al baño a vomitar. Se encontraba tan mal, que tuvo que sentarse en el suelo totalmente

derrotada sin parar de llorar. Necesitaba tomarse un calmante, pero tenía miedo a quedarse dormida el resto de la mañana y no ir a recoger a sus hijos. No quería hacerlo, pero no tuvo más remedio que llamar a sus padres.

Cuando llegaron sus padres, se la encontraron en el sofá tumbada, llorando. A pesar de los intentos por parte de estos para que se calmase, no lo consiguieron. Su madre le preguntó si se había tomado un calmante y Lucía le dijo que estaba esperando a que llegasen ellos. Le dijeron que se fuese a la cama y se lo tomase, que ellos se hacían cargo de todo. Se metió en la habitación totalmente a oscuras y cerró la puerta. Sus padres estaban abatidos, no terminaban de entender porque su hija no terminaba de curarse. Era el ojo derecho del padre. No había nada en el mundo que le hiciera sentirse tan triste como ver a su hija llorar de esa manera. «¿Qué le ha pasado a mi hija?» Se preguntaba constantemente. «Una persona tan trabajadora, risueña, buena… ¿qué le ha podido pasar?» En ocasiones comparaba a Lucía con su abuela y tía por parte materna. Siempre habían sido personas que habían vivido en depresión. «Esto lo ha sacado de mi madre y de mi hermana», le confirmaba su mujer.

Mientras su madre preparaba la comida, su padre fue a recoger a Tobías y a Naira al colegio.

Tobías salía del colegio como la mayoría de los niños, corriendo y sonriendo. Según se iba acercando a la puerta de salida, se percató que estaba su abuelo y su hermana Naira esperándole. Al verlos le mudó el gesto. Que su abuelo estuviese esperándole en lugar de su madre, no era buena señal. Dejó de correr y empezó a andar con desgana.

—¿Otra vez está mamá enferma? —quiso saber Tobías al llegar a la altura de su abuelo.

—¡Vaya saludo! —dijo su abuelo quitándole hierro al asunto—. No se encontraba bien y he venido yo a buscaros. ¡Anda!, ven aquí y dame un beso.

Al llegar a casa, su abuela les abrió la puerta y les dijo que no hicieran mucho ruido que su madre estaba durmiendo.

—¿No va a comer mamá con nosotros? —preguntó Tobías.

—Deja que mamá descanse, luego come ella más tarde —dijo su abuela.

No le gustaba ver a su madre triste, no le gustaba verla llorar. Estuvo durante toda la comida sin decir nada. Una vez había terminado, se fue a su cuarto y se puso a dibujar. Salió de su cuarto y se fue a la terraza. Observo que nadie le miraba y arrancó una flor de una maceta que tenía su madre. Era un clavel rosa. Se lo escondió como buenamente pudo para que nadie se lo viese. Cogió el dibujo que había hecho y puso el clavel en él. Lo sujetó por el tallo con

celofán. Se asomó al pasillo y vio a su abuela en la cocina y a su abuelo y hermana en el salón. Cogió su dibujo y entró en la habitación de su madre. Estaba totalmente a oscuras, por lo que dejó la puerta de la habitación abierta para poder ver a su madre con la poca luz que penetraba del pasillo. Apenas hizo ruido. Se acercó a su madre rodeando la cama.

—¡Mamá!... ¡Mamá!... —decía Tobías con voz sigilosa.

—Hola cariño, ¿ya estás aquí? —contestó su madre con la voz ronca y pastosa de haber estado durmiendo. Se incorporó y dio la luz.

—Ya hemos comido. Ahora en un rato nos vamos al colegio de nuevo, pero quería ver que tal te encontrabas —con voz dulce y las manos a la espalda, informaba a su madre.

—Acércate, cariño. Dame un beso.

Tobías, retiró sus manos de la espalda y le ofreció a su madre el dibujo que había estado haciendo.

—Lo he hecho para ti, mamá, para que te pongas buena.

—Gracias, mi vida —le decía Lucía con los ojos acuosos—. No te preocupes, cariño, es solo un mal día. Ya verás cómo mañana estoy mejor. ¡Qué bonito! ¡Y la flor es preciosa!

Había dibujado a toda la familia —su madre, su padre, su hermana y él— jugando en el parque, felices. Mientras su madre no dejaba de observar el dibujo, él se subió a la cama y apoyó su cabeza en el pecho de Lucía. Llegó su hermana e imitó a Tobías. Se subió a la cama y empezó a besar a su madre. Su madre le enseñó el dibujo que había hecho su hermano y Naira protestó, ya que le hubiese gustado haberle hecho otro ella, que no era justo. Su madre la animó a que cuando viniese por la tarde del colegio le hiciese ella otro, que no pasaba nada.

—¡Venga chicos, hay que irse al colegio! —rompió la armonía su abuelo.

—Jolines, yo me quiero quedar con mamá —protestaba Naira.

Tobías fue el primero que se levantó después de dar un beso a su madre. Naira no tuvo más remedio que hacer lo mismo.

Lucía hizo el esfuerzo de levantarse una vez se fue su padre con los niños al colegio. También hizo el esfuerzo de comer algo. No tenía mucho apetito, pero por complacer a su madre y no oírla protestar, comió lo que buenamente pudo. Sus padres esperaron a que llegase Ernesto del trabajo para así poder irse a su casa. Cuando este llegó y los vio en casa, le recorrió un escalofrió por todo el cuerpo. Era el anuncio de que Lucía volvía a sentirse mal. La vio tumbada en el sofá y fue a darle un beso.

—¿Qué te pasa, cariño? —quiso saber Ernesto.

—Otra vez estoy igual, Ernesto —decía entre lágrimas Lucía—, no puedo más…

—No te preocupes, mi vida… ya sabes que esto suele pasar… —intentaba Ernesto calmarla sin dejar de besarla.

—Es que… es que no puedo más… ¡estoy harta! —no dejaba de lamentarse Lucía.

—¡Venga, no te preocupes, cariño! No tienes que desanimarte, ya verás cómo mañana te encuentras mejor —intentaba tranquilizarla quitándole hierro a la situación.

El estado ánimo del resto de los presentes, estaba por los suelos; sobre todo el del padre de Lucía, le mudaba el rostro cada vez que veía a su hija tan hundida. Se le ponía la cara blanca y apenas le salía un hilo de voz. Después de un buen rato, sus padres dijeron que se iban a su casa y mañana volverían para llevar a los niños al colegio.

—Tú estate tranquila, cariño, mañana llevo yo a los niños —le decía su padre al oído a la vez que la besaba— sabes que estamos aquí para lo que te haga falta.

Lucía, cuando estaba tan decaída, todo lo que ocurría a su alrededor, lo magnificaba. Le venían los peores pensamientos a la cabeza. Le dolía traer a sus padres de cabeza, a Ernesto… Que sus hijos no pudiesen ser felices… Le hubiese gustado en esos momentos ser mago y hacerse desaparecer.

Fue la primera vez que se le pasó por la cabeza hacerse daño. La primera vez que no tenía ganas de seguir luchando. Se le venían a la cabeza su marido e hijos y se obligaba a desechar esos pensamientos. Tenía muchas dudas de las fuerzas que le pudiesen quedar. También se le pasaba por la cabeza decir la verdad de lo que le ocurría, pero de manera inmediata, le venía el sentimiento contrario. ¿Solucionaría algo o lo empeoraría? Era algo que no terminaba de tener claro. ¡Por qué soy tan cobarde! Se reprochaba constantemente.

17 - Buscando pruebas

Cobeña. Octubre de 2019.

Cuando estaba en el trabajo o en la universidad, Tobías, no dejaba de darle vueltas a la cabeza. No dejaba de pensar en todos los acontecimientos vividos hasta entonces. Debido a todas estas circunstancias, notaba que no era la misma persona. No pensaba en otra cosa que no fuese en aclarar todo lo relativo a su madre. Estaba decidido a dar un paso más en la «investigación».

Le faltaba media hora para terminar su jornada laboral, cuando recibió un mensaje de Natalia preguntándole si tenía pensado hacer algo esa noche. La contestó que no tenía planes. Ella le propuso ir a cenar a algún sitio. Tobías le dijo que una vez se hubiese duchado pasaría por su casa a recogerla. Estuvo todo el tiempo pensando donde ir a cenar. Se le ocurrió ir a Cobeña, donde vivía su tía. Si iba a uno de esos bares de la localidad, podría poner cara a los otros dos del grupo de su madre. Solo sabía sus nombres, no tenía ninguna referencia sobre sus físicos. Pensaba que, siendo un pueblo pequeño, no le resultaría complicado dar con ellos.

—¿Has pensado donde ir a cenar? —le preguntó Natalia una vez se sentó en la furgoneta.

—He pensado ir a un pueblo cercano, Cobeña. Ahí vive mi tía, pero no te asustes, no he quedado con ella —le aclaró Tobías.

Se decidió por el Restaurante Asador «El Granero» en la calle Mercado. Había estado con sus tíos tomando algo y le había gustado. Tenía la fachada de ladrillo visto envejecido, las ventanas y puerta de color marrón a juego con la fachada. También tenía en la parte alta de la fachada, cuatro monedas gigantes incrustadas. Eran réplicas de la peseta, antigua moneda de España antes de la llegada del euro. El interior también estaba decorado del mismo ladrillo de la fachada con incrustaciones de piedra en determinadas zonas. Tenía una decoración rustica y acogedora. Nada más entrar, al fondo de la barra, se concentraba un grupo de seis personas que hablaban alto y no paraban de reírse. Eran todo hombres y tenían la barra atestada de botellines. Se pidieron unas cervezas en la barra antes de pasar al comedor.

Mientras hacían tiempo para cenar, no dejaban de observar a los «personajes» del fondo de la barra. Parecía un concurso de quién hablaba más alto y decía más burradas. Llegó en ese momento otro más. Era un hombre de unos cincuenta y tantos, metro setenta y cinco, pelo cano y sobrepeso. A Tobías le dio un vuelco el estómago. No entendía porque había tenido esa reacción sin conocer a esa persona.

Cuando uno de ellos llamó la atención de este, llamándole por su nombre, Luis, lo tuvo más claro. O era mucha casualidad que coincidiera el nombre o se trataba de otro de los miembros del grupo de su madre. No salía de su asombro. Tuvo que llamarle la atención Natalia, ya que se había quedado mirándole sin dejar de pestañear.

—¿Lo conoces? —quiso saber Natalia.

—¿Eh?... No… No estoy seguro…

—Como no dejas de mirar…

—Luego te cuento durante la cena.

Cuando ya se disponían a pasar al comedor, todas sus dudas se aclararon. El tal Luis, se dirigió a otro que tenía en frente llamándole Antonio, era el otro miembro que faltaba. No podía dar crédito a la suerte que había tenido eligiendo este restaurante. Había matado dos pájaros de un tiro. Por fin les ponía cara. Lo que sí tenía claro, es que no era el momento ni el lugar para hablar con ellos y, mucho menos, por las condiciones en las que se encontraban. ¿Pero tendría otra ocasión para poder hacerlo? Esa era la duda que le asaltaba.

Una vez situados en el comedor, el camarero les dijo que se podían sentar donde quisieran. Solo había ocupadas cuatro mesas y tenían donde elegir. Tobías eligió la más cercana a la puerta, ya que le daba la posibilidad de seguir observando al grupo de la barra. Mientras, Natalia, no dejaba de observar el comportamiento que estaba teniendo Tobías.

—Bueno, cuéntame, me tienes totalmente intrigada –le rogaba Natalia.

—Es una historia muy larga…

—Tenemos toda la cena por delante…

Tobías le contó todo lo relativo a su madre. Desde el suicidio hasta las dudas que él tenía acerca de todo. Natalia no dejaba de mirarle, de decir que lo sentía, de agarrarle la mano, de ofrecerle su apoyo…

—O sea, ¿que lo tenías preparado? Lo de venir aquí, me refiero —quiso saber Natalia.

—Sí, perdona que no te dijese nada, pero es que yo tampoco tenía muy claro lo que estaba haciendo.

Entraron unas chavalas de unos diecinueve o veinte años a comprar tabaco. Al estar sentados cerca de la puerta y poder ver todo lo que ocurría en la barra, vieron cómo estos «personajes» les soltaban todo tipo de improperios. Bromearon con ese tufo sexista y misógino característico de algunos hombres. Tiraban del chascarrillo y de la carcajada fácil intentando evidenciar a las chicas. Estas no se quedaron atrás y los mandaron a la mierda. Era la primera vez que Tobías sentía vergüenza por pertenecer al sexo masculino y se lo hizo saber a Natalia, a lo que esta le contestó: «Tobías, no tiene nada que ver el género, también hay mujeres que a mí me hacen sentir

vergüenza ajena».

—¿Estás seguro de querer hablar con estos capullos? —quiso saber Natalia.

—Seguro, no. Si quisiera hacerlo, pero en las circunstancias en las que se encuentran… Lo que no tengo claro, es si volveré a tener otra oportunidad igual —se lamentaba Tobías.

En ese momento pasaba el camarero a su lado y le pidió la cuenta. Estaban terminando con los postres, cuando se percató de que parte del grupo se iba, quedándose solos Antonio y Luis en la barra. Llegó el camarero con la cuenta y Tobías dijo que pagaba él. Natalia no estaba muy conforme, pero Tobías logró convencerla y le dijo que la próxima vez invitaría ella.

—¿No estarás pensando lo que creo que piensas? —al ver que Tobías no dejaba de mirarlos.

—Es que tengo que aprovechar esta oportunidad. ¿Y si no los vuelvo a ver? —se justificaba Tobías—. Si quieres, espérame aquí, ahora vengo yo.

—De eso nada, no pienso dejarte solo con estos dos capullos.

Llegaron a la altura de ellos y Tobías se presentó.

—Buenas noches, mi nombre es Tobías —dijo ofreciendo su mano a Antonio que era el que más cerca tenía. Después se la ofreció a Luis.

—¿Nos conocemos de algo? —dijo de manera impertinente Luis, sin dejar de mirar a Natalia de arriba abajo.

—Si no me equivoco, creo que eráis amigos de mi madre. Soy hijo de Lucía. Su hermana, mi tía, se llama Lola —intentaba explicarse Tobías.

—Sí, así es. ¡Joder! Hace mucho de eso. Encantado, siento mucho lo que le pasó a tu madre, chaval —le decía Antonio.

—Ahora que lo dices, te pareces bastante a ella. A todo esto, ¿cómo sabías que éramos amigos? —le preguntó Luis.

—Me lo dijo mi tía. El otro día conocí a Begoña y estuvimos hablando. También os quería preguntar sobre la noche que fuisteis a las fiestas de Vadetorres de Jarama. Como le dije a Begoña, a partir de esa noche, mi madre no volvió a ser la misma. No sé si os pasó algo… o, si sabéis si le pasó algo a ella…

—¿Qué te ha dicho Begoña? —se adelantó a hablar Luis antes de que lo hiciera Antonio, ya que este se había quedado totalmente blanco.

—Ella me ha dicho que nada. Qué solo os lo pasasteis bien. Pero quería escuchar vuestra versión.

—Pues eso es lo que hicimos, no sé por qué no te lo crees. ¿Te ha mandado tu padre a que nos saques información? Porque no me extrañaría…

—No sé por qué dice eso. Mi padre no sabe que estoy aquí, es cosa

mía.

—Mira chaval, hace muchos años de eso, ni siquiera me acuerdo… bueno, de algunas cosas sí —decía con su sonrisa cínica—. No lo pasamos que te cagas y ya está. ¿Por qué debería de haber pasado algo? Las movidas que tuviese tu madre solo las sabía ella.

—Lo que tengo claro, es que, ninguno me quiere decir la verdad. Pero tener claro, que tarde o temprano la sabré.

—¿Nos estas amenazando? —dijo Luis dando un paso al frente y ponerse a solo un palmo de Tobías. Lo que hizo que Antonio se pusiera en medio y echase para atrás a Luis.

—Venga Luis, joder, el chaval solo está preguntando. Créenos, por favor, no hay nada que contar. No sé qué te habrán contado, pero esa noche, lo único que hicimos fue divertirnos —se justificaba Antonio.

—Vámonos, Tobías, no merece la pena seguir insistiendo —se animó a decir Natalia.

—Hazle caso a tu chica y ves a echarla un polvo, ya verás cómo te olvidas de todo. Si ves que no eres capaz… nos llamas a nosotros —decía Luis mirando de manera lasciva a Natalia.

—¡Hijo de puta!... —dijo Tobías abalanzándose sobre Luis.

—¡Tobías, por favor! —gritó Natalia poniéndose en medio—. ¿No ves que intenta provocarte? Vámonos, por favor.

Le costó a Natalia sacar a Tobías del restaurante. Mientras este no dejaba de llamarle de todo a Luis, ella intentaba calmarle, no le había visto nunca fuera de sí. Llegaron donde tenían aparcada la furgoneta y Natalia se encendió un cigarrillo. Tobías iba de un lado a otro sin perder de vista la puerta del restaurante.

—Esperemos que «la voltios» no meta la pata… —le decía Antonio a Luis.

—Si de alguien me fio, es de ella —aseveró Luis—. De todos modos, voy a llamarla, hace mucho que no me la paso por la piedra.

Salieron del restaurante mientras Luis iba hablando por teléfono con «la voltios».

—¡Súbete a la furgoneta, Natalia! Vamos a ver dónde van. —animó a Natalia convencido de lo siguiente que iba a hacer.

—¿No iremos a seguirlos? —Natalia no salía de su asombro.

—Por supuesto. ¿Qué te apuestas que está hablando con «la voltios»? No te preocupes, no voy a hacer nada, solo quiero asegurarme de lo que van a hacer.

Luis estuvo hablando con ella durante unos minutos mientras Antonio esperaba a que terminase. Una vez había colgado, le dijo a Antonio que si se apuntaba, a lo que este le respondió que no.

—¡Vente, coño! Para estar solo en tú casa… si «la voltios» puede con los dos… Así recordamos viejos tiempos.

—Qué no voy joder, tú encárgate de dejar las cosas claras.

Se despidieron y cada uno se fue por una dirección diferente. Tobías tenía claro a quién tenía que seguir. Vieron que cogió una furgoneta blanca con un remolque pequeño enganchado en la parte de atrás. Recorrieron unos quinientos metros hasta llegar a lo que parecía una pequeña nave. Tenía una puerta azul de garaje, que ocupaba casi toda la fachada. También tenía una ventana de unos sesenta centímetros en el lado derecho. Luis se bajó de la furgoneta y abrió la puerta a mano. Fue dando marcha atrás, hasta que logró aparcarla. Al rato salió a la puerta y se encendió un cigarro. Tobías y Natalia estaban sentados en la parte delantera de su furgoneta lo más agachados posible.

—Joder, Tobías, estoy cagada —decía en voz baja Natalia.

—Tranquila, desde donde está, no puede vernos.

A los veinte minutos, Tobías miró por el retrovisor y vio que a lo lejos venía alguien. Según se iba acercando, logró reconocerla, ¡era «la voltios»!

—¡Lo sabía! —dijo Tobías levantando la voz sin darse cuenta. Lo que hizo que Natalia pegase un respingo del susto que le había dado —. Perdona, ¿te he asustado? Es que mira quién viene por detrás.

Natalia sabía de quién se trataba. Tenía miedo, pero no sabía si era por la subida de adrenalina del momento, que ya no se quería ir. Vieron cómo al llegar donde estaba Luis, este le dio un cachete en el culo. La hizo entrar y cerraron la puerta.

—Qué hijos de puta… cómo sabía que estos escondían algo. — confirmaba Tobías.

—Estos están liados y sus respectivos no lo saben. A lo mejor tu madre los descubrió…

—No lo sé Natalia, no sé si eso lo que esconden o hay algo más.

—Aunque lo supiera, no creo que esto hiciese que tu madre… ya sabes. Salvo que la amenazaran…

—Voy a salir y asomarme por la ventana. A ver si puedo oír algo.

—¡Estás loco! ¡Te pueden ver! Además, la ventana está un poco alta… —no le dio tiempo a terminar, cuando Tobías ya estaba saliendo de la furgoneta—. ¡Joder Tobías! —dijo saliendo ella también.

Una vez en la puerta de la nave, y viendo que no alcanzaba a llegar a la ventana, se le ocurrió coger un contenedor de la basura. Natalia le propuso subirse ella, ya que pesaba menos, no se fuese a romper la tapa. A Tobías no le hacía mucha gracia, pero ya que estaba allí con él, quiso darle su parte de protagonismo. Mientras él sujetaba el contenedor, Natalia se encamaró en él y se dispuso a mirar por la ventana.

El cristal tenía bastante mierda, pero no impedía ver el interior de la nave. Lo primero que vio, fue a Luis y a «la voltios», besándose y metiéndose mano. También vio que tenía diferentes jaulas con perros

de caza.

—¿Oyes algo? —le preguntaba Tobías.

—No se oye nada. Están metiéndose mano. Estos han venido a echar un polvo —le decía Natalia en cuclillas.

—¿Te importa que esperemos un poco? A ver si cuando acaben, logramos oír algo —le ponía cara de niño bueno.

Natalia se bajó del contenedor y esperaron unos minutos. No estaba dispuesta a ver ese espectáculo, sería como ver un documental de morsas apareándose. Pusieron la oreja en la puerta y se oían los gemidos. Los nervios obligaron a Natalia a encenderse un cigarro. Volvieron a poner la oreja en la puerta y ya no se oía nada. Natalia se volvió a subir en el contenedor. En ese momento, «la voltios», estaba terminando de vestirse y Luis estaba cogiendo una cerveza de un frigorífico viejo que había al fondo. No lograban oír nada. Ni Natalia en la ventana, ni Tobías abajo. No quería apoyar la oreja de nuevo en la puerta, por no dejar de sujetar el contenedor. Como no lograban lo que querían, le dijo a Natalia que se bajase. Llevaron el contenedor a su sitio y volvieron a poner la oreja en la puerta. Obtuvieron el mismo resultado, nada.

Se montaron en la furgoneta y esperaron a que salieran. Dio tiempo para que Tobías le agradeciese su complicidad y para sincerarse del todo. Le contó a Natalia, las pesadillas que llevaba teniendo desde hacía unos meses. Natalia giró un momento la cabeza y al mirar por el retrovisor le pareció ver una silueta que se movía entre los coches. Se incorporó del susto en su asiento e hizo que Tobías se asustara.

—¿Qué te pasa? —dijo preocupado Tobías.

—Joder, Tobías, creo que hay alguien fuera —dijo aterrada—. Me ha parecido ver la silueta de un hombre.

—¿Estás segura? A lo mejor viene el otro…

Dejaron pasar unos segundos y no aparecía nadie.

—Me voy a asomar —propuso Tobías.

—¡No, por favor! ¡¿Y si salen «la voltios» y el otro?! ¡Me da mucho miedo, Tobías!

Estuvo mirando calle abajo y no vio a nadie.

—No he visto nada. He mirado dentro de los coches y tampoco.

—A lo mejor ha sido cosa mía. Estaré sugestionada.

Las emociones fuertes vividas esa noche, desencadenaron en Natalia la liberación de adrenalina. Había tenido un chute o descarga de adrenalina ante las situaciones de estrés y peligro que habían vivido. Esa noche, Natalia, tenía la sensación de estar viviendo una película de suspense, un auténtico *thriller*.

Cuando ya lograron relajarse, Natalia, le comentó a Tobías, que tenía una compañera de trabajo que había ido a un vidente y la había ayudado mucho. Ella pensaba que Tobías requería ayuda externa.

Necesitaba saber porque tenía ese tipo de pesadillas. Ella no es que creyese mucho en esos temas, pero si estuviese en su lugar, intentaría recurrir a cualquier tipo de ayuda. Este la contestó que era muy escéptico con esos temas y no le atraía mucho. Natalia siguió hablándole del tema a ver si lograba convencerle. Después de todo lo que le había contado y de la noche que llevaban… que podía perder.

18 - Positivo

Cobeña. Agosto de 1996.

Lucía llevaba casi tres meses sin venirle la menstruación y estaba preocupada. Se lo hizo saber a Ernesto y este le quitaba hierro al asunto: «No te preocupes cariño, no pasa nada si estas embarazada… ¿Para ti sería un problema?». A Lucía le sorprendió su reacción, ya que pensaba que se lo podía tomar mal. Ernesto le animó a ir a la farmacia a comprar un test de embarazo para quedarse tranquilos. Fueron a comprarlo a otro pueblo para que la persona de la farmacia que había en el suyo, no tuviera la tentación de contárselo a alguien. Una vez lo habían comprado, se fueron a su piso para hacerse la prueba.

Lucía salió del baño con la cara desencajada, había dado positivo. No le hizo falta decirle nada a Ernesto, solo con verla a ella, sabía el resultado del test.

—¡Vamos a ser padres! —dijo eufórico Ernesto mientras la abrazaba.

La estuvo abrazando y besando durante un largo minuto en el que Lucía no decía nada. En su mano derecha, cogido con los dedos índice y pulgar, tenía el «aparatito» del test que marcaba las dos líneas rosas. Lo tenía cogido como si le diese repulsión tenerlo en la mano, como si eso no fuese con ella.

—¿No estas contenta, cariño? —quería saber Ernesto.

—Es que… no es buen momento… con la boda y eso…

—Sabes que eso a mí me da igual, ¿qué lo dices, por el traje? ¿Por los preparativos?

—¡Claro, es un trastorno!

—A ver, todavía no tenemos elegidos los trajes y tampoco nos hemos decidido por ningún restaurante —Ernesto trataba tranquilizarla si eso era lo que más le preocupaba.

Él no lo tenía tan claro, ya que pensaba que el motivo de su preocupación iba por otro lado. Intentó sonsacarle cuál era el motivo real de su preocupación, pero Lucía, no terminaba de sincerarse, lo único que hacía era poner excusas.

—Cariño, no puedo casarme con el «bombo», no quiero que estén hablando de mí toda la vida.

—Joder, Lucía, me estas dejando asombrado, ¿desde cuándo te importa lo que digan o piensen los demás?

—Sabes que no me importa—logró decir después de unos segundos callada—, es por nuestros padres, sé que lo iban a pasar mal. Aunque no haya demostrado mucha euforia, claro que me alegro de que

tengamos un hijo, pero quería que hubiese sido de otra manera —sabía que no estaba siendo del todo sincera, pero no quería disgustar a Ernesto. Le veía tan feliz…

—No te preocupes, cuando hablemos con ellos, estaré yo a tu lado. Y, a los míos, ya se lo digo yo.

De todos modos, decidieron asegurarse y Lucía pidió a su médico de cabecera que le hiciese algún tipo de prueba para terminar de confirmarlo. Ernesto llegó a preguntarla si quería tener el bebé, ya que no la veía del todo segura.

—¡Claro! ¿Por qué no iba a querer tenerlo? —se sintió ofendida Lucía.

—Por nada… que susceptible estas, cariño. Te lo digo… no sé… que no lo hagas por mí. Estoy muy ilusionado y quizás no te he dejado pensar con claridad —aclaraba Ernesto.

Una vez que el médico se lo confirmó, y ellos lo tuvieron claro, fueron a hablar con los padres de Lucía.

Aprovecharon para hablar con los padres de Lucía el mismo día que el médico les confirmó que Lucía estaba embarazada. Fueron a la parcela de los padres de ella, ya que en verano solían estar allí. Durante todo el trayecto, hasta llegar a la parcela, Lucía era un manojo de nervios, no dejaba de pensar como decírselo a sus padres. Todavía no había superado lo ocurrido en las fiestas de Valdetorres de Jarama. No terminaba de tener claro lo ocurrido esa noche. En lugar de hablar con Luis, Antonio, Ángel y «la voltios», tomó la decisión de alejarse y no volver a saber nada de ellos. Tenía la sensación de estar todavía en *shock*. Le venían a la mente fogonazos de imágenes que no lograba situar. Sentía que se iba a volver loca.

Cuando llegaron sus padres estaban sentados en el porche, ya que a esas horas, las siete de la tarde, hacía sombra y se estaba fresquito. Su hermana se estaba dando un baño en la piscina.

—¿Os vais a dar un baño o queréis tomar algo? —quiso saber su padre una vez se habían saludado.

—¿Tomamos algo primero? —se adelantó Ernesto—. ¿Qué quieres tomar Lucía? —estaba tan nerviosa que no quiso tomar nada—. ¿Quieren ustedes algo?, ya que voy a la cocina… —se fue a por lo que él quería beber y su suegro, ya que tanto la madre, como la hija, no querían nada.

—Tenemos que contaros algo… —se dispuso a hablar Lucía en cuanto llegó Ernesto con las bebidas.

—¿Qué pasa, ha ocurrido algo? —preguntó su padre con tono de preocupación.

—¡Nooo!, tranquilo, son buenas noticias —dijo Ernesto con una amplia sonrisa.

—Estoy embarazada —soltó Lucía.

—¿Eso son buenas noticias? —dijo la madre de Lucía mientras el resto se miraba con cara de asombro.

—¡Enhorabuena! —dijo su padre a la vez que les daba un beso a los dos.

—Joder, Juana, ¿no le parece motivo de alegría? Anda que si le decimos que estamos alguno enfermo… —quería saber Ernesto.

—Si estuvieseis casados… pero… ¿qué pensara la gente? ¿Y la familia?

—Mamá, lo tuyo es increíble… ¿de verdad es lo que más te preocupa? ¡Siempre pensando en el qué dirán!

—Juana, por favor —le decía Cristóbal—, que no estamos en los años cincuenta…

—¡Madre mía!, pero… ¿cómo ha sido? —decía su madre incrédula.

—¡Joder, mamá! La cigüeña, que ha llamado a la puerta antes de venirnos y nos lo ha dicho, ¡no te jode! —le decía Lucía enfadada sin llegar a creerse lo que decía su madre—. Qué te crees, ¿qué tienes que estar casada para poder tener relaciones?

Cristóbal y Ernesto no dejaban de reírse. Las ocurrencias de Juana, no dejaban a nadie indiferente.

—A ver, Juana, tu hija y yo nos queremos, ¿dónde está el problema? Tanto ella, como yo, queremos tener el bebé. ¿La boda? Pues se puede celebrar antes de que este más avanzado el embarazo y ya está —se explicaba de manera resuelta Ernesto.

—Por supuesto que hay que hacerlo antes de que se le note la barriga, eso tenerlo claro. Y ya se puede olvidar de hacerlo por la iglesia —decía Juana de manera autoritaria.

—Mira, eres mi madre, pero creo que ya te estás pasando… Es mi vida y la de Ernesto, y seremos nosotros los que tomemos las decisiones, que ya somos mayorcitos. Y si te da vergüenza que tú hija se case embarazada, te quedas en casa —se levantó Lucía con los ojos acuosos y se metió dentro de la casa. Ernesto fue tras ella.

—Joder, Juana, siempre te luces. Vienen a darnos una buena noticia, porque es una buena noticia —hacía hincapié Cristóbal en lo de buena noticia—, y los dejas chafados. De verdad, que cada día te entiendo menos.

Lola, que a pesar de estar dándose un baño en la piscina no dejaba de observarlos, salió del agua y fue a ver que estaba ocurriendo.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo nada más llegar a la altura de sus padres.

—Nada hija, que tu hermana nos da una buena noticia y tu madre parece que le han contado una tragedia —le explicaba Cristóbal sin terminar de salir de su asombro—. Pues que vas a ser tía, ¿eso no es para estar contentos?

—¿De verdad? ¡Voy a ser tía! —gritaba Lola dirigiéndose hacia

dentro de la casa para ver a su hermana.

Juana, que era la que había reaccionado mal, se sentó dándole la espalda a Cristóbal y mirando a otro lugar. Reaccionaba como si ella hubiese sido la ofendida. Lucía, Lola y Ernesto se fueron a dar un baño a la piscina, a ver si de esa manera, Lucía se calmaba y su madre recapacitaba.

La contienda se había tomado un respiro. Un bando estaba en la piscina y el otro, en el porche. El de la piscina, dialogaba; el del porche, estaba totalmente en silencio. El de la piscina; por mediación de Ernesto y Lola, trataba de quitarle importancia: «ya se le pasará», le decían a Lucía. El del porche; gracias a la actitud de Cristóbal, iba rompiendo las hostilidades. Empezó a hablar con Juana y a hacerla venirse a razones.

Después de un par de horas sin estar juntos y con la excusa de cenar, los dos bandos firmaron la paz. Hubo algún conato más a lo largo de la noche, pero no llegó la sangre al rio.

Al final, todo se precipitó. Se casaron en el mes de octubre por el juzgado, pero no porque lo dijese la madre de Lucía, sino porque ella ya no quería casarse por la iglesia. Ernesto estaba encantado, era lo que quería desde un principio. Por una parte le daba pena por Lucía, por otra, estaba tan feliz. Invitaron solo a la familia. No fueron ni amigos ni compañeros de trabajo.

Juzgados de Alcalá de Henares. 5 de octubre de 1996.

En Alcalá de Henares soplaba mucho el viento, pero el sol resplandecía y mandaba reflejos sobre el agua acumulada en las calles después de haber estado lloviendo la noche anterior. Lucía iba agarrada del brazo de Ernesto. Detrás de ellos, una pequeña comitiva de familiares. Caminaban hacía los juzgados para hacer realidad sus sueños. No iba a ser como Lucía había deseado, pero ya no había marcha atrás. El guion había cambiado por completo.

Lucía llevaba un vestido elegante sin mangas ni tirantes. La parte de arriba era un corpiño que le dejaba los hombros y la espalda a la vista. Estaba unida a una falda larga de gasa de color *beige*. También una chaqueta tipo torera por si refrescaba. Los zapatos eran blancos con un gran tacón. Ernesto, llevaba un traje color arena; camisa blanca con rayas color *beige,* y corbata marrón. Los zapatos eran de piel color marrón y cierre de hebilla en *blucher*. La familia no dejaba de piropearles, hacían la pareja perfecta.

Los padres de Ernesto no terminaron de encajar bien que se casaran por el juzgado. La madre de Lucía se había salido con la suya —sobre todo porque a Lucía se le había quitado ilusión de casarse por la iglesia—, el padre, solo quería lo que a su hija le hiciese sentir bien.

La ceremonia apenas duró quince minutos. Lo celebraron en un restaurante cercano. Eran veinticinco personas entre hermanos, cuñadas y cuñados, primos y algún tío. Lucía, poco a poco, se fue metiendo en su papel e intentó no amargar el día a Ernesto ni a la familia. El viaje de novios decidieron posponerlo por el estado de Lucía. Un viaje que nunca llegaron a hacer.

Todo lo que había deseado Lucía, se fue al traste. Estaba siendo todo tan precipitado, que no le gustaba nada. Sí, quería a Ernesto como no había querido nunca a nadie, pero a ella le hubiese gustado que todo se hubiese desarrollado como tenía pensado.

19 - Día de todos los Santos

Paracuellos de Jarama. 1 de noviembre de 2019.

Era día festivo, el Día de Todos los Santos. Ernesto era católico no practicante. Lo que no perdonaba, era ir ese día a llevar flores a su amada Lucía. También lo hacía con sus padres y suegros. Llevaban unos años, que tanto Tobías, como su hermana Naira, le acompañaban. Tanto Ernesto, como Tobías, iban a lo largo del año varias veces a visitar la tumba de Lucía. A Tobías —sobre todo últimamente—, le gustaba ir solo. Desde que empezó a tener pesadillas de manera más continua, se acercaba al cementerio como si allí pudiese encontrar alguna respuesta. A veces pensaba que se estaba volviendo loco, que parecía un *friki* de esos que les gusta visitar los cementerios. Iba como un misántropo en busca de tranquilad, de paz, ya que casi siempre estaba vacío. En ocasiones se sentía como un cazador de mariposas con la red rota, con la única intención de atrapar esos sueños sin respuesta.

Observaban cómo su tía Lola y su padre, se afanaban en dejar limpia la lápida antes de poner las flores mientras él y su hermana, esperaban con ellas en las manos. Mientras su padre pasaba una bayeta húmeda, su tía iba detrás con un trapo, secando lo que había limpiado Ernesto. Una vez limpia, la adornaban con los diferentes ramos de flores que habían llevado. Se quedaban en silencio sin quitar la vista a la lápida que habían dejado reluciente. Los cuatro de pie, callados, totalmente absortos en sus pensamientos, como si tuviesen la posibilidad de conectar con sus seres queridos. Tobías se encontraba en un estado de quietud como no había sentido nunca, su percepción de la realidad se había agudizado, era capaz de observar detalles que en otra ocasión se le escaparían. Tenía la premonición positiva de estar acompañado en ese momento por su madre. Inconscientemente, miraba a los demás por si ellos podían sentir lo mismo que él.

Una vez rota la liturgia en la que habían entrado, su hermana, su tía y su padre, conversaban acerca de lo bonito que estaba el cementerio. Tobías, tomó la decisión de sentarse en un banco que tenía a unos diez metros de donde estaban. Desde allí, no dejaba de observar a todas esas personas que, como ellos, habían asistido a rezar por las almas de quienes ya habían abandonado este mundo.

El cementerio, ese día, se convierte en la plaza pública de cualquier localidad, donde asoman los más extraños encuentros entre vivos y difuntos. En otro momento, el cementerio representa el lugar cerrado, lúgubre, donde moran los difuntos, separado del mundo de los vivos por una elevada tapia; fría en su arquitectura y reconocido por sus

espigados cipreses.

Sentado en el banco, Tobías, no dejaba de pensar en su madre, de cómo hubiese sido su adolescencia y su vida con ella. Después de haber buscado y leído todo lo referente a lo que le estaba ocurriendo, anhelaba poder ver a su madre por última vez; hablar con ella, besarla… En esos momentos le daba igual ser creyente que no serlo, que los demás creyesen que era ingenuo. Al principio tenía muchas dudas de lo que le estaba ocurriendo e incluso de su integridad psíquica. Ya no dudaba, tenía claro que su madre se estaba poniendo en contacto con él. ¿Cómo explicárselo a su familia? ¡Qué necesidad de preocuparlos! Decidió no decírselo a su padre, ni a su hermana, también dejó de contarle a su tía las pesadillas. En ese instante, se dio cuenta, de que él era el único que podía aclarar todo lo referente a su madre. No iba a dejar pasar más tiempo sin aclarar todo lo sucedido. Quizás estaba exagerando y veía fantasmas donde no los había, pero hasta que no lo tuviese claro, no iba a cejar en su empeño.

Se acercó su tía y se sentó a su lado.

—¿Qué piensas? —quiso saber Lola.

—De todo un poco… Me gustaría que mamá estuviese aquí con nosotros. Lo normal es que viniésemos a ver a los abuelos, ya que por su edad… —quería justificar Tobías—. Pero que mamá, una persona tan joven, ya no esté con nosotros…

—Te entiendo, pero por desgracia, así es la vida —dijo su tía abrazándole.

—Por cierto, creo que debemos meter presión a estos «personajes», a ver si nos pueden aclarar algo —mencionó Tobías.

—Es cierto que yo también tengo mis dudas, pero lo que no termino de tener claro, es que, lo que nos puedan decir, despejé nuestras dudas.

—Pues yo, cada día lo tengo más claro —se vio tentado de decirle a su tía que estuvo hablando con Luis y Antonio—, esta gente esconde algo. ¿Has podido hablar con los otros?

—No, hace tiempo que no me los encuentro. A ver si me hago la encontradiza, y les puedo sacar algo… casi siempre están bebidos…

Se unieron a ellos Naira y Ernesto, dejaron la conversación y se fueron a casa a preparar la comida. Allí les estaba esperando Pepe, el marido de Lola, ya que a este no le hacía gracia ir a los cementerios. Iban a comer los cinco juntos. A mitad de camino, Ernesto se encontró con parte del grupo que iba con él a los cursos de cocina y se paró a saludarlos. Después de las presentaciones y durante la pequeña conversación que estaba teniendo Ernesto con ellos, su familia no dejaba de observarlo. Se dieron cuenta, de que Ernesto y una señora del grupo, tenían un *feeling* especial. Hasta que llegaron a casa, no dejaron de preguntarle y gastarle bromas. Ernesto sonreía de manera

incomoda sin dejar nada claro. En cierto modo, ellos deseaban que fuese real, Ernesto, necesitaba rehacer su vida, se lo habían dicho en varias ocasiones.

Una vez en casa, Lola, Pepe y Ernesto, se fueron a la cocina y se pusieron manos a la obra. Había dejado preparado el día anterior el postre: tarta de tres chocolates. La había preparado con el robot de cocina que le habían regalado.

—¿Qué tienes pensado hacer, cuñado? —quiso saber Lola.

—Pues de entrante: había pensado hacer hojaldres de salmón y espárragos trigueros, y de segundo: guiso marinero con almejas y rape. ¿Qué os parece?

—¡Joder!, a mí se me está haciendo la boca agua… —dijo Pepe.

—Pues tú nos dirás lo que quieres que vayamos haciendo… —se ofreció Lola.

Primero se pusieron con el guiso marinero; mientras Pepe y Lola se ponían a pelar patatas, cebolla, ajo y pimientos, Ernesto, se puso con el lomo de rape a trocearlo en dados grandes. Una vez que Lola y Pepe tenían todo cortado, se pusieron a hacer el sofrito como había dicho Ernesto. Este les iba dejando a un lado, los ingredientes que deberían ir incorporando al guiso. «Echa el ajo picado, espolvorea el pimentón dulce y las hebras de azafrán; ahora échale el tomate y cuécelo a fuego medio hasta que el sofrito quede espeso». Le decía Ernesto a Lola. «Pepe, ve encendiendo el horno, por favor, y lo pones a 210º». Iba dando órdenes como un auténtico jefe de cocina.

Se puso con los entrantes, cogió una olla con agua y puso a hervir los espárragos trigueros durante un minuto. Después se puso a cortar el salmón en diez porciones. Mandó a Pepe que cortara el hojaldre y lo untara con crema de queso. «Lola, incorpora el rape y las almejas que tengo ahí preparadas y si no te importa, le das el punto de sal». Ordenó a su cuñada. No perdía la vista a nada que se estuviese haciendo. Una vez que Pepe había untado los hojaldres, Ernesto, los fue preparando; encima de cada uno, ponía un trozo de salmón encima y un esparrago triguero en diagonal. Doblaba las esquinas opuestas hacía el centro, pegándolo un poco con huevo batido para que no se abriesen en el horno. Seguidamente, fue colocando cada hojaldre en la bandeja del horno pincelándolos con huevo batido y espolvoreándolos con semillas de orégano. Lola había terminado con el guiso y fue a probarlo, estaba perfecto, en 15 minutos, podrían ponerse a comer.

Tobías y Naira, habían sido los encargados de preparar la mesa y de poner la música de fondo.

La sobremesa se alargó hasta bien entrada la tarde. Todos estuvieron de acuerdo en lo bueno que había estado todo, no dejaron de felicitar a Ernesto, pero él se quitaba importancia diciendo que lo

habían hecho entre los tres. Durante todo ese tiempo, pasaron por diferentes estados emocionales, dependiendo de por dónde fuese la conversación, pasaban de un estado de ánimo a otro. Como si fuesen subidos en una montaña rusa, se rieron, emocionaron, gritaron, cantaron…

Una vez se fueron sus tíos, se sentaron los tres en el sofá a descansar y ver la televisión. Ernesto, se quedó dormido, Naira y Tobías se reían de lo rápido que lo hizo.

—¿Tienes pensado salir hoy? —le preguntó Tobías a su hermana.

—Sí, en una hora he quedado con mis amigos, ¿y tú?

—No tengo nada pensado…

—Yo también voy a salir... —dijo su padre con voz cansina sorprendiendo a los dos.

—¡Joder, como para haber estado hablando mal de ti! Creíamos que estabas dormido —dijo Tobías sorprendido. Su hermana y él no dejaban de reírse.

—¿Has quedado con la «churri»? —bromeaba con él Naira.

—Mira que estáis tontos… —les decía su padre a la vez que se levantaba del sofá.

—¡Yo no he dicho nada! —se justificaba Tobías entre risas— No pasa nada, papá.

—De momento, solo somos amigos… el tiempo dirá… —aclaró Ernesto mientras se dirigía a la cocina—. Hablando de «churris», Tobías, te está sonado el móvil —gritaba desde la cocina—. ¿Es tu «churri», una tal Natalia? —tiraba de ironía Ernesto.

—¡Aquí todos tenéis «churri» menos yo! —protestaba entre risas Naira—. ¿O también es una amiga?

—Solo tenemos amigas, ¿verdad papá? —se solidarizó con su padre según iba a la cocina.

20 - Adiós al programa

Paracuellos de Jarama. Diciembre de 2005.

Desde que vino de las vacaciones de Cudillero, Asturias, y después de llegar a un acuerdo para rescindir su contrato con la empresa donde trabajaba, Lucía, daba la sensación de que cada día que pasaba se encontraba mejor. Tenía ilusión porque llegasen las navidades y comprar regalos para todos. No era ella al cien por cien, pero al menos, no se quedaba en la cama postrada sin ilusión por hacer cosas. Evitaba lugares con mucho bullicio o situaciones que la pudiesen hacer sentir mal. Hizo las compras de los regalos de Navidad y Reyes, con casi veinte días de antelación. En lo referente a la comida, ya se encargaría Ernesto.

Su estado de ánimo fluctuaba constantemente. Había días que se sentía: enérgica, con ganas de hacer cosas, pero a la vez calmada, y otros en cambio: cansada, siempre durmiendo, pero a la vez, tensa, era la situación que más impotencia le producía, la que era incapaz de controlar. Llevaba años que su estado de ánimo era disfórico: depresión, tristeza, irritabilidad, ansiedad… La familia, después de tantos años, no se atrevía a lanzar las campanas al vuelo, ya que sus recaídas eran constantes.

Faltaban unos diez días para acabar el año, Lucía y Ernesto, después de acostar a los niños, se disponían a escuchar el programa de radio «Océano Pacifico». Llevaba un tiempo que lo escuchaba en su cama con Ernesto, ya no se levantaba y se iba al salón. Lo que sí dejó de hacer, salvo ocasiones especiales, es seguir la rutina que tenía para escuchar el programa. Si Ernesto, se dormía porque tenía que trabajar, ella se ponía los auriculares y lo escuchaba sola. Sino trabajaba y lo escuchaban juntos, si ponía un pañuelo de seda anaranjado en la lámpara de la mesilla y la radio con el volumen bajo. Lo solían hacer los viernes y los días que no trabajaba Ernesto.

Esa noche empezó el programa con la canción: «*Gira*», de Rosana.

Yo tengo un corazón que se despereza
Que cuando siento amor pierde la cabeza
Que sabe cobijarse por mi
Y me hace desnudarlo ante ti
Que pasa si te pierdes la noche en vela
Que quiere ser amante la vida entera
Que sigue siendo un loco feliz
Y me hace despertar y sentir que…

Sirvió para dar paso a las señales horarias y que la locutora, María Quirós, hiciese una pequeña introducción:

Estamos hoy, ciertamente positivos, ¿verdad? Las vueltas que da la vida, las vueltas, el flujo y reflujo que produce el océano, es algo así como lo que decía Mario Benedetti: «Es que a veces, cuando sueño contigo, no hablo, si no, que es como si cantara en sueños».

Seguidamente, puso el sonido del oleaje del mar y el graznido de las gaviotas de fondo. La locutora dio paso a la sección de «cartas del navegante», donde los oyentes mandaban dedicatorias, solicitaban canciones o dejaban tintes poéticos. Escuchaban los mensajes de los oyentes haciéndolos suyos. Empatizaban enseguida con la persona que estaba al otro lado. Comentaban las palabras de estos y cada uno daba su opinión. Casi siempre coincidían y estaban de acuerdo, cuando no lo hacían, se podían tirar varios minutos dando sus argumentaciones sin llegar a sacar nada en claro. Uno de los oyentes pidió la canción: «*Estoy enamorado*», de Donato y Estefano, una canción que les gustaba mucho a Lucía y Ernesto.

Quiero beber los besos de tu boca
Como si fueran gotas de rocío
Y allí en el aire dibujar tu nombre junto con el mío
Y en un acorde dulce de guitarra
Vaciar locuras en tus sentimientos
Y en el sutil abrazo de la noche sientas lo que siento

Que estoy enamorado
Y tu amor me hare grande
Que estoy enamorado y que bien
Y que bien me hace amarte…

Mientras la escuchaban se miraban con complicidad, con amor, uno frente al otro. Tumbados en la cama se besaban y decían lo mucho que se querían.

Ese fue el último día que escucharon el programa juntos, ya que unos días después y sin previo aviso, el programa dejó de estar en antena. Tras diez años, de lunes a viernes y, de 00:00 a 04:00 horas, el 30 de diciembre de 2005, fue la última noche que se emitió el programa.

A pesar de su gran audiencia decidieron acabar de un plumazo con el programa. La locutora, María Quirós, no pudo despedirse de su audiencia, ya que se lo comunicaron ese mismo día.

Para Lucía las noches ya no volvieron a ser iguales. Si se ponía la radio era para escuchar música y que la hiciese compañía. Se limitaba a escribir en su diario o leer hasta lograr quedarse dormida.

21 - La maldad del ser humano

Paracuellos de Jarama. 16 de noviembre de 2019.

Ese fue el último fin de semana del año que Tobías y su grupo, daban un concierto. Se lo comunicó a sus integrantes unos días antes. No llegó a decirles el verdadero motivo, solamente que era por la proximidad de las navidades y por temas personales. El verdadero motivo: no tenía la cabeza en su sitio. Todo lo relativo a su madre le atormentaba, no le dejaba pensar con claridad.

Esa noche, Natalia, no fue a verle, tenía cena con los compañeros de trabajo. Marina sí lo hizo. Una vez acabó el concierto, estuvieron tomando unas copas. Con ella se sentía igual de a gusto que cuando estaba con Natalia. A pesar de que tenía más amistad con Natalia, la conversación con Marina, fluía sin problemas, parecía que se conocían de toda la vida. Cuando estaba con ellas es cuando más a gusto se sentía, se olvidaba de todo lo que le hacía sentir mal. El tiempo volaba, eran su mejor fármaco hipnótico. Le sorprendía con la soltura que hablaba cuando estaba con ellas, ya que el poder de la oratoria no era su fuerte. Se expresaba mejor cuando cantaba, pero con ellas era diferente.

Marina le propuso ir a su piso para seguir charlando más tranquilamente, a Tobías le sorprendió la propuesta, sin llegar a decírselo a ella, pensó que era como engañar a Natalia. Marina, que se dio cuenta, le dijo que no se preocupase, que Natalia no se iba a enfadar, que si no le había dicho ya como pensaba y actuaba ella. Se sentía tan a gusto con Marina, que esta, no necesitó mucho para convencerle. Lo que no quería Tobías, era irse tan pronto a casa o quedarse con sus amigos del grupo toda la noche bebiendo. Aceptó su propuesta y en media hora llegaron al piso.

Marina le propuso comer algo, a Tobías le pareció bien. Después se pusieron una copa.

Tobías, sin darse cuenta, llevado por el clima de sosiego y compenetración que se respiraba, le iba contando intimidades que no se las hubiese contado a nadie. Solo se sentía así con Natalia, de hecho, era la única persona que sabía todo lo relativo a su madre hasta esa noche; la segunda persona fue Marina, que lo miraba fijamente, boquiabierta.

Marina se levantó a preparar otra copa para cada uno y Tobías aprovechó para estirarse en el sofá todo lo largo que era. Cuando llegó Marina con la bebida, la dejó en la mesa y se tiró encima de él.

—¿No crees que ya hemos hablado suficiente? —le habló de forma seductora Marina.

—Me tienes que contar lo de tú familia, ¿me vas a dejar con la intriga? —dijo Tobías a modo de excusa.

—Tenemos toda la noche —le decía Marina sin dejar de besarle— ¿O tienes prisa?

—¿Y si viene Natalia?

—Que se una a nosotros…

Los besos de Marina sabían a frescor y ron; Tobías sentía como se le erizaban todos los pelos de su cuerpo y su miembro le pedía a gritos salir de su pantalón. Marina, sentía el calor y la humedad en su interior con cada movimiento que hacía con sus caderas; el pene totalmente erecto de Tobías, la excitaba cada vez más. Se despegó de sus labios, bajó hasta su cuello mientras Tobías le acariciaba los muslos y glúteos. Marina bajaba por el pecho de Tobías con sus labios, como el que sigue el rastro que le lleva a un tesoro. Al llegar a su destino, le bajo el pantalón, y con el tesoro en la mano, empezó a jugar, se lo introdujo en la boca.

—Mmm… me encanta —gimió Tobías.

Hizo que se incorporase Marina y la fue desnudando poco a poco. Besaba sus pechos pequeños y mordisqueaba sus pezones erectos. Bajó hasta su vulva que tenía forma de mariposa y jugueteo con ella. Marina, se retorcía de placer, gemía pidiendo más. Pidió a Tobías que se sentara, se subió encima de él, quería llegar al orgasmo sintiendo su virilidad. Esta vez tuvieron el orgasmo sin ninguna interrupción, «piruleta», la gata, estaba encerrada en la cocina; Marina se había encargado de ella.

El haber hecho el amor con Marina, le hacía tener sentimientos encontrados. Le encantaba hacer el amor con Natalia, pero también con ella. El haber conocido antes a Natalia, le generaba dudas, tenía la sensación de que le había puesto los cuernos. Sabía de sobra como pensaba Natalia, aun así, esa sensación no se la podía quitar. Había compartido cosas con ella que le hacían sentir que eran pareja, aunque sabía de sobra que Natalia no era lo que buscaba.

—¡Qué rápido te has vestido!... No te preocupes, Tobías, sé que no estás acostumbrado a este tipo de relaciones, pero Natalia, no se va a enfadar.

Tobías se quedó callado sin saber que decir, sentía vergüenza. Marina se sentó a su lado y le dio un beso.

—Bueno, cambiando de tema, cuéntame lo de tú familia… —volvió a insistir Tobías.

—Está bien, pero primero vamos a prepararnos algo de beber, es una historia muy larga.

Sentados en el sofá, cada uno con su bebida y un cuenco de frutos secos, Marina estaba dispuesta a contar su historia familiar. Después de haberse sincerado Tobías con ella, que menos que complacer su

curiosidad. Preguntó a Tobías si había oído hablar de «los niños robados» y este le dijo que le sonaba el tema, pero que tenía poca información. Le dijo que su hermana era uno de ellos. No sabía cómo empezar, así que tomó la decisión de hacerlo de manera cronológica con los datos que tenía de su madre y de su hermana. No quería liar a Tobías.

—A ver, mi hermana y yo, realmente no somos hermanas biológicas —intentaba poner en situación a Tobías—, de todo esto nos enteramos, cuando su «padre» falleció y mi madre se decidió a contar la verdad.

—Joder, esto promete… —decía Tobías removiéndose en el sofá.

—Esto empieza en los años setenta, cuando mi madre intentaba quedarse embarazada y no lo conseguía. Su marido, que era hijo de un reputado notario en Toledo, tenía buenos contactos en todos los ámbitos de la sociedad toledana. Habló con los mejores médicos y le pusieron en contacto con sus homónimos de Madrid. Hicieron pruebas a mi madre y a él. Los resultados se los comunicaron a él personalmente y le dijo a mi madre, que no era fértil, que no podrían tener hijos. Que la única solución era adoptar a un niño o a una niña. Mi madre pasó unos meses muy malos después de recibir la noticia, pero como le hacía tanta ilusión poder tener un hijo o una hija, accedió a hacerlo. Su marido se encargaría de todo.

—Tanto tu madre, como su marido, no le dijeron nada a tu hermana, ¿no? Ella creía ser hija legítima y cuando se enteró… —comentó Tobías.

—Espera, espera… esto no ha hecho más que empezar… —añadía más intriga Marina—. A finales del año 1971, su marido le dijo que en los próximos meses, podrían adoptar un bebé recién nacido. Que sería de una madre que no lo quería. Para que los vecinos y conocidos no hablases a sus espaldas, y, por la reputación de él, debería ir poniéndose un cojín en la tripa, para simular que estaba embarazada. Que según fuese pasando los meses, se lo fuese poniendo más grande y, cuando faltasen tres meses, más o menos, se fuese a Madrid, a casa de su hermana.

—Claro, en esa época, estaría mal visto que una mujer no pudiese tener hijos… bueno, estaban mal vistas tantas cosas… —intentaba Tobías encontrar una explicación—. Mira mi madre, se quedó embarazada a finales de los noventa y todavía parecía que era pecado.

—Ahora voy con la parte de mi hermana; al contarle mi madre lo sucedido, tomó la decisión de saber quiénes eran sus padres biológicos. Esos datos no los tenía mi madre, entonces, mi hermana, cuando salió en las noticias lo de «los niños robados», se apuntó en una plataforma que habían creado las víctimas. Tuvo que dar su ADN a una base de datos para que resultase más precisa la búsqueda.

Después de un tiempo no muy largo, le comunicaron que había habido una coincidencia con una señora que buscaba a su hija. Después de las pruebas pertinentes, se demostró que era su madre. Tuvo suerte, ya que las dos partes estaban en la base de datos. Todavía hay miles de madres y padres que siguen buscando a sus hijos.

—Tuvo que ser muy emocionante. Pero claro —Tobías se estaba dando cuenta de que algo fallaba—, si tanto su madre biológica, como ella, se estaban buscando mutuamente… ¡Era una «niña robada»! —terminó diciendo aterrado.

—Eso es. Ahora te cuento la historia de su madre, que no tiene desperdicio. En abril de 1972, su madre biológica, tenía veintiún años y estaba embarazada de siete meses. Fue al ginecólogo a revisión, a Maternidad de O´Donnell, en la calle Maiquez. Su madre, llevaba en un carrito a la que es su hermana mayor, ya que su padre estaba trabajando. Después de la revisión y, de que el médico le dijese que todo iba bien, se fue a su casa. Por la noche empezó a encontrarse con molestias y terminó por romper aguas. Cogieron a la niña que tenían y se fueron con el coche de su padre al hospital. Una vez la tumbaron en la camilla, le pusieron una mascarilla y ya no se acuerda de nada más. La durmieron y no entiende el por qué, ya que fue parto natural. Cuando se despertó, le dijeron que había tenido una niña y que estaba en la incubadora, ya que era sietemesina.

Estuvieron unos días que solo podían verla a través de un cristal. Una mañana les llamaron para decirles que la niña estaba muy malita, que no sabían si saldría adelante. Ellos, a pesar de las malas noticias, siguieron con los preparativos. Esa noche, a las doce o una de la madrugada, les llamaron de nuevo. Al llegar al hospital, les subieron a la primera planta. Les metieron en una sala totalmente vacía y fría para decirles que la niña estaba muy grave. El personal del hospital, había tomado la decisión de acristianarla por su cuenta. Su padre biológico, que no era muy cristiano y sobrepasado por todo, le dijo al médico: «¡me importa tres leches si está acristianada o no!, ¿mi hija va a vivir o no?».

—¿Y qué le dijo el médico? —estaba impaciente Tobías.

—Pues, te lo puedes imaginar… que se iba a morir. De hecho, más tarde, le comunicaron la mala noticia. La madre quería ver a su hija, pero el médico le aconsejo que no lo hiciese, ya que sería muy duro para ella. Su marido, le dijo: «Que necesidad tenemos de pasar por ese trago, por favor, déjalo estar». El médico, aprovechando que el marido pensaba como él, terminó de convencerla.

—¡Madre mía! Entonces… no sé… si no vieron el cuerpo, no sabían si realmente había muerto, ¿no? Yo hubiese hecho lo posible por verlo, sé que es duro, pero me hubiese quedado más tranquilo —era un mar de dudas Tobías.

—Ya, quizás yo también, pero hay que estar en esa situación. Date cuenta, que eran padres muy jóvenes: ella tenía veintiún años y él veinticuatro. Entre el *shock* de la noticia, que fueron solos con la otra niña que tenían… si hubiesen ido acompañados de otra persona…

—A ver, quién se va a esperar de un profesional, que te quiere engañar. Te pones en el lugar de los padres… tuvo que ser durísimo —dijo Tobías sin salir de su asombro—. Entonces, cuando empezó a destaparse todo este entramado, lo de que la durmieran sin necesidad de hacerlo, no dejarles ver el cuerpo… es cuando ellos empezaron a sospechar, ¿no?

—Así es, lo tenían más que claro. Hicieron lo mismo que mi hermana, se metieron en la asociación y se hicieron las pruebas de ADN. Gracias a que lo hicieron, han vuelto a ver a su hija. Pero todos estos años perdidos, ¿cómo compensas eso?

—Es que, han destrozado un montón de familias… ¡Hijos de puta! —exclamó totalmente enfadado Tobías.

—Espérate, todavía queda más.

—¿Más? —dijo Tobías con los ojos fuera de sus orbitas.

—El que fue marido de mi madre, como te dije anteriormente, era de familia bien. Tenían amigos y familiares de la clase alta de Toledo. Encima, eran súper religiosos. Los muy cabrones, o mejor dicho, el muy cabrón, engañó a mi madre con los resultados de las pruebas de fertilidad.

—Me lo estaba imaginado —decía Tobías moviendo la cabeza de arriba abajo —, ¡esto es demasiado!

—¡Ya lo creo! Le dijo a mi madre, que se dejó llevar por los consejos de sus padres. La persona que era infértil, era él. Sus padres le dijeron: «Hijo, tienes que darte cuenta, que para la reputación de la familia, ese tipo de noticias no es bueno. Pondrían tu virilidad, en entredicho». Y siguiendo el consejo de sus padres, así lo hizo. Hay un refrán que dice: «A todo cerdo le llega su San Martín», y eso le ocurrió a él. Con treinta años, le diagnosticaron leucemia. Cuando estaba ya muy malo, se lo confesó todo a mí madre. Mi madre no daba crédito, no solo la había engañado sobre la adopción de mi hermana, sino que también, acerca de su fertilidad.

—Esto da para hacer una película —decía Tobías—. Es increíble de lo que somos capaces de hacer los seres humanos, seamos hombres o mujeres.

Entiendo que tu hermana se sienta enfadada, pero… Tú madre también es una víctima más de todo esto, ella no sabía nada. Enterarse de toda la trama familiar, ha tenido que ser muy duro para ella; además, en cuanto se enteró de todo, decidió contárselo a tu hermana. Yo creo que ha sido muy valiente y honesta.

—Ya, yo también pienso así. Espero que poco a poco, vuelva todo a

la normalidad, las dos han sufrido bastante. La maldad, Tobías, no tiene nada que ver con el género, ni con la clase social, religión o ideas políticas.

Ponerse, por un instante, en la piel de esos padres, produce un dolor insoportable. Con recomendaciones de que no vieran el cuerpo o enseñándoles un cadáver que no correspondía, entierros ficticios, consumaban su engaño y conseguían que otra pareja pudiera culminar su deseo de ser padres. ¿Qué clase de individuos hay que ser, para prestarse a algo tan indeseable? Un doctor, una comadrona, una monja, un enterrador… lo más oscuro del ser humano, el robo de niños con los que se traficaba por intereses propios, por dinero o por creerse Dios y pensar que ese bebé iba a estar mejor con una familia que con la suya propia.

Desde 1960 hasta 1988 ha dado mucho tiempo para hacer todo tipo de tropelías y daño a esas familias. La justicia, lenta, sigue su curso, esperando poder reparar el dolor de tantos padres y madres sin lágrimas, poder llorar la crueldad intolerable a la que fueron sometidos.

22 - ¿Amor o capricho?

Cobeña. Primavera de 1991.

Desde la antigüedad, se asocia la primavera a la juventud y la vida. El frío poco a poco va desapareciendo y da paso a nuevos colores, olores y sensaciones. Las plantas, la flora, renacen en todo su esplendor y se vive con más alegría. Tradicionalmente ha estado ligada al amor y a las relaciones de pareja. Ese año, Lucía, cayó en el embrujo de la primavera y se enamoró, al menos eso creía ella. Le había gustado algún chico del instituto o se había sentido atraída por alguno, pero nunca llegó a tener ninguna relación.

Nada más acabar administrativo, se puso a trabajar en las oficinas de una multinacional de bollería. Había terminado sus estudios, tenía carnet de conducir e independencia económica, aun así, seguía viviendo con sus padres. Con su madre chocaba bastante, pero la relación con su padre y su hermana era excelente, era por lo que merecía la pena seguir viviendo con ellos.

Llevaba cuatro meses en su primer trabajo y gracias a su carácter empático, se había adaptado de maravilla. No solo se llevaba bien con sus compañeros de oficina, también con operarios, encargados, jefes… No solo llamaba la atención por su juventud y su físico, también por su gran corazón. Era una persona bastante accesible para cualquiera, eso hizo que algún que otro compañero, confundiera amabilidad con querer tener algo con ella. La única persona en la que se había fijado, se llamaba Alfredo y estaba casado. Desde el primer día que le vio, le dio un vuelco el corazón. Se alegró de que no se acercase a ella, ya que se había ruborizado y le temblaba todo el cuerpo. Era moreno, repeinado hacía atrás con patillas largas y piel morena, parecía un torero. Delgado, metro setenta y cinco y vestía muy bien. Era el encargado de una de las secciones de la empresa.

Cada vez que le veía, perdía el control de todo; su mente, sus ojos, su corazón, se los robaba automáticamente. Por mucho que intentase buscar una explicación, no lo conseguía. El amor es una experiencia compleja que muchas veces resulta inefable, se resiste al análisis de la razón.

Lucía se arreglaba todas las mañanas para él, aunque Alfredo no lo supiese. Poco a poco, fue cogiendo confianza con él, era algo que deseaba, aunque no sabía si era mejor seguir guardando las distancias, o acercarse más a él. Guiada por el ímpetu típico de su edad y por lo que sentía por él, se dejó llevar. Cada vez que se acercaba a su mesa de trabajo Alfredo y, la miraba con sus ojos negros, Lucía sentía que levitaba. No existía nada a su alrededor. Aunque ella intentaba que no

se le notase nerviosa, por su edad y poca experiencia, no lograba conseguirlo. Alfredo se había dado cuenta que Lucía se ruborizaba y ponía nerviosa cada vez que hablaba con ella, situación que aprovechó para gastarle bromas cada vez que tenía ocasión. Con el paso de los días, Alfredo, también fue sintiendo por Lucía, algo más que amistad. Empezó a decirle cosas bonitas y a guiñarle un ojo cuando pasaba a su lado. A Lucía la desarmaba, se ponía a soñar despierta con la vida que podía tener junto a Alfredo. Se veía con un traje de boda precioso, en una casa grande, con dos o tres niños, despertándose todas las mañanas a su lado y yendo juntos a trabajar… Necesitaba varios minutos para lograr recomponerse y decirse lo estúpida que era. Una compañera suya, Dolores, la más cercana a su mesa y con la que mejor se llevaba, hacía tiempo que la observaba y le dijo que se olvidara de él.

—A ver Lucía, cariño, que no es que me quiera meter en tu vida, pero yo en tú lugar, me olvidaría de él. Está casado y tiene ocho o nueve años más que tú. Lo único que puedes conseguir, es que se aproveche de ti y te haga daño. Para él vas a ser algo pasajero, una aventura, ahora, si tú lo tienes claro… —le aconsejo ese día Dolores.

Lucía, hizo caso omiso al consejo de Dolores y se dejó llevar por el amor que sentía.

Un día que coincidieron a la salida del trabajo, Alfredo le propuso tomar algo. Lucía en un primer momento le dijo que no podía, ya que si no perdería el autobús que la llevaba a su casa, él le dijo que no se preocupase, ya que después de tomar algo, la llevaría a su casa. Estuvieron cerca de una hora en el bar compartiendo intimidades y miradas cómplices. Cuando llegaron al coche de Alfredo, este la apoyo en él y cogiéndola por el cuello la besó. Lucía no supo que hacer, le temblaban las piernas y su corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Alfredo volvió a besarla con más pasión y alargándolo en el tiempo. Lucía no podía pararlo, hacía tiempo que lo deseaba y no iba a ser ella quién se retirase de sus labios.

—Lucía, eres preciosa. No dejo de pensar en ti. Me vuelves loco —le decía Alfredo acariciándole la mejilla apenas dos centímetros de ella.

—Tú también me gustas, Alfredo. Pero… —la volvió a besar sin dejarla terminar de hablar.

El tiempo se había detenido para Lucía. Sentía que sus pies no tocaban el suelo y que a través de sus labios, Alfredo se había introducido dentro de ella. Podía hacer con ella lo que quisiera, podía pedirle lo que se propusiera, era su amo.

Alfredo le propuso pasar la tarde juntos y Lucía accedió. Le dijo que primero tendría que pasar por su casa para que sus padres no se preocupasen y luego podían ir donde él quisiera. No se lo podía terminar de creer. Ella que pensaba que sería un amor imposible por

la situación de él, se estaba haciendo realidad. Alfredo durante todo el trayecto, le acariciaba la mano, la miraba, la sonreía… Le preguntó dónde quería ir a pasar la tarde y Lucía le dijo que le daba igual. Alfredo que lo tenía claro desde el primer momento que supo lo que sentía Lucía por él, propuso ir a un piso que tenían sus padres. Lucía, que parecía abducida, le parecía todo bien. Tampoco quería dar la impresión de ser una chica sin experiencia. Trataba de estar a la altura de Alfredo, aunque no siempre lo conseguía.

Ya en el piso, Alfredo le ofreció una cerveza. Lucía, no era capaz de decirle que no a nada. Ella no bebía alcohol, pero pretendía dar una imagen que no era la suya. No quería defraudarle. Empezó a besarla de nuevo en la cocina. De sus labios pasó a su cuello mientras le apretaba sus glúteos. Lucía estaba sintiendo cosas que jamás había sentido. Se notaba húmeda y los pezones duros. Alfredo cogió la mano de Lucía y se la llevó a su entrepierna. Al soltar Alfredo su mano de Lucía, esta no dejaba de moverla de arriba abajo de manera mecánica, como si le hubiesen dado cuerda. La volvió a coger de la mano y la llevó a uno de los dormitorios. La fue desnudando poco a poco y después de hacerlo él, la tumbó en la cama y empezó a lamer su cuerpo.

—Es la primera vez que lo voy a hacer… —confesó Lucía.

—No te preocupes —trataba de calmarla—, déjate llevar.

Alfredo, en teoría, tenía más experiencia que ella, pero no fue capaz de darle todo el placer que ella necesitaba, de hecho, Lucía no llegó a tener un orgasmo.

—¿Te ha dolido? —Lucía dijo que un poco—. ¿Te ha gustado? —quiso saber si estuvo a la altura.

—Sí, ha estado muy bien —mintió Lucía.

Nunca había hecho el amor, sabía que le podía doler algo la primera vez, pero lo que también sabía, es que, no solo podía ser lo que sintió. Lo que ella había leído en sus libros y visto en alguna película, no se parecía nada a lo que ella había sentido. Después de unos minutos desnudos en la cama, Lucía se atrevió a tocar a Alfredo como pidiendo la revancha. En esta ocasión, si logró tener un orgasmo.

Estuvieron viéndose varios meses en el piso que tenían sus padres. Lucía no solo quería quedar para acostarse con él, necesitaba pasear, ir al cine, a cenar… Como lo haría cualquier otra pareja, pero Alfredo, se excusaba siempre diciéndole que eso no podía ser. Lucía se fue dando cuenta con el paso del tiempo, que quizás no estaba enamorada, que seguramente, solo había sido atracción.

Hacía un par de días que Alfredo no iba al trabajo, se había enterado, ya que ella tramitaba las bajas de los trabajadores, que se había hecho daño jugando al fútbol y le habían escayolado una pierna.

Esa misma mañana, entró en las oficinas una señora con un bebé en brazos. Cuando se acercó a su mesa se presentó y dijo que llevaba la baja de su marido, Alfredo. Lucía se quedó de piedra, no supo que hacer. Logró recomponerse y le preguntó qué tal estaba su marido. Cuando esta abandonó las oficinas, Lucía, se sintió avergonzada, sucia. Se fue al baño y estuvo llorando durante unos minutos. Esta situación terminó de hacerle abrir los ojos. Cuando Alfredo volviese, le diría que tenían que parar, que no podían seguir así.

—Cariño, ya te lo dije —le comentó Dolores cuando volvió Lucía a su mesa.

Después de mes y medio sin verse, volvieron a hacerlo en las oficinas. Alfredo le entregó el parte de alta a la vez que le decía que la echaba de menos. Lucía se limitó a preguntarle qué tal estaba y cuando saliesen del trabajo, hablarían. Alfredo se quedó mudo, no se esperaba esa reacción por parte de Lucía. Durante el periodo de baja de Alfredo, le dio tiempo a Lucía para madurar más las dudas que tenía. Había sido tiempo suficiente para darse cuenta que realmente no estaba enamorada de él, que se había dejado llevar, como una niña enamoradiza, por el físico de Alfredo y quizás, por el morbo de la situación. Antes de que todo fuese más lejos, si es que ya no había llegado demasiado lejos, tenía que dejarle las cosas claras. Había estado el suficiente tiempo dándole vueltas, analizando los pros y los contras, sumergiéndose en su interior para poder ver la luz.

Cuando habló con Alfredo, le sorprendió su actitud inmadura. Para ser mayor que ella, se estaba comportando como un auténtico crio. Le dio la sensación de ser un hombre diferente al que había conocido. Su actitud chulesca, de sobrado y machista, la dejó descolocada. «¿Estás segura de tu decisión? No vas a encontrar otro hombre que te quiera y te haga el amor como yo». Le decía Alfredo. Hasta que llegaron esas palabras por parte de Alfredo, Lucía, estaba sintiendo lástima por él. «Dentro de unos días vendrás pidiéndome perdón, y, a lo mejor, el que no quiere estar contigo soy yo. Piénsatelo bien». Estas últimas palabras de Alfredo, terminaron por aclarar las ideas a Lucía. «Mira Alfredo, si tengo algo claro, es el paso que estoy dando. Eres patético… Madura Alfredo… Y cuida de tú mujer e hijo». Salió del bar donde todo había empezado para dejarle allí plantado sin capacidad de reacción. Fue la última vez que habló con él.

23 - Celos

Paracuellos de Jarama. Noviembre de 2019.

A las diez y media de la noche, los bares de la calle principal de Paracuellos ya tenían las terrazas a tope y el ambiente era animado. Gracias a que las terrazas estaban cubiertas y con calefacción, se podía estar tomando algo con los amigos. Hacía casi dos semanas que no veía a Natalia, tampoco habían intercambiado ninguna llamada o mensaje. Se encontraba con sus amigos e integrantes del grupo tomando unas cervezas. Tobías, no era de beber alcohol, pero desde hacía unos dos meses, se había aficionado a la cerveza. Cuando ya llevaba más de tres cervezas, empezaba a pedirse cerveza 0,0, nunca había aguantado el alcohol.

Hacía media hora que Natalia le había escrito un mensaje preguntándole donde estaba y si quería quedar. Tobías le dijo que estaba tomando cervezas con sus amigos y le dijo que si le apetecía, la esperaba a que llegase. A Natalia le pareció perfecto, iría con Marina. En un principio, a Tobías le dio un vuelco el estómago al oír el nombre de Marina, todavía le quedaban restos de culpabilidad desde la última vez que estuvo con ella. Como había hablado con ella, no tenía motivos para sentirse mal, pero por la forma de ser de Tobías, no lo podía evitar. Hubo un momento, que llegó a pensar que Natalia quería quedar para reprocharle algo, por eso traía a Marina. Después de unos minutos rumiando la idea, tomó la decisión de olvidarse de ella y pedirse otra cerveza. Se miró la hora en el reloj e hizo recuento de las cervezas que llevaba consumidas: tres, en lugar de pedirse una cerveza 0,0 se pidió una normal, de momento «controlaba».

Eran las once y Natalia no terminaba de llegar. Quizá la euforia con la que le había escrito se había disipado del mismo modo que a él se le había esfumado su nerviosismo infantil, que había dejado paso a un pesimismo que aumentaba con el paso de los minutos.

Marcos y Eduardo, dos de sus amigos, se bebieron la última cerveza y se fueron.

Se quedaron Álvaro y él esperando que llegasen Natalia y Marina. Apenas se habían ido sus amigos, hicieron acto de presencia ellas. Se disculparon por el retraso, le echaron la culpa al autobús. Tobías volvió a hacer las presentaciones por si no se acordaban de la primera vez que se vieron.

—Natalia pensaba que ya no estarías aquí esperándonos —se adelantó a decir Marina.

—¿Por qué? —preguntó Tobías, aunque estuvo a punto de ser borde y decir que estaba a punto de irse.

—Pensé que te habías cansado de esperar y, enfadado, te habías ido. —contesto Natalia con una sonrisa que desmontaba a cualquiera.

Natalia había peinado su melena negra hacía atrás con gel. El rímel resaltaba más aun sus ojos verdes; y sus labios gruesos, pintados de carmín rojo, parecían dos fresas. Llevaba un jersey de cuello alto ajustado, a juego con sus labios. El pantalón era de cuero negro, dando forma a sus preciosas curvas. Marina, también iba espectacular. Su melena rubia recogida en una coleta que resaltaba más los rasgos de su cara. Solo llevaba rímel, los labios no los llevaba pintados. Llevaba una camisa blanca y unos vaqueros que hacían justicia a sus glúteos bien formados. No era tan exuberante como Natalia, pero su belleza, no pasaba desapercibida.

Decidieron pedirse unas raciones para cenar. La conversación transcurría con normalidad, a pesar de los temores de Tobías. Si algo le gustaba a Tobías de ellas, aparte de hacer el amor, lo fácil que se lo ponían siempre. Hacían todo con tanta normalidad, que le hacían olvidar todo lo malo que le estaba pasando. Estar con ellas, era como estar en un balneario. Nada de las típicas gilipolleces de los chavales de su edad, nada de prejuicios, de dudas… todo te lo dejaban bien claro, sin necesidad de frialdad o aspereza por parte de ellas, ¡encima eran cariñosas y comprensivas!

La noche transcurría con normalidad entre bromas y risas. Álvaro se había adaptado sin ningún problema. Natalia se había sentado más cerca de él que de Tobías. En un principio, Tobías no le dio importancia, pero según iba transcurriendo la velada, empezó a sospechar. Aunque los cuatro interactuaban casi a la vez, en los momentos que Natalia y Álvaro lo hacían de manera más personal, Tobías, se revolvía en su silla. Si Natalia le ponía la mano en el hombro a Álvaro, si le sonreía, si le dedicaba una broma… Por primera vez en su vida, estaba sintiendo celos. Sabía que no tenía por qué sentirse así, pero no podía controlarlo. Intentaba mitigar esa angustia bebiendo, volvió a hacer recuento de las cervezas que llevaba: seis. Se pidió otra.

Tobías llevaba un rato que había dejado de participar en las conversaciones. El alcohol que llevaba bebido, le iba pasando factura. No dejaba de mirar a Natalia y a Álvaro, tenía el presentimiento, de que ella le estaba castigando por acostarse con Marina, porque esta, seguro que se lo había contado y, por muy moderna y liberal que fuera, seguro que le ha molestado. No tenía bastante con ver a Natalia flirtear con Álvaro, que se les unió Marina.

Ya era la tercera vez que tuvo que ir al baño, el efecto diurético del alcohol estaba haciendo su labor. Cuanto más iba al baño, más le apetecía beber. Aprovechó para echarse agua en la cara, se notaba algo mareado por culpa del alcohol. Se miraba al espejo

reprochándose lo patético que estaba siendo. Se vio tentado de meterse los dedos en la boca y provocarse el vómito, no le gustaba la sensación que estaba teniendo. Al entrar otra persona en el baño, la desechó. Se le ocurrió coger su móvil y cuando salió a la calle, hizo que hablaba con alguien. El aire fresco de la noche en la cara le hizo bien. Estuvo paseando de un lado a otro, haciendo que hablaba, a ver si de esa manera, se le pasaba el mareo. Durante esos minutos, no dejaba de observar a sus amigos. Tenía la sensación de que sobraba, ya que se lo estaban pasando muy bien. Cuando se levantó Álvaro, seguramente para ir al baño, hizo como que terminaba su llamada y volvió a la mesa.

—¿Pasa algo, Tobías? —le preguntó Natalia.

—No, ¿por qué?

—Por nada, al verte hablar por teléfono…

Se quedaron en silencio unos segundos. Por culpa suya, el ambiente se había enrarecido.

—¿He dicho algo que te ha molestado? —quiso saber Natalia.

—No, para nada, ¿por qué piensas eso? —retaba a Natalia.

—Estas bastante borde, no lo entiendo. Llevas un rato que ni siquiera hablas…

—¡Ah!, ¿pero te has dado cuenta? Como te lo estás pasando tan bien…

En ese momento llegó Álvaro y dejaron la conversación.

—¿Por qué no terminamos la noche en nuestra casa? —dijo Marina con buena intención.

—¡Vale, por mí no hay problema! —afirmó Álvaro.

—Por mí, tampoco —se unió Natalia mirando a Tobías.

A Tobías no le hizo gracia la proposición, disimulaba mirando el teléfono como si no la hubiese escuchado. Los tres le miraban expectantes a que diese su opinión, Tobías, que notaba cómo se le clavaban sus miradas, no levantaba la mirada del móvil.

—Tobías, qué dices, ¿te apuntas? —le preguntó Álvaro.

—¿Eh?, no. No me apetece —dijo a la vez que se levantaba—. Voy a pagar.

—Espérate, ahora llamamos al camarero y pagamos entre los cuatro —le dijo Marina.

—No, no os preocupéis, os invito yo. Ha sido una noche muy bonita, ahora ponéis vosotras la guinda —se despachó de manera sarcástica.

Los tres se miraban sin llegar a entender lo que ocurría. La única que lo sospechaba era Natalia, no quiso decir nada por si metía la pata. Cuando regresó Tobías de pagar, intentaron saber qué era lo que le ocurría.

—Cuando queráis… —dijo Tobías cuando salió del bar sin volver a

sentarse.

—Pero, siéntate un momento, ¿no? —le pidió Álvaro.

—No, me tengo que ir, Además vosotros también os ibais, ¿no? —insistía Tobías con su comportamiento infantil.

Se levantaron sin llegar a entender nada e intentaron alcanzarle, ya que había echado a andar y les sacaba tres metros.

—¿Puedes esperar, Tobías? —le rogó Natalia—. No entiendo tu actitud, de verdad, ¿qué es lo que te ocurre? Ya te he dicho antes, que si he dicho algo que te haya molestado, me lo digas.

—¿Por qué eres tan arrogante? Por qué piensas que hay algo o que eres tú la que lo ha provocado. Mira, déjalo, no puede ser, ¿que no me apetezca hacer un cuarteto? Un dúo, un trío… ¡pero un cuarteto! Álvaro, ves con ellas, follan muy bien…

—¡De qué vas, niñato? ¡Eres un gilipollas! Si no sabes beber… ¿Se puede saber qué te pasa? —le dijo Natalia sujetándolo por el hombro.

—Nada —contestó Tobías quitándole la mano que le sujetaba—. Que lo paséis bien.

Tobías echó a andar y dejó a los tres plantados sin saber que decir. Hasta que no le perdieron de vista, le estuvieron siguiendo con la mirada esperando que se arrepintiese, que se diese la vuelta, cosa que no ocurrió. Natalia y Marina, eran las que menos tiempo hacía que conocían a Tobías, pero jamás se hubiesen esperado una reacción así. Tampoco se lo esperaba Álvaro, que no dejaba de decir que estaba alucinando, que Tobías no se comportaba así, que llevaba un tiempo que le notaba más raro, que algo le tenía que estar pasando. Tanto Natalia, como Marina, sabían por lo que estaba pasando, pero Natalia se dio cuenta de que además de todo lo que le ocurría, había vivido un episodio de celos, no quiso decir nada por no hacer más leña del árbol caído.

Las palabras de Natalia le resonaban en la cabeza como un cuchillo. Esa voz que te dice que te has equivocado y podías haber actuado de otra manera. Oía las palabras de Natalia una y otra vez como un castigo. Se preguntaba y cuestionaba si Natalia tenía razón. ¡Claro que tenía razón! Se había comportado como un auténtico niñato.

Se sentía tan mal, que tuvo que vomitar en medio de la calle. No le dio tiempo a mirar si venia alguien por la calle. Miró de un lado al otro de la calle y no se veía un alma, eso le hizo sentirse mejor. Caminó unos metros más y, a la altura de un parque, volvió a vomitar de nuevo. Ahora ya se sentía mejor, el mareo y el malestar del estómago, se le habían pasado.

A la mañana siguiente, a parte de la resaca, se levantó con la intención de pedir disculpas a sus amigos. Al primero que llamó fue a Álvaro. Puso como excusa la bebida y que entre los estudios y el

trabajo, estaba algo agobiado. No le mencionó nada en lo relativo a su madre, que era lo que más le atormentaba. Álvaro le dijo que no se preocupase, que todos tenían un mal día, pero que podía haber elegido otro momento, ya que les cortó el rollo y cada uno se fue a su casa. Tobías le volvió a pedir disculpas, pero egoístamente, se alegró de que no hubiese ocurrido nada, como si Natalia o Marina, no pudiesen hacer lo que quisieran con su cuerpo o su vida cuando les apeteciese. ¿Quién era él para decidir eso? Lo más sencillo lo había hecho, pedir disculpas a su amigo, ahora llegaba el momento de hacerlo con Marina y Natalia.

Estuvo dándole vueltas de cómo hacerlo: pensó mandarle un mensaje a Natalia, luego pensó que sería mejor llamarla, pero no estaba seguro si le cogería el teléfono. Al final se decidió por ir a su casa. Una vez aparcó la furgoneta, se dirigió al portal y aprovechó que entraba un vecino para no tener que llamar. No se atrevía a subir. Estuvo unos minutos en el portal pensando como pedirles disculpas. Llamó al timbre una vez se había decidido y cogió aire.

—¡Ah! Eres tú… —dijo Marina nada más abrir la puerta.

—Hola, Marina. ¿Puedo pasar? Venía a pediros disculpas.

—Por mí… no sé si opinará lo mismo Natalia.

Natalia que oía hablar a Marina, pero no sabía con quién, salió de su cuarto y fue hacía la puerta. Cuando iba por el pasillo, se encontró con el rostro de Tobías que la miraba con ojos de cordero degollado. Estaba enfadada, pero a la vez, sentía lástima por él.

—¿Puedo pasar? —le preguntó Tobías cuando llegó a su altura.

—¿Qué es lo que quieres, Tobías? Anoche, lo dejaste muy claro —Natalia no estaba dispuesta a ponérselo fácil.

—Como le he dicho a Marina, quería pediros disculpas. Reconozco que me comporté como un niñato.

—Un poco tarde, ¿no? Te despachaste tan a gusto y ahora vienes como si nada. No sé qué derecho tenías a decir todo lo que soltaste por esa boquita. No creo que te hayamos dado motivo para ello.

Marina, que sujetaba la puerta, en medio de los dos, no decía nada, se limitaba a escuchar lo que se decía uno al otro. Sentía lástima por Tobías, pero a la vez, estaba de acuerdo con lo que le estaba diciendo Natalia.

—Llevas razón, por eso vengo a pediros perdón. Entre lo que había bebido y… —ella le cortó antes de que pudiera seguir enhebrando excusas inútiles.

—¿Y? ¿Sabes que va después? No va que soy un niñato, que lo eres, va que sentiste celos, ¿verdad?

—Es cierto —atinó a decir Tobías sin ser capaz de mirar a la cara a Natalia—. Sé que no tengo ningún derecho sobre ninguna de vosotras, pero fue lo que sentí. Creo que, ni estoy en el mejor momento anímico

para una relación, ni tampoco preparado como persona. Vosotras tenéis las ideas más claras que yo, no merecéis un amigo así. Por eso, aunque me repita, os pido disculpas y me alegro mucho de haberos conocido. Gracias por todo —finalizó a modo de despedida Tobías, dándose la vuelta dirección a las escaleras.

Marina y Natalia no se esperaron su reacción. Marina miró a su amiga esperando una reacción por parte de ella. Natalia la miró como si supiera lo que decía y salió del piso en busca de Tobías. Llegó hasta el primer descansillo y le agarró del brazo. Una vez se giró, le abrazó con tanto cariño, que Tobías a punto estuvo de derrumbarse y ponerse a llorar. Marina, desde el quicio de la puerta, los miraba con los ojos acuosos esbozando una pequeña sonrisa. Subieron los peldaños que anteriormente habían bajado y, después de abrazarse Marina y Tobías, entraron en casa. La amistad que les unía, se vio fortalecida después de haberse visto alterada por los hechos acontecidos la noche anterior. Después de dejar atrás lo acontecido, retomaron la amistad que se había visto interrumpida por el comportamiento infantil de Tobías.

Gracias a la empatía de Natalia y Marina, lo sucedido se quedó en una pequeña anécdota. No volvieron a mencionar nada de lo ocurrido, se comportaron con normalidad.

Le invitaron a comer y Tobías aceptó. No dejaba de pedirles disculpas por su comportamiento, de darles las gracias por su comprensión. Ellas le quitaron hierro al asunto y le pidieron que lo olvidase. Durante la comida, Natalia, se acordó de lo que había hablado con Tobías unos días atrás, acerca de ir a un vidente, y se lo comentó.

—Mira Tobías —dijo Natalia ofreciéndole una tarjeta—, este es el vidente que te comenté que conocía una amiga.

—¡Ah! —se quedó mirando la tarjeta unos segundos—. Es que, no sé qué hacer. Como ya te dije, no creo mucho en estas cosas, las respeto, pero…

—No pierdes nada por ir —opinó Marina dándole la razón a Natalia.

—¿Hay que pedir cita? —quiso saber Tobías

—Si quieres, el lunes llamo y te pido cita, no se pierde nada… —le animaba Natalia.

—¡Lo tenéis más claro que yo! ¿Me lo puedo pensar?

—¿Qué lo dices, por el dinero? —quiso saber Marina.

—¡Qué va! No es por lo que cueste, es por la sensación que se me puede quedar si pienso que me ha engañado.

—Piensa en positivo, Tobías. ¿Y si la sensación es buena? —Insistía Natalia.

—Está bien, pide cita —claudicó Tobías—. ¿Vais a venir conmigo?

—¡Por supuesto! —contestaron al unísono.

Tobías, que todavía se sentía culpable por su comportamiento, no se atrevió a decirles que no. Quería recompensarlas de alguna manera. Estaban tan decididas a ayudarle, que se dejó llevar por la inercia positiva de ellas.

24 - ¿Por qué?

Paracuellos de Jarama. Diciembre de 2007.

El suicidio de Lucía fue emocionalmente devastador. La pena era tan abrumadora, que le hacía tambalear. Le consumía la culpa. No dejaba de preguntarse si podría haber hecho algo para evitarlo. Aunque Lucía, ya no era la misma que él había conocido, la quería con toda su alma, quería que estuviese con él toda la vida.

Los primeros días, solo experimentaba incredulidad, no terminaba de creerse lo sucedido. Estaba enfadado con ella por abandonarle a él y a sus hijos. Enfadado consigo mismo, por no haber advertido sus intenciones. Intentaba dar sentido a la muerte de Lucía. Por qué su amor, se había quitado la vida. Sabía que le quedarían un montón de dudas sin resolver para el resto de su vida. Gracias a sus pequeños, a los que quería tanto y, la familia de Lucía y la suya propia, podía seguir luchando sin desfallecer.

En una ocasión, Juana, su suegra, que estaba al cuidado de sus hijos hasta que él venía de trabajar, la escuchó decir a su marido, que el suicidio era pecado, que su hija iría al infierno. Cristóbal, su marido, se enfadó con ella: «¡Deja de decir gilipolleces! ¡¿Es que, no te cansas?! ¡Si alguien se merece ir al cielo, esa es mi niña!» Ernesto prefirió hacer oídos sordos, no se lo tuvo en cuenta. Aunque él no era católico practicante, las palabras de su suegra, se le quedaron en la cabeza. Cuando ya acostó a sus hijos, se puso a consultar una biblia que tenía. Le daba exactamente igual lo que dijesen, pero quería cerciorarse de lo que había dicho su suegra. Si sus palabras tenían algún fundamento, y de tenerlo, por supuesto, sería solo para la iglesia católica. Lo que logró encontrar, le llamó la atención, solo eso, ya que no estaba de acuerdo con lo que había leído.

Santo Tomás de Aquino (1224-1274) le dedica el artículo 64 de la Segunda sección de la Segunda parte de la Suma Teológica, donde se pregunta: “¿Es lícito a alguien suicidarse?” Respondiendo:

“Es absolutamente ilícito suicidarse por tres razones: primera, porque todo ser se ama naturalmente a sí mismo, y a esto se debe el que todo ser se conserve naturalmente en la existencia y resista, cuanto sea capaz, a lo que podría destruirle. Por tal motivo, el que alguien se dé muerte va contra la inclinación natural y contra la caridad por la que uno debe amarse a sí mismo; de ahí que el suicidarse sea siempre pecado mortal por ir contra la ley natural y contra la caridad. Segunda, porque cada parte, en cuanto tal, pertenece al todo; y un hombre cualquiera es parte de la comunidad,

y, por tanto, todo lo que él es pertenece a la sociedad. Por eso el que se suicida hace injuria a la comunidad, como se pone de manifiesto por el Filósofo [Aristóteles] en V Ethic. Tercera, porque la vida es un don divino dado al hombre y sujeto a su divina potestad, que da la muerte y la vida. Y, por tanto, el que se priva a sí mismo de la vida peca contra Dios, como el que mata a un siervo ajeno peca contra el señor de quien es siervo; o como peca el que se arroga la facultad de juzgar una cosa que no le está encomendada, pues solo a Dios pertenece el juicio de la muerte y de la vida, según el texto de Dt 32,39: Yo quitaré la vida y yo haré vivir".

Al igual que su suegro, Ernesto pensaba, que si alguien se merecía ir al cielo, era Lucía. Que si alguien tiene el derecho a decidir sobre su vida es uno mismo. Ni Dios, ni ningún otro ser humano deben decidir quién vive o deja de vivir. El único pecado que pudo cometer Lucía, según Ernesto, es no aferrarse más a la vida, pero que si tomó esa decisión, es porque no veía salida alguna.

Lucía no se atrevió a abrir su corazón, su alma. A contar lo que la estaba destruyendo poco a poco. De haberlo hecho, quién sabe, quizás seguiría viva.

Esas iban a ser las primeras de muchas navidades sin Lucía; la nostalgia le estaba invadiendo de manera insoportable. Muchas noches lloraba en su cuarto a solas. No quería que sus hijos le viesen triste, derrotado. Durante el día, entre el trabajo y el abrigo de la familia, lo llevaba mejor, pero cuando llegaba la noche…

Le dolía oír hablar a las personas a su espalda. Cuando podía llevar a sus hijos al colegio, le dolía ver los corrillos que hacían los padres, le miraban y cuchicheaban acerca de Lucía. Le dolía con la facilidad que opinaba la gente acerca del suicidio. Normalmente, al suicida, se le tacha de cobarde, algo con lo que no estaba de acuerdo Ernesto. ¿Cómo va a ser cobarde una persona que se pone una cuerda en el cuello y se quita la vida? ¿Y una persona que se tira de un puente o a una vía del tren?

¡Qué mal tiene que estar esa persona para hacerlo! A él le costaba encontrar un sentido al suicidio de su mujer, ya que tenía todo su apoyo y cariño, pero no sabía lo que le pasaba por la cabeza. En ocasiones, quería entenderla, lo justificaba con el tiempo que llevaba enferma, que estaría cansada de encontrarse la mayoría de las ocasiones mal. No dejaba de atormentarse con cada pensamiento que tenía acerca de ella.

El tiempo fue pasando y tanto él como sus hijos, se fueron amoldando a vivir sin Lucía. Aprendieron a vivir sin ella. Ernesto

hacía las veces de padre y madre. Se dedicó en cuerpo y alma a sus dos hijos. Gracias a la familia, podía compaginar su trabajo con las labores del hogar y con las obligaciones que tenía como padre.

25 - El vidente

Madrid. 30 de noviembre de 2019.

Natalia concertó cita con el vidente que le habían recomendado: sábado 30 de noviembre a las 17:30 horas. Quedó en su casa con Tobías para que la recogiese a ella y a Marina e ir los tres juntos.

—Tú no le tienes que decir nada —le daba instrucciones Natalia—, te sientas y que él te vaya diciendo.

—¿Sí? Yo había preparado un discurso con todos mis datos y problemas —bromeaba Tobías.

—¡Qué gracioso!

Aparcaron la furgoneta en un *Parking* público, ya que la casa del vidente estaba en el centro de Madrid. Tobías no iba del todo convencido, si no hubiese sido por la insistencia de Natalia, ni siquiera se le hubiese pasado por la cabeza. El dinero le daba igual, no es que le gustase tirarlo, lo que no le apetecía, es que le tomaran el pelo.

Subieron en el ascensor hasta la tercera planta. Les abrió la puerta una señora entre los cincuenta y cinco y sesenta años. Uno sesenta de estatura y el cabello rojo. Tenía un rostro y un cuerpo armoniosos. No llevaba maquillaje. Llevaba una cinta en el pelo de color turquesa, haciendo juego con la túnica árabe que cubría su cuerpo. El tono de su voz era suave pero firme y muy agradable al oído. El olor de la vivienda, también le pareció agradable, olía a flores, todo lo contrario a lo que él se esperaba, incienso. Le dijo Rosa, que así se llamaba la mujer que los recibió, que eran hojas de sándalo. A Tobías, el olor, le resultaba familiar, no sabía dónde lo había olido. Sin saber por qué, le vino a la mente la imagen de su madre.

Ya en la sala de espera, se sentaron Natalia y Marina en un sillón de dos plazas y Tobías en una silla. Había un gato persa blanco subido en el alfeizar de la ventana mirando hacía la calle. Al rato, se les acercó, pasando entre sus piernas, otro gato persa de color gris humo. Tuvo que esperar a que terminase con una persona que había en la sala habilitada para la consulta.

Después de diez minutos, se abrió una puerta corredera que tenían en frente y salió la persona que había dentro junto al vidente. Un señor de la misma edad que Rosa más o menos. Vestía con estilo y ropa normal, Tobías se lo esperaba con una túnica o algo parecido, sobre todo al ver el estilismo de Rosa. Tenía el pelo totalmente blanco, al igual que una barba bien cuidada. Este le hizo entrar a la vez que le pedía disculpas por la espera. Le dijo que la señora se había retrasado. El vidente se presentó: «mi nombre es Vicente», le ofreció sentarse mientras él rodeaba un escritorio antiguo para situarse en frente de

Tobías. Estuvieron alrededor de una hora en la sala metidos mientras ellas esperaban impacientes en la sala de espera.

Se abrió la puerta corredera, Marina y Natalia se levantaron automáticamente como si tuvieran un mecanismo que les unía a la puerta. No dejaban de mirar a Tobías con la intención de poder deducir algo. Se despidieron de Vicente y de Rosa. Durante el trayecto en el ascensor, Marina y Natalia, le bombardearon a preguntas.

—¿Qué te ha parecido? ¿Ha sido creíble? —quería saber Natalia.

—La verdad que sí, me ha dejado alucinado… —ponía intriga Tobías.

—Pero, ¿qué te ha dicho? —se impacientaba Marina.

—A ver, lo primero que me ha dicho, es que nosotros tres estábamos enrollados. Me ha dejado… ¿Cómo lo puede saber? Luego me ha dicho que iba a tener un hijo con cada una de vosotras, ¿te imaginas? —les decía sin dejar de mirar a Marina.

—¿En serio? —decía Marina sin ser capaz de cerrar la boca— Yo, por ahora, no quiero ser madre…

—¡Anda, Marina! ¡No ves que nos está vacilando! ¡Mira que eres ingenua! —protestaba Natalia.

Tobías, empezó a reírse sin poder parar, Marina le daba collejas a la vez que se reían los tres. Tobías, les dijo que necesitaba tomar algo y les contaba todo.

—¿Entonces, como ha ido todo? Pero en serio, Tobías —le rogaba Natalia.

—Está bien. Se ha presentado y se ha sentado enfrente de mí. Me ha preguntado si era la primera vez que acudía a un vidente y le he dicho que sí. Me ha explicado que el tarot muestra un patrón, una guía, una tendencia. Que las cartas señalarán posibilidades y variables. Me decía que como todas las cosas están conectadas, nada sucede por casualidad o azar, sino que hay una casualidad que el tarot, como otras artes adivinatorias, pueden conectar, interpretar, ver el entramado y revelar esa sincronización existente.

—¡Vaya charla! —le interrumpió Natalia—. Ya, no me quedaba otra que escucharle.

—Pero, ¿por qué decías que te había dejado alucinado? —se impacientaba Marina.

—Mejor vamos al grano, ¿no? —miraba a las dos que estaban como dos perrillos esperando una golosina—. Ha utilizado dos tipos de baraja, no me acuerdo de los nombres, sé que ha dicho algo de Arcanos mayores y Arcanos menores… o algo parecido. Las iba poniendo boca arriba en la mesa y se paraba para comentarme lo que veía. Me dice: «A ti hay algo que te atormenta, que no te deja vivir en paz. Alguien muy cercano a ti, trata de decirte algo». ¡Todavía se me ponen los bellos de punta! Se queda mirando las cartas… y de repente,

se echa las manos al cuello, como si quisiera ahogarse. ¡Me costaba respirar a mí! ¡Os lo juro! Sin quitarse las manos del cuello, intentaba decirme algo, pero no ter-minaba de articular palabra. ¡Se estaba poniendo hasta rojo! Por fin me dice, que una mujer de mi familia, se había suicidado, que estaba intentando conectar conmigo.

—¡Joder! —dijo Marina después de dar un trago de agua—¿No estarás de vacile?

—¡Eso digo yo! —protestó Natalia.

—No, esto es en serio, de verdad —las caras de Natalia y Marina, eran un poema—. Me quedé… no era capaz de hablar. ¿Cómo podía saberlo? ¡Yo no le había dicho nada! Él, de todos modos, seguía con las manos en el cuello, intentando aclararme lo que sentía. ¡Tenía ganas de llorar! No sé por qué me sentía así… Cuando se quitó las manos del cuello, le dije que se trataba de mi madre —se le puso un nudo en la garganta y tuvo que parar para beber agua.

—Si no quieres seguir… —le decía Natalia mientras le cogía la mano.

—Es verdad, Tobías, tú para cuando quieras… —se sumó Marina.

—No pasa nada, estoy bien —prosiguió Tobías—. Me dijo que trataba de decirme algo mi madre, que tenía que intentar atar cabos. También veía como un pasillo y lo que parecía un armario, que era todo algo confuso. Entonces, yo, le conté las pesadillas que tengo la mayoría de las noches. Me preguntó si mi madre dejó alguna nota, yo le dije que no. Entonces me dijo, que seguramente tenía esas pesadillas porque mi madre quería decirme algo.

—¿Ves? ¡Y no querías venir! —le reprochaba Natalia.

—Bueno, chica, pero ha venido —se ponía del lado de Tobías, Marina.

—Bueno, y eso es lo más destacado. Luego me ha dicho que acabaré la carrera y cosas de ese tipo, es lo que menos me preocupaba. Lo que me ha dicho referente a mi madre, es lo que más me interesaba.

A Tobías, no se le iba de la cabeza la imagen del vidente cuando se echó las manos al cuello. No dejaba de preguntarse, como podía sentir lo que hizo su madre. Le daba la sensación, mientras lo miraba, que se estaba ahogando de verdad. A pesar de su escepticismo, no le quedó otra que rendirse a la evidencia. Pero, ¿qué trataba de decirle su madre? ¿Cómo ataba cabos? Estaba igual de perdido que antes de ir al vidente. Natalia, le decía que seguramente su madre le quería mostrar algo que tuviese guardado para él y explicarle por qué lo hizo. Ella pensaba, que tanto los vivos, como los muertos, estamos interconectados. No de manera física, por supuesto, pero si a través de sus almas. Marina, intentaba poner algo de cordura. Le decía a Tobías, que podía estar sugestionado por todo lo que estaba viviendo. Que quizás, el querer saber más acerca del fallecimiento de su madre,

generaba en su cerebro ese efecto. Tobías, le dijo que no estaba de acuerdo con ese planteamiento, ya que las pesadillas empezaron antes de volcarse él con todo lo referente a su madre. Él no había provocado nada, esas pesadillas y presencias que tenía y sentía, le vinieron sin buscarlas. Él era el primero que quería vivir en paz.

—Lo que tengo claro —intentaba explicarse Tobías—, es que, a estos que estuvieron con mi madre esa noche, tengo que seguir metiéndoles presión. No me cuadra nada de lo que dicen.

—Pero es peligroso, Tobías. Mira esos dos capullos que nos encontramos… Tienes que tener mucho cuidado —le aconsejaba Natalia.

—Lo que haré, es hablar con Ángel, la persona que está enferma, le veo más accesible. Tengo que buscar la manera de que esté solo, porque como esté «la voltios»… Pienso que si le aprieto un poco, me cuenta todo.

—El próximo día, os acompaño yo también. ¡Parece una peli! ¡Qué emoción! —decía Marina.

Marina y Natalia, conversaban acerca de la proposición de Marina acerca de ir a hablar con Ángel. Tobías las miraba con cariño, se sentía afortunado de tenerlas a su lado. Se le vino a la mente su mal comportamiento de días anteriores. Se sentía avergonzado por las cosas que dijo. Recordaba, que cuando fue a casa de ellas a pedirle disculpas, se sintió como un profanador de un recinto sagrado, un usurpador sin derecho alguno a estar en esa casa después de lo mal que se había comportado. Cuando miraba a Natalia, se sentía como la imperfección de un simple boceto de los que ella hacía. Mientras intentaba ahuyentar las lágrimas le pareció más guapa, más guapas. Las miraba con devoción, como un fiel mira una imagen religiosa. En ese instante comprendió que se había equivocado con ellas, que había sido una persona brusca y egoísta. Dos personas que le conocían desde hace unos meses, se estaban comportando con él como si le conocieran de toda la vida.

Se levantaron las dos para ir al baño. Tobías, aprovechó para pagar la cuenta. Se volvió a sentar hasta que volviesen, pensativo, con la mirada perdida. Su cuerpo estaba en la cafetería, pero su mente, lejos, tan lejos, que viajó hasta la infancia de Tobías. Echaba de menos como su madre le cogía la cara y se lo comía a besos, su calor corporal, su olor… todo lo que dejó de tener desde tan temprana edad. Su mente volvió al presente, y como si de una premonición se tratará, se volvió a acordar del diario de su madre. «Seguro que es eso lo que trata de mostrarme mi madre en las pesadillas que tengo», se decía. Pensó que debería ir a la parcela y hacer una búsqueda más exhaustiva, no sabía por qué, pero tenía el presentimiento que lo que veía en sus sueños era esa casa.

Las risas de Marina y Natalia, le devolvieron de su letargo. Les dijo que ya había pagado y se fueron en busca de la furgoneta mientras le regañaban por haber pagado.

26 - Melancolía

Cobeña. 8 de mayo de 2009.

Nunca le contó nada a su padre. Tampoco ese día, cuando no dejaban de besarse, de abrazarse, de estar contentos y tristes a la vez. Pero no pudo evitar fijarse en las ausencias. Su hermana, Naira, hacía la comunión. No solo faltaba la persona más importante para él, su madre, sino que tampoco estaba su abuela materna que no fue capaz de superar la muerte de su hija. No dejaba de mirar lo felices que eran el resto de niños con sus padres. No solo sentía lástima por él, también por su hermana, ya que era un día especial para que su madre la acompañase.

Celebraron la comunión en casa de su tía Lola, ya que tenía un jardín amplio. Estuvieron los familiares más cercanos. Apenas hacía dos años del fallecimiento de Lucía y, aunque seguían tristes, no quisieron privar a Naira de una celebración.

Tobías, estaba enfadado no solo con los presentes, también con el resto del mundo. No entendía cómo podían estar pasándoselo tan bien, ¿es que no echaban de menos a su madre? Se sintió dominado por una desconocida melancolía. Ese sentimiento le recordaba que le faltaba algo, que estuvo ahí, que era bueno para él, que ya no podrá recuperar. Rememoraba momentos, viajes y experiencias en compañía de su madre, sufría por algo que ya no podía tener. Inconscientemente, permitía ese dolor que sentía al recordar a su madre. Le hacía sentir que era suyo, que le pertenecía, y que lo tenía alojado en lo más hondo de su corazón. No terminaba de aceptar el presente, no estaba contento con lo que tenía. Se permitía viajar con la mente a otros lugares, a otros tiempos y buscaba una compañía irreal. De manera irreflexiva, creía que era algo que poseía y no podía separarse de él.

No le contaba a nadie que muchas noches, cuando se acostaba, lloraba recordando a su madre. Lo que él no sabía, que, sin querer, cada noche que lloraba, le servía de terapia. Eso le permitiría, en un futuro, vivir plenamente.

Estaba tan enfadado, que cuando terminó de comer, se fue solo a la parte delantera de la casa, no quería seguir con los que se lo estaban pasando tan bien. Su tía Lola, que estaba siempre pendiente de él, se percató, aun así, le dejó su espacio. Su padre, que también se dio cuenta, hizo el intento de levantarse, pero su cuñada haciendo un gesto con la mano, le dijo que le dejase solo.

Habían pasado veinte minutos desde que Tobías se levantó de la mesa y su padre no se sentía a gusto. Mirando a su cuñada, se levantó

y fue en busca de él.

—¡Tobías! ¡Hijo! ¿Qué haces aquí solo? ¿Estás bien? —llamaba Ernesto su atención.

—No, no estoy bien.

—¿Estás triste porque no está mamá?

—¡Pues claro! —dijo levantándose del escalón donde estaba sentado y alzando la voz—. ¡Como vosotros no os acordáis…!

—No digas eso, hijo —le hablaba de manera comprensiva y cariñosa—, todos nos acordamos de ella, pero tu hermana, se merece pasar un buen día —decía Ernesto con un nudo en la garganta.

—¡Claro, la excusa perfecta! —decía Tobías con lágrimas en los ojos —. ¡Sois unos hipócritas!

—Ven cariño —quiso agarrarle del brazo y este le dio un manotazo —, por favor Tobías —insistía Ernesto sin tenerle en cuenta el desaire —, ven cariño… no te puedes imaginar lo que echo de menos a mamá, a mi amor… —logró abrazar a Tobías y se puso a llorar con él.

Lola, que se acercó a ver cómo iba todo, les observaba desde la distancia. Les dejó a solas y se metió en su casa a llorar, no quería que nadie la viese.

—Tobías, cariño, a mamá no le gustaría vernos tristes —intentaba consolarle una vez se tranquilizó—, ella, desde el cielo, que seguro nos está viendo, se va a poner triste si nos ve a nosotros llorar. Sé que es muy duro, pero tenemos que seguir viviendo con normalidad, eso no quiere decir que la olvidemos, porque yo no la olvidaré nunca y tú, tampoco. La llevaremos siempre en nuestros corazones.

—No quiero estar triste papá, pero… es que, ¡no puedo evitarlo! —rompía en sollozos—. No cumplió su palabra, papá… me dijo que se iba a poner buena, que no me preocupase… —Tobías no encontraba consuelo. Su padre se limitaba a abrazarlo y besarlo.

Su madre le intentaba calmar para que no se pusiera triste cuando ella estaba mal. Inconscientemente, le hacía promesas que ella misma sabía que eran difíciles de cumplir. Cuando tomó la decisión de quitarse la vida, se olvidó de cumplir esas promesas. Soltó ese lazo que la unía a Tobías cuando más necesitaba él aferrarse a ella. Le obligó a buscar en otras partes amor. La mano de su madre era su fe, su propia piel, y de repente, se soltó de Tobías. Por mucho amor que le diese su padre, su hermana, su propia tía; nadie lo hacía con esa voz tan suave como la seda, nadie le acariciaba con esa ternura, nadie le daba el amor que su madre conseguía darle.

27 - Empezar de cero

Paracuellos de Jarama. 1 de diciembre de 2019.

«¿Estoy haciendo bien? No lo sé, estoy muy confundido… ¿Por qué me entran ahora estas dudas? Y no es solo la cabeza, también es mi estado de ánimo. ¡Hacía tiempo que no me sentía tan bien!». Se decía así mismo ese día Ernesto.

Esa mañana se levantó temprano. Llevaba desde las siete y media de la mañana dando vueltas en la cama. A las ocho, no tuvo más remedio que levantarse. Tobías y Naira llegaron tarde esa noche y no pudo hablar con ellos como él había planeado. Después de desayunar, se metió en la cocina y se puso a preparar la comida de ese domingo.

De entrante, tenía pensado hacer almejas a la marinera, por lo que tuvo que ponerlas en agua con sal gorda un par de horas. Mientras dejaba las almejas en agua, se puso a elaborar el *fumet* con raspas de rodaballo, para el arroz caldoso que tenía pensado hacer como segundo plato. Para realizar un buen *fumet* lo puso en un recipiente alto y estrecho, llamado marmita. Introdujo todos los ingredientes en la marmita con el agua fría y puso el fuego al máximo. A medida que iba calentándose, va saliendo una espuma que tenía que ir quitando, ya que puede estropear el resultado final. En cuarenta minutos más o menos, lo tenía listo.

La primera que apareció por la cocina fue Naira, eran cerca de las once de la mañana. Se sentó a desayunar en la cocina para hacer compañía a su padre. Le preguntó que tenía pensado hacer de comida, su padre, le explicó con todo lujo de detalles, como haría cualquier chef de alta cocina, el menú de ese día. Se había sentado a su lado para explicárselo y tomarse el segundo café de la mañana.

Una vez se tomó su segundo café, volvió a ponerse manos a la obra. Naira se ofreció a ayudarle, pero su padre le dio las gracias y le dijo que no hacía falta, que era muy sencillo de hacer. Puso las almejas al vapor con una cucharita de sal gorda y una hoja de laurel. Cogió una sartén y puso: aceite de oliva virgen extra, cebolla, guindilla y un diente de ajo muy picados. Seguidamente, le añadió pimentón y harina, removiéndolo rápidamente hasta conseguir una pasta. A la vez que lo removía, fue añadiendo las almejas, vino de Jerez, tomate frito y agua. Le había llevado la preparación de las almejas, unos veinte minutos.

Naira había estado observando a su padre durante toda la elaboración. Se quedaba totalmente fascinada con la pasión que cocinaba su padre. Le maravillaba lo pulcro y metódico que era.

Estaba tan ensimismada, que Tobías, que fue a la cocina con el sigilo que caracteriza a un felino, al dar los buenos días, le hizo dar un bote del susto que se dio. Estuvieron los tres riéndose un buen rato. Tobías se preparó un café. Mientras su padre seguía con la comida, Tobías se sentó al lado de Naira que le iba poniendo al día sobre el menú.

—Anoche os estuve esperando hasta la una —se explicaba Ernesto mientras se secaba las manos con un paño—, quería hablar con vosotros.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —le preguntó Tobías con la taza levantada a punto de dar un sorbo al café.

—¡No!, tranquilos, seguramente os parezca una tontería… Quería contaros, que llevo un tiempo saliendo con una compañera de curso…

—¡Ah, bueno! ¡Qué susto! Eso ya no lo imaginábamos. —saltó Naira.

—Nos alegramos por ti papa —decía Tobías—, no tienes por qué darnos explicaciones. Hace tiempo que te lo venimos diciendo.

Se lo estaban poniendo tan fácil sus hijos, que le desarmaron por completo. Todo el discurso que tenía preparado, se le fue al traste.

—Gracias, hijos. Es que, no sabía cómo deciros esto —titubeaba y sonreía tímidamente como un adolescente—, además, si os parece bien, la he invitado a comer hoy.

—¿En serio? ¿Cómo se llama? ¿A qué hora va a venir? —Naira se mostró emocionada.

—Yolanda —contestó Ernesto sonriendo—. Es muy buena persona, está separada y tiene una hija de diecinueve años.

—¿La hija también viene? —quiso saber Tobías—. No es por nada, que puede venir, es por saberlo.

—No, de momento solo viene Yolanda.

—¡Date prisa en desayunar, Tobías! Tenemos que tener la casa recogida antes de que llegue —le apremiaba Naira.

—Hemos quedado a la una, todavía queda una hora —la tranquilizó su padre.

Ernesto continuó preparando la comida mientras Naira daba instrucciones a su hermano de como tenía que estar todo.

Se puso a hacer el sofrito para el arroz; picó bien el tomate, el pimiento y el ajo. Mientras pochaba, abrió el bogavante y metió la cabeza en el sofrito. Los últimos pasos, los dejó hasta que llegase Yolanda, así se lo comerían recién hecho.

Sonó el portero automático. Naira salió disparada hacía él. Una vez pulsó el botón de apertura, se giró hacía su padre y hermano que se habían puesto de pie para recibir a Yolanda y daba saltitos como una niña pequeña. Su reacción causada por la novedad, por lo casual y desconocido, transmitía ternura a su padre y hermano.

—¡Hola!, soy Naira —la recibió con un par de besos mientras

Yolanda se presentaba—. Pasa, pasa, estás en tu casa.

—¡Hola, Yolanda! —le dio otro par de besos Ernesto—. Este es mi hijo Tobías. ¿Quieres tomar algo?

—¡Vale! ¿Qué vais a tomar vosotros?

—¿Un vino blanco? —le preguntó Ernesto.

—¡Perfecto!

—¡Siéntate, papá!, yo me encargo —se ofreció Naira.

Sentados en los dos sofás, se reunieron alrededor de la mesa centro elevable para tomarse la bebida y aperitivos que había preparado Naira. Mientras Yolanda, Ernesto y Tobías esperaban sentados a que volviese Naira con la bebida, la conversación se centraba en el trayecto de casa de Yolanda hasta la de Ernesto. Que si has aparcado bien; que si te ha costado encontrar la calle… ¡como si el pueblo fuese tan grande! Una vez hizo acto de presencia Naira, la conversación fue más amena y dinámica. Ella rompía todos los moldes. No existía la timidez ni los nervios. Se puso a hablar con Yolanda como si la conociese de toda la vida, mientras su padre y hermano, no dejaban de mirarse y de reír con sus ocurrencias.

—Entonces, Yolanda, ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? —no dudó en preguntar Naira haciendo que su padre exclamase: «¡Hija, por favor!».

—No pasa nada… ¡estos hombres…! —la disculpaba Yolanda—. Bueno, llevamos unos meses intentado conocernos mejor, ¿verdad Ernesto?

—¡Claro! Paso a paso… —a Ernesto, es lo único que se le ocurrió.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —se animó a preguntar Tobías.

—Ocho años, desde que me separé. Vivo con mi hija de diecinueve años.

—Nos conocemos desde hace dos años, en los cursos de cocina. —aclaró Ernesto.

—Estoy muy ilusionada, llevábamos mucho tiempo diciéndole a mi padre que tenía que rehacer su vida. Si es que… ¡es muy buen partido! —Naira no paraba de hablar—. Sabe cocinar, hace las cosas de casa, es buena persona… ¿Qué más se puede pedir? —Ni el mejor comercial hubiese presentado tan bien su producto—. ¡Papá, di algo! ¡Parece que estoy yo más ilusionada que tú! —Ernesto no sabía dónde meterse.

Yolanda no paraba de reírse. Tobías miraba a su padre con lástima por el rato que estaba pasando. Naira abrazaba a su padre y le decía: «¡qué soso, hijo!». Su padre se levantó y le dijo que se fuese con él a la cocina a terminar la comida, que dejase un rato tranquila a Yolanda con Tobías. Aunque quería mucho a sus hijos, con Naira, tenía una complicidad especial.

Agregó el arroz al sofrito, mezclándolo bien y dándole un tiempo

para que quedase nacarado y seguidamente echó el caldo. Dejó que el conjunto cociese durante unos 15 minutos, primero 7 minutos a fuego vivo y después 8 más a fuego lento. Agregó las pinzas del bogavante después de haberle dado unos golpes con el mortero para que luego sea fácil de comer, también la cola del bogavante. Dejó que todo cociese durante 3 minutos más. Tapó la cazuela y dejó reposar durante 4 o 5 minutos. Una vez que lo fuese a servir, lo espolvorearía ligeramente con perejil muy picado.

Entre elogios a Ernesto por lo bien que le había salido la comida y, lo habladora que estaba Naira, fue transcurriendo de manera amena la comida. La sobremesa se alargó hasta bien entrada la tarde.

—¿Qué te han parecido mis hijos? —quería saber Ernesto mientras acompañaba a Yolanda a su casa.

—¡Son encantadores! Tienes que sentirte muy orgullo, Ernesto.

—Lo estoy. Son unos chicos estupendos.

Dejó a Yolanda en la puerta de su casa y dijo que iba a hacer unas cosas antes de volver a casa. Se besaron largo y tendido como dos adolescentes.

28 - La niña de mis ojos

Cobeña. Verano de 1987.

Al igual que le pasaba a Ernesto con Naira, le ocurría a Cristóbal con Lucía, era la niña de sus ojos. A pesar de ser un hombre sin estudios, educado en otros valores y estar trabajando desde muy joven, sus principios y valores, no tenían nada que ver con los que había recibido. Cristóbal, le enseñó cómo se puede amar de una manera distinta; desarrollando una complicidad que fue inigualable para su vida.

Desde que era un bebé, Lucía, sentía total devoción por su padre. Cuando este llegaba del trabajo: la cogía en brazos, la besaba, achuchaba, la lanzaba al aire, jugaba con ella… Era oír su voz y salía disparada en busca de él. Si le tenía que regañar, lo hacía, pero le dolía en el alma, hacía el papel de «poli bueno». Según iba creciendo, hacían más cosas juntos; se la llevaba al parque, a jugar al fútbol, de pesca, se disfrazaba con ella, se la subía en sus pies y bailaban… Juana, su mujer, no dejaba de decirle que la estaba mal criando, algo con lo que Cristóbal no estaba de acuerdo.

Para Lucía, fue el primer hombre de su vida. Durante la niñez y la adolescencia, su padre sería un modelo inspirador para ella. Su padre fue la primera influencia masculina íntima en su vida. Gracias a su padre, que le mostró cómo es una relación de amor junto a su madre, ella deseaba vivir su propia vida, como sus padres. Con el amor que le daba su padre, los elogios constantes y lo que confiaba en ella, la hizo ir madurando.

Durante la etapa de la adolescencia, esa relación tan estrecha se distanció en algún aspecto, que por otro lado era normal, entre padre e hija; algo esencial para preparar sus futuros vínculos con los hombres. Se volvió más pudorosa y pasó a estar más tiempo en su cuarto encerrada. A pesar de ese pequeño distanciamiento, que para Cristóbal era muy grande, su relación seguía siendo igual de buena, ya que Juana, aunque tenía un gran corazón, era más seca y distante que él.

Intentaba ponerse serio con Lucía, pero no siempre lo conseguía, era demasiado blando. Siempre estaba intermediando entre ella y su madre como un árbitro de boxeo. Juana y Lucía chocaban constantemente, parecían dos potencias mundiales en constante lucha. No llegaba la sangre al río, casi siempre era por cómo se podía vestir Lucía, que estuviese pronto en casa… A las horas de haber discutido, Lucía, terminaba por ir a abrazar a su madre. La besaba y gastaba bromas hasta que conseguía hacerla reír, sabía que si ella no tenía ese

gesto con su madre, le podía durar el enfado días.

Con su padre era diferente. Aunque en alguna ocasión se enfadaban —casi siempre porque uno de los dos se había excedido en la broma que le gastaba al otro—, apenas les duraba unos minutos.

—¡No, si hasta que no os hagáis daño de verdad, no vais a parar!… Si es que tu padre está más tonto que tú… —les decía Juana cuando los veía jugar y gastarse bromas temiendo que se hiciesen daño de verdad.

Ese verano, Cristóbal, le propuso a Lucía, enseñarla a conducir. Se puso tan contenta, que estaba deseando que su padre llegase del trabajo e irse con él a practicar. Los primeros días le explicó dónde estaba el freno, el embrague, el acelerador y como se metían las marchas. Al principio metía la primera marcha y no era capaz de avanzar, se le calaba el coche. Poco a poco le fue cogiendo el tranquillo. Una vez que consiguió que no se le calase el coche, lo que más le costaba era cambiar de marcha, llevaba el coche tan revolucionado, que parecía una olla exprés a punto de reventar.

—Lucía, si el ruido del motor te dice cuando tienes que cambiar de marcha… — le decía Cristóbal riéndose.

—¡Qué listo! Tú lo ves muy fácil, como ya sabes conducir… —se justificaba Lucía.

Normalmente, iban a practicar sobre las nueve de la noche, ya que su padre se duchaba tranquilamente y hacían tiempo para que aflojase el calor. Cuando querían volver a casa, ya era de noche.

Una noche, cuando estaban a punto de terminar, se encontraron de frente a unos amigos de Lucía. Otra cosa que no terminaba de manejar bien, era frenar. O se ponía a gritar hasta que su padre le decía que frenase o pisaba el pedal del freno como si le fuese la vida en ello. Había ocasiones que en apenas un trayecto de quinientos metros, frenaba tan de golpe, que a Cristóbal, le daba la sensación de estar subido en los coches de choque.

Según se iban acercando a sus amigos, Lucía se iba poniendo más nerviosa. Los amigos, que se percataron de que ella era la que iba conduciendo, empezaron a aplaudirla y vitorear su nombre. A Lucía empezó a subirle un calor incontrolable por todo el cuerpo y a sudarle las manos. Cerca de donde estaban sus amigos, estaba la curva que tenía que trazar como había hecho el resto de noches, pero entre los nervios, las manos que le sudaban y en lugar de pisar el freno, pisó el acelerador, estuvo a punto de llevárselos por delante; sus amigos se salvaron, pero el bordillo de la acera de enfrente, se llevó todo el impacto. Se escuchó como si el bordillo hubiese resoplado por el impacto recibido, había reventado la rueda.

—Pero hija, ¿por qué no has frenado? —quería saber su padre todavía con el susto en el cuerpo.

—Es lo que intentaba, papá. Me he equivocado y he pisado el acelerador… —apenas le salía un hilo de voz.

Estuvieron unos minutos en el coche mientras Cristóbal la abrazaba e intentaba tranquilizarla, lo que dio tiempo a que llegasen sus amigos. Su padre la animó a bajarse para ver los daños del coche. A Lucía le temblaba tanto el cuerpo, que se tuvo que apoyar en el coche mientras su padre miraba los desperfectos.

—¿Estás bien, Lucía? —se interesaron sus amigos cuando se bajó del coche.

—Sí… es que no me ha dado tiempo de frenar… —contestó ruborizada y avergonzada.

—No te preocupes, Lucía, solo se ha pinchado la rueda. Ahora la cambió y aquí no ha pasado nada —le quitó importancia Cristóbal.

Sus amigos se ofrecieron a ayudar a Cristóbal, pero les dijo que no hacía falta, que eso lo hacía en un momento. Cuando se despidieron sus amigos de ella, empezó a relajarse. Su padre le hizo que participara en el cambio de rueda para que aprendiese. Después de hacerlo, volvió a abrazarla y la dio un beso. Lucía se puso a llorar. Necesitaba soltar lo que le oprimía el pecho.

—No pasa nada hija. De estos sustos, te llevaras muchos. Así es como se aprende. Afortunadamente, solo ha sido un susto, además, solo llevas dos semanas practicando. De todos modos, ¿te había hecho algo alguno de ellos?

—Noo, ¿por qué?

—Porque parecía que te los querías llevar por delante. —logró que Lucía por fin sonriese.

—Mejor no decir nada a mamá, ¿no? —quería saber Lucía.

—Ni se te ocurra —aseveró Cristóbal.

29 - En busca de respuestas

Cobeña. 6 de diciembre de 20019.

Natalia está sentada junto a Tobías en el coche. Por momentos le observa y luego mira a través de la ventanilla. Marina, en el asiento de atrás, no dice nada, imita a Natalia mirando también por su ventanilla.

Tobías conduce dirección a Cobeña. Era el día de la Constitución y no trabajaba ni tenía clases. En esta ocasión, no había quedado con su tía. Habían decidido entre los tres, pasar la mañana en el pueblo y dejarse ver. Dirige su mirada a Natalia. Ve que no quita la vista de la ventanilla, está pensativa e inquieta. Tobías logra concentrarse de un modo casi preocupante mientras repasa los acontecimientos de los últimos días fría y nítidamente. También repasaba mentalmente que decir si se encontraba con alguno de los antiguos amigos de su madre. El encuentro que más le gustaría que se produjese, era con Ángel, pensaba que era la persona más accesible y vulnerable. Solo de pensarlo, se ponía más nervioso. No sabía si tendría la misma suerte que la vez anterior, pero iba decidido a encontrarla.

Aunque era pleno invierno, hacía una mañana soleada y agradable, no hacía mucho frío. Aparcaron la furgoneta. Natalia y Marina, nada más poner los pies en el suelo, se encendieron un cigarrillo. Tobías miraba de un lado a otro esperando obtener resultados de inmediato. Se dirigieron al centro tomando la dirección más larga con la intención de pasar por delante de la casa de Ángel y «la voltios». Esperaba tener la misma suerte que la noche que iba con su tía y se lo encontraron en la calle. Enfilaron la calle, pero no había señales de él. Según se iban aproximando a la vivienda, las esperanzas de Tobías, se iban esfumando.

—Esta es la casa —les decía Tobías—. Esta vez no he tenido suerte, a ver si a la vuelta… —se lamentaba.

—Acabamos de llegar, ten paciencia —le decía Natalia.

Cuando llegaron al centro, Tobías estaba más impaciente y molesto, no había visto a ninguno. Aunque no dijese nada a Natalia y a Marina, se le notaba bastante tenso. Necesitaba meterles presión para terminar de aclarar las cosas, no se podía alargar más. No tenía claro lo que podía haber ocurrido ni las consecuencias que podía tener saberlo, pero lo que sí tenía claro es que, no se podía alargar más en el tiempo.

Era la hora del aperitivo y los bares empezaban a llenarse. Como estaba haciendo una mañana muy agradable, decidieron salirse fuera

del bar y tomarse sus consumiciones apoyados en un barril que hacía las veces de una barra. Desde su posición y como si de un vigía se tratara, no dejaba de mirar para todos los lados dispuesto a dar la voz de alarma. Estaba absorto en sus pensamientos, le daba igual la conversación que mantenía Natalia y Marina, de hecho, en más de una ocasión, le llamaron la atención.

Estaban tan a gusto en la calle, dándoles el sol, que decidieron pedir otra ronda. Tobías parecía que había cedido algo su ímpetu a la hora de encontrarse con alguno de ellos y bajó la guardia. Se dio cuenta de que no estaba disfrutando el momento. Tenía a su lado dos mujeres maravillosas y no las estaba prestando atención.

—Tobías —llamó su atención Natalia—, ¿no es esa «la voltios»?

—¡No jodas! ¿Dónde?

—En el banco de enfrente, en la plaza. Se ha acaba de sentar junto con un señor, ¿es su marido?

—¡Es verdad! Sí, es ella… y el marido —confirmo Tobías a la vez que le explicaba a Marina todo lo relativo a ellos.

Empezó a elucubrar acerca de cómo poder acercarse a ellos o si de lo contrario, ellos llegarían a acercase donde ellos estaban. Pensaba que decirlos: si venían juntos, diría una cosa; si venía «la voltios» sola, diría otra; si venía Ángel solo, sería lo ideal.

Medio en serio, medio en broma, se iban poniendo en diferentes situaciones con las que se podían encontrar. Como el francotirador que tiene a su víctima en el punto de mira, Tobías, no les quitaba ojo.

—Invítala a tomar algo… —bromeaba Natalia guiñándole un ojo.

—Vale—le seguía el rollo Tobías—, mientras, vosotras, cameláis al marido.

—¡Eso está hecho! —contestó Marina, deseando pasar a la acción.

Después de estar riéndose de lo que habían comentado, levantaron sus cabezas y volvieron a dirigir sus miradas hacía ellos. «La voltios» se había levantado e iba hacía ellos. Según se iba aproximando, Natalia lo retransmitía poniéndose en el lugar de Félix Rodríguez de la Fuente:

—La hembra de la manada de los hipopótamos, más conocida como «la voltios», por cómo deja al macho después de aparearse —Tobías y Marina no paraban de reírse—, avanza sin saber que el depredador más peligroso de la sabana, está al acecho dispuesto a proteger a sus hembras.

—Calla, calla, que llega… —aconsejó a Natalia.

Tobías no dejó en ningún momento de mirarla tratando de llamar su atención. Iba directa a la puerta del bar. Cuando ya parecía que iba a entrar y no se había percatado de la presencia de Tobías, giró la cabeza hacía ellos y su expresión cambió automáticamente.

—¡Hola!, ¿cómo tú por aquí? ¿Y tu tía? —dijo a modo de saludo «la

voltios».

—Hola, tomando algo con unas amigas —se ahorró el presentárselas y que Natalia y Marina evitaran quedar impregnadas de su olor—. Hoy no he quedado con mi tía.

—Yo voy a comprar algo para mi marido y para mí. Está allí sentado —les indicaba levantando la mano hacía donde estaba Ángel sentado—, ya que hace buen día…mejor en la calle que metidos en el bar, ¿no? Menos mal que no está tu tía… con el carácter que tiene… Cómo se puso la última vez…

—¿Tú crees que no tenía motivos para ponerse así? Si fueseis más claros…

—Ay hijo, que pesados sois… No hay nada que aclarar… ¿Tú también sigues con lo mismo?

—Yo el que más. Es que algo tuvo que pasar ese día y os empeñáis en encubrirlo, siempre decís lo mismo.

—Es que, no hay nada más que contar… Vaya perra habéis cogido… Voy a por la bebida —dejó a Tobías con la palabra en la boca.

Su sistema nervioso estaba hiperactivo. Se había convertido en el depredador que Natalia había descrito con anterioridad. Se había puesto en alerta y estaba dispuesto a salir lo más indemne posible de ese enfrentamiento. La esperaba que saliese del bar: más rápido, más fuerte, más fiero y agresivo. Su ritmo cardiaco iba en aumento y sus músculos se habían tensado. Su respiración se había acelerado, sentía calor y no paraba de sudar. Nada más poner un pie en la calle «la voltios», Tobías, «el depredador», la interceptó llamándole la atención.

—¡Oye! ¿Te han dicho Luis y Antonio que hablé con ellos? —hizo que le mudara el gesto.

—No, ¿cuándo has hablado con ellos? ¿Y qué te han dicho?

—No te hagas la «loca» —Tobías no tenía intención de que se fuese de rositas—, ¿no te lo ha dicho tu «amiguito» Luis? o mejor dicho, tu amante.

«La voltios» se quedó pálida y le empezaron a temblar las manos.

—¿Qué estás diciendo? ¡A mí no me faltes el respeto, niñato! —«la voltios» estaba fuera de sí.

—No es necesario que yo te falte el respeto, te lo faltas tú sola —le decía con media sonrisa—. ¿Sabe tu marido donde vas por las noches? —Tobías, como buen depredador, soltaba una y otra dentellada.

—¡Hijo de…! —Tobías se puso en pie antes de que acabase—¡No sabes nada, niñato! ¡Solo quieres ponerme nerviosa! Te vas a quedar con las ganas… —se defendía «la voltios» como buenamente podía.

—Bueno, eso crees tú. Cada día estoy más cerca. Díselo a Antonio y a Ángel, ellos no piensan lo mismo —se marcó un órdago Tobías.

—¿Mi marido? —miró hacía donde él estaba sentado buscando una

respuesta—. ¿Cuándo has hablado con él?

—¿Tampoco él te ha dicho nada? ¡Uy! No estás puesta al día. Cada día os tengo más rodeados…

«La voltios» salió disparada hacía su marido llena de ira. Si hubiese sido por ella, le hubiese estampado la bebida en la cabeza a Tobías. Natalia y Marina levantaron la palma de sus manos e hicieron que Tobías chocara la suya con ellas.

—¡Has estado increíble! ¡No sabía esa faceta tuya! —le decía Natalia.

—Yo tampoco. Espero que me salga bien la jugada.

—¡Eres un *crack*! No sé si te saldrá la jugada, pero la has destrozado.

—¿Cómo has tardado tanto? —quiso saber Ángel.

—¡Haber ido tú, encima! ¡Había mucha gente! —contestó de mala manera.

—Vale, no hace falta que me hables así.

«La voltios» le dio la bebida a su marido con malas formas mientras no dejaba de mirar a Tobías y sus amigas. Cada vez que lo hacía, Tobías la sonreía y levantaba su cerveza a modo de saludo.

30 - Acto de valentía

Cobeña. Mayo de 1999.

La lluvia perdió intensidad y Lucía aminoró el paso por primera vez desde que saliera de casa de su compañera de trabajo y amiga Elena. A pesar de sus reticencias, animada por su madre y su amiga, se vio obligada a ir a casa de Elena para tomar café y pasar un rato juntas. Desde que nació Tobías y calló enferma, no quería ver a nadie. Su estado de ánimo era una montaña rusa constante. Después de haber pasado el primer año de nacimiento de Tobías, de la cama al sofá, logró ir poniendo algo de normalidad a su vida. Hacía algo más de un año, que no iba a casa de sus padres. Después de todo lo acontecido en los dos últimos años, regresar a Cobeña le suponía un suplicio. Solo mencionar su nombre, le invadía los malos recuerdos, la tristeza. Pasear por sus calles, ver a personas que conocía de toda la vida, le hacían sentir mal. Cuando salió de casa de su madre deseaba con todas sus fuerzas no encontrarse con nadie por el camino. Tuvo suerte, eran las cuatro de la tarde y no se veía un alma por la calle. Eso le hizo sentirse bien y llegó a casa de su amiga más tranquila.

Recorrió despreocupadamente el camino de vuelta a casa de su madre. Ya había dejado de llover por completo. Le había venido bien pasar la tarde con su amiga. El no ver apenas personas por la calle, le hizo ganar en seguridad y bajó la guardia. De ir empujando el carro de Tobías como si llegase tarde a algún sitio, pasó a aminorar tanto la velocidad, que paseaba tranquilamente disfrutando del trayecto. Deseaba sentirse siempre bien y no tener miedo a pasear por su pueblo. Deseaba que su amado Ernesto, que su familia, no sufriera por ella. Deseaba ser la Lucía de antaño, deseaba… deseaba que todo lo que le había pasado, no hubiese ocurrido. Vagaba por un desierto de desolación, sedienta de paz y tranquilidad. Lo único que conseguía es que su ánimo desfalleciera.

Hacía tiempo que Lucía, era una amalgama de percepciones, emociones, sentimientos y pensamientos, que le hacían ser otra persona. «Nuestra mente es extraordinariamente poderosa y hábil para dirigir nuestra conducta, tanto para hacer el bien como para hacer el mal». Cada dos por tres, Lucía, se acordaba de esta frase que le dijo un día el psicólogo.

—¡Lucía! ¡Lucía! —se oía al otro lado de la calle.

A Lucía le dio un vuelco el estómago, no se lo podía creer. ¿Quién me ha visto? ¿Con lo tranquila que iba yo? Miraba de un lado a otro intentando localizar de dónde venía la voz que decía su nombre. Después de unos segundos de búsqueda, fijó su mirada al otro lado de

la calle en él; Ángel, que le hacía señales con la mano. Estuvo a punto de seguir andando y hacer como que no le había visto, pero le dio apuro. Le saludó levantando la mano y este cruzó la calle para saludarla. Dentro de lo malo, si con alguno de sus antiguos amigos se tenía que encontrar, se alegraba de que hubiese sido él. Cuando Ángel ya estuvo a su altura, no supo que hacer, tampoco la predisposición de Lucía era buena. No demostró empatía hacía él. No quiso ni darle un par de besos. Le temblaba todo el cuerpo y sentía taquicardias. Luchaba contra su cuerpo y sus emociones como el mejor soldado en una batalla.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué tal estás? —se atrevió a decir Ángel.

—Sí… estoy bien, ¿y tú? —contestó secamente.

—Bien, gracias. No hemos vuelto a saber ti… —dijo torpemente Ángel.

—¿Qué dices? ¿Acaso os habéis preocupado alguna vez de mí? —Lucía pasó de estar nerviosa a enfadada—. No me hagas reír, por favor. Han pasado dos años y ni tú, ni tu querida mujer, os habéis interesado por mí.

—No sé por qué lo dices… ¿Pasó algo? —ignoraba el comportamiento de Lucía.

—Joder, Ángel… siempre has sido el último en enterarte de todo, pero… ¿En serio me lo preguntas? —Lucía no terminaba de creerle.

—Te lo juro, Lucía, no sé de qué me hablas —insistía Ángel.

—Déjalo —decía Lucía moviendo su cabeza de forma negativa—, por tu reacción, creo que me estás diciendo la verdad, pero que te lo cuente tu mujer. Mira Ángel, creo que eres buena persona y lo mejor que puedes hacer, es alejarte de ellos y si puedes, también de tu mujer. Me voy, que tengo prisa —se despidió de él dejándole con la palabra en la boca.

Ángel se había quedado helado. No daba crédito a lo que le había dicho Lucía. Estuvo parado en el mismo sitio un buen rato sin ser capaz de reaccionar. Cuando fue capaz de moverse, decidido, se dirigió a su casa para saber lo que había ocurrido.

Esta vez Lucía decidió acelerar el paso y llegar cuanto antes a casa de su madre. No quiso llorar, solo le faltaba tener que aguantar a su madre.

—¿Sabes a quién he visto?, a Lucía —dijo Ángel nada más entrar en su casa.

—¿Si, y qué se cuenta? —sonreía «la voltios».

—Pues aparte de estar muy seca conmigo, también me ha dicho que está muy dolida porque no nos hemos preocupado por ella en estos dos años. Yo le he preguntado qué era lo que le pasaba y me ha dicho que te lo preguntase a ti. He ido pensando todo el camino y no caigo,

lo único que me ha venido a la mente, fue la noche que estuvimos en las fiestas de Valdetorres de Jarama, que al llegar a Cobeña se bajó del coche enfadada.

—Claro, es desde ese día. Encima que se lo paso bien… ¡Qué desagradecida! No le hagas ni caso —le quitaba importancia «la voltios».

Ángel no se quedó conforme con lo que le había contado su mujer. La estuvo insistiendo hasta que logró que le contase lo ocurrido. Discutieron y dieron voces, pero Ángel logró su objetivo. Se quedó más paralizado de lo que le había dejado hace unas horas Lucía. No sabía si hubiese sido mejor seguir viviendo en la ignorancia, lo que le acaba de confesar su mujer, le había destrozado el alma.

La luz del sol se filtraba por la ventana y daba de lleno en los ojos de Lucía. Estaba sentada en el sofá de casa de sus padres esperando a que llegase Ernesto para llevarles a casa. Tobías, estaba tumbado en el sofá al lado suyo, se había quedado dormido. Estaba tan metida en sus pensamientos, que ni el sol la molestaba. No dejaba de lamentarse por haber hecho caso a su madre y a su amiga, se tenía que haber quedado en casa. Ahora que empezaba a encontrarse bien, le surge este contratiempo. Intentaba recomponer los pedazos en los que se había convertido, pero era incapaz. La tristeza le abrazaba con intención de no soltarla, ella tampoco se oponía con suficientes fuerzas como para que esta la soltase. Pensó que la vida se había olvidado de ella.

El despertar de Tobías, le sacó de ese letargo angustioso en el que se había visto sumergida. Le abrazaba y besaba con ternura. Su olor y su piel suave de bebé, le devolvía la paz.

Juana, su madre, no había parado de hablar y preguntarle acerca de su visita a casa de Elena desde que Lucía llegó a su casa. Como Lucía solo le contestaba con monosílabos, llegó un momento que se enfadó y dejó de hablarle, se puso a hacer punto de cruz en el otro lado de la ventana. «No sé qué te habrá pasado hija, pero el día que te da por no hablar…» Le dijo su madre antes de dejarla de hablar. Cristóbal, que siempre se ponía del lado de su hija, terminó discutiendo con Juana.

Tobías, como cualquier niño que hay en un hogar, transformó el ambiente tóxico que se había creado en emociones que hacían palpitar los sentimientos de cada uno de los presentes. Cristóbal se tiró en el suelo y empezó a jugar con él como hacía con Lucía o Lola cuando eran pequeñas. Las risas de su hijo y de su padre cambiaron la expresión de su cara. Hacía que su mente retrocediese muchos años atrás. Sentía nostalgia de aquellos momentos en los que era tan feliz. Esperaba la llegada de Ernesto con esa espera que desespera de tanto esperar, quería estar en su casa.

Sonó el timbre. Cristóbal animó a Tobías a salir corriendo hacía la puerta, venía papá. En una mano llevaba el chupete mientras corría hacía la puerta diciendo: ¡papá! Cuando su abuelo abrió la puerta se lanzó a los brazos de su padre llenándole las mejillas de babas. Cuando su padre le dejó en el suelo, fue corriendo hacía su madre para darle la noticia mientras señalaba con su dedito índice en la dirección que venía su padre. Ernesto besó y abrazo a Lucía como solo hacía él. Se sintió reconfortada, segura. Nada más verla, Ernesto se dio cuenta que algo le pasaba. Su mirada, su expresión corporal, esos tics que el tanto conocía, le decían que Lucía no estaba bien.

A los pocos minutos, se despidieron y se fueron a casa. Durante el trayecto a su casa, Ernesto pensó que sería mejor no decirle nada a Lucía. Además iba en los asientos de atrás con Tobías y tendrían que estar levantando la voz más de lo normal. La fue observando todo el camino. Lucía no dejaba de mirar por la ventanilla con la mirada perdida, sin hablar en todo el camino. En otra ocasión que volvió a mirar por el retrovisor, se dio cuenta de cómo se secaba las lágrimas. Se le partió el corazón. Estaba deseando llegar a casa para poder abrazarla y hablar con ella. Se sentía como un pez varado en la playa por exceso de oxígeno. Mientras buscaba aparcamiento, se fijaba en las personas que había en la calle y pensaba que no todo el mundo puede ser partícipe de sus alegrías y no todo el mundo puede ser culpable de sus tristezas.

31 - Confabulación

Cobeña. 6 de diciembre de 2019. 23:30 horas.

No se veía un alma por la calle. Estaba helando y hacía tanto frío, que «la voltios» iba tan encorvada que daba la impresión de ser una anciana. Seguramente no era solo el frio que hacía esa noche por ser invierno, sino también por ser de esas personas que no tienen cálidos recuerdos. Fue todo el trayecto maldiciendo a Tobías, por su culpa, tenía que salir a esas horas con el frío que hacía. Iba repasando mentalmente e incluso hablando sola por momentos toda la conversación que había tenido con él esa misma mañana. «¡El puto crío de los cojones… ¡Y que su madre hubiese sido una santita!». Farfullaba «la voltios». Cada vez que pensaba en la conversación con Tobías, aceleraba más el paso. «¡Menos mal que su madre se lo pasó bien…!» Volvía a farfullar.

Llegó a la puerta de la nave de Luis y, después de mirar de un lado al otro, entró y cerró con la llave que estaba puesta. Luis y Antonio estaban sentados enfrente de la chimenea con una cerveza cada uno. Era una lumbre muy débil para una noche tan cruda. No tuvo más remedio que arrimarse a ella como si estuviera incubando para sacar de aquel puñadito de combustible la mínima sensación de calor. Le reprochó a Luis que no echase más leños para que calentase más. Este le dijo que si tenía frio, que cogiese los que quisiera y los echase. Mientras ellos se tomaban una cerveza, ella se preparó un café, necesitaba entrar en calor.

—Joder, a ver si limpias el microondas, tiene más mierda que la bombilla de una cuadra —protestó «la voltios».

Luis y Antonio, que llevaban varias cervezas, se reían sin parar, animándola a que lo limpiase ella.

—A ver, vamos a lo que hay que ir… —decía «la voltios» mientras daba un sorbo a su café—. ¿No os imagináis por qué os he llamado?

—¿Por qué querías un buen revolcón? —soltó Luis haciendo reír a Antonio.

—¡Déjate de gilipolleces, tú siempre pensando en lo mismo! —dijo enfadada «la voltios».

—Pues tú dirás, ¿por qué nos has hecho venir? —quiso saber Antonio.

—¿Vosotros habéis hablado con el sobrino de Lola? Esta mañana me le he encontrado y me lo ha dicho. El puto crío, no deja de tocar los huevos con lo de su madre.

Luis y Antonio se miraron. Antonio estuvo a punto de atragantarse con la cerveza y Luis cambió la expresión de su cara. Se removían en

sus sillas esperándose lo peor.

—Sí, coincidimos con él y su «zorrilla» en «El Granero» —decía Luis despectivamente—. Salían del salón y nosotros estábamos tomando algo en la barra. ¡A punto estuve de darle una hostia! —fanfarroneaba —. Porque se puso su «zorrilla» delante…

—Pues dice, que sabe más de lo que creemos, ¡qué nos tiene rodeados! —soltó una carcajada que hizo retumbar la nave—. A este, como no le paremos los pies, no va a dejar de tocarnos los huevos.

—Esto se está poniendo más serio de lo que pensáis, yo no me reiría tanto. —aclaró Antonio.

—¿Ya estás cagao? ¡Venga, no me jodas! ¡Si es un puto crío! Déjalo, a ver si me le vuelvo a encontrar, a este le acojono yo. Y tú —mirando fijamente a «la voltios»—, ¡qué va a saber este! Lo ha dicho para acojonarte, unas veces tan lista y otras… —intentó poner orden Luis.

Se quedaron unos minutos en silencio dando sorbos a sus respectivas bebidas. Cada uno metido en su mundo intentando buscar una solución. Luis no dejaba de frotarse la cabeza como Aladino frotaba su lámpara mágica en busca de ayuda; Antonio, con el bote de cerveza vacío entre las manos, lo apretaba y lo dejaba de hacer provocando un soniquete que añadía más intriga al ambiente; la voltios, empezó a limpiar el microondas de manera compulsiva y a limpiar todo lo que había a su alrededor sin parar de hacer ruido.

—¡Joder!, ¡¿os queréis estar quietos de una puta vez? —Vociferó Luis—. ¡Así no hay quién piense!

La voz que dio Luis, sirvió para que parasen de golpe. Volvieron a quedarse callados de nuevo.

—Yo, lo que no termino de entender, es por qué, después de tanto tiempo, este chaval viene con estás… A lo mejor si sabe algo… —se atrevió a decir Antonio rompiendo el silencio.

—Seguro que la puta de su tía, le está calentando la cabeza. —opinó «la voltios».

—Su tía no creo que le caliente la cabeza, porque durante todos estos años, no ha insistido en nada —le aclaró Antonio.

—¡Ah, espérate! ¿Sabéis que me dijo? —Se acordó «la voltios»—, que sabía que Luis era mi amante, que me había visto venir aquí por las noches —hizo que Luis y Antonio le prestasen toda la atención.

—¡Hijo de puta! —dijo Luis después de un buen rato callado—. Este «mierda» está jugando con fuego. A lo mejor sabe más de lo que pensamos, pero claro… No creo… —dudaba de repente Luis—. ¡¿Nos estará vigilando?!

Luis se levantó como un resorte de su silla hacía la puerta, Antonio y «la voltios» le siguieron como dos perrillos. Cuando ya estaban fuera de la nave los tres, parados frente a la calle, giraban sus cabezas de un lado al otro intentando encontrar una respuesta.

—Antonio, ves en esa dirección y mira la fila esa de coches. Tú quédate aquí —le decía a «la voltios»—, que yo voy en esa otra dirección —ordenó Luis.

Revisaron los pocos coches que había aparcados tanto en una dirección como en otra. Volvieron a la nave sin ningún tipo de recompensa. De repente, las luces de un coche enfiló la calle. Luis hizo que «la voltios» se metiese dentro. El coche iba tan despacio, que su nerviosismo iba en aumento. Cuando este llegó a su altura, se dieron cuenta que era un vecino del pueblo que les saludo a su paso. Antonio resopló de tranquilidad, conocía lo suficiente a Luis como para que este hiciese alguna locura. Avisaron a «la voltios» y cuando está llegó a su altura, la ofrecieron un cigarrillo. Cada uno miraba para un lado diferente sin articular palabra. Una vez acabaron sus cigarrillos, entraron tiritando en busca del calor de la chimenea. Ellos se abrieron otra cerveza, «la voltios», se tomó una copa de coñac.

—¿Tú le ves a menudo? —quiso saber Luis dirigiéndose a «la voltios».

—¡Qué va! Aunque en el último mes le he visto dos veces, creo. ¡Ah!, también habló con Ángel sin estar yo delante.

—Joder, «voltios», ¿por qué cuentas las cosas a trozos? ¿Y qué le dijo? —quiso saber Antonio.

—Pues no lo sé, no he querido preguntarle para no levantar sospechas.

—Ya puedes tener cuidado con tu marido. Sabes que es un flojo y este es capaz de contar todo. Ya puedes hablar con él. —le aconsejó Luis.

—Yo creo que teníamos que intentar hablar con él de manera educada. Es solo un crío, nos preparamos la misma historia los tres y a ver si cuela. Si vamos por las malas, vamos a levantar más sospechas —propuso Antonio.

—No creo que entre en razones, pero por intentarlo… —comentó «la voltios».

—¿Qué piensas Luis? ¿Estás de acuerdo? —quería saber Antonio.

—Lo que queráis, pero una cosa os digo, como no se venga a razones y siga tocándonos los huevos…

La respuesta de Luis, tranquilizó de momento a Antonio, ya que temía cualquier reacción por parte de este. Los tres sentados alrededor del fuego, empezaron a idear su plan. Necesitaron una hora, varias cervezas y copas de coñac, para estar de acuerdo en lo que tenían que decir.

«La voltios» se había levantado para poner la copa en el fregadero y tirar los botes de cerveza que se habían bebido Luis y Antonio. Cuando volvió a pasar al lado de Luis, este la cogió de un brazo y la sentó encima de sus piernas. Empezó a acariciarle las nalgas y tocarle

los pechos. Le propuso montárselo con ellos dos para recordar viejas experiencias.

—¡Estate quieto! —le pedía «la voltios» con una sonrisa y sin oponer mucha resistencia—. Es muy tarde.

Antonio que hacía tiempo que no mantenía relaciones con ninguna mujer y ver como Luis metía mano a «la voltios» dejando uno de sus pechos al aire, empezó a sentirse excitado. Pegó el último trago a su cerveza y se unió a ellos.

Acompañaron hasta la mitad del camino de vuelta a «la voltios». Después cada uno tomó una dirección diferente hacia sus respectivas casas.

«La voltios» entró en su casa de la manera más sigilosa posible, no quería despertar a su marido. Fue directa al baño. Después entró en el dormitorio con la luz apagada. Se puso el pijama y se metió en la cama. Ángel, que no se había tomado la medicación aposta, se hizo el dormido al igual que lo hizo cuando esta fue a verlo antes de salir de casa. Quería comprobar con sus propios ojos lo que había llegado a sus oídos y el temía desde hace varios años. Olía a alcohol y a sexo. Le dieron ganas de vomitar.

Hacía tiempo, sobre todo desde que se enteró de lo que hablaban de su mujer, que sentía repulsión hacía ella. No dejaba de pensar el tiempo que llevaría haciéndolo. Sin quererlo, su mente se llenó de malos recuerdos. Se acordó de su amiga Lucía, del hijo de esta y sintió asco de sí mismo. En el silencio de la noche, sus ojos se vieron salpicados de la rabia mal contenida, del arrepentimiento. Se puso a rezar entre lágrimas, pidió perdón por su cobardía.

32 - La mentira

Cobeña. 8 de diciembre de 2019.

Se dirigían con la furgoneta de Tobías a casa de su tía Lola, les había invitado a comer y así, de paso, conocía a Yolanda, la pareja de Ernesto. En el asiento del copiloto iba Ernesto y en la parte de atrás Yolanda y Naira que no paraban de hablar. Padre e hijo se miraban a la vez que sonreían compadeciéndose de Yolanda. Veinte minutos más tarde, estaban en la puerta de su tía Lola.

Después de los protocolarios saludos se sentaron en el salón a tomar un aperitivo. Su tía Lola se dio cuenta cuando preparó el aperitivo, que estaba escasa de bebida. Tobías y Naira se ofrecieron a ir una vez se lo tomasen. Socializaban con una mezcla de conversaciones triviales y otras más profundas, lo que hizo que Yolanda se sintiese una más de la familia. Se estaba aproximando la hora de la comida y Lola recordó a sus sobrinos que tenían que ir a comprar bebida. Se levantaron sin dudarlo un segundo y fueron a por ella.

Hasta que no puso los pies en el suelo de la calle, Tobías, no cayó en la cuenta de que se podían encontrar con alguno de los antiguos amigos de su madre. Ya era demasiado tarde para decirle a su hermana que no hacía falta que le acompañase o de echarse, él atrás. A pesar de que iba algo nervioso, intentó que se le notase lo menos posible y fue hablando con su hermana como si nada. Fueron a comprar la bebida a un comercio de barrio que abría hasta mediodía y estaba al lado de un asador de pollos como les había dicho su tía. Cuando enfilaron la calle donde estaba el comercio, a unos cien metros, vieron que había una larga cola. Se preguntaron si sería para entrar en el comercio hasta que Tobías se acordó de que al lado había un asador de pollos y comida para llevar. Eso le tranquilizó a Tobías, no le apetecía nada estar en la calle demasiado tiempo expuesto.

Entraron en el comercio sin fijarse en las personas que había en la cola del asador de pollos alegrándose de que no fuese del comercio adónde ellos iban.

—¡Hostia puta! —dijo bruscamente Antonio.

—¿Qué pasa? —preguntaron al unísono Luis y «la voltios» que también hacían cola en el asador de pollos.

—Acaba de entrar en el comercio de al lado el chaval este… como se llama… ¡Tobías!

—¡No jodas! ¡Es nuestra oportunidad! —exclamó Luis.

—Cógenos nuestro pedido, Antonio. Nosotros esperamos en la puerta a que salga —propuso «la voltios».

Mientras Tobías y Naira compraban tranquilamente sin saber lo que

les esperaba fuera, Luis y «la voltios», hacían guardia en la puerta del comercio.

—¡Hombre, que casualidad! —dijo «la voltios» cortándoles el paso —¡Contigo queríamos hablar!

Tobías no salía de su asombro. Se puso blanco y le temblaban las piernas mientras paseaba su mirada por Luis y «la voltios».

—Vosotros diréis. —logró decir Tobías.

—¿Es otra de tus novias? —se puso impertinente «la voltios» con intención de dejar mal a Tobías.

—No, es mi hermana. ¿Por qué no vas al grano? —Tobías iba ganando en confianza.

—¡Ah, qué guapa! Se parece a tu padre… Bueno, sí, vamos al grano. Queríamos aclararte, que, lo que pasó esa noche, la de las fiestas de Valdetorres de Jarama que fuimos con tu madre, solo fue diversión. Lo único es que, Luis y Antonio, se pegaron con un chico y… bueno… ya sabes… el chico quedó mal parado. En lugar de ayudarle después, como quería tu madre, le dejamos tirado. Pero luego nos enteramos que estaba bien, el ojo morado y algunas costillas rotas, pero nada grave —se reían Luis y ella como dos morsas dando cuenta de los pocos dientes que les quedaban—. A pesar de que le dijimos a tu madre que el chaval no había muerto, no terminó de creérselo. Siempre nos había culpado por lo que pasó esa noche.

—¡Vaya! ¿Eso es todo? ¿Y habéis esperado hasta hoy para contármelo? Perdonadme, pero me tenéis que conceder el beneficio de la duda.

—¿Qué tenemos que hacer, traerte al tío que le dimos de hostias para que te lo creas? —dijo Luis que hasta ese momento había permanecido en estado vegetativo.

—¡Hola! ¿Qué tal? —dijo Antonio al llegar cargado con los pedidos.

—No hace falta que me traigáis a nadie, es vuestra versión y no me queda otra que creérmela.

—Entonces, está todo aclarado, ¿no? —quiso saber Antonio.

—Está bien, lo dejaremos así —dijo Tobías para deshacerse de ellos —. Lo sentimos pero nos están esperando para comer. Adiós.

—Ves, «cariño», como no era nada del otro mundo… ¡Dale recuerdos a la familia! —alzó la voz «la voltios», ya que Tobías y Naira llevaban unos metros andados.

Antonio y «la voltios» se habían quedado satisfechos, no así Luis, que todavía tenía dudas de que Tobías se lo hubiese creído.

—Yo pienso que si se lo ha creído. Ahora lo tiene que asimilar y olvidarse de todo lo que le preocupaba —afirmó Antonio.

—Yo también lo creo, además, si se lo cuenta a su tía, esta le va a decir que no le extrañaría que hubiese sido así —aseguraba «la voltios».

Hasta que no giraron la esquina y los perdieron de vista, Tobías y Naira no articularon palabra. Naira hizo el intento de girarse y Tobías tiró de su brazo evitándolo.

—¿Me vas a decir que es lo que acaba de ocurrir? —pidió explicaciones Naira, que estuvo en todo momento callada.

—¡Joder, es que lo sabía! ¡Joder! —protestaba Tobías—. Desde que hemos salido de casa de la tía, tenía el presentimiento de que esto iba a ocurrir, ¡mierda! —Naira no le quitaba ojo esperando una respuesta —. No sé por dónde empezar…

—A ver, tonta no soy. Me imagino que has seguido dándole vueltas al suicidio de mamá y has ido preguntando a esta gente, ¿verdad?

—Verdad —dijo resignado Tobías—. No he querido involucraros y he estado yo haciendo averiguaciones. Alguna vez, también con la tía Lola. Me han estado dando largas o diciendo cosas que no tenían sentido.

—Pero… no entiendo… ¿Qué es lo que piensas, que esa noche ocurrió algo que ocultan?

—¡Claro! Después de esa noche, mamá ya no fue la misma. La «milonga» que nos acaban de contar puede tener algún sentido, pero no termino de creérmelo. Resulta que los dos que nos estaban esperando a la salida del comercio, porque nos estaban esperando, no ha sido casualidad, están enrollados y, el día que hable con él y con el que después ha aparecido, quedó con ella por la noche en una nave que este tiene. El viernes me la encontré por casualidad, bueno, siendo sincero, vine a dar una vuelta a ver si me encontraba con alguno de los tres y estuve hablando con ella. La di un repaso que no veas y seguro que por la noche se lo contó a él, quedaron los tres y han montado esta historia.

—¡Madre mía, Tobías! ¡Parece una película de suspense!

—Ya lo creo. Por favor, Naira, no cuentes ahora nada cuando lleguemos, pero tampoco a papá, nunca —su hermana asentía con la cabeza y la boca abierta—. No quería involucrarte, pero ya es demasiado tarde, al final has terminado por enterarte.

—¿Y qué vas a hacer a partir de ahora? Porque si no te lo has creído…

—No tendré más remedio que creérmelo —decía a su hermana que la veía dispuesta a colaborar en la causa—. Estoy cansado de todo esto.

—Tobías… —miraba a su hermano arqueando las cejas— a mí no me la das. Soy más joven que tú, pero no soy idiota. Además te conozco de sobra como para saber que no pararas hasta saber la verdad y, lo que has oído hoy, no es la verdad, ¿cierto? ¡Déjame que te ayude!

—Joder, Naira. No quiero que te preocupes por esto, yo soy capaz

de encargarme solo. No me fio de ellos, sobre todo del que estaba con «la voltios» —Naira se partía de risa con el mote—, se llama Luis, además de ser el típico machista, tiene pinta de ser violento.

—Pues con más motivo para ayudarte. Quieras o no, te voy a ayudar —aseveró Naira.

Tobías sabía de sobra que su hermana se iba a involucrar tanto o más que él, eso era lo que más temía. Ya no había marcha atrás. No tenía claro el siguiente paso a dar, pero lo que sí tenía claro, es que, con cada paso que el diese, su hermana iba a estar detrás de él.

Naira obedeció a su hermano y no dijo nada al llegar a casa de su tía. Se comportó en todo momento como ella era. Tobías se sentía orgulloso de ella y la miraba con admiración. La quería tanto, que temía que la pudiese pasar algo por culpa suya.

Después de casi cuatro horas en casa de su tía, regresaron a casa. Su padre se fue un rato más con Yolanda y ellos siguieron hablando acerca de lo que les había ocurrido. También le contó a su hermana, que lo que más le motivó a averiguar lo que le había ocurrido a su madre, fueron las pesadillas que llevaba teniendo hace tiempo. Qué eran tan reales, o así le parecía a él, que no podía dejarlo pasar. Hizo que Naira llorase y terminara por abrazarle. Antes de que llegase su padre, dejaron de hablar del tema y cada uno se fue a su cuarto.

Madrugada del 9 de diciembre de 2019.

Esta vez iba solo por un pasillo oscuro guiado por una pequeña luz que salía de una puerta entreabierta. Era pequeño y avanzaba con miedo hacía ella. Solamente oía a su corazón, que latía cada vez con más fuerza a cada paso que daba. Se quedó parado frente a ella sin atreverse a empujarla. Después de unos segundos de angustia, se animó a hacerlo y vio a su madre sentada en la cama escribiendo en su diario. La llamaba pero su madre no le escuchaba, seguía a lo suyo. Avanzó hasta la mitad de la habitación y vio como a su madre se le caían las lágrimas. De repente, su madre se levantó de la cama de un salto, cogiendo entre sus manos el diario, asustada. Mirando hacía done él estaba. Tobías giró su cabeza un segundo y cuando volvió a mirar, ya no estaba su madre.

Se despertó sobresaltado como le ocurría siempre que soñaba con su madre. Esta vez la pesadilla había sido diferente. Le dio la impresión de estar más cerca de la verdad. Esa habitación le recordaba a la que había en la parcela, donde dormían sus padres. No podía ser otra. ¿Estaría allí lo que le quería mostrar su madre? Pero si su padre y su tía habían buscado también en la casa de la parcela sin ningún resultado, ¿Dónde podría buscar él?

Se volvió a tumbar en la cama con la intención de dormirse y

continuar con el sueño. Estaba seguro de que se encontraba muy cerca de la verdad. Además de que le costó volver a quedarse dormido, no volvió a soñar con su madre.

33 - ¡Otra vez igual!

Paracuellos de Jarama. Noviembre de 2006.

Le sudaban las manos, tenía taquicardias y sentía que se iba a marear, pero respiró profundamente en varias ocasiones y logró tranquilizarse, sobre todo cuando su padre le cogió la mano.

—Tranquila cariño, yo voy contigo. Si en algún momento crees que tienes que dejar de conducir, me lo dices y llevo yo el coche —la tranquilizaba Cristóbal.

A Lucía le encantaba conducir, pero entre que al trabajo no tenía que llevar el coche porque le llevaba el autobús de la empresa, y que cuando cayó enferma le cogió miedo, para ella era un suplicio tener que conducir. Esa mañana que tenía que ir al psiquiatra y Ernesto no podía ir con ella, su padre le animó a conducir. Le dijo que si no seguía cogiendo el coche, terminaría por no volver a conducir más. Según iban pasando los kilómetros, se fue sintiendo más tranquila, el tener a su padre al lado, le daba seguridad. Cuando llegaron al Hospital y logró aparcar, tenía la sensación de haber estado haciendo trabajos forzosos, le dolían todas las articulaciones.

—Ves, cariño, no ha sido tan difícil —le decía su padre con ternura.

Lucía le regaló una de sus mejores sonrisas en forma de agradecimiento. «Si supieras como estoy por dentro», se decía Lucía mientras cerraba el coche. De camino a la entrada del Hospital, le temblaban las piernas. Le comentó a su padre que se iba a comprar una botella de agua y una chocolatina ya que se sentía algo débil. No había terminado de hablar Lucía, que su padre ya estaba echando el dinero en la máquina expendedora. Cristóbal le abrió la chocolatina mientras le sujetaba la botella de agua y Lucía le abrazó y le dio un beso.

Ese mismo día, Ángel y «la voltios», también se encontraban en el mismo Hospital. Ángel llevaba un par de semanas de pruebas, ya que en un examen rutinario, le vieron algo en los pulmones. Era de los que se fumaba tres cajetillas diarias. Estaban en la sala de espera nerviosos, se temían lo peor. No articularon palabra hasta que entraron en la consulta. Sus malos presagios, se hicieron realidad. El médico les dijo que Ángel tenía cáncer de pulmón y no pintaba nada bien. Al ser una persona joven, tenía que intentar curarse. Deberían de empezar el tratamiento cuanto antes. Le darían quimioterapia y radioterapia durante unos meses y, dependiendo de su evolución, si fuese necesario, recurrirían a la cirugía. Lo primero que debía hacer era dejar de fumar.

Salieron de la consulta cabizbajos, sin mediar palabra. Ángel

comenzó a ir cada vez más deprisa, «la voltios», detrás de él, era incapaz de alcanzarle.

—¡Ángel! ¡Ángel! —gritaba con todas sus fuerzas hasta que él se detuvo—. ¿Quieres esperar? ¿Dónde vas? Tenemos que pedir las citas en esa ventanilla — le dijo cuando llegó a su altura.

—Quédate tú, Begoña, necesito salir fuera y coger aire —totalmente desolado, Ángel se dio media vuelta y siguió su camino. «La voltios» fue detrás de él.

Cuando llegaron a la calle, Ángel se apoyó en una de las columnas más alejadas de la puerta del Hospital y mientras lloraba, sacó la cajetilla de tabaco y se encendió un cigarrillo. «La voltios» estuvo a punto de reprochárselo, pero le dio lástima y no tuvo fuerzas para decirle nada. Le observaba sin decirle nada ni mostrarle ningún tipo de afecto. Cuando terminó el cigarrillo y fue a apagarlo, tiró la cajetilla de tabaco que llevaba en la otra mano a la basura. Se quedaron mirándose unos segundos y por fin «la voltios», le abrazó.

Salió de la consulta como siempre: con vergüenza, por no ser del todo sincera; resignación, porque no le quedaba otra que estar medicada y, tristeza, porque en su fuero interno, estaba convencida de que no llegaría a curarse.

—¿Qué tal ha ido todo, hija? —se interesó Cristóbal.

—Bien, como siempre. Tengo que seguir con la medicación.

Aunque fue parca en palabras, sabía que eran suficientes como para que su padre no insistiera en preguntarle más. De haber sido su madre, otro gallo cantaría.

Bajaron de la primera planta a la planta baja para acceder al *hall* y salir a la calle. Al llegar al *hall*, su padre le dijo que le esperase un momento que tenía que ir al baño antes de montarse en el coche. Lucía se sentó en uno de los asientos que había libres hasta que llegase. En ese momento, Ángel y «la voltios» entraban por la puerta. Lucía no se percató, pero «la voltios», en cuanto entró, se dio cuenta de su presencia. Avisó a Ángel tirándole del brazo y este le pidió que por favor, la dejase tranquila. «La voltios» hizo caso omiso y fue directa a ella mientras Ángel se alejaba por el pasillo.

—¿Lucía? ¿Qué tal estás? —se abalanzó sobre ella dándole un par de besos.

—¡Eh!... esto… Bien. —Lucía no supo que decir.

—¡Cuánto tiempo! ¡No hay quién te vea! Como ya no quieres saber nada de nosotros…

—¿Cómo tienes tan poca vergüenza? —dijo enfadada Lucía—. En todos estos años no te has dignado a preguntar qué tal estaba y, ¿ahora me vienes con estas?

—Bueno hija, no te pongas así, tú tampoco te has interesado por

nosotros… —trataba de justificarse.

—¿Perdona? Después de todo lo que ocurrió, ¿todavía te atreves a decir esto?

—Jolines, de verdad, que rencorosa… ¿Todavía sigues con lo mismo? Y que pasárselo bien fuese un delito… —daba muestras de lo que todos pensaban de ella, que era una persona corta de miras.

—Tus argumentos absurdos, abstractos y subjetivos, me sacan de quicio —decía con impotencia Lucía—. Y me dices que si fue un delito, ¿a mí? Claro que fue un delito —le decía a medio palmo de su cara—, me habéis jodido la vida, que lo sepas. ¡Y ahora, por favor, quítate de mí vista! —le dijo conteniendo la rabia y evitando levantar la voz.

«La voltios» enfiló el pasillo como alma que lleva el diablo.

Se desahogó con ella todo lo que pudo, pero no todo lo que hubiese querido. Temía que su padre apareciese de un momento a otro. No se explicaba cómo podía haber sacado tantas fuerzas para taparle la boca. Se tuvo que levantar y ponerse a caminar de lo nerviosa que se había puesto. Cuando llegó su padre le preguntó que la notaba nerviosa, que si le ocurría algo y, Lucía le dijo que el estar tanto tiempo en el Hospital le ponía nerviosa. Cuando llegaron al coche, le pidió a su padre que llevase el coche, que no terminaba de encontrarse bien.

A pesar de que hacía frío, le pidió a su padre bajar un poco la ventanilla de su lado, ya que tenía calor y se sentía mareada. Su padre, que ya la conocía suficientemente bien, durante todo el trayecto, solo le preguntó un par de veces que tal se encontraba, no quería agobiarla.

Al llegar a su casa, intentó poner la mejor cara a su madre, porque de lo contrario, se convertiría en un interrogatorio insufrible. Cuando su madre le preguntó que le había dicho el médico, le dijo lo mismo que le había contado a su padre, con las mismas palabras, parecía que había puesto a reproducir sus palabras de una grabadora. Parecía que su madre se conformó con la explicación, no volvió a preguntarle nada más acerca del médico. Mientras Lucía preparaba la mesa, sus padres fueron a por los niños al colegio.

El tiempo que estuvieron sus padres fuera de casa, le sirvió para llorar y desahogarse. Le oprimía tanto el pecho, que era incapaz de respirar con normalidad.

Mientras, en el Hospital, «la voltios» le contaba a Ángel lo sucedido con Lucía. Estaba que se subía por las paredes, pocas personas se atrevían a hablarla de esa manera.

—¡Encima que me intereso por ella! ¡Será desagradecida! —no paraba de protestar «la voltios»—. Me ha llamado de todo —Ángel le

preguntó qué es lo que le había llamado—. No sé, como siempre se las ha dado de lista… unas palabras muy raras… ¡Eso lo será ella!

—¿Y no crees, que tiene derecho a llamarnos de todo? —comentó Ángel.

—¡Solo me faltaba esto! ¿¡Te pones de su parte!? —Aumentó su enfado—. Como siempre has estado de su lado… ¡Anda, siéntate ahí, que voy a pedir las citas!

Ese día fue un punto de inflexión para la enfermedad y la vida de Lucía. Estuvo dándole vueltas a todo lo ocurrido y llegó a la conclusión de que hizo bien en no contar nada a nadie. ¡Si hasta «la voltios» pensaba que no había pasado nada! Y encima Ángel, ni siquiera se le acercó a saludarla. Tenía claro que tenía que vivir con ello. Llevaba tanto tiempo levantándose después de cada caída, que no tenía claro si todavía le quedaban suficientes fuerzas para seguir haciéndolo. Tanto física, como mentalmente, estaba bajo mínimos.

34 - No es no

Paracuellos de Jarama. 14 de diciembre de 2019.

El silencio en la vivienda era absoluto, se notaba que esa mañana trabajaba Tobías, ya que de haber estado él en casa, la música ya estaría puesta. Mientras Naira leía el periódico, su padre hacía lo mismo con el suplemento de los sábados. Ese silencio se veía interrumpido en ocasiones por las quejas de Naira. Cada vez que leía un artículo que la molestaba, se lo hacía saber a su padre.

—¡Es increíble! ¡Serán hijos…! —exclamó Naira.

—Esa boca… ¿Qué te pasa? —le pedía explicaciones su padre.

—¿Has leído lo de la niña esta de Palma? —su padre le contestó afirmativamente—. ¡Con solo catorce años e intentan prostituirla! ¡Menos mal que estaba bajo la tutela del Gobierno Balear! ¡Les dan alcohol o drogas y hacen con ellas lo que quieren! ¡Qué pena!

—Yo cogía a esos degenerados, y les cortaba los huevos —dejó claro su padre.

—¡Oye, esa boquita! —le dijo Naira sonriendo—. Para que veas que no se puede controlar lo que seriamos capaces de decir o hacer.

Siguió avanzando en su lectura y llegó a la sección de «sociedad» donde el artículo se titulaba: «Un violador en tu camino» el himno que exporta Chile. Lo instala un colectivo feminista: Lastesis, y hace que sea considerado como un grito «contra el patriarcado» que traspasa fronteras. El artículo decía así:

«Fue en medio de los 42 cerros que componen el puerto chileno de Valparaíso —ese "recodo del mundo", como lo llamó Neruda— donde nació el himno contra la violencia sexual hacia las mujeres que estos días corean miles de ciudadanas de todo el mundo con los ojos vendados y repitiendo ciertos movimientos. De Chile a Líbano. De México a España. De Estados Unidos a Turquía. De Brasil a India, donde el sábado clamaban contra varias violaciones. La *performance* del colectivo feminista Lastesis, compuesto por cuatro chilenas de 31 años, no se limitó a dar un nuevo aire de sentido cívico a las manifestaciones ciudadanas que explotaron en Chile el 18 de octubre pasado, en demanda por mejoras en los servicios básicos como las pensiones, la salud y la educación. «Un violador en tu camino» —como se bautiza la instalación artística— traspasó las fronteras en un grito conjunto de mujeres de todas las edades contra «el patriarcado» y «los machos violadores».

Naira se puso a cantar:

«Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía. El violador eras tú. El violador eres tú. Son los «pacos», los jueces, el Estado, el

presidente…».

—Hija, tan pronto estás enfadada, como te pones a cantar… —comentaba su padre.

—Es que, este es el último himno que está de moda. —le aclaró Naira.

Leía el artículo con sumo interés, no levantaba la cabeza del periódico salvo que tuviese que mostrar alguna queja o cantar como había hecho anteriormente. Le duró poco tiempo lo de estar callada, ya que unos párrafos más abajo, había otro artículo con el título: «Una joven india muere quemada viva cuando iba a declarar sobre su violación».

—¡Tócate los…! ¡Perdón! —se disculpaba mirando a su padre que la miraba sonriendo—. ¡Esto es muy fuerte! ¡Encima se irán de rositas!

—Hay países que ser mujer es una desgracia. Por su condición cultural y religiosa, se ven sometidas y agredidas constantemente. ¡Qué pena!

—Si encima tendremos que dar gracias de no vivir en esos países… Es lo que le digo yo a las compañeras más extremistas. De acuerdo que eso no quiere decir que tengamos que dejar de luchar por nuestros derechos, pero un poquito de sentido común y coherencia…

—Hay personas para todos los gustos, hija. Queda mucho camino por recorrer.

Después de comer, comenzó la diáspora de la familia García. Ernesto, quedó con Yolanda para tomar café; Naira, había quedado con sus amigas en el centro de Madrid; Tobías, estaba pendiente de lo que le dijese Natalia, no sabía si ella y Marina se acercaban a verle o era él quién las visitaba. Tanto Natalia como Marina, se iban a pasar las Navidades fuera de Madrid, por lo que era el último fin de semana del año que podían pasar juntos. A pesar de tener a sus amigos —que Natalia y Marina se fueran dos semanas—, le hacía ponerse triste. Se habían convertido en sus mejores amigas y cómplices. Había compartido tanto con ellas en tan poco tiempo, que estar dos semanas sin verlas se le iba a hacer duro.

Eran las seis de la tarde y Tobías se subía en su furgoneta después de haber comprado un par de regalos en el Centro Comercial. Iba a pasar el sábado con Natalia y Marina. Le propusieron que se quedase a dormir esa noche. Dejó una nota para su padre y su hermana diciéndoles que pasaría la noche fuera. Antes de ponerse en marcha, decidió conectar su móvil con el reproductor de la furgoneta y poner a uno de sus grupos favoritos: Shinova. Subió el volumen y emprendió la marcha. El trayecto era tan corto, que apenas tenía tiempo de poder disfrutar de todos los temas del grupo. Cuando calculó que le quedaba el tiempo justo para llegar a su destino, fue adelantando los temas hasta llegar al tema número 9: *Mirlo blanco*, era el que más le gustaba

y con el que se sentía más identificado. También le gustaba bastante y le ocurría lo mismo que con *Mirlo blanco*: *El Álbum*. Cuando el trayecto era tan corto como le ocurría en ese momento, eran los dos temas que solía escuchar. El tema de *Mirlo blanco* empezaba así: «Dices que el año está siendo fatal, que tienes ganas de que acabe ya…» Tenía la sensación de que el autor la había escrito para él. Necesitaba que todo acabase: sus pesadillas, tener que aclarar lo que le pasó a su madre realmente, disfrutar la vida… Escuchaba otro verso: «Me revelas que has trazado un plan…» También el autor sabía de su plan, eran las dos únicas personas que lo sabían. Tenía más que claro, que tenía que poner fin a todo.

«Vence gigantes…», decía otro verso. Estaba dispuesto a hacerlo. Sin involucrar a nadie, él solo. Pero con lo que más se identificaba y hacía que lo contase con más intensidad, era el estribillo: «Que no llegue a alcanzarnos la corriente polar, podemos marchitarnos o arder hasta el final; aquellos que dudaron desde su pedestal, verán al mirlo blanco retando al vendaval…».

Sentado en su furgoneta una vez encontró aparcamiento, las fachadas grises y monótonas parecían vigilar con sus cientos de ojos rectangulares a los pocos transeúntes que se habían atrevido a salir a la calle en aquella tarde desapacible de sábado. Llegó al portal con el firme propósito de torturar sus pensamientos con la presencia de Natalia y Marina. Eran de las pocas personas que lograban mitigar su dolor. Conseguían que viviese otra realidad.

No le hizo falta llamar al portero automático, en ese momento salía Paquita y le sujetó la puerta. Iba elegantemente vestida y su cara se había visto sometida a una intensa labor de reconstrucción, no le quedaba un solo pliegue de su rostro sin maquillar. Se había echado tanto perfume, que cuando Tobías le dio un par de besos a punto estuvo de caer desplomado. Subió las escaleras bajo el efecto del perfume de Paquita, se le había quedado impregnado en la cazadora. Llamó al timbre y le abrió Natalia.

—¿Estaba abierta la puerta del portal? —quiso saber Natalia.

—No, es que en ese momento salía Paquita —contestaba Tobías mientras le daba un beso.

—¡De ahí tu olor! ¿Se ha echado el bote entero de perfume o qué…? Esta Paquita…

—¡Es cierto! —decía Marina al darle un beso a Tobías—. Déjame la cazadora, la voy a poner en la terraza a ver si se le quita el olor.

Al llegar al salón vio las maletas de Natalia y Marina en un rincón y sintió tristeza. Dejó su mochila al lado.

—Ya veo que tenéis todo preparado —dijo Tobías.

—Casi todo, ya sabes cómo somos las mujeres —le decía Natalia abrazándole por detrás—. ¿Nos vas a echar de menos?

—Mucho, no lo sabes tú bien…

Tobías se dio la vuelta, la cogió de la cintura y sin dejar de mirarla a los ojos se entregó a sus labios. Marina, que venía de la cocina con algo para picar, dejó las cosas en la mesa y se les acercó.

—¿Qué pasa? ¿No queréis contar conmigo? —les decía abrazándose a los dos—. No tengáis tanta prisa, la noche es muy larga… —besó a los dos en los labios.

Le preguntaron si sabía algo nuevo acerca de los que eran amigos de su madre y, Tobías, las puso al día. Les contó el último incidente vivido con su hermana y que no tuvo más remedio que decirle la verdad.

—No terminas de creerte lo que te han contado, ¿verdad? —quiso saber Natalia.

—Si fuesen otras personas… pero de ellos no me lo creo. ¡Qué casualidad que estuvieran de acuerdo en lo que me tenían que decir! Ahora, después de todo este tiempo insistiendo.

—¿Y si es verdad? No sé, puede que ocurriese todo eso y les diese vergüenza contarlo —intentaba Marina aclarar algo—. ¿Has averiguado si fue así? Si es cierto que no se cargaron a ese chico…

¡Joder, Marina! —Protestaba Natalia—. Anda, que no ves tú películas.

—A ver, para que alguien oculte eso, es porque ha pasado algo grave. Si fue como dice Tobías que le contaron, no veo motivo para no decirlo antes —razonaba su hipótesis Marina.

—No he averiguado nada —explicaba Tobías—, pero como muy bien dice Marina, no creo que una pelea sea motivo para tanto secretismo, salvo que se lo cargasen. Pero yo creo que algo tan serio, hubiese quedado en el recuerdo de la gente. Mi tía me podía haber dicho algo referente a aquello, ¿no?

—¿Y si lo enterraron? —incidía Marina—. Si fue así, nadie sabría nada.

Tobías y Natalia la miraron asustados, no sabían si Marina había visto muchas películas o su mente era capaz de crear todo eso.

—Puede ser, Marina —comentaba Tobías sin mucha convicción—, pero no creo que sea nada de eso. Estos cabrones se creen que soy gilipollas…

—De todos modos Tobías, puedes estar equivocado en que ellos tengan algo que ver con el suicidio de tu madre —apoyó Natalia su mano sobre la de él—. Que tengas pesadillas con ella y que pueda querer decirte algo, no tiene porqué guardar relación con ellos. Quizás te has obsesionado con eso —intentaba poner algo de luz Natalia.

—Quizás, que crees, ¿qué no lo pienso? Pero no logró juntar todas las piezas. Es mucha casualidad que mi madre cambiase su forma de ser desde ese día, que no invitara a ninguno de ellos a la boda, que no

volviese a tener amistad con ellos, el secretismo por parte de ellos… Muchos cabos sueltos.

—Tu madre seguramente cambió por la depresión. Es un tema muy serio, Tobías, no te puedes imaginar el poder de la mente. Conozco alguna persona y ya no ha vuelto a ser la misma. Otras, se recuperan, pero… —Natalia intentaba darle otro punto de vista.

—Eso ya lo sé, Natalia, pero permíteme aferrarme a la esperanza y sobre todo a mi instinto.

—Y con el otro… ¿Cómo se llama? El marido de «la voltios»… ¿Has hablado? —le preguntó Marina.

—No, es el último cartucho que me queda. Tengo que intentar hacerlo, así sabré si él está puesto al corriente de todo.

Tanto Natalia como Marina, tenían claro que Tobías no cejaría en su empeño.

Decidieron no seguir hablando del tema y poner música. Para Tobías fue un alivio, si algo le gustaba de estar con ellas, es que lograban que se olvidase de todo. Para él, escuchar música era ese lenguaje universal capaz de despertar emociones y sensaciones únicas. Sin darse cuenta, a veces acudía a la música buscando un contenedor para los sentimientos que le abrumaban, un lugar donde podía desbordarse sin dañar a nadie. En esta ocasión la música era para bailar y hacer que los ritmos musicales marquen la fiesta. Ver bailar, acariciarse y besarse a Natalia y Marina, le excitaba. Las observaba obnubilado. Si eso era estar en el paraíso, quería vivir de por vida en él. Se unía a ellas y se dejaba hacer, esperando lo mejor de esa droga que eran Natalia y Marina. Hicieron el amor toda la noche, solamente parando para comer algo y coger fuerzas.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que ya era de día por la poca luz que entraba por los agujeros de la persiana mal bajada. Se miró el reloj. Eran las nueve y media de la mañana. Se levantó con el máximo cuidado posible para no despertarlas. Mientras se vestía, no dejaba de observarlas y decirse la suerte que tenía. Las dio un beso antes de salir del dormitorio. Cogió su mochila y sacó el regalo que había comprado para ellas. Les escribió una nota deseándole felices fiestas y salió por la puerta.

35 - Lo siento, pero me tengo que ir

«La Parcela». 26 de marzo de 2007.

Llevaba varias semanas que no terminaba de levantar cabeza. La mayor parte del tiempo estaba durmiendo, llorando o sin querer hablar. Su madre no dejaba de decir que la primavera era muy mala para las personas con depresión, que según se fuese acercando el verano, se iría encontrando mejor. Ernesto, en cambio, no lo tenía tan claro, pensaba que su recaída había sido notable. Lucía no quería ir al especialista, pensaba que no podían hacer más por ella.

Como Ernesto tenía una semana de vacaciones que le debía la empresa, Lucía, le propuso que él se quedase en casa con los niños y así poder llevarlos al colegio, y ella, irse con sus padres a la parcela a ver si así mejoraba. No le gustaba que nadie la viese así, pero mucho menos, sus hijos. Al principio Ernesto no era muy receptivo, prefería que se fuesen todos aunque tuviese que hacer más kilómetros todos los días. Una vez más, por complacer a Lucía, accedió. Cuando dejaba a los niños en el colegio iba a la parcela a verla. La animaba a dar paseos por los alrededores y que le diese el sol. Estaba con ella tres horas y luego se iba a casa para poder recoger a sus hijos con hora. Aunque eran pequeños, Tobías, era el que más cuenta se daba de todo. No entendía, por mucho que se lo explicase su padre, porque su madre tenía que estar fuera de casa. Echaba de menos a su madre, no la podía ver, no podía acurrucarse a su lado y besarla.

—Papá, ¿mamá y tú, os vais a separar? —le preguntó esa noche Tobías a su padre.

—¡Nooo!, ¿por qué lo dices? —su padre no salía del asombro.

—Es que, hay un niño en mi clase, que sus padres viven cada uno en una casa y están separados.

—No tiene nada que ver, Tobías. A mamá le viene bien, por su enfermedad, estar lo más tranquila posible, por eso se va a la parcela. No te preocupes hijo, mamá y yo nos queremos mucho. A mamá le da mucha pena no poder estar con vosotros porque también os quiere y os echa de menos. Solo va a ser esta semana.

Ernesto tenía un papelón, por mucho que se lo explicase a sus hijos, sobre todo a Tobías, no dejaban de ser niños pequeños. Intentaba poner normalidad donde no la había. Parecía que a Tobías le había quedado claro, pero nunca se sabe lo que pasa por la cabeza de un niño. Intentaba tenerlos lo más entretenidos posibles. Entre los deberes que les mandaban en el colegio, las cenas y los baños, cuando se quería dar cuenta, los tenía que mandar a la cama. Naira, que era la que menos consciente era de todo lo que pasaba, lo llevaba mejor, ya

que su padre la dejaba acostarse un poco más tarde.

Había estado yendo lunes y martes a ver a Lucía por la mañana. Ernesto le dijo a Lucía, que al día siguiente, miércoles, no iba a poder acercarse, ya que tenía que llevar el coche al taller y preparar la comida. Luego por la tarde, cuando saliesen los niños del colegio, se acercarían los tres a verla.

Como el padre de Lucía, estaba jubilado, no le importó pasar esa semana en la parcela. Todo lo que fuese necesario para que su hija se encontrase lo más cómoda posible. Se deshacía con ella. Sabía cuándo tenía que hablarla, besarla o regañarla. Su mujer, la madre de Lucía, era la que más pesada se ponía con su hija. En ocasiones, cuando una persona está con depresión, es bueno tener cerca de ti a una persona así, que te tenga en alerta constantemente. También puede ocurrir el efecto contrario, que la persona que está mal, no sea capaz de gestionar tanta presión. Eso le pasaba a Lucía, que a pesar de contar con ello cuando tomó la decisión de irse con sus padres a la parcela, sabía que uno de los inconvenientes era tener que aguantar a su madre.

Esa noche, sus padres le dijeron a Lucía que no se levantase pronto, ya que Ernesto no iba a ir a verla. Que se esperase a que ellos vinieran de hacer la compra y luego la despertaban.

«La Parcela». Miércoles 27 de marzo. 9:00 horas.

Los padres de Lucía se habían levantado pronto para ir a hacer la compra. Se encontraban en la cocina, desayunando.

—¿No has oído esta noche a Lucía? —le decía Juana a su marido—. La he notado inquieta, he estado a punto de ir a preguntarla si la ocurría algo. Pero como siempre me dices que soy una pesada…

—Sí la oí, a las cuatro, cuando fui al baño. Joder, Juana— protestaba Cristóbal—, ya sabes que cuando Lucía no puede dormir se pone a escribir o escuchar la radio, o las dos cosas a la vez. Ya es mayorcita para estar detrás de ella. Entiendo que te preocupes por su salud, pero hasta cierto punto.

Una vez acabaron de desayunar, cogieron el coche y se fueron a hacer la compra. Durante el trayecto, Juana, no dejaba de decirle a Cristóbal, que no se iba del todo tranquila. Le decía que la actitud de Lucía de estos últimos días, le daba que pensar. Cristóbal, al ver que su mujer no cambiaba de tema —le estaba poniendo cada vez más nervioso—, tuvo que decirle que si no cambiaba de tema, cogía y se daba la vuelta, que estaba consiguiendo que él viese fantasmas donde no los había. Él también estaba preocupado por su hija, pero no se podía vivir así. Se le había encogido tanto el alma a Cristóbal con las palabras de su mujer, que estaba deseando llegar al supermercado,

hacer la compra y venirse. Sentía que si le pasaba algo a su hija por dejarla sola, no se lo podría perdonar.

«La Parcela». Miércoles 27 de marzo. 09:16 horas.

En cuanto escuchó la puerta cerrarse, Lucía se levantó. Había estado toda la noche sin apenas dormir. Tampoco se lo propuso. De hecho, no se tomó la medicación para no dormirse. Estuvo escribiendo en su diario y grabando mensajes de voz en su *Mp3*. Había terminado de hacerlo y se quedó tumbada, con los ojos cerrados, escuchando la radio. Escuchó que alguien se levantó al baño, lo que le hizo ser presa de un sobresalto. Se acordó de que tenía el diario y el *Mp3* encima de la cama y se apresuró a guardarlos por si entraba alguno de sus padres en la habitación.

Iba andando por la casa como un zombi. Se había puesto una bata que tenía de estar por casa encima del pijama. Las zapatillas que se ponía para estar más cómoda, las arrastraba como si estas estuviesen hechas de acero. Llevaba en la mano izquierda el bote de las pastillas que se tomaba para dormir. Al llegar a la cocina, cogió un vaso y lo llenó de agua. Se sentó en una de las sillas y, mirando el bote de las pastillas, se echó a llorar.

Paracuellos de Jarama. Miércoles 27 de marzo. 09:20 horas.

Ernesto, una vez dejó a los niños en el colegio y saludar algún que otro padre, se fue a su casa con la intención de hacer las camas y recoger lo que hubiese por medio antes de irse a llevar el coche al taller. El tiempo que le quedase entre dejar el coche y luego ir a recogerlo, lo aprovecharía para ir a hacer la compra y dejar la comida hecha. Estaba deseando recoger a sus hijos, se sentía mal por no ir esa mañana a ver a Lucía, parecía que le faltaba algo. Intentó centrarse en lo que hacía para no hacerse daño con sus pensamientos.

«La Parcela». Miércoles 27 de marzo. 09:30 horas.

Lucía llevaba casi quince minutos sentada sin dejar de mirar el bote de pastillas, sin dejar de llorar y sin tomar una decisión. Había estado toda la noche organizando lo que haría nada más levantarse, pero llegado el momento, no se decidió. De pronto se levantó y se dirigió a la nave de al lado. Dejó el vaso y las pastillas en la mesa. Salió por la puerta de acceso a la nave dirección a la caseta donde su padre tenía los aperos de labranza. Entró y cogió una soga que tenía este colgada de la pared. También cogió una escalera. Salió con tanta decisión, que las zapatillas ya no las arrastraba. Al llegar de nuevo a la nave, colocó

la escalera cerca de una de las vigas del techo y ató la cuerda. Hizo todo con tanta decisión, que respiraba de manera acelerada. Durante todo el proceso de preparación, no dejaba de decirse: «No puedes elegir, no tienes otra salida…no puedes hacer otra cosa», como si quisiera auto convencerse. Llevaba tantos años de sufrimiento extremo, que más de una vez se le había pasado por la cabeza tomar esa decisión. Fue a la mesa, cogió el bote de pastillas, y se echó un puñado en la mano. Se las metió todas en la boca y bebió agua. A punto estuvo de atragantarse. «¡Lo siento mucho Ernesto… lo siento mucho Tobías… Naira… mis niños!... ¡Lo siento! … ¡Lo siento!...» No paraba de decir Lucía mientras se subía a la escalera. Estaba tan cansada, tan agotada de sufrir y de que sus seres queridos sufrieran por ella; de llorar sin ver el fin, que no podía seguir así. Después de ponerse la cuerda alrededor del cuello, se quedó varios segundos de pie encima de la escalera llorando, temblando. Daba la sensación de que no tendría que tomar ella la decisión, ya que la escalera no paraba de moverse de lo que ella temblaba. Le dio una patada a la escalera. Mientras se iba quedando sin respiración, abriendo con más fuerza sus ojos, se acordó de que no había dejado a la vista el diario ni el *Mp3*. Sus zapatillas cayeron como si realmente fuesen de acero y se hizo el silencio. Fueron sus últimos lamentos, sus últimas lágrimas.

Centro Comercial. Miércoles 27 de marzo. 10:15 horas.

Juana y Cristóbal llevaban ya treinta minutos comprando. Cada vez que Juana se entretenía mirando algún producto, Cristóbal la metía prisa y la decía: «Menos mal que no querías dejar a Lucía sola, si cada cosa que tengas que coger te tiras diez minutos mirándola…» Juana resoplaba y se decía: «¡Qué paciencia hay que tener, Dios mío!». Veinte minutos más tarde, salieron del supermercado. Fueron todo el trayecto echándose cosas en cara.

«La Parcela». Miércoles 27 de marzo.10:45 horas.

Los padres de Lucía, llegan a la parcela y aparcan al lado de la puerta de la nave donde tienen la cocina de verano para descargar la compra.

—Están todas las persianas bajadas, Lucía no se ha levantado todavía —dijo Juana.

—Déjala, ahora cuando descarguemos, la llamamos, que te conozco… —protestó Cristóbal.

Habían puesto todas las bolsas de la compra en el suelo. Cristóbal, se sacó las llaves del bolsillo y se dispuso a abrir la puerta. Una vez abierta, se agachó y cogió cuatro bolsas de golpe. Juana cogió dos y

entraron en la nave, No se dieron cuenta de lo que les esperaba. Las dejaron al lado del frigorífico que tenían nada más entrar y al levantar la cabeza los dos, el grito de Juana fue estremecedor. A Cristóbal se le encogió el alma, salió corriendo hacía la escalera que estaba tirada en el suelo, después de ponerla a la altura de su hija, la sujetó las piernas y tiraba de ella hacía arriba.

—¡Juana, por Dios, dame un cuchillo! —imploraba a su mujer.

Juana no reaccionaba, se lo tuvo que decir una vez más, estaba en shock.

Cuando Cristóbal, logró cortar la cuerda, cayeron padre e hija al suelo. El golpe que recibió Cristóbal por la caída, fue durísimo. No había tiempo para quejarse, más duro había sido encontrarse a su hija de esa manera.

—¡¿Respira?! ¡Dime que respira, por favor! —suplicaba Juana.

—¡Hija!... ¡Mi niña!... ¡¿Por qué…?! —como si todavía pudiese escucharle, Cristóbal hablaba a su hija.

—¡Nooo! —gritaba Juana—. ¡Por qué has hecho esto, hija!

Cristóbal, abrazado a su hija, lloraba desconsoladamente. Juana, se arrodilló y se abrazó a ellos. Estuvieron así varios minutos, llorando, gritando, implorando a su Dios. Sabían que nadie les iba a devolver a su hija. Cristóbal, recordando las palabras de Juana, cuando salieron de casa, se culpaba por no haberse quedado con su hija. El sentimiento de culpabilidad que sentía, le estaba destrozando. No dejaba de pensar, que si no se hubiesen ido, su hija, su niña, aún estaría viva.

Paracuellos de Jarama. Miércoles 27 de marzo.11:15 horas.

Ernesto, estaba en el taller terminando de pagar la factura de la revisión del coche. Cuando le dieron las llaves del coche, se subió en él y se fue a casa. Al llegar a su casa, se percató de que se había dejado el teléfono en la mesa del salón. Fue a ver si tenía alguna llamada perdida. Tenía más de diez llamadas perdidas de sus suegros y de su cuñada. Le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, se tuvo que sentar antes de llamar a sus suegros, se temía lo peor.

—Buenos días, Cristóbal. Es que me he dejado el teléfono en casa cuando he ido al taller, ¿pasa algo?

—Hola Ernesto… tienes que venirte… es Lucía… —Cristóbal no sabía cómo decírselo.

—Pero… —Ernesto no era capaz de articular palabra—. ¿Está bien Lucía? ¡Dime algo, por favor! —le suplicaba Ernesto a su suegro.

—Ernesto, vente tranquilo para acá, no corras, por favor. Ahora cuando llegues hablamos —Cristóbal, temía que pudiese tener un accidente.

Ernesto, salió de casa, hecho un amasijo de nervios. La incertidumbre de no saber lo que estaba pasando, le hacía sentirse peor. Pensaba que Lucía había recaído, que se había puesto peor, pero claro, solo por eso, no le hubiesen llamado sus suegros. «¿No habrá hecho una locura? No, no creo», intentaba tranquilizarse. «Lucía no me haría eso, no se lo haría a sus niños…» Fue tan deprisa, que hubo un momento del recorrido que se dio un buen susto. Hizo un adelantamiento tan arriesgado, que a punto estuvo de chocarse de frente con otro vehículo.

«La Parcela. Miércoles». 27 de marzo.11:40 horas.

Cuando llegó Ernesto a la parcela, había un coche de la Guardia Civil y una ambulancia, no se preocupó ni de aparcar bien el suyo. Salió disparado de su coche hacía la puerta de la nave que estaba abierta.

—No, no, no… ¡Por favor…! —gritaba Ernesto con las manos en la cabeza.

Su suegro se abrazó a él llorando; su suegra, atendida por los sanitarios; la pareja de guardias civiles abatidos, y el cuerpo de su amada Lucía, tapado con una sábana blanca.

—¡Quiero ver a mi vida, por favor! —suplicaba Ernesto ya sujetado por los sanitarios—. ¡Por favor… por favor…!

36 - Cada vez más cerca

Cobeña. 21 de diciembre de 2019.

Tenía la certeza de que todas sus conjeturas tenían sentido, independientemente de cómo resultaran. No estaba de acuerdo con las personas de su alrededor. La esperanza estaba siendo una fuerza muy poderosa en Tobías. Tal vez no haya nada real en ella, pero cuando se desea y se sostiene en su interior como hacía él, podía hacer que las cosas sucedieran. Esa mañana tomó la decisión de ir a hablar con Ángel. Como les dijo a Natalia y Marina, era su último cartucho. Su hermana le preguntó si tenía que hacer algo esa mañana, ya que le gustaría que la acercase al Centro Comercial a comprar el regalo de Navidad para su padre. Tobías, que no lo recordaba, le dijo que si no le importaba dejarlo para la tarde, ya que había quedado en llevar a sus amigas a la estación. Fue lo único que se le ocurrió. A Naira no le importó con la condición de que fuese después de comer, porque había quedado con sus amigas y le tenía que dar tiempo para arreglarse. Tobías estuvo de acuerdo y salió de casa sin dar más explicaciones.

Logró aparcar a unos sesenta metros de la casa de Ángel y «la voltios». Se apostó en su coche con el motor apagado como un cazador hace entre los matorrales a la espera de su presa. Repetía mentalmente la conversación que tendría con él e incluso, las posibles respuestas que le podía dar. Tenía el guion tan aprendido que lo repetía constantemente con las mismas palabras. Llevaba dos horas apostado y no había señales de ninguno de los dos. Al estar aparcado en la parte más umbrosa de la calle, tuvo que poner en marcha la furgoneta y poner la calefacción; se estaba quedando congelado. Se frotaba las manos y daba pataditas contra el suelo de la furgoneta para entrar en calor. Su bisoñez en la vigilancia, hizo que se le olvidase hacer acopio de bebida o algo que comer. Quería evitar salir de la furgoneta por si se encontraba con alguno de ellos o perdía la oportunidad —si «la voltios» salía de su casa—de hablar con Ángel. Después de un buen rato dándole vueltas, se animó a salir. Bordeó la calle de ellos y fue al comercio donde hacía unos días estuvo hablando con «la voltios» y sus amigos. Se compró una bolsa de patatas y un refresco. Cuando giró la esquina para meterse en la furgoneta, venía de frente «la voltios» con otra señora mayor hablando. Se dio la vuelta y esperó a que se metiese en su casa. No dejaba de maldecir la mala suerte que había tenido. Después de unos minutos, asomó la cabeza y vio que ya no estaba. Se metió en la furgoneta totalmente abatido. Su conducta había cambiado; se había vuelto apático e inactivo, le estaban sentando mal

el refresco y las patatas. Estuvo una hora y media más. Como vio que no obtenía resultados, tomó la decisión de irse a casa. A pesar de que inicialmente se vino abajo, logró recomponerse y empezó a idear el plan del siguiente día.

Al llegar a casa, Naira estaba en la cocina haciendo una tortilla de patatas. Le dio un beso y le dijo que por qué no había esperado a que el llegase para ayudarla.

—A todo esto, ¿y papá, no come en casa? —dijo extrañado Tobías.

—¿No te acuerdas que tenía la comida con el grupo del curso? —le recordó Naira.

—Es verdad, ya no me acordaba.

—¿Si quieres ir haciendo los filetes? Así comemos antes, porque tengo un hambre…

Durante la comida, Naira, que no se había quedado conforme con la excusa de su hermano, le preguntó si de verdad había ido a llevar a sus amigas como le había dicho.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Tobías haciendo una pausa mientras su hermana arqueaba las cejas y giraba la cabeza—. Están bien… He ido a ver si podía hablar con Ángel, el marido de «la voltios», pero después de estar allí casi cuatro horas, no he tenido suerte —se lamentaba Tobías.

—¡Joder, Tobías! ¡¿En qué habíamos quedado?! —le mostraba su malestar Naira.

—Lo sé, perdona. Mañana si voy, te vienes conmigo —consiguió calmar a su hermana.

Durante la comida estuvo poniendo al día a su hermana.

Tobías siente el corazón encogido, no le apetece nada ir de compras, aun así complacerá a su hermana. Después de varios meses intentando ver algo de luz y no conseguirlo; de fingir alegría y positividad que él mismo no sentía; y de no poder descansar bien, no quería hacer de menos a su hermana. No lo merecía. Ahora que iba a estar varios días sin sus amigas Natalia y Marina, necesitaba agarrarse a esa rama que era su hermana para que la corriente no le arrastre. Durante tantos años protegiéndola que no se había dado cuenta de que ya era una mujer: inteligente, cariñosa, positiva, fuerte…

Estaban en el Centro Comercial y no dejaba de mirarla con cariño. Cada sonrisa, palabra o caricia que le regalaba su hermana, recargaba la batería de su estado de ánimo que estaba bajo mínimos. No sabía el porqué, pero cada vez que iba de compras —daba igual con quién fuese— terminaba bostezando y más cansado que si hubiese estado trabajando. Menos mal que su hermana le propuso tomar algo y sentarse un rato, estaba agotado. Se habían pedido unos batidos: Tobías, de vainilla con nata y caramelo; Naira, de chocolate con nata. Sorbían de sus pajitas como dos niños muertos de sed después de estar

corriendo sin parar. Una vez saciada la sed inicial, Tobías movía el contenido de la copa con la pajita esperando encontrar alguna respuesta a lo que le pasaba por su cabeza.

—¿Qué piensas, Tobías?

—Estoy pensando… pero deja que acabe de hablar —recomendaba a su hermana—, que en lugar de ir mañana a ver si soy capaz de hablar con Ángel, hacerlo esta noche.

—¿Y ese cambio tan repentino?

—Ya sabes cómo soy, no dejo de darle vueltas a las cosas. Como ya te conté, «la voltios» y Luis están enrollados. A lo mejor ha sido casualidad, pero la mayoría de las ocasiones que quedan para darse un revolcón, son los sábados por la noche. También sé dónde lo hacen —razonaba Tobías.

—¿Y si no quedan esta noche? —apuntaba Naira.

—Bueno, pues mañana será otro día. Pero estoy casi convencido de que esta noche sería el momento ideal —afirmaba Tobías.

—Sí, es posible, seguramente lleves razón, pero, ¿y si ella sale cuando él está dormido? Porque no creo que salga a esas horas así como así… Y si está dormido, ¿Cómo hablamos con él? —consideró Naira.

—Joder, Naira —sonreía Tobías—. Está claro que se pueden dar todas estas circunstancias, pero si no se intenta… De todos modos, no te preocupes por mí, no me importa ir solo esta noche. Y también quiero que sepas que no lo hago para que no vengas conmigo.

—¿Quién ha dicho que no voy a ir contigo? —Tobías le preguntó si no había quedado con sus amigas—. Las llamo y les digo que no puedo quedar, eres más importante tú y lo que podamos averiguar.

Decidieron pasar por casa primero y darse una ducha. De camino a Cobeña, se comprarían unas hamburguesas y se la comerían en la furgoneta. No veían el momento de salir de casa. El sistema nervioso de Tobías estaba haciendo lo necesario para que estuviese preparado, si este hubiese escuchado las suplicas de su corazón, habría aflojado el ritmo. El sudor de sus manos era frío. En su estómago vacío, más que mariposas, sentía reptiles devorándole por dentro.

Reencarnados en detectives, Tobías y Naira hacían guardia en la puerta de Ángel y «la voltios». Esta vez, Tobías, tuvo que aparcar más cerca de lo deseable, no encontró otro sitio. Imitando a los mejores detectives del cine americano, comían sus hamburguesas sin mediar palabra en la furgoneta. Llevaban ya media hora y los cristales de la furgoneta empezaban a empañarse, tuvieron que abrir un par de dedos sus respectivas ventanillas. «¡Hace un frío de cojones!», dijo Tobías que no era muy dado a expresiones abruptas. Se había metido tanto en el papel de detective que sus expresiones y gestos corporales le identificaban con uno de ellos.

Eran las once y cuarto de la noche cuando presenciaron que la puerta de la casa de Ángel y «la voltios» se abría. Era ella. A la vez que miraba de un lado a otro, cerraba la puerta con sumo sigilo. Dejaron caer sus cuerpos hacía abajo de su asiento por si ella los veía. Se puso la capucha de su cazadora y con paso firme pasó al lado de la furgoneta. Tobías la siguió con la mirada a través del retrovisor hasta que giró en la esquina. Una vez lo hizo, abrió su puerta y se bajó de la furgoneta.

—Espera un segundo aquí, Naira —viendo que su hermana le imitaba—. Voy a ver si sigue el camino que yo creo.

Se acercó hasta la esquina con el temor de que pudiese dar la vuelta. Asomó la cabeza un poco. «La voltios» seguía con su paso firme pero más encogida por el frío que cuando salió de su casa. Se atrevió a cambiarse de acera y ver si tomaba la calle que él esperaba. Una vez se cercioró, desanduvo sus pasos y volvió a la furgoneta.

—Me tenía que asegurar que iba a su «nidito de amor» —decía con ironía— Bueno, ¿estás preparada? —preguntó a su hermana que estaba como el perrillo que sabe que va a salir a la calle.

—¡Vamos! A ver si hay suerte.

La casa se veía totalmente oscura. Llamarón al timbre. Los pocos segundos que pasaron sin respuesta, se hicieron minutos. Tobías miraba a su hermana como diciéndole que haber si iba a llevar razón y Ángel estaba durmiendo; Naira le miraba como diciéndole que ella llevaba razón. Tobías volvió a llamar al timbre. A los pocos segundos se encendió una luz. Se miraron perplejos. Sus corazones latían como si estuvieran retándose a ver cuál de los dos iba más deprisa.

Ángel, que volvió a no tomarse las pastillas para dormir, iba por el pasillo elucubrando de todo menos lo que se iba a encontrar cuando abriese la puerta.

—¡Buenas noches, Ángel! ¿No le habremos despertado? —saludó Tobías.

—Pero… ¿Has visto las horas que son? —logró decir Ángel después de pasear su mirada por los dos.

—Sí, perdone… Es que era la única manera de hablar con usted sin estar Begoña —Tobías no quiso utilizar el apodo de su mujer por si se molestaba.

—¿Y qué es lo que quieres hablar conmigo? ¿No seguirás con lo mismo? —decía mientras no quitaba la vista de Naira.

—Es mi hermana, Naira —dijo Tobías al ver que no dejaba de mirarla—. Déjeme hablar con usted unos minutos y le prometo que no volveré a molestarle.

—Es que no tenemos nada de lo que hablar. No insistas chaval… —intentó cerrar la puerta y Tobías puso su pie para evitarlo—. ¿Qué haces? —protestó.

—¿Si quiere, hablamos de dónde iba su mujer a estas horas? —se marcó un órdago Tobías.

—Está bien, pasad —dijo resignado Ángel.

Había descolocado por completo a Ángel, sentía que las riendas de la conversación las tenía él. Ángel, en un primer momento, molesto por el descubrimiento, no les ofreció asiento.

—¿Cómo sabes lo de mi mujer?

—Le pido disculpas. Pero por su cara, creo que usted también lo sabía. Lo que no termino de entender es por qué se lo consiente, pero es lo que menos nos interesa, con sus vidas pueden hacer lo que quieran, solo queremos saber la verdad.

Les llevó al salón. Les ofreció asiento y tomar algo. No quisieron tomar nada y Ángel se puso un vaso de agua. Al dejarlo en la mesa, Tobías se percató de cómo le temblaba el pulso, sintió lástima por él. Ángel les contó que tenía cáncer, que en la última revisión que se hizo hace unos meses, le dijeron que tenía metástasis y le quedaba poco tiempo de vida. Tobías y su hermana lo lamentaron.

—Como comprenderéis —seguía explicándose Ángel—, de lo que menos ganas tengo es de problemas. Lamento la muerte de tu madre como no te puedes imaginar, era mi amiga y le tenía mucho cariño. No sé qué es lo que la llevó a tomar esa decisión, pero lo que sí os puedo decir, es que no tiene nada que ver con la última noche que estuvimos todos juntos.

—¿Le ha dicho su mujer que la semana pasada, ella, y sus amigos me dieron una nueva versión? —le preguntó Tobías haciéndole palidecer más todavía de lo que estaba por su enfermedad.

—No, no me ha dicho nada.

Tobías, llevado por su juventud pagó la novatada, le contó lo sucedido y le dijo que no terminaba de creérselo.

Ángel aprovechó su experiencia y se agarró a esa versión como a un clavo ardiendo, corroboró todo lo que le había contado Tobías. A la vez que Ángel le contestaba, Tobías se dio cuenta de que había metido la pata.

—Mire, hasta cierto punto, podría entender que apoyase a su mujer —tomó la palabra Naira—, pero, poniéndole los cuernos con uno de «sus amigos» —enfatizó en lo de amigos— como está haciendo, encima los protege. Yo, al igual que mi hermano, tampoco me creo lo que ocurrió esa noche. Si ustedes desde un principio hubiesen sido sinceros…

—Es lo único que os puedo decir… —Ángel, se vio interrumpido por su propia tos. No paraba de toser e hizo que Tobías y Naira se interesasen por él.

Después de unos minutos viendo toser a Ángel y como le temblaba la mano cuando bebía agua, este se recompuso y les propuso hablar

con el resto a ver si lograba sonsacarles algo más. Les contó a Tobías y Naira, que aparte de haber bebido y fumado mucho —se refería a los porros—, hubo un momento que estuvo a solas con su mujer y no se enteró de nada. Les dijo que él se enteró de todo un día que se encontró con su madre. Fue la única verdad que salió de su boca.

—Por favor, Ángel, se lo suplico —decía Tobías desesperado—, si realmente quería tanto a mi madre, díganos la verdad, hágalo por ella.

—Te lo acabo de decir, voy a hacer todo lo posible por averiguarlo. Si me dais hasta el sábado que viene, que nos juntamos por una cena que hacemos los cazadores todos los años, hablo con ellos. Luego, el domingo, quedo con vosotros y lo hablamos. ¿Os parece?

Viendo que no podían sacarle nada más, no tuvieron más remedio que aceptar su propuesta. No tenían del todo claro que esa cena se fuese a producir, pero no les quedaba otra que confiar en él. A Tobías le resultaba difícil confiar en alguno de ellos. Después de tantas decepciones como se había llevado le costaba bastante esperar algo de ellos. Si podía albergar alguna esperanza de saber más, tenía que agarrarse a Ángel como a un clavo ardiendo.

37 - Complicidad

Paracuellos de Jarama. Navidades de 2006.

No le hacía falta grandes actos, inmensas aventuras o regalos de ensueño para sentirse bien. Para Tobías, el bienestar eran esos detalles sencillos del día a día con las personas que quería, con su madre. Lucía creó un vínculo especial con su hijo, ese que se construye a través de la cercanía, el contacto piel con piel; el cariño más auténtico, preocupado y respetuoso. Era lo que satisfacía sus necesidades, lo que le nutría de afecto y seguridad. Las emociones positivas que vivían juntos tenían poder, las sonrisas les relajaban, estar cerca el uno del otro era gratificante y maravilloso; la conexión con la mirada… tenían un lenguaje propio.

A pesar de no vivir la vida como a ella le hubiese gustado, esos momentos que pasaba con sus hijos, pero sobre todo con Tobías, momentos a fuego lento, sin prisas, eran los únicos donde encontraba algo de paz.

Solo faltaban diez días para los Reyes Magos. Tobías y Naira no habían hecho la carta pidiendo sus regalos. Lucía les animó. Alrededor de la mesa del salón, Tobías y Naira, construían su castillo de ilusiones. Lucía no solo les observaba con ternura y amor, también con mirada culpable. Esa culpabilidad que no la dejaba vivir en paz. Sin dejar de mirarlos se lamentaba de no ser la madre que ellos se merecían. Se quedaba embelesada con la mirada perdida pensando en lo que hubiese sido su vida de no haber ido esa noche con sus amigos. Ya no había marcha atrás, era demasiado tarde para arrepentimientos. Le dolía el alma ocultar su verdadero dolor a Ernesto. Tener la sensación de que vivía en una mentira, le corrompía por dentro. No mentía en su amor por sus hijos y marido, por supuesto, pero ocultar algo tan serio y dañino para ella, terminaba por hundirla.

—¡Ya he terminado mi carta, mamá! —decía Tobías alzando la hoja que tenía en la mano.

—¡Qué rápido! ¡Nos ha ganado! —decía Lucía a Naira mientras le ayudaba a terminar la carta—. ¿Me dejas verla?

Se puso a leerla y se dio cuenta que solo había puesto dos cosas: que ella se pusiera buena y una guitarra. Se le saltaron las lágrimas y no fue capaz de decirle nada, solo le abrazaba como solo puede hacer una madre.

—¡Mamá! ¡No puedo respirar! —imploraba a su madre riéndose.

Hacía ya cuatro años que Tobías tenía como actividad extraescolar, clases de música. La afición de sus padres a la música y del propio Tobías, hizo que sus padres le inscribieran. Si ya de por sí, Tobías, era

un buen niño, el ir a música le fue haciendo más especial si cabía. Su nivel académico mejoró aún más, también su coordinación. Al relacionarse con otros niños, hizo que fuera más sociable. Se convirtió en un niño más metódico y paciente. Ese año tenía que elegir instrumento y se decantó por la guitarra. Empezó el curso con una guitarra que le regaló su tío, pero necesitaba una algo mejor, por eso, pidió una a los Reyes Magos.

Sus padres y el resto de la familia le animaban a tocar la guitarra en las reuniones familiares. Por unos momentos, se convertía en el centro de atención. Mientras observaba la partitura, también lo hacía con sus dedos si quería encontrar la nota deseada. Poco a poco fue aumentando su aprendizaje, no le hacía falta mirar la posición de sus manos en la guitarra. Había logrado coger el pulso de las canciones. Para su edad, nueve años, iba bastante avanzado. Algunas canciones ya se las sabía de memoria y no tenía que recurrir a la partitura. Su abuelo paterno que era un gran aficionado al flamenco, le llamaba: «el niño Tobías», comparándolo con «el niño Miguel».

«El niño Miguel», estaba considerado como uno de los grandes intérpretes del flamenco y en los años setenta su forma de tocar causó sensación, ya que interpretaba su música con tan solo tres cuerdas. Aprendió a tocar junto a su padre, el también guitarrista español Miguel «el Tomate» y grabó dos discos con Universal: *La guitarra del Niño Miguel* y *Diferente*.

A Tobías todavía le quedaba mucho, pero se le podía apreciar ese don que tienen otros niños para el deporte, el arte, la cocina… Según iba perdiendo su timidez, se iba atreviendo a cantar, algo que hizo una tarde delante de sus padres dejándolos boquiabiertos. Estaba dotado con la capacidad o habilidad necesaria para el arte. Después de este último descubrimiento por parte de sus padres, le apuntaron a clases de canto.

Cada figura del belén o adorno en el árbol de Navidad que había puesto Lucía con sus hijos, le había supuesto un esfuerzo tremendo, tenía que evitar soltar alguna lágrima. Su mente la transportaba a su infancia o a momentos mejores. La temporada decembrina le disparaba la nostalgia. Los olores, colores y sabores de la temporada navideña como: velas encendidas, árboles de navidad, pesebres, villancicos… lograban transportarla a los recuerdos de navidades pasadas. Los rituales familiares y sociales de esta época del año facilitaban sus sentimientos nostálgicos. Si normalmente la nostalgia actúa como un depósito de emociones positivas en la memoria, algo a lo que podemos acceder conscientemente para reforzar sentimientos, a Lucía le producía el efecto contrario. Esos sentimientos del pasado no le ayudan a enfrentar mejor el futuro. A final del año empezaba a hacer balance: lo que hizo y lo que no hizo, amigos que perdió, el

trabajo desperdiciado, su marido e hijos sufriendo por ella… Pasó de ser una festividad que deseaba que llegase, a detestarla. Todo lo que hacía se veía motivado por el amor que sentía por sus hijos y su marido, trataba que su amargura no se les contagiase a ellos.

Aunque para ella era un suplicio salir a la calle y más cuando había acontecimientos festivos, se armó de valor y acompañó a su marido e hijos a la cabalgata de Reyes Magos. Durante los minutos que duró la cabalgata logró aparcar su tristeza en una parte de su cerebro. Disfrutó viendo la cara de ilusión de sus hijos y cogiendo los caramelos que se tiraban desde las carrozas. Cuando llegaron a casa, empezaron a hacer recuento del botín obtenido esa noche. Entre Ernesto y Lucía, repartieron los caramelos equitativamente.

La noche de Reyes es noche de ilusión, de no dormir esperando los regalos al día siguiente. El aura de felicidad, esperanza e imaginación que provoca, esencialmente en los niños; la importancia del hecho de creer en algún firme convencimiento y en mantener viva la ilusión, por más artificial que esta resulte, es algo que no se debería perder nunca. El protagonismo de los más pequeños de la casa y su profunda inocencia, es lo que hace que esa noche, sea mágica.

—Venga, cariño, tienes que dormirte ya. Si los Reyes Magos se dan cuenta que estás despierta, no te dejarán los regalos. —le decía con voz queda Lucía a Naira mientras la arropaba.

—Vale, mamá. ¿Se acordarán de que les hemos dejado leche y galletas?

—¡Claro, cariño! En cuanto entren lo verán en la mesa del salón —confirmó Lucía dándole un beso.

Ernesto, que ya les había dado un beso de buenas noches, se encargaba de preparar la cena para ellos mientras Lucía los acostaba.

—¿Vas a leer un ratito? —le preguntaba Lucía a Tobías ya en el dormitorio de este—. No te duermas tarde, ¿vale?

—Me quedan diez páginas para terminarlo, cuando lo acabe apago la luz —aseveró Tobías.

—¿Estás deseando ver tus regalos? —le acariciaba la mejilla—. Con lo bien que te portas, no creo que haya problema en que te traigan lo que has pedido…

—Bueno… Lo que más me importa, mamá, es que te pongas buena.

Con los ojos acuosos, Lucía, abrazaba a su hijo con ternura mientras le aseguraba que eso tardaría más en llegar.

—No me importa lo que tarde, mamá, mientras se cumpla…

Lucía salió del dormitorio de Tobías totalmente rota. La sensibilidad de Tobías, siempre acababa desmontándola.

Después de cenar y comprobar que ya estaban dormidos, se dedicaron a poner los regalos debajo del árbol de Navidad. Como el

mejor «ladrón de guante blanco», se movían por la casa con una gran habilidad. «Los ladrones de guante blanco» no eran vistos por sus víctimas, gracias a que ellas habían quedado sumidas en un sueño profundo y esperanzador. Una vez acabaron, se dejaron caer en el sofá con la misma ilusión con la que dormían sus hijos. Estaban deseosos de ver sus caras y reacciones.

—¿Quieres que te de una pista de mi regalo? —le decía Ernesto de manera infantil.

—¡Nooo! Tiene que ser sorpresa —le decía Lucía sonriendo.

—A mí no me importa que me des alguna pista… ¡Tengo ganas de abrir mi regalo! —bromeaba Ernesto.

—¡Lo llevas claro! —se tumbó en el sofá poniendo su cabeza en las piernas de Ernesto—. Tienes que esperar como todos hasta mañana —zanjó Lucía.

No hacía falta poner el despertador para levantarse por la mañana, Naira era la encargada de poner a todos en pie en cuanto se despertaba.

—¡Mamá! ¡Mamá! —llamaba desde su cuarto la atención Naira.

—¡Qué pasa, Naira! Son las ocho de la mañana hija —le decía su padre adormilado—. ¿Por qué no te quedas en la cama un ratito más?

—No tengo sueño… ¿Podemos ir a ver los regalos?

Ernesto la cogió en brazos y fueron en busca de Tobías. Lucía, que debido a la medicación le costaba más desperezarse, se los encontró por el pasillo. Tobías, nada más oír a su padre llamarle, se levantó de un salto de la cama. Cuando Ernesto dejó a Naira en el suelo, salió corriendo junto a su hermano como un depredador a por su presa. Tanto Ernesto como Lucía, no les quitaba ojo. Ver sus caras de felicidad y sorpresa, les provocaba ternura.

—¡Mirad, la guitarra que había pedido! —gritaba Tobías.

—¡Mi *Furby*! —decía Naira abrazándolo.

—¡Tenéis un regalo más! —les indicaba su padre—. Este pone… Tobías, este pone… Naira.

A Tobías le habían comprado un ordenador de sobremesa para sus estudios; a Naira, otro ordenador infantil: un *V-Smile*. Mientras ellos se entretenían con sus regalos, Ernesto le dio el suyo a Lucía y esta hizo lo propio con el de Ernesto.

—Gracias, mi vida —le dijo Lucía en el oído a Ernesto.

Era el libro «La fortuna» de Matilda Turpin, de Álvaro Pombo, Premio Planeta de 2006 y un cd de James Blunt, *Bad to Benlam*.

—Pero… ¡Lucía! —decía Ernesto al abrir su regalo—. No hacía falta, cariño —le daba las gracias besándola en los labios. Le había regalado una auto radio con cd para el coche.

Como era tradicional en esa época, desayunaron roscón de reyes y chocolate. A media mañana empezó a llegar la familia con los regalos

que habían dejado los Reyes Magos para la familia en sus casas. Después de abrirlos acompañados de los típicos gestos de asombro, pidieron a Tobías que les tocase la guitarra.

38 - Intranquilidad

San Fernando, Madrid. 23 de diciembre de 2019.

Por más que quieres que se acelere, el tiempo pasa más lentamente. «Qué larga se me va a hacer la semana» se lamentaba Tobías de vuelta de la universidad. Después de hablar con Ángel, solo deseaba que llegase el fin de semana a ver que le contaba. Llevaba varios meses que no disfrutaba de lo que hacía —salvo cuando estaba con Natalia y Marina—. Deseaba que llegase el fin de semana o algún día de fiesta para poder intentar aclarar que le había llevado a su madre al suicidio. No se daba cuenta de los días que estaba dejando de disfrutar la vida.

Cuenta una leyenda que un día llegó un viajero a un lejano lugar y se encontró un cementerio. Entró en él y comenzó a observar las lápidas. En ellas estaban inscritos los nombres de los difuntos con la edad que tenían al morir, como es costumbre en tantos lugares del mundo. Pero lo que le llamó la atención fue que todos eran niños, ninguno tenía más de seis o siete años al morir. Salió del cementerio y cuando por fin encontró a alguien con quien hablar le preguntó por aquel misterio. Resultó que los muertos no eran niños, sino que en las lápidas los habitantes de aquel lugar ponían el tiempo que realmente había vivido la gente, el tiempo que vivieron con ilusión, el tiempo que realmente disfrutaron de vivir sin desear que las horas pasaran.

O como decía Josefina Vicens: «Y así, deseando que pase el tiempo para que pasen también los problemas que nos agobian, nos encontramos un día con que ha pasado nuestro tiempo».

Había apostado todo a ese «caballo» que se llamaba Ángel, sin saber realmente si este le iba a corresponder como él esperaba.

Tobías se había obsesionado tanto, que no llegó a medir las consecuencias. Su obsesión había alterado su vida personal, sus estudios, su trabajo y el sueño. No sabía lidiar con ello de una manera saludable. No dejaba de darle vueltas a todo lo que le habían dicho las personas de su alrededor que sabían lo que se traía entre manos. ¿Y si realmente estaba equivocado y, lo que hicieron estas personas no tiene nada que ver con el suicidio de su madre? ¿Y si realmente su madre tenía una depresión de la que no era capaz de salir? A la vez que se hacía estas preguntas, las desechaba. ¿Entonces, las pesadillas que tengo? ¿Y lo que me dijo el vidente? Estas nuevas preguntas que se hacía después, volvían a fortalecer su idea inicial. Lo que no tenía tan claro, es si Ángel podría acabar con su agonía, necesitaba saber, necesitaba vivir en paz.

Después de pasar por su casa y comer, se cambió de ropa para ir a

trabajar. Cuando una persona se obsesiona con un aspecto en concreto de su vida, pierde tanta energía emocional que olvida todo lo demás. En lugar de cultivar todavía mucho más sus relaciones sociales, sus aficiones y su tiempo de ocio para poder compensar tanta negatividad con otros espacios de optimismo, hacía todo lo contrario, se iba metiendo cada vez más en su mundo.

«Buff, qué pereza, qué pocas ganas de nada», se decía Tobías al llegar a su trabajo. Dejó su mochila en la taquilla y se encaminó a fichar. Allí le esperaba el encargado para decirle que tenía que ir con su compañero Nacho a colocar productos al lineal de las bebidas. Era de esos días que menos le apetecía compartir trabajo con ningún compañero, no le apetecía nada hablar con nadie. Nacho, un par de años menor que él, pelo teñido de rubio y una delgadez que animaba a mandarle al lineal de bollería para que cogiera algún kilo. Sus ademanes exagerados a la hora de expresarse y de andar, dejaban clara su opción sexual. Llevaba el mismo tiempo que él en la empresa y estudiaba para auxiliar de vuelo. Si quería pasar una jornada tranquila y no tener que hablar, era la persona menos idónea.

—¡Qué callado estás, hijo! ¿Te encuentras bien, Tobías? —quiso saber Nacho después de un buen rato trabajando con él.

—Sí, lo que pasa es que estoy cansado —se justificó Tobías.

—Es que, estudiar y trabajar, ¿verdad? Yo, hay días que estoy hecho polvo.

—¡Ya lo creo! —sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo, su respuesta no pudo ser más escueta y rotunda.

Sabía de sobra que le iba a resultar imposible poder estar toda la jornada sin hablar con Nacho. Intentaría alargarlo lo máximo posible, no se iba a rendir tan fácilmente. Intentaba guardar unos metros de distancia con él para que no le sacase tema de conversación, pero cuanto más se alejaba, más se acercaba él para darle conversación.

—¿Mal de amores? —insistió Nacho.

—¿Eh? ¡Ah!... No, es cansancio, de verdad —le dijo regalándole una de sus mejores sonrisas.

—Porque si es ese el problema —decía Nacho moviendo sus brazos desde la cabeza hasta los pies—, me tienes a mí.

Consiguió que Tobías soltase una carcajada sincera y se replanteara su actitud. No quiso perder la oportunidad de conocer mejor a alguien interesante. Se armó de valor y dio el paso, no estaba seguro si después se arrepentiría. Pretendía tener una buena conversación y no ser aburrido. Como no habían trabajado muchas veces juntos, no quería darle la impresión a Nacho de no querer hablar con él. Intentó relajarse y tomarse las cosas con calma. Procuraba que todo fuese muy natural y comenzó a mostrarse más tranquilo, cortés y lo más seguro que pudo. Sabía que quedaban muchas horas por delante y le sería

imposible mantener la misma actitud todo el tiempo.

—¿Tú tienes pareja? —quiso saber Tobías.

—Ahora estoy soltero, por eso te decía… —volvió a hacer el mismo gesto provocando de nuevo la risa de Tobías—. Rollos de una noche, todos los que quieras, pero pareja estable… ¡No, por favor! ¿Tú tienes pareja?

—Bueno, no sé qué decirte, la verdad. Es algo más que un rollo, pero tampoco es nada serio. Es cierto que las he… quiero decir… que la echo de menos porque se ha ido hasta después de las fiestas a ver a su familia.

—¡¿Has dicho las?! ¡¿Es más de una?! —incidía Nacho sonriendo—. Puedes confiar en mí, no se lo voy a decir a nadie.

—¡Qué cabrón! ¡No se te escapa una! Es algo complicado…

—O sea, que estás con dos chicas, ¿o más de dos? —decía con cara de asombro.

—¡Sí hombre! ¡Con diez!

Tobías se sinceró con Nacho y le contó cómo había sucedido todo, lo que hizo que también se enterase de que tenía un grupo de música. Le comentó que no es que no quisiera contárselo por temor a que él pudiese decir algo, sino porque no le gustaba alardear de esos temas.

—¿No hay hueco para uno más? —se insinuaba de manera picara —. Donde caben tres…

Después de las risas, Tobías, le dejó claro que eso resultaría imposible.

Nacho, se dejó llevar por la sinceridad de Tobías y le empezó a contar su vida. Le dijo que desde que cumplió los dieciocho años, se fue de su casa y se puso a trabajar para pagarse los estudios. Que venía de una familia con recursos económicos y podía tener todo lo que quisiera, pero que sus padres renegaban de él por su condición sexual.

—¿La Navidad no la pasas con ellos? —se interesó Tobías.

—No. Llevo dos años que ya no voy a verlos. Solo me hablo con mi hermana Loreto, tres años mayor. Las dos primeras navidades si fui a pasarla con ellos, pero como vi que no cambiaban de actitud… ¡Que les den!

—¿Con quién pasas ahora la Navidad? —insistía Tobías con la intención de invitarle si las pasaba solo.

—Nunca las he pasado solo, tengo amigos que están en una situación igual o parecida. En nochevieja nos vamos a alguna macro fiesta de estas que organizan —logró tranquilizar a Tobías.

—Lo siento, Nacho. No entiendo cómo todavía hay personas comportándose así. ¡Son tus padres, tío!

—Mis padres nunca admitieron y compartieron mi orientación sexual. La sensación de ser «diferente» me surge durante la infancia,

aunque tal vez no tenía claro lo que significaba ese sentimiento. Ellos sabían cómo era yo de sobra, pero les ha interesado siempre más su reputación. Me sentía asustado y nervioso durante esa etapa. Comencé a sentirme aislado por parte de mis compañeros, a sentir que no encajaba y víctima de burlas por ser diferente. Tuve que salir del entorno tan toxico que me rodeaba para sentirme amado y aceptado.

Tobías no entendía como el hecho de que un hijo se declare abiertamente homosexual podía ser demoledor para muchos, especialmente para quienes han recibido una educación conservadora y tradicional. Podía entender su primera reacción, pero que no se termine de aceptar porque no se sabe cómo conciliarlo con los valores de una familia… Había comportamientos de las personas que no entendía y no le gustaban, lo que le generaba tanta impotencia que le hacía sentirse mal.

Se dejó llevar por la facilidad de palabra de Nacho y terminó envuelto en su relato. Se acordó de lo que le dijo unos años atrás su padre, cuando él estaba en el instituto y le comentó el caso de un chaval bastante introvertido que había en su clase. En un momento de la conversación, su padre le dijo: «Cada persona que ves, está luchando una batalla de la que tú no sabes nada; sé amable siempre». Se dio cuenta que gracias a Nacho el tiempo pasó más rápido que si hubiese estado solo. Empatizó tanto con él, que tuvo la tentación de contarle lo que le estaba atormentando, pero después de pensarlo mejor, decidió que era mejor no involucrar a nadie más en sus problemas.

Cuando le faltaba hora y media para salir del trabajo, los separaron y cada uno fue a un lineal diferente. El cerebro es una herramienta maravillosa que ha permitido el desarrollo de nuestra especie y de la sociedad. Sin embargo, su cerebro, no dejaba de ponerle trampas. El exceso de estrés y cansancio, hacían que su cerebro le jugase malas pasadas.

Otoño de 2013. Instituto La Alameda.

Tobías, estaba cursando primero de bachillerato en la Alameda de Osuna. Barrio perteneciente al distrito de Barajas, Madrid. Se tuvo que ir del pueblo ya que no se podía cursar bachillerato en su localidad. A pesar de que era buen estudiante, le costó adaptarse al centro por su exigencia académica y por los nuevos compañeros. Solo conocía a un par de ellos de su clase de 4º de ESO que se fueron con él. Con uno de ellos se llevaba bien, con el otro no tanto.

Estaban acabando el primer trimestre del curso y aunque le costó adaptarse al ritmo del centro, por fin, lo había logrado. Las notas que esperaba eran buenas, pero no tanto como a él le hubiese gustado. Le

tranquilizaba que quedaba curso por delante como para revertir la situación.

En esos casi tres meses, le dio tiempo para hacer nuevos amigos y darse cuenta de con quién podía estar. Borja y Raúl, que así se llamaban los compañeros que le acompañaron al nuevo instituto, también tuvieron tiempo de unirse a sus grupos de personas más afines. Borja se decantó por el grupo de Tobías, Raúl, que era el que peor le caía, se decantó por otro grupo. No le gustaba su comportamiento: déspota, egocéntrico y chulesco.

Una mañana en la hora del bocadillo, por defender a un amigo, se vio envuelto en una disputa con Raúl. Este, que se había decantado por el grupo de chavales más problemático, estuvo durante las horas de clase y el recreo, metiéndose con Rubén, un chaval del grupo de Tobías. Tanto Raúl, como sus amigos, no dejaron de meterse con su condición sexual. Tobías y el resto del grupo se cansaron de esa actitud y no dudaron en intervenir a favor de su amigo Rubén.

—Por favor, Raúl, ya está bien —invitó Tobías a este a que cediera en su actitud.

—Tú, como siempre, metiéndote donde no te llaman —le recriminaba Raúl—, si no te gusta lo que decimos, vete de aquí.

—Está bien, vámonos chavales de aquí —dijo Tobías intentando evitar males mayores.

—No esperaba otra cosa de ti, eres igual de cobarde que tu madre —retaba a Tobías—. ¿Sabéis una cosa, chicos? —decía a su grupo—. La madre de este…

Tobías que ya se había dado la vuelta dejando su mochila en el suelo, le propinó un derechazo directo a la nariz y un zurdazo en el pómulo antes de que Raúl cayese al suelo. Este, sentado en el suelo, se sujetaba la nariz rota intentado saber qué le había ocurrido.

—¡Hijo de puta! ¡Me has roto la nariz! —decía con las manos llenas de sangre y la voz gangosa.

Mientras un grupo apoyaba al púgil derrotado por cao, el otro, sujetaba a su púgil que seguía dispuesto a rematar la faena.

—¡Si tienes cojones, te vuelves a meter con Rubén o a mencionar a mi madre!... ¡Te arranco la cabeza!

Les hicieron ir a dirección. A Tobías le expulsaron una semana y Raúl se libró del castigo, a pesar de que los amigos de Tobías intentaron mediar por él. Nunca se había peleado con nadie y mucho menos había sido expulsado de ningún colegio. A Raúl se le quitó las ganas de volver a meterse con nadie, sobre todo con Tobías y sus amigos.

La conversación mantenida con Nacho, le hizo rememorar ese mal recuerdo. Aunque había dado la cara por su amigo y sobre todo por su

madre, cada vez que lo recordaba le hacía sentirse mal. Se ponía en el lugar de Nacho y pensaba lo mal que lo ha tenido que pasar y seguramente lo siga pasando por la gente tan mala que hay.

Se preguntaba porque ese tipo de personas acomplejadas y llenas de prejuicios, se empeñaban en no dejar vivir en paz a los demás. Esas personas no se dan cuenta de que esos juicios rápidos y sin fundamento les impiden hacer cosas nuevas y perder nuevas oportunidades. Generalmente son opiniones infundadas que se arraigan en la sociedad como estereotipos y, por lo tanto, nublan la capacidad de comprender lo que es ajeno a uno mismo.

Gracias a Nacho y el haber cambiado de actitud, la jornada laboral fue más liviana de lo que él hubiese esperado.

39 - La búsqueda

Paracuellos de Jarama. Sábado, 28 de diciembre de 2019.

Llevaba toda la semana con pesadillas. La misma todas las noches pero con la diferencia de que cada noche iba siendo más esclarecedora. Eran las cinco de la madrugada cuando volvió a despertarse sobresaltado y el corazón a punto de explotarle. Estaba asustado y nervioso, pero a la vez, reconfortado, había conseguido finalizar el sueño. Por fin logró identificar a la mujer del sueño, era su madre. También vio como ella guardaba lo que parecía un diario en el armario del dormitorio. Estaba tan seguro, que se vio tentando a salir a esas horas de la madrugada en busca de él. Después de estar meditándolo durante varios minutos, logró calmarse e intento dormir de nuevo. El sueño había sido tan real y angustioso que era incapaz de conciliar el sueño, no dejaba de cambiar de postura constantemente. Se sentía atemorizado, ansioso, enojado, triste… hastiado. Al cabo de un par de horas logró quedarse dormido.

Eran las once de la mañana cuando se despertó dando vueltas a la pesadilla que había tenido durante la noche. Levantó la persiana mientras cerraba los ojos por la luz cegadora que entraba a través de la ventana. El cielo estaba totalmente despejado y el sol brillaba en todo su esplendor. Se dirigió al baño. Mientras se daba una ducha no dejaba de pensar si decirle a su hermana los planes que tenía para ese día. No tenía intención de volver a dejarla al margen, mucho menos, mentirla. Una vez salió de la ducha, se encontró con su hermana por el pasillo, también acababa de despertarse, no había más que mirarla a la cara y los pelos que tenía.

—¿Llegaste tarde anoche? —se interesó Tobías por ella.

—No, sobre la una… Llegamos papá y yo a la misma hora… ¡Se nos está desmadrando! —contestó Naira sin llegar a detenerse.

No tardó mucho en acicalarse como era costumbre en él. Gracias a su físico, Tobías, necesitaba poco tiempo para estar preparado. Se dirigió a la cocina para prepararse un café y en la encimera se encontró con una nota de su padre. Ponía que había madrugado para salir a montar en bici y llegaría tarde, ya que iba a tomar el aperitivo con Yolanda. Decidió escribirle un mensaje diciéndole que no iba a comer en casa, que se iba con sus amigos.

Naira no era como su hermano, ella necesitaba su tiempo para arreglarse. Aunque también era una chica guapa, era más coqueta y presumida que Tobías. Si tenían algún evento, tanto Tobías, como su padre, la mandaban a que se preparase con antelación ya que siempre les tocaba esperarla. No siempre surtía efecto.

—¿Y papá? —dijo Naira al entrar en la cocina.

—¿Te preparo un café? —le preguntó Tobías—. Se ha ido a montar en bici. Ha dejado esa nota.

—No te preocupes, ahora me lo preparo yo.

—Ya que estoy de pie… Qué más me da. Por cierto, ¿tienes pensado comer en casa o fuera? —quiso saber Tobías.

—Eso es lo que iba a decir, que voy a comer con mis amigas y no puedo hacerlo con vosotros, ¿por?

—Por saberlo, acabo de escribir a papá diciéndole que no voy a comer en casa. Escríbele tú también, así puede estar por ahí el tiempo que le apetezca.

Pensar demasiado era uno de los problemas más habituales últimamente en la vida de Tobías. Era como vivir en un bucle constante que no tiene solución ni salida aparente. Esa repetición de pensamientos le generaba mucha angustia y ansiedad. Esa mañana no estaba dispuesto a seguir torturándose.

—¡Naira! —llamó Tobías la atención de su hermana—. Ahora, antes de irme con mis amigos, me voy a pasar por la parcela a dar una vuelta y a ver si logro encontrar el diario de mamá.

—Pero… si ya lo buscó papá y la tía… ¿Por qué sigues empeñado en eso? —Naira no salía de su asombro.

Recordó a su hermana el tipo de pesadillas que tenía y que esa misma noche, la pesadilla que tuvo terminó por esclarecerle todas las dudas. Quería hacer el último intento antes de hablar con Ángel. También le hizo hincapié sobre la conversación que tuvo con ella acerca de decirse siempre la verdad.

—Jolines, Tobías, no puedo volver a quedar mal con mis amigas… no voy a poder ir contigo —se lamentaba Naira.

—No te preocupes por eso, solo voy a estar un rato. Es por quedarme más tranquilo, seguramente no encuentre nada —intentaba quitarle importancia.

—Ya, pero me gustaría estar contigo y ayudarte. ¡Si lo encuentras, me avisas!

—Por supuesto. Tenga el resultado que tenga, te mando un mensaje.

—Tengo unas ganas de hablar con ese hombre… Sobre todo, para que de una vez por todas, puedas vivir más tranquilo y que dejes de tener pesadillas —expresó su tristeza Naira

De momento, el invierno no hacía acto de presencia. No cabía duda de que estaba siendo muy atípico, porque acababa diciembre y seguía sin llover y sin nevar. Las temperaturas registradas —aunque de madrugada caía alguna helada leve—eran bastantes suaves. Cada vez era más visible y evidente el efecto del cambio climático.

Se montó en su furgoneta con la ilusión de satisfacer sus

sentimientos. Ilusión que había sustituido tantas veces por la esperanza. La palabra ilusión viene del termino latino *ilusionis* y significa engaño. La ilusión es un engaño porque supone creer en lo que no vemos, creer en lo que todavía no tenemos. Hace que juntemos todas nuestras fuerzas y nos haga emocionarnos de manera positiva con ello. Aunque durante el desayuno trató de quitarle importancia delante de su hermana, él iba totalmente ilusionado en lograr su objetivo. Tenía la sensación de que sabía que algo iba a pasar. Era una forma de premonición como no había sentido nunca, de esas no referidas a grandes acontecimientos, sino a situaciones personales que nos involucran. Son la suposición de que algo sucederá de determinada forma.

Como le venía ocurriendo últimamente, iba al volante de su furgoneta totalmente abstraído, sin tener en cuenta lo que le rodeaba y el peligro que eso conlleva cuando una persona va conduciendo. Era la primera vez que no tenía dudas, que no tenía sentimientos encontrados. En ningún momento logró invadirle el pesimismo, eso le hacía sentirse más confiado.

Al llegar a la puerta de la parcela, se encontró con los vecinos de al lado que iban dando un paseo.

—¡Buenos días, Tobías! ¿Qué tal estás? ¿Tú padre y hermana, están bien? —le saludaron nada más bajarse de la furgoneta.

—¡Bien, gracias! ¿Y vosotros?

—Bien, aprovechando la buena mañana que hace para dar un paseo. ¿Vais a venir este año a pasar la nochevieja?

—Sí, venimos con mis tíos. Ahora he venido a dar una vuelta y ventilar la casa.

—¡Estupendo! Ya os haremos una visita como el año pasado.

Una vez se despidieron, entró en la parcela dispuesto a lograr su objetivo. Fue levantando las persianas de cada estancia a la vez que abría las ventanas para airear la casa. Pretendía que el aire se renovase y fuese más respirable, ya que olía a cerrado. Iba de un lado a otro revisando que todo estuviese bien. Pasaba una y otra vez por delante del dormitorio de sus padres sin decidirse a entrar. No sabía por qué le ocurría eso. Tantos meses deseando encontrar una respuesta a sus pesadillas, que ahora no se atrevía a ponerse a buscar. Cuando una persona no se atreve a hacer algo, le surge: el miedo, la duda, la pereza, las excusas… Era lo que sentía Tobías en esos momentos. Fue a la cocina y bebió un vaso de agua.

Después de un par de minutos sentado en la silla de la cocina y de culparse por esa actitud, se levantó y empezó a cerrar todas las ventanas. El dormitorio de sus padres lo dejo para lo último. Una vez cerró la ventana, se posicionó delante del armario empotrado. Sujetaba las manillas de las dos puertas —de las cuatro que tenía el

armario— como si fuese un artista a punto de salir al escenario. Fue poniendo la ropa encima de la cama y las cajas las dejaba en el suelo. Al ir sacando las cajas e ir levantando polvo, se percató de que no había cogido nada para limpiar. Fue a por un rollo de papel de cocina y el producto de limpieza.

Como si fuese la policía científica, estaba haciendo una investigación minuciosa en la que consideraba todos los detalles, por mínimos que pareciesen, sin desestimar ninguna pista, lo que era fundamental para una búsqueda exitosa. No se dejaba ni un rincón sin asear, sacando ropa de cama y toallas, quitando el polvo y desinfectando cada área. Desdoblaba la ropa de cama y la volvía a doblar por si había algo oculto entre ellas. Miraba en los bolsillos de las cazadoras y los abrigos. Se puso nostálgico al reconocer algunas prendas de su madre que todavía conservaba su padre. Las olía y tocaba como si tuviera a su madre delante. Su mente se inundó de recuerdos.

La búsqueda en ese lado del armario no dio sus frutos, aun así, no cejó en su empeño. Abrió las otras dos puertas con el mismo entusiasmo: más ropa de cama, camisas, pantalones, chaquetas, zapatos… Iba perdiendo la paciencia poco a poco. Cuando llegó a la parte de abajo se encontró con dos cajas de zapatos. Las abrió. Contenían todo tipo de papeles y documentación, pero no el diario que él buscaba. Enfurecido, dio un puñetazo a la balda con todas sus ganas y sin llegar a ser su intención, la rompió. El golpe fue tan fuerte, que una de las maderas del lateral del armario, se desprendió de su lugar produciéndole un corte en la mano. El fuerte dolor y profundo corte que le produjo, le impidieron ver lo que asomaba de ese lateral. Fue corriendo al baño y puso la mano debajo del grifo. «¡Joder, joder, joder!», no dejaba de lamentarse Tobías mientras se limpiaba la herida. Se percató de que era profunda pero no muy larga. Se enrolló la toalla y fue a por el botiquín que tenían en la nave. Se desinfectó la herida y se puso unos puntos de aproximación. Sabía que la herida era profunda, pero no le apetecía tener que ir al centro de salud. Se vendó la mano para proteger la herida y volvió al dormitorio.

Se quedó un rato en el quicio de la puerta viendo la que había liado. Resopló y se fue a la caseta donde guardaban las herramientas. Al volver, dejó las herramientas en el suelo y se dispuso a arreglar el estropicio. Al querer levantar la balda lateral que se había caído, su corazón empezó a latirle a toda velocidad y el estómago le quería salir por la boca. Apoyó la balda en la pared y se agachó hacía el hueco que había dejado esta. Cogió lo que había en su interior: el diario de su madre y un *Mp3*.

No se lo podía creer. Le temblaban las manos y estaba a punto de gritar de alegría. En ese momento le sonó el móvil:

—¿Qué pasa tío, no vas a venir? —quiso saber Marcos.

—Eh… —se dio tiempo para mirarse el reloj y darse cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo—. Perdona, os iba a llamar a hora —puso como excusa mientras se miraba la mano—. Es que he estado ayudando a mi padre en la parcela y me he hecho un corte.

—¡No jodas! ¿Te has hecho mucho?

—Nooo, no te preocupes… Estamos en el centro de salud esperando que me miren la mano y me digan si me tienen que dar puntos. No me esperéis, ya quedamos otro día. No sé lo que podemos tardar.

—Está bien. Luego a la tarde te llamo. Un abrazo.

A Tobías no le gustaba mentir, pero después de su hallazgo, no tenía tiempo para nadie. Dejó el diario y el *Mp3* encima de la cama y decidió arreglar primero el armario dándose tiempo a asimilar lo que acababa de acontecerle. Cuarenta y cinco minutos después, recogió las herramientas y colocó toda la ropa. Se miró el reloj impulsado por el ruido de sus tripas. Eran las tres y media de la tarde. Cogió entre sus manos el diario y el Mp3 y se fue a la despensa a ver si había algo para comer. Quería tranquilidad e intimidad para poder leer el diario. Se encontró con una lata de fabada y no lo dudó un segundo, la abrió y después de verter su contenido en un plato, lo metió en el microondas. Mientras comía, fue ojeando el diario de su madre. A penas podía tragar las cucharadas que se iba llevando a la boca, el nudo en la garganta se lo impedía. Tomó la decisión de acabar de comer y continuar después con el diario. Mientras recogía y fregaba lo manchado, pensó que sería mejor ir al final del diario para aclarar sus dudas.

Le gustaba actuar de forma sencilla ante la vida, ante su vida. Una de sus tareas diarias desde hacía ya algunos meses consistía en pretender liberar su conciencia de sus ilusiones y lo que le generaban en su día a día. Se dio cuenta que empleaba una elevada gran cantidad de energía a la hora de verse en la situación futura que deseaba. Se concentraba demasiado en el mañana. Aunque todavía tenía que leer el contenido del diario, tenía la sensación de que su corazón respiraba aliviado y su alma comenzaba a vivir verdaderamente. Hacía mucho tiempo que había encarcelado su alma.

Sentado de nuevo frente al diario, se fue a las últimas páginas. El silencio salpicaba sus pestañas de rabia mal contenida.

«No sé cómo vais a reaccionar al encontrar este diario y el *Mp3*. Espero que después de lo que voy a hacer y leerlo, mis padres no decidan deshacerse de esta casa. Deseo que puedan seguir disfrutando de algo que hicieron con mucha ilusión y esfuerzo. Sé que no lo vais a entender, pero espero que me perdonéis.

Ernesto, cariño mío; Tobías y Naira, mis angelitos, pediros perdón por lo que he hecho. No podía seguir viviendo de esa manera. No

podía permitir haceros sufrir más. Os quiero tanto, que he tenido que tomar esta decisión. Seguramente os preguntéis qué, si os quería tanto, por qué he tomado esta decisión. En mi cuerpo y alma solo había: dolor, rabia, impotencia, vergüenza… no podía más. Deciros que eráis la familia perfecta para mí. Ni en los mejores sueños podría haber tenido un marido y unos hijos tan maravillosos. Dejaros claro que vosotros no habéis tenido nada que ver. En lugar de escribirlo, he grabado un archivo de audio en el *Mp3* contando todo lo que pasó esa fatídica noche. Os vuelvo a pedir perdón y espero que no penséis que he sido una cobarde. No os podéis hacer una idea de lo que me ha costado tomar esta decisión. Buscar en el Mp3; el AUD13.

¡OS QUIERO CON TODA MI ALMA!»

Cogió el Mp3 e intentó ponerlo en marcha. No funcionaba. Quitó la tapa donde iban alojadas las pilas y vio que estaban oxidadas. Las tiró a la basura y fue en busca de otras dos pilas nuevas. Buscó en los cajones del mueble del salón y no encontró ninguna. Al girar la cabeza y fijarse en el mando de la televisión, se le ocurrió que le podían servir. Después de comprobarlo las colocó en el alojamiento correspondiente del *Mp3* e intentó encenderlo. Al observar que este se ponía en marcha grito: «¡Bien, joder!».

Con las manos entrelazadas y apoyadas en la mesa, escuchaba lo que decía su madre. Aunque deseaba saber el motivo por el que su madre se había suicidado, lo que no se esperaba escuchar es lo que estaba oyendo. Le caían las lágrimas como cuando se deja un grifo abierto inundando sus mejillas sin parar. De la alegría de encontrar el diario, pasó a la absoluta tristeza al oír la voz su madre. No solo lloraba porque la echaba de menos, también lo hacía por lo que contaba, sobre todo por lo que contaba. Su cuerpo y su alma se vieron envueltos por la mayor tristeza, rabia e impotencia.

Una vez acabó de escuchar el relato de su madre, apagó el reproductor y salió disparado hacía la calle. Entró en la caseta donde guardaban las herramientas y salió con una bolsa grande de deportes. La metió en el maletero de la furgoneta y se montó en ella con la intención de hacer justicia.

40 - ¿Quién ha sido?

Cobeña. Sábado 28 de diciembre de 2019.

Si las necesidades básicas: la comida, limpieza, vestuario, no se satisfacen, el desarrollo de las personas no se da. Con el trabajo doméstico se asegura el cuidado de la casa, que es lugar de la familia y el ámbito en el que se da una parte importantísima del desarrollo humano, la estabilidad familiar, la educación de los hijos y el cuidado de los mayores y enfermos. Es un enorme servicio a los demás, a la sociedad entera y manifiesta claramente la dignidad que tiene este trabajo. Sin embargo, la dedicación a esta tarea permanece en la invisibilidad, tanto en lo privado como en lo público.

La repartición de la realización y responsabilidad de las tareas domésticas son causa de conflicto entre parejas, familias o personas que comparten vivienda. Las mujeres, son quienes asumen mayoritariamente en diversos países y culturas, el compromiso del cuidado doméstico, que se une a su otra jornada laboral. Aunque la convivencia y el reparto de tareas en un hogar han ido cambiando, todavía la mujer es la que lleva el peso de las tareas del hogar.

Lola y Pepe se repartieron equitativamente las tareas desde el primer momento que se fueron a vivir juntos. Si algo estaba claro por parte de los dos —ya que cada uno tenía su respectivo trabajo— es que, una tarea tan ingrata, tenía que estar repartida justamente. En circunstancias normales, las llevaban a cabo los sábados. Una vez las terminaban, salían a tomar el aperitivo. Ese día se les había pegado las sabanas e iban con retraso. Aunque no tenían hijos, su casa tenía dos plantas y les llevaba tiempo hacer la limpieza. Salieron de casa cerca de las dos de la tarde y decidieron comer fuera, ya que no les había dado tiempo a preparar la comida.

En nuestro país, tomar el aperitivo es una costumbre arraigada de toda la vida para poder socializar y abrir el apetito antes de la comida principal de mediodía. Lola y su marido, cuando no iban con algún familiar, quedaban en bares donde solían ir sus amigos. Al salir más tarde de lo normal, cuando llegaron al bar que tenían acostumbrado visitar, solo se pudieron tomar una consumición con ellos. Había cierto revuelo en el bar a cerca de un comentario que había llegado. Podían ser habladurías, pero se decía que habían muerto tres cazadores durante la jornada de caza. Unos decían: que había sido un accidente de coche; otros que se habían caído por un barranco; otros, que había sido una disputa. Como suele ocurrir con los chismorreos, no suele haber nada claro hasta que lo confirman las personas pertinentes. Lola y sus amigos, bromeaban acerca de las noticias que

llegaban: «cuando llegue la tarde, el chisme será: que iban tres cazadores en un coche y como estaban discutiendo, sin darse cuenta, se cayeron por un barranco». Las risas inundaban el bar.

Cuando se despidieron de sus amigos, tomaron la decisión de ir a un restaurante cercano a comer. Una vez sentados en su mesa preguntaron al camarero si había oído algo acerca de lo que se rumoreaba por todo el pueblo.

—Lo que hemos oído —decía amablemente el camarero—es lo que me estáis contando. Lo que es raro, es que, no han venido todavía los cazadores que suelen venir a estas horas a tomar algo. Si me entero de algo, os lo cuento.

Mientras, Lola y Pepe disfrutaban de la comida sin darle mayor importancia.

Desde la mesa donde estaban comiendo, podían apreciar la gente que entraba en el bar y se acomodaba en la barra. Presenciaron que entraba un grupo de cazadores que su marido conocía y, tomaron la decisión de pagar en la barra con la intención de enterarse de lo que había ocurrido.

—Tomás, ¿ha pasado algo? —quiso saber Pepe.

—Sí, se han encontrado a Luis, Antonio y Ángel muertos —Lola y Pepe se quedaron perplejos—. No saben cómo ha podido ser, ni quién ha sido —les contaba Tomás apesadumbrado.

A Lola le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, tenía la sensación de tener un picahielos en la nuca.

—Pero, si Ángel ya no iba de caza ¿no? —Lola no salía de su asombro.

—Hacía mucho tiempo que no iba, desde que cayó enfermo no le habíamos vuelto a ver. Yo estuve hablando con él y me dijo que quería aprovechar el poco tiempo que le quedase. ¡Pobrecillo, tanto tiempo sin ir…! —se lamentaba Tomás.

Lola salió del restaurante con el teléfono en la mano. Desplazándose de un lado al otro de la acera, inquieta, Lola escuchaba los tonos de llamada esperando recibir respuesta. Nada. Volvió a intentarlo de nuevo. Dio tiempo a que saliese su marido.

—¿A quién llamabas? —quería saber Pepe.

—A Tobías —le decía con la cara desencajada—. No me coge el teléfono y me temo lo peor.

—No te entiendo, Lola, ¿Qué pretendes decirme?

—Espero que no haya cometido una locura…

—Joder, Lola… ¿Crees que ha podido hacerlo él? Pero… Tobías sería incapaz de…

—Naira tampoco me lo coge —decía Lola mirando a su marido—. ¡Joder, me estoy poniendo muy nerviosa! ¡Es raro que ninguno me lo coja!

—Tranquila, Lola. Vámonos a casa y allí más tranquilos, probamos de nuevo.

Su angustia iba en aumento según iban pasado los minutos. Iba de un lado a otro de la casa sin dar pie con bola. Por mucho que Pepe intentara que se tranquilizase, Lola, no lo conseguía. Se vio tentada de llamar a su cuñado Ernesto, pero no quería preocuparlo.

—Voy a salir un momento a ver si me entero de algo más —sugirió Pepe.

—Vale, yo voy a seguir intentando contactar con Tobías o Naira.

Salió de su casa con la intención de pasarse por la calle de Ángel, ya que normalmente cuando alguien del pueblo fallecía, solía haber revuelo en torno a la vivienda de dicha persona. Eran las seis menos cuarto de la tarde cuando Pepe llegaba a la calle de Ángel y «la voltios». Le extrañó que solo hubiese cuatro personas en la acera hablando. Al ver la puerta con el precinto policial, tuvo que preguntar a los conocidos que había en la calle para lograr entender algo. Le dijeron que había estado la Guardia Civil y no había nadie en la casa. En ese momento llegó el hijo de una de las vecinas que había en la calle y les contó que dos coches de la Guardia Civil, uno de la policía municipal y otro de la funeraria, estaban en la nave de Luis. Pepe se despidió y fue a ver si podía enterarse de lo que pasaba.

Al llegar a la calle donde se encontraba la nave de Luis, se encontró con toda la muchedumbre que se concentraba en ella. A la vez que preguntaba e intentaba avanzar, empezaron a salir agentes de la nave. Detrás de ellos, el cuerpo sin vida de «la voltios» llevado por los miembros de la funeraria. No daba crédito a lo que estaba presenciando.

«Es imposible, Tobías no ha podido hacer esto». Se decía Pepe según iba a su casa. De repente, le asaltaban las dudas: «Joder, es que han muerto los cuatro… ¿Y si lo ha hecho él?» Giraba la cabeza de un lado al otro negando la mala jugada de su cerebro. Lola no sabía lo de «la voltios», en cuanto se lo dijese él, se iba a poner más nerviosa. Temía decírselo, pero no tenía más remedio que contárselo.

Al llegar a su casa Pepe, le contó todo lo que había visto y le habían contado. Lola se tuvo que sentar, ya que estuvo a punto de desmayarse. No daba crédito. De la tensión que había acumulado Lola, rompió a llorar. Pepe fue a la cocina a por tranquilizante y un vaso de agua. No hizo más que tomárselo que empezó a sonar su teléfono.

—¡Hola tía! Es que, he estado comiendo con las amigas y pasando la tarde y no le he oído. Ya voy en el autobús de camino a casa. ¿Pasa algo?

Su tía le contó todo lo que había acontecido y le comentó que estaba preocupada por si Tobías había hecho alguna tontería.

—Naira, Naira, ¿me oyes? —decía Lola que no oía nada al otro lado

del teléfono.

—Tía, no pensaras… Es cierto que estaba interesado en saber la verdad, quizás algo obsesionado, pero llegar a hacer eso… ¡Me estoy poniendo muy nerviosa!

—Es que es muy raro que no coja el móvil. Hasta que no hable con él, no me voy a quedar tranquila.

—Voy a intentar llamarle. Ahora os digo lo que sea.

Naira llamó a su hermano hasta tres veces, lo que tardó el autobús en llegar a su casa. Llamó a su tía Lola para decirle que a ella tampoco se lo cogía. Naira la propuso que pasaran a recogerla, ya que ella pensaba donde podía estar su hermano.

—Si tú crees que puede estar en la parcela —le decía su tía—, vamos ahora mismo a recogerte. No le digas nada a tu padre, es mejor no preocuparle.

—Mi padre no ha llegado a casa todavía, no te preocupes. De todos modos os espero a la salida del pueblo.

Iban en el coche comentando todo lo sucedido. Los tres dudaban que Tobías hubiese cometido esa barbaridad, se dejaban llevar por su corazón. Aunque Lola deseaba con todo su corazón, que Tobías no tuviese nada que ver con lo ocurrido, su cabeza le jugaba malas pasadas. No se atrevía a decírselo a sus compañeros de viaje.

Después de un inicio en el que todos hablaban, se hizo el silencio. Un silencio con gran carga dramática. Pepe no puso ni la radio del coche, lo que hizo que ese silencio fuese hasta incómodo. Se había convertido en su aliado, solo se oía el eco del tráfico y el viento al rozar el coche. Cada uno iba haciendo sus lucubraciones sin intención de decírselo a los demás.

41 - Incertidumbre

La parcela, Cobeña. Sábado 28 de marzo de 2019. 19:00 horas.

Las siluetas de los árboles y las pocas viviendas que se habían encontrado en los últimos metros, se insinuaban en una noche cerrada e inusual para ellos. Cuando llegaron a la puerta de entrada vieron que estaba abierta, lo que hizo aumentar su optimismo. La furgoneta de Tobías estaba aparcada cerca del porche. Apenas le había dado tiempo al coche a detenerse, que Naira abrió la puerta y salió disparada hacía la puerta. Por más que la aporreaba, nadie le abría. Su tía Lola que siempre llevaba las llaves encima, la hizo desistir. Al abrir la puerta les golpeo la oscuridad que reinaba en el pasillo, solo rota por el pequeño reflejo de luz que salía de la puerta del salón. Tobías estaba tumbado en el sofá en postura fetal, abrazado a un cojín y con los auriculares puestos. Tenía los ojos cerrados y no se percató de la presencia de su familia.

—Tobías, Tobías… —llamaba su atención Naira con voz queda tocándole el hombro.

—¡Joder! —Tobías se levantó de un salto del sillón asustado—. ¿Qué hacéis aquí?

—Te llevo llamando toda la tarde, Tobías —le hablaba con suavidad su tía—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado en la mano? —quiso saber sin quitar los ojos de su mano vendada.

—Me había dejado el móvil aquí… Luego no me he acordado de llamaros. Ha sido una tarde… es que… —Tobías rompió a llorar levantando sus manos: en una el diario y en la otra el *Mp3*.

—¿Has encontrado el diario de mamá? ¿Por qué no me has llamado? —le abrazaba Naira con lágrimas en los ojos.

—¿No habrás cometido ninguna locura? —le decía su tía llorando.

Tobías sumergido en su llanto era incapaz de articular palabra. El escaso minuto que transcurrió desde que su tía le preguntase hasta que él respondió, fue eterno.

—¿Os habéis enterado de lo que ha pasado? —fue capaz decir Tobías—. Qué pensáis, ¿que he sido yo? —dijo al ver sus caras.

—No creemos que hayas sido tú —dijo su tío Pepe rompiendo el silencio incomodo que se había creado—. Lo que ocurre, es que, al estar llamándote toda la tarde y la herida que tienes en la mano…

—Fui con esa intención —se sinceraba Tobías— pero…

Cobeña. Sábado 28 de marzo de 2019. 16:50 horas.

Su frecuencia cardíaca y presión arterial se habían elevado. Sus

niveles de hormonas de energía y adrenalina estaban a tope. Sus sentimientos eran tan intensos que iba ciego de rabia y agresividad. Tobías fue conduciendo hasta Cobeña sin parar de llorar, no le daba tiempo a secarse las lágrimas. Llevaba los ojos inyectados en sangre.

El día que más falta le hacía, no encontraba aparcamiento. Estuvo dando vueltas un buen rato. En una de ellas, intentó pasar por la calle de Ángel y «la voltios», estaba cortada. La calle estaba llena de gente y le pareció ver a la Guardia Civil. Dejó la furgoneta mal aparcada al lado de unos contenedores de basura y se acercó para ver qué era lo que ocurría. Había un gran grupo de personas en torno a la cinta policial que les impedía pasar por la calle. Estaba colocada un par de metros antes de llegar a la casa de Ángel y «la voltios». Se fue metiendo entre la muchedumbre intentando avanzar hasta donde estaba la cinta policial. Había dos coches de la Guardia Civil y uno de la policía municipal

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —se atrevió a preguntar Tobías a una señora que tenía al lado.

—Están buscando a Begoña —le contestaba la señora con actitud compungida—. Esta mañana lo de su marido y amigos, y ahora… —se secaba las lágrimas sin poder terminar la frase.

—¿Su marido y amigos? ¿Qué ha pasado?

—Se los han encontrado muertos los compañeros de caza. Les han matado a tiros y nadie sabe cómo ha sido.

Tobías no daba crédito a lo que estaba escuchando. Se puso blanco y le temblaban las piernas. Intentó salir lo antes posible de donde estaba toda la muchedumbre y tomar aire. No podía respirar y sentía que iba a perder el conocimiento. Como buenamente pudo, llegó hasta donde tenía aparcada la furgoneta y, entre los contenedores de basura, vomitó. Se incorporó para poder tomar aire y le vino otra arcada. Abrió la puerta trasera de la furgoneta y se tumbó en los asientos traseros. Tumbado de lado, con las piernas encogidas hasta el pecho, comenzó a llorar. Por fin se había hecho justicia. Esos indeseables habían tenido su merecido. Por un lado, se alegraba de no haberlo hecho él —aunque iba decidido a todo—, por otro, necesitaba vengar a su madre, a su familia. Haberlos mirado a los ojos mientras les hacía sufrir. Era una caída libre de sentimientos encontrados.

«¿Quién podría haberlo hecho? ¿Alguien más sabía lo sucedido? ¿Por qué estaba Ángel con ellos? ¿Habrá sido Begoña? ¿La habrán matado a ella también? No dejaba de preguntarse Tobías tumbado en el asiento trasero de su furgoneta.

Se incorporó y buscó su móvil. No lo encontraba por ningún sitio. Cogió una botella de agua que tenía en uno de los alojamientos de la furgoneta y dio un largo trago. Tomó asiento y, agarrado al volante, pensó que el móvil seguramente se lo hubiese dejado en la parcela.

Introdujo la llave en el contacto y emprendió la marcha hacía la parcela. No dejaba de llorar y pensar en el sufrimiento de su madre. De cómo decírselo a su padre, a su hermana y a su tía Lola. De momento necesitaba estar solo y asumir todo lo que le había ocurrido.

Nada más llegar a la parcela se puso a buscar el móvil. No lo encontraba por toda la casa. Cuando ya casi lo daba por perdido, se acordó de ir a buscarlo a la nave donde guardaban las herramientas. De camino a ella, recordó que en el maletero de la furgoneta tenía la bolsa de deportes. La cogió, y al entrar en la nave, se dio de bruces con su móvil.

Estaba tirado en el suelo. Afortunadamente, no había sufrido ningún daño, le encendió y estaba perfecto. Se percató de que tenía varias llamadas perdidas de su tía Lola y de su hermana. No tenía ganas de hablar, no estaba preparado todavía.

Se dejó llevar por la tendencia masoquista que invadía su cuerpo. Cogió el diario y el Mp3 de su madre y se tumbó en el sofá del salón. Necesitaba volver a escuchar la voz de su madre, volver a escuchar su testimonio. Sin ninguna intención, se infringía más dolor. Apretaba el cojín que tenía entre sus manos con rabia sin parar de llorar.

La parcela, Cobeña. Sábado 28 de diciembre de 2019. 20:20 horas.

Escucharon el testimonio de Tobías atentamente sin llegar a interrumpirle. Se abrazaron los tres inundando el salón de lágrimas.

Naira cogió el *Mp3*, se puso los auriculares y se dispuso a escuchar el audio que le indicó su hermano. A penas había escuchado unos segundos la voz de su madre, que ya tenía los ojos acuosos a punto de explotar en lágrimas. Durante el tiempo que duraba el audio, no dejaba de mirar a su hermano entre lágrimas y agarrarle la mano. Sus tíos, abrazados, los miraban con ternura y lástima. Cuando acabó Naira de escucharlo, se lo pasó a su tía Lola. Esta, le pasó un auricular a Pepe y ella se puso otro. Los papeles se invirtieron.

No habían visto nunca a su tío Pepe llorar, menos de la manera que lo hacía. Tampoco le habían visto tan enfadado. No dejaba de decir palabras mal sonantes y dar golpes a todo con lo que se encontraba. «¡De haber sabido esto antes… estos hijos de puta…!». Sentía tanta impotencia Pepe, que no paraba quieto.

—Sé que han tenido su merecido… pero… ¡Qué impotencia! —se lamentaba Tobías.

—¿Cómo ha podido vivir vuestra madre con esto? Ahora entiendo todo… —decía entre lágrimas Lola.

—Lo que no entiendo —hipaba Naira—, es por qué no dijo la verdad, por qué no pidió ayuda —no entendía Naira la actitud de su

madre.

—¡Jodieron su vida! ¡La de mi padre! ¡La de mi hermana y la mía! ¡Joder! —gritaba sumergido en lágrimas Tobías—. ¡Tantos besos perdidos!... ¡Tantos abrazos sin poder darnos!... ¡No poder ayudarla!... ¡Hijos de puta! —Tobías gritaba fuera de sí, tuvo que abrazarle su tío para poder calmarle.

Después de la tempestad, viene la calma, se suele decir. Eso es lo que ocurrió en el salón. Se hizo el silencio. Todos cabizbajos, asimilaban como buenamente podían, el testimonio que habían oído de Lucía.

Tobías no se quería ir de la parcela, quería pasar la noche solo. Sus tíos y su hermana no estaban de acuerdo. Pensaron que si él se quería quedar, lo respetaban, pero que ellos también se quedarían, por nada del mundo se quedaría solo. Pepe se dispuso a encender la chimenea, ya que al estar la casa cerrada, hacía bastante frío.

—Por favor —suplicaba Tobías—, necesito estar solo. Tengo que aclarar alguna duda que tengo. No penséis que voy a hacer alguna locura —decía poniendo atención en su tía—. Me quedaré con el diario y os lleváis el Mp3 para que lo escuche mi padre. Os doy mi palabra que mañana nos vemos. Si queréis, me podéis estar llamando toda la noche.

—Está bien —Lola se sintió conmovida por su sobrino—, pero cenamos juntos y luego nos vamos.

42 - Malas noticias

Paracuellos. Sábado 28 de diciembre de 2019. 22:15 horas.

Iban de camino a casa como si fuesen la comitiva de un coche fúnebre. No era para menos. Habían llorado y hablado tanto con anterioridad, que eran incapaces de articular palabra. A esas horas era complicado encontrar aparcamiento cerca de la casa de Naira. Después de varias vueltas intentando encontrar un hueco libre, lograron aparcar a unos trescientos metros de su casa. Durante el pequeño trayecto iban dándole vueltas de cómo decírselo a Ernesto.

—¡Hola! ¡Papá! —llamaba la atención de su padre Naira.

—¡Estoy en la cocina!

Lola y Pepe se sentaron en el salón esperando a que llegase Ernesto.

—¡Hombre!, ¿cómo vosotros por aquí? —se vio sorprendido Ernesto.

Las malas noticias casi siempre causan malestar, tanto en la persona que la recibe como en la que la da. Hacer que una persona conozca por nosotros unos hechos que le van a sentar mal puede generar un sentimiento de incomodidad tan fuerte que dé lugar a malentendidos o generar problemas añadidos. Estuvieron varios minutos conversando de temas fútiles. Intentaban postergar la noticia hasta encontrar el momento adecuado. No querían enfrentarse a las consecuencias indeseadas de no saber qué decir, y esto es algo que posiblemente afectaría negativamente tanto a la persona que debe ser informada como a otras partes involucradas.

Después de tener en cuenta todas las variables posibles, de ganar un cierto control sobre la situación, Lola fue la que rompió el hielo.

—Imagino que no sabes nada, pero, ¿Te has enterado de lo que ha pasado en Cobeña?

—No, ¿qué ha pasado? —preguntó Ernesto preocupado.

—Este mediodía, se han encontrado a Ángel, Luis y Antonio, muertos a disparos en el coto de caza. Y a «la voltios», perdón, a Begoña, por la tarde en la nave de Luis. Estaba muerta.

—¡Joder! ¿Cómo ha sido? ¿Alguna disputa entre ellos o se los han cargado? —Ernesto no salía de su asombro.

—No sabemos nada —le respondió su cuñado Pepe—. Salimos a tomar el aperitivo y es como nos fuimos enterando.

Ernesto cogió en mando de la tele para encenderla. Puso Tele Madrid, el canal autonómico esperando que pudiesen dar más detalles.

—Lo que me extraña, es que a ellos los hayan matado en un sitio, y a ella, en otro. De todos modos —hizo una pausa para pensar Ernesto —, ya sabéis que Luis no era trigo limpio. Y Ángel, ¿estaba con ellos?

Si estaba enfermo y ya no iba de caza…

—Lo siento por Ángel, de verdad, pero por los otros… Que Dios me perdone —intervino Lola.

—No me extrañaría que fuese por lio de faldas —apostilló Pepe—. Ya hace tiempo que se rumoreaba en el pueblo que Luis y «la voltios» estaban liados. Espérate y no sea algo de eso… Otra cosa no se me ocurre.

—Puede ser —se sumó Lola a la hipótesis de su marido—, pero también Luis y Antonio andaban metidos en líos cada dos por tres. Lo malo que hayan matado a los otros dos sin tener nada que ver.

—¡Silencio! —gritó Naira que estaba pendiente de la televisión.

Con el rotulo de avance informativo en la parte inferior de la pantalla y otro en la parte superior izquierda que ponía: «suceso en Cobeña», la presentadora se disponía a detallar los avances en la investigación.

«El cuádruple asesinato ocurrido este mediodía en Cobeña va dejando más detalles acerca de lo ocurrido. Se cree que A.H.J. ha sido el autor de las muertes de L.G.L. y de A.R.G. y después tomó la decisión de suicidarse. Lo que aún no está claro, es la muerte de B.G.S. Todos vecinos de la localidad. Les seguiremos informando».

—¡Veis, lo que yo decía! —soltó Pepe nada más terminar la presentadora de hablar—. Tiene que ser un lio de faldas. Ángel se ha enterado de la movida y ha ido a por él.

—¿Y por qué matar a Antonio? —quiso saber Lola.

—A lo mejor se lo montaba con los dos. O quiso evitarlo y le pilló en medio —Pepe no estaba dispuesto a que su hipótesis se fuese al traste.

—De todos modos —se disponía Lola a contarle a Ernesto el motivo real por el que estaban allí—, estamos aquí no solo para contarte esto, también para decirte que Tobías llevaba razón.

—No lo entiendo. ¿A qué te refieres? —Ernesto se había quedado en fuera de juego.

—Como ya sabes, Tobías lleva unos meses obsesionado con encontrar el diario de su madre, de Lucía. Tenía pesadillas y apenas podía dormir. Era algo que no le dejaba vivir en paz. Pues hoy, al final, ha dado con él.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde estaba? —Ernesto no se lo podía creer.

—En la casa de la parcela. En vuestro dormitorio —se animó a hablar Naira que a la vez se sentaba a su lado.

—Pero… si… ¡buscamos por todos los rincones! —decía mirando a su cuñada Lola.

—Estaba escondido en el armario empotrado, en un lateral. Lo encontró por casualidad. Estaba a punto de dejar de buscar. Estaba tan contrariado, que dio un golpe en la balda y se cayó también la que

ocultaba el diario —le explicó Lola.

—¿Y dónde está Tobías? ¿Por qué no ha venido con vosotros? ¿Está bien?

—Tobías está bien, papá. Bueno, dentro de lo que cabe. Ha decidido quedarse solo en la parcela esta noche, lo necesita.

—¿Habéis leído el diario? ¿Aclara algo? —el nerviosismo de Ernesto aumentaba por momentos.

—El diario se lo ha quedado él. Nos hemos traído el *Mp3* que le regalaste a mamá para que escuches los motivos que le llevaron a hacer lo que hizo. Es muy duro papá —le decía Naira con los ojos acuosos— pero mereces escucharlo.

—¿Tobías lo ha escuchado? —al ser afirmativa la contestación que le dieron, se levantó como un resorte del sofá—. ¿Y le dejáis solo? Pero, ¿por qué? ¿Y si…? —no se atrevió a terminar la pregunta.

—Tranquiló papá, siéntate. Tobías no va a hacer ninguna locura, nos lo ha prometido. De acuerdo que él nos puede decir eso y luego hacer otra cosa, pero confió en él. Necesita estar solo y asimilar todo mejor, mañana viene a casa. De todos modos, le acabo de escribir y está metido en la cama leyendo el diario de mamá.

—Está bien, pásame el *Mp3* —se puso los auriculares Ernesto dispuesto a oír a su amada Lucía.

Mp3. AUD.13

«No sé cómo empezar… Como he escrito en el diario, os quiero con toda mi alma, con todo mí ser. Quizás penséis que es incoherente, pero según avancéis en el audio, lograreis entenderlo mejor. Os pido de nuevo perdón, perdón y perdón, todas las veces que sean necesarias. Sé de sobra, que lo que os voy a contar, sobre todo a ti, amado Ernesto, os va a hacer mucho daño. Por supuesto, también a nuestros hijos y familia.

Esa «maldita» noche —hizo hincapié en maldita— tomé la peor decisión de mi vida. Tenía todo: el mejor novio posible, nuestra casa, la mejor familia… ¡Solo por ir de fiesta…! Por desgracia, ya no hay vuelta atrás. Por este motivo, tengo que pagar las consecuencias.

Fuimos a la fiestas de Valdetorres de Jarama con la mejor intención del mundo, bueno, fui, ya que la intención de los demás no era la misma. ¡Solo quería pasármelo bien! ¡Joder! Todo transcurría con normalidad: montamos en las atracciones, bailamos, comimos, bebimos… Mis amigas con las que me fui en su coche, decidieron irse antes a casa, pero yo quería más fiesta, me lo estaba pasando muy bien. ¿Qué mal hacía a nadie? Entre lo poco que había bebido y las buenas palabras de los que creía eran mis amigos, me quedé hasta que ellos regresaron. Estuvimos bailando más tiempo y bebiendo sin

control. Aun así sabía lo que me hacía.

Llegamos al descampado donde teníamos aparcado el coche y decidieron continuar con la fiesta. Pusieron música en el coche y dejaron el maletero abierto para poder oírla mejor. No se conformaron con seguir bebiendo, que se hicieron unos porros. Yo no los probé, por supuesto. A mí no me hacía falta drogarme para pasármelo bien. Mientras Begoña y Ángel se daban el lote bailando, Luis no dejaba de insinuarse. Ahora lo recuerdo todo mejor. En un principio no le di importancia y me lo iba quitando de encima entre risas. ¡Pobre ingenua! Estaba algo bebida, pero sabía lo que ocurría a mí alrededor. Luis y Begoña se apartaron de nosotros y tardaron un rato en volver. Era una circunstancia que no llegué a recordar hasta que no pasaron unos años. No sé qué hablarían o harían a escondidas, pero creo que ya lo tengo claro.

Tenía sed, bebía del vaso de Luis y Antonio pequeños tragos sin ser consciente de su contenido. Según pasaban los minutos, me iba encontrando más rara. Todo me daba vueltas y sus voces las oía distorsionadas. Sentía la boca seca y el corazón me iba a mil. Después de unos minutos con esa sensación, empecé a tener molestias estomacales y a tener ganas de tumbarme y dormir. Sentía dificultad para poder moverme y continuar bailando. Me acompañaron al coche y me tumbé en la parte de atrás. Abría y cerraba los ojos sin saber que estaba ocurriendo».

Lucía había dejado de hablar, se la oía llorar desconsoladamente.

»¡Estaba confundida, me costaba respirar y era incapaz de poder hablar! ¡Pensaba que estaba teniendo una pesadilla!

Su voz transmitía rabia, dolor e impotencia.

»Cada vez que intentaba abrir los ojos, veía la cara de Luis o Antonio cerca de la mía. ¡No entendía nada! Parecían las caras de dos hienas sedientas de carne. Tomé la decisión de cerrar los ojos y que esa mala pesadilla acabase cuanto antes. Ni mi mente, ni mi cuerpo, eran capaces de reaccionar. Creo que llegué a perder el conocimiento en algún momento, ya que no recuerdo cómo llegué a incorporarme y aparecer sentada en los asientos de la parte de atrás del coche. Las puertas del coche delanteras y una de las traseras seguían abiertas, así como el maletero. Al mirar a través de ellas, observé cómo bebían y bailaban los cuatro. Pensé que todo lo que me había ocurrido había sido una mala pesadilla por culpa del alcohol, no estaba acostumbrada. ¡No podía haber sido verdad y que estuvieran bailando como si nada…!

Ernesto, sentía su alma inundada de tanto dolor, que rebosaba por sus ojos en una catarata de lágrimas difícil de contener. El pañuelo que le había dado su cuñada Lola no le servía para contener ese torrente de lágrimas. Se tuvo que levantar del sofá y empezar a

caminar de un lado a otro sin parar de soltar por su boca todo tipo de improperios. Su dolor, su rabia y la impotencia que sentía, lo terminó pagando el jarrón que había en la mesa del salón.

«Al volver a casa y durante todo el trayecto, fui incapaz de hablar. Solo hablé una vez que me preguntó Ángel qué tal me encontraba, era el único que no sabía nada de lo que había ocurrido. ¡Bueno, yo tampoco lo tenía claro! Según se me iba pasando el malestar, me venía a la mente todo tipo de imágenes que era incapaz de asociar. Parecían las piezas de un puzle difícil de completar. Les tuve que pedir que me dejaran bajarme del coche nada más entrar el pueblo. Tenía mal cuerpo y necesitaba respirar.

»El ir andando y sentir el frío del amanecer me sirvió para colocar alguna de las piezas de ese puzle. Sentía dolor en mis partes y me notaba húmeda. Automáticamente, tuve que ponerme a un lado de la carretera y vomitar entre los coches. En ese momento… supe lo que me había pasado. Solo tenía que tratar de unir las piezas para tenerlo todo claro. Encima cuando llegué a casa de mis padres, tuve que aguantar los reproches de mi madre por llegar a esas horas y en esas condiciones.

»Después de todo este tiempo de sufrimiento, logré encajar todas las piezas del puzle. Los que consideraba «amigos», me traicionaron y, dos de ellos, ¡me violaron! Encima la que creía que era amiga mía, fue cómplice de la violación. ¡Me dice la muy hija de puta, que no hay nada malo en pasárselo bien! ¡¿Cómo no podía sentirme culpable?!

»Se comportaron como auténticas hienas. Cada vez que me acuerdo de sus caras y sonrisas, más se parecen a ellas. Esperaron su oportunidad para hacerse con su presa, que era yo. Después de haber jugado conmigo y drogarme, consiguieron su objetivo.

Su llanto se vio reflejado de nuevo en la grabación.

«Sé que fui una cobarde al no contar lo que me había ocurrido. Tuve multitud de ocasiones para hacerlo. A mi familia, a ti, Ernesto, cariño mío, pero no quería haceros sufrir o que cometieseis alguna locura. La única culpable era yo. Era la que tenía que asumir todas las responsabilidades. Cuando me enteré que estaba embarazada…».

Su llanto, suspiros de dolor y pena, eran lo que se escuchaba durante varios segundos.

«No sé si Tobías será tú hijo. No sé si será suficiente que te diga que para mí sí. Bien sabe Dios, Ernesto, que estuve a punto de llegar a pensar en abortar, pero no tuve las suficientes fuerzas. No quería hacerte daño… ¡¿Qué culpa tenía ese bebé?! Ernesto, tienes todo el derecho a maldecirme si quieres, a dudar de tu paternidad… a dejar de quererme. Se apoderó de mí la culpabilidad, la vergüenza, la pena, el asco, la rabia… no podía seguir viviendo de esa manera. ¡Destrozaron mi vida y la vuestra! Ojalá, un día se haga justicia.

Espero que me perdones algún día cariño, siempre te querré.

»Tobías, mi vida, siento que tengas que enterarte de esta manera. Pero creo que es de justicia que os contase la verdad. Seguramente hubieseis preferido que lo hubiese contado en su momento y cara a cara, pero mi cobardía y vergüenza durante todos estos años, me lo han impedido. Te he querido y te querré como a nadie. Eres el niño más sensible y cariñoso que he conocido, por eso pienso que tú padre no puede ser otro que el que tienes. Espero que llegues a perdonarme algún día. Tanto tú, como papá y Naira, habéis logrado que me sintiera mejor y poder ir viviendo estos años, pero ya me resultaba imposible.

»Naira, mi vida, cuanto voy a echar de menos oírte hablar y sonreír. Tus abracitos… Perdóname, amor mío. Siento no haber seguido contigo. Ojalá llegues a ser una gran mujer. Una mujer valiente, no como yo. Estoy segura de que llegarás a ser una gran mujer. Tú padre y hermano, se encargarán de ayudarte, estoy segura.

»¡Lo siento con toda mi alma! ¡Os quiero!

Ernesto, totalmente abatido, se fue derecho a la cocina a beber agua. Llenó un vaso de agua del grifo y antes de llevárselo a la boca, rompió a llorar. Cuando logró calmarse, regresó al salón, donde le esperaban para abrazarle.

—Nos vamos a ir a casa, necesitáis estar a solas —dijo Lola.

—Gracias, Lola… gracias Pepe, por todo —dijo Ernesto abrazándolos de nuevo.

Había sido un día realmente duro para toda la familia, tenían que ser conscientes de todo lo sucedido. El impacto emocional había sido enorme. Ahora ya sabían el motivo que había llevado a Lucía al suicidio. Sentados en el sofá Ernesto y Naira, miraban la televisión sin mediar palabra. Sus emociones se habían visto desbordadas y se sentían hundidos. Necesitaban aceptarlo para que toda la rabia, dolor y frustración fluyeran.

—¿Qué hora es, Naira? —rompió el silencio Ernesto.

—Casi la una de la madrugada. ¿Te quieres ir a dormir? —quiso saber Naira.

—No, no creo que pueda pegar ojo. Necesito hablar con Tobías, verle.

—Le he escrito hace un rato. Me ha dicho que está bien, que tampoco puede dormir.

—¿Quieres que vayamos a verle? No puede pasar la noche solo. Tenemos que estar juntos —le propuso Ernesto a su hija.

—¡Vale! —se incorporó Naira del sofá—. ¡Es lo que yo estaba pensando!

A los cinco minutos de hablarlo, salieron del garaje camino a la parcela.

43 - Las cartas sobre la mesa

Cobeña. Viernes 27 de diciembre de 2019. 22:30horas.

Mientras algunos parecen ser la alegría de la huerta, otros de la huerta solo tienen la cara de acelga. Son esas personas tristes y atormentadas para las que la vida solo es cuesta arriba. Ahondar en el origen de este mal quizá sea estéril en algunas personas, en Ángel, no costaría mucho si se le apretase un poco. No era la típica persona infeliz sin motivo aparente, motivos tenía más que suficientes: lo que ocurrió esa fatídica noche y que su mujer le ponía los cuernos con su amigo Luis. Se lamentaba todos los días por no ser una persona valiente. Por no tener el valor que había tenido Lucía quitándose la vida.

Había estado toda la tarde inquieto y apenas probó bocado durante la cena. Se levantó de la mesa y se fue al patio, al cuarto que tenía habilitado para guardar las armas y ropa de caza.

—¿Te pasa algo, Ángel? —dijo «la voltios» al entrar en el cuarto—. Llevas toda la tarde de un lado para otro y apenas has cenado. ¿Qué haces con la ropa de ir a cazar en la mano?

—Mañana voy a ir a cazar —se limitó a decir Ángel.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? Con el frío que hace por las mañanas… ¿te quieres poner peor?

—Llevo unos días que me encuentro muy bien, necesito ir. Vete a saber si vuelvo a tener otra oportunidad…

—No lo haces por eso, ¿verdad? ¿Qué es lo que te ronda por la cabeza? A mí no me engañas.

—Tengo que hablar con Luis y Antonio —dijo con valentía.

—¡¿Qué es lo que tienes que hablar?! —subió el tono «la voltios»—. ¿Has vuelto a hablar con el hijo de Lucía? ¡Ya hablamos con él y está todo aclarado!

—¿Eso crees? Qué piensas, ¿qué el chaval es gilipollas? Y sí, he hablado con él y su hermana. He quedado con ellos mañana para decirles lo que hable con Luis y Antonio.

La cara de «la voltios» era un poema. A penas podía contener su rabia apretando los puños.

—¡No sabes lo que dices! ¡¿Tú, te estás oyendo?! ¡¿Les has dicho que vas a ir?!

—No, díselo tú luego —le dijo con ironía.

Ángel seguía preparando las cosas para el día siguiente sin dirigir su mirada a «la voltios». Esta no supo qué decir, se quedó muda.

—¿No dices nada? —insistió Ángel envalentonado—. Sé dónde vas todas las noches. Tú piensas que estoy dormido por el efecto de las

pastillas, pero llevo mucho tiempo que no las tomo. Solo quiero que me digas si me llevas poniendo los cuernos desde el principio o desde que caí enfermo, y por favor, no me mientas.

—¡Desde siempre, sí! —decía con rabia al verse acorralada—. ¡He estado contigo por lástima! ¡Nunca has estado a la altura de un hombre! ¡Eres un cobarde patético! ¡Me he acostado con todo el que he querido!

«La voltios» estaba fuera de sí. Se le salían los ojos de sus órbitas y se le escapaba la saliva por la comisura de los labios.

—Me das lástima —hablaba Ángel con tranquilidad— y asco. Te tengo que dar la razón en lo de cobarde. Debería de haber ayudado a Lucía y denunciaros a todos. Eso es lo que más me duele. Le habéis jodido la vida y la de su familia. Esto tiene que terminar de una vez por todas. ¿Sabes qué te digo? Qué para lo que me queda en este convento…

—¡Eres penoso! Siempre has estado enamorado de ella y nunca te ha hecho caso… ¡Eres patético! ¿Encima te pones de su lado? Qué es lo que te jode, ¿qué no pudiste fallártela tú también esa noche?

—¡Qué hija de puta! ¡Te mereces lo peor! ¡La drogaron y la violaron con tú complicidad! —tenía en la mano la escopeta y estuvo a punto de darle con ella.

—¿Dame si tienes huevos? —provocaba a Ángel—. ¡Pedazo de mierda! No creas que esto se va a quedar así. Voy a llamar a Luis ahora mismo.

—No creo que te coja el móvil —sonreía maliciosamente Ángel—, iba de cena con el grupo que juega al mus. ¿Por qué te crees que he decidido ir mañana? Así no les podías poner sobre aviso.

—¡Eso es lo que tú te crees! Tarde o temprano, lo cogerá —marcó el teléfono y se lo puso en la oreja—. Le llamaré más tarde, no creas que te vas a salir con la tuya —dijo después de comprobar que Luis no lo cogía.

Entraron de nuevo en casa. Ángel se puso la televisión y se tumbó en el sofá arropándose con una manta.

—No me esperes levantado —le decía «la voltios» mientras se ponía el abrigo.

—No era mi intención. Prefiero que te quedes a dormir donde vas.

—Me quedaré en casa de mi hermano y ya veremos si vuelvo —dio un portazo al salir.

Eran las doce y media de la noche cuando salió de su casa rumbo a la nave de Luis. Tenía la esperanza de encontrarse allí con él y Antonio. Necesitaba avisarlos de las intenciones que tenía su marido. Nunca le había visto tan tranquilo, tan seguro. Tenía miedo de que los pudiese delatar o de que Luis le pudiese hacer algo. Había salido de casa enfadada, pero sentía lástima por él, no quería que le ocurriese

nada.

—Buenas noches, ¿vas a tu «nidito» de amor? —le hablo una voz masculina por detrás.

44 - Unidos por el dolor

La parcela. 28 de diciembre de 2019. 01:20 horas.

Naira se bajó del coche para abrir la puerta de la parcela, lo que hizo que Tobías se sobresaltará. No esperaba a nadie, menos a esas horas. Se asomó por la ventana y vio cómo hacía entrada en la parcela el coche de su padre. Se dirigió a la puerta a esperarles.

—¿Qué hacéis aquí? No esperaba… —le dijo a su hermana según se aproximaba a él.

—Necesitábamos estar contigo —le abrazaba como si hiciese tiempo que no lo hacía—. ¿No quieres que estemos contigo?

—La verdad que sí, os necesitaba —se sinceró Tobías.

El trayecto que recorrió su padre del coche a la puerta donde le estaba esperando Tobías —apenas 20 metros—, no dejó de mirar con lástima a su hijo. Al llegar a su altura se fundieron en un abrazo que duró varios segundos. Sus ojos vaciaban el dolor tan intenso que se había apoderado de sus almas.

—¿Por qué no me habías contado todo lo que te pasaba? Hubiese estado a tu lado —ya en el salón le pedía explicaciones su padre.

—No quería hacerte sufrir. Tampoco tenía claro si llegarías a creerme —le respondía entre lágrimas Tobías.

—Pero no tienes por qué pasar por esto tu solo, somos una familia, Tobías —le cogió del cuello a su hijo y se lo acercó al pecho.

Naira se unió a ellos. Abrazados los tres, no paraban de llorar y darse besos.

—Al final, parece que Ángel ha hecho justicia por nosotros, ¿no? —comentaba Tobías—. Sabía que escondían algo y tenía que presionarlos. Con lo buena que era mamá… ¿Cómo pudieron hacerle tanto daño? ¡Hijos de puta!... Papá —necesitaba sincerarse—, iba dispuesto a matarlos. Hacerlos sufrir como hicieron a mamá y a nosotros. Tantos años culpando a mamá por dejarnos… Ahora entiendo todo… Ahora, por fin, he entendido que debo perdonar a mamá, que debemos de hacerlo los tres.

—Es normal hijo, es la reacción que hubiese tenido yo. Yo no perdono a ninguno. Por mucho que Ángel se haya podido arrepentir, ha sido demasiado tarde. Ahora solo nos queda estar unidos y pasar página. Sé que lo que más te preocupa —se detuvo Ernesto un par de segundos—, es pensar que cualquiera de esos dos indeseables pueda ser tu padre, ¿verdad?

—Verdad. Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar. Es que pensar en lo que tuvo que pasar mamá… ¡Siento tanto dolor! —gritaba Tobías—. ¡Daría cualquier cosa porque mamá estuviera con nosotros!

¡Hasta aceptaría que cualquiera de ellos fuese mi padre biológico solo por estar con mamá! Ya me encargaría de él…

—Este dolor que sentimos nadie nos lo puede quitar. Tendremos que aprender a vivir con él. Solo te puedo decir, que para mí eres mi hijo y siempre lo serás si tú quieres. También, que tienes el derecho, si tú así lo deseas, de hacerte las pruebas pertinentes para saber si soy o no tu padre. Pero lo que te quiero dejar claro, siempre desde el respeto, que tomes la decisión que tomes, para mí serás mi hijo. No necesito ningún papel que lo demuestre —Ernesto se secaba las lágrimas que le caían por las mejillas.

—Tobías, una persona tan buena como tú, no puede ser hijo de ninguno de esos. Igual que tú tenías claro que ellos escondían algo, yo tengo claro que papá es tu padre —aseveró Naira.

—Es cierto que eso me atormenta, que me da asco solo de pensarlo, pero yo también lo tengo muy claro. El haber estado leyendo el diario de mamá y recordar todo lo que hemos vivido juntos… Todo lo que has luchado por mí… —Tobías era incapaz de controlar sus lágrimas —. Eres mi padre y siempre lo serás. Te quiero con toda mi alma. Os quiero más que a nadie —dijo abrazándose a su padre y hermana.

—Voy a escribir a los tíos diciéndoles que estamos contigo para que se queden tranquilos —comentó Naira.

Ernesto aconsejó a su hijo tomarse un tranquilizante y que se fuese a dormir. Naira se metió en la cama con su hermano y después de estar un rato hablando se quedaron dormidos. Ernesto se llevó a su dormitorio el diario y estuvo leyéndolo hasta altas horas de la madrugada.

45 - Los cazadores cazados

Cobeña. Sábado 28 de diciembre de 2019. 07:00 horas.

Esa mañana se levantó con una determinación como nunca había tenido. Estaba cansado de quedarse en un rincón sintiéndose patético y dando lástima, tomó la responsabilidad de su vida y entendió que no siempre esta es justa o sencilla. No iba a permitir que otros le controlen. Sentía que estaba —por primera vez en su vida— a cargo de sus emociones y decisiones. Entendía que se trataba de algo inevitable y creía tener lo necesario para adaptarse a ello. Se centró en las cosas que podía controlar, e incluso reconocía que muchas veces lo único que podía manejar era su actitud. «No debes temer decir lo que piensas cuando es necesario y justo» se decía Ángel. Tenía que actuar y aprender de sus errores. No quería seguir sintiendo miedo y cometer los mismos errores nuevamente.

«Hay que ver la puntería que he tenido al elegir a mi mujer y a mis amigos. Solo les importaba lo que tenían entre las piernas», se lamentaba Ángel. Escogió a la más voluptuosa, a la más mala.

No tenía más tiempo que perder lamentándose, terminó de desayunar y se fue al bar donde quedaban todos los cazadores. Lo que menos le importaba era ir de caza, necesitaba hablar con Antonio y Luis. Su fuerza y aguante físico se habían visto mermados por su enfermedad, pero su estado mental estaba mejor que nunca. Iba andando por la calle con tanta decisión, que daba la sensación de estar curado. Iba dándole vueltas a todo lo que les tenía que decir y a sus posibles reacciones. No estaba dispuesto a alargar más la agonía que le suponía todo lo acontecido. Sabía que tendría momentos en los que le tocaría tragar saliva y no dejarse llevar por las posibles mofas de ellos.

Después de coger aire, empujó la puerta del bar con decisión.

—¡Buenos días! —saludó Ángel al entrar.

Recibió todo tipo de saludos y afecto por parte de los cazadores congregados en el interior. Luis y Antonio, que estaban al final de la barra, no daban crédito. Levantaron las manos llamando su atención para que se reuniera con ellos.

—¿Cómo tú por aquí? —le tendió la mano Luis—. ¿Vas a venir a cazar? —quiso saber al verle la escopeta cargada al hombro.

—Esa es mi intención —dijo con firmeza Ángel.

—Me alegro de verte, Ángel —dijo con sinceridad Antonio—. Hace tanto tiempo que no venías…

—Llevo unos días que me encuentro mejor y me he dicho: ¿por qué no?

—¿No tendremos que sujetarte la escopeta para que puedas disparar? —la risa de hiena de Luis, fue el primer momento en el que Ángel tuvo que tragar saliva.

—Este siempre con sus cosas… No le hagas ni puto caso. —Antonio dio la cara por Ángel.

—¡A ver quién de los tres caza más! —les desafió Ángel.

—¿No querrás apostarte algo? Tienes buena puntería, pero aguante… —se mofaba Luis.

—¿Qué nos apostamos?

—Los dos que menos cacen, pagan la comida —propuso Antonio.

—Por mí, no hay problema —confirmó Ángel.

—¡Hoy como gratis! —levantó la voz Luis anunciándolo a todo el bar.

La jornada de caza transcurría con normalidad. Cada grupo iba haciendo su batida con la intención de llevarse el mayor número de presas. Aparte de ir provistos de sus respectivas escopetas, también llevaban perros. Ángel ya no tenía perros, al dejar de ir a cazar, se los regaló a un vecino. Lo que tenía claro es que, no se los iba a dar a Luis ni a Antonio. Ya llevaba tiempo que no los soportaba.

Pararon a almorzar e hicieron recuento. Luis tenía dos presas; Ángel una, y Antonio ninguna. Ángel se sentía muy cansado, necesitaba reponer fuerzas.

—¿Me puedo pedir lo que quiera para comer? —decía con ironía Luis.

—¡Todavía no hemos terminado! —protestó Antonio.

—Yo pienso pedir la carta, eso lo tengo claro —subía la apuesta Ángel.

—Qué claro lo tienes, ¿no? —le preguntó Luis.

—Sí, nunca lo he tenido tan claro. Dos presas más, tengo seguras —se sentía fuerte mentalmente Ángel.

—¿Te están esperando en algún sitio? —le preguntó Antonio haciendo que Luis y él se partiesen de risa.

—Vosotros reíros… Esas presas no lo saben, pero ya son mías.

Luis y Antonio se miraron sin llegar a entender nada. Antonio, sintió lástima por Ángel, pensó que quizás se le había ido la cabeza por culpa del tratamiento.

—Por cierto, ya me ha dicho Begoña, que habéis aclarado las cosas con el hijo de Lucía, ¿es cierto? —Luis y Antonio se miraban atónitos —. Yo no creo que sea así, ya que, lo que me ha contado que le habéis dicho, no es cierto. Yo también hable con él y, creo que necesita saber la verdad, no toda la sarta de mentiras que le habéis contado.

—Pero… ¡¿Qué coño estás diciendo?! ¡¿A ti te está afectando la medicación?! —Luis alzó la voz fuera de sí.

—Joder, Ángel —intentaba Antonio que no fuera a más la discusión

—, el chaval se lo ha creído y no ha vuelto a insistir más. No sé por qué quieres remover más la mierda.

—¿Eso pensáis? ¿Qué el chaval se lo ha creído? He hablado con él y le he dicho que iba a hablar con vosotros. He quedado con él y su hermana para hablar mañana sobre este asunto.

—Ahora entiendo… Has venido solo para tocarnos los huevos, ¿no? —le miraba fijamente Luis—. ¿Begoña sabe que has venido a esto?

—He venido a hablar con vosotros y a cazar, a ganaros la apuesta —Ángel no se podía creer lo seguro que estaba de sí mismo—. Y sí, Begoña sabe a qué he venido.

—¿Y está de acuerdo contigo? Porque no creo que lo esté —dudaba Luis.

—Totalmente de acuerdo conmigo —sonreía Ángel.

—¡No me lo creo! —se levantó Luis por la tensión del resorte de su paciencia—. ¡Voy a llamarla!

—Llámala, por mí no hay problema —decía con seguridad Ángel.

—Ángel, ¿habéis pensado las consecuencias que esto nos puede traer? —decía Antonio asustado—. ¡Joder, el puto chaval!...

«La voltios» no le cogió el teléfono a Luis. Después de coger a Ángel por el cuello y mediar Antonio, decidieron seguir con la jornada de caza y luego hablarlo entre los cuatro. Llamarían a «la voltios» para comer juntos y aclarar todo. Todo estaba saliendo como Ángel lo había preparado.

La tensión que se respiraba entre los tres, era insoportable. Antonio temía que a Luis se le cruzasen los cables y cometiese alguna locura. Encima, Ángel había dado la vuelta al número de presas cazadas: Luis llevaba cuatro; Ángel seis, y Antonio dos.

Los cazadores se iban marchando con su botín. Luis se resistía a marcharse hasta que no lograse superar a Ángel. Antonio fue el que propuso marcharse, ya que se estaba haciendo tarde.

—Me voy a sentar, estoy cansado —le dijo Ángel a Antonio al ver un árbol cerca.

—Está bien, voy a decirle a Luis que nos vamos ya.

Se iban acercando los dos hasta donde estaba Ángel sentado. Venían discutiendo y haciendo aspavientos.

—¿Dónde vamos a comer? ¿Lo habéis pensado ya? —se regodeaba Ángel.

—Qué gracioso te has vuelto, ¿no? Llama a tu mujer y dile que se venga para solucionar esto de una vez —le ordenó Luis.

—Ya la he llamado —mintió Ángel—. Le he dicho que nos espere en la plaza.

—¿Sigues pensando lo mismo? —quiso saber Antonio.

—¿Y vosotros?

—¡Eres un mierda! ¡Me tienes hasta los cojones! —intentaba

sujetarle Antonio viendo la actitud de Luis—. ¡No tienes ni puta idea de nada! —se le salían los ojos a Luis.

—No tengo ni puta idea, ¿de qué? ¿Qué no sé lo que pasó? ¿Qué no sé qué te follas a mi mujer? De lo que no estoy seguro, es, de si tú también lo haces, Antonio.

Luis y Antonio se miraban perplejos. No sabían qué decir.

—¡Pues sí, nos la follamos los dos! —decía Luis con sonrisa maliciosa.

—Tenía mis dudas con Antonio, pero gracias por confirmarlo. Ya veo que se os da muy bien joder la vida de los demás. Encima, no tenéis ni una pizca de remordimientos. ¿Cómo podéis vivir así? —Ángel se puso de pie y les apuntó con la escopeta.

—Pero… ¿qué haces? ¡Por favor Ángel, no hagas ninguna locura! —decía Antonio asustado.

—¡¿Nos vas a disparar?! —Luis soltó su carcajada de hiena—. ¡No tienes cojones! Eres tan poco hombre… —Luis no pudo terminar la frase.

Ángel le disparó a bocajarro. Le hizo un boquete en sus partes. Luis se retorcía de dolor mientras Antonio se agachaba a socorrerle.

—¡¿Quién no tiene ahora cojones, eh?! Ya os había dicho, que tenía dos presas seguras, vosotros —les aclaraba Ángel sin dejar de apuntarlos.

—Joder, Ángel… ¡¿Te has vuelto loco?! —le gritaba Antonio.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar! —gritaba Luis.

Se acercó a Luis, lo que hizo que Antonio raptara por el suelo como una serpiente. Le apuntó a la cabeza y disparó. Las salpicaduras de sangre y restos orgánicos, invadieron la cara de Ángel y Antonio.

—¡Por favor, Ángel! ¡Yo me vi obligado por Luis! —imploraba su perdón Antonio—. Estoy de acuerdo contigo, les diremos la verdad, te lo juro… Pero, no me dispares… te lo ruego…

—Demasiado tarde para ser buenos…

En la cabeza de Antonio se abrió un hueco tan grande, que se podía apreciar lo que había a su espalda.

Escondido entre los matorrales, estuvo a punto de intervenir en varias ocasiones. Esperaba el mejor momento para poner las cosas en su sitio, pero le sorprendía lo bien que lo estaba llevando Ángel y decidió esperar. Le hubiese gustado ser él que hiciese justicia, pero la actitud de Ángel se lo estaba poniendo en bandeja. El ver cómo suplicaban a Ángel, le hizo sentir bien. Cuando este hizo lo más difícil, también estuvo a punto de dejarse ver, pero decidió esperar a ver qué hacía.

Ángel se volvió a sentar debajo del árbol con la escopeta entre las manos. Por fin había hecho justicia y se sentía feliz. Tenemos diferentes ideas de cómo conseguir la felicidad, la de Ángel era la

menos ortodoxa. Sabía que las condiciones no eran muy favorables para él, pero tenía que intentar hacer justicia. Entre lo atormentado que vivía por lo sucedido con Lucía y su enfermedad terminal, no dudó en ser valiente por una vez y vengar a su amiga.

«Perdona, Lucía… amiga mía… Sé que ya es tarde, pero estos dos hijos de puta han tenido su merecido», decía Ángel entre lágrimas. Se puso el cañón de su escopeta debajo de la barbilla. Los pájaros posados en la copa del árbol, salieron disparados a la misma velocidad que los perdigones del cartucho disparado por Ángel.

46 - Saber la verdad

Nave de Luis. Cobeña. 27 de diciembre de 2019. 23:20 horas.

«La voltios», no se esperaba encontrar con nadie a esas horas, menos con Ernesto. Del susto que se dio al oír su voz y, luego encontrarse con su cara, estuvo a punto de desmayarse.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué es lo que quieres? —dijo «la voltios» con voz temblorosa.

—Vas a la nave de Luis, ¿no? —la voltios movió la cabeza de manera afirmativa—. Pues allí hablaremos todos.

—¿Te ha dicho tu hijo que vengas? No tenemos bastante con él, que ahora vienes tú a tocarnos los cojones.

—Mi hijo no sabe que estoy aquí, ni siquiera sabe que estoy al tanto de todo.

Según enfilaron la calle donde estaba la nave de Luis, se dieron cuenta de que todo estaba muy apagado. Ernesto le preguntó si tenía llave y «la voltios» le dijo que sí. La animó a entrar y hablar con él hasta que vinieran los dos restantes.

—Están de cena —se atrevió a decir «la voltios»—, no creo que vengan esta noche.

—¿Por qué no los llamas? Seguro que dejan la cena y vienen a por el postre —ironizaba Ernesto.

—Ya les he llamado antes, no me han cogido el móvil. Además, a ti no te importa lo que haga yo con mi vida.

—Por mí, te puedes acostar con todos los hombres que quieras, he venido por otra cosa. Tú vida me da exactamente igual.

—Sé por lo que has venido, y no tengo nada nuevo que decirte. Ya le hemos dicho todo a tu hijo. ¿No te lo ha contado?

—Ya te he dicho que no he hablado con mi hijo sobre este tema, que él no sabe nada. ¿Qué es lo que le habéis contado?

«La voltios» le contó lo mismo que le había contado a Tobías. Mientras ella lo hacía, Ernesto no paraba de andar de un lado a otro de la nave. Se fijó en los cuatro perros que había en sus respectivas jaulas, sintió lástima. También se fijó en la suciedad que reinaba en ese lugar, sintió asco.

—¿Tú te crees que yo me chupo el dedo? Y mi hijo, tampoco —le dijo mirándola a los ojos, desafiante.

—¡Es la verdad! ¿No sé qué es lo que queréis que os digamos?

Ernesto se ajustó los guantes que llevaba puestos y cogió un destornillador que había en lo que parecía una encimera, la invitó a sentarse. Le dijo que se dejara de mentiras si no quería que le hiciese daño. También le dijo: «si no lo quieres hacer por Lucía y por mí,

hazlo por mis hijos, ten un poco de corazón, si es que sabes lo que es». «La voltios» seguía empeñada en mantener su postura y aferrarse a su verdad. Ernesto, que estaba perdiendo la paciencia, se dio cuenta que en la encimera había tornillo de banco. Le dijo que se levantara y cogió su mano derecha. Abrió el tornillo hasta que pudo meter la mano de «la voltios», no sin su resistencia y gritos por parte de ella. Volvió a cerrar el tornillo lo suficiente para no llegar a hacerle daño.

—Te pido que no grites, si no, me veré obligado a taparte la boca. Ahora tengo tu mano sujeta sin llegar a apretar el tornillo, si sigues empeñada en decirme más mentiras, lo apretaré hasta romperte todos los huesos, ¿lo has entendido?

—¿Por qué no esperamos a que vengan Luis y Antonio? Así podremos hablar los cuatro —suplicaba «la voltios» con los ojos acuosos.

Cogió un trapo de la encimera y se lo introdujo en la boca. Acto seguido, empezó a apretar el tornillo. Ernesto le dio solo dos vueltas. «La voltios» gritaba y lloraba sin parar. Por sus piernas chorreaba un líquido amarillento, caliente y mal oliente; se había meado encima. Hizo que los perros se pusieran a ladrar. Ernesto trató de calmarlos pero no había manera. Vio un saco de comida para perros y les echó con la intención de que se callasen. Una vez conseguido su objetivo fue a donde estaba ella y la cogió del pelo por detrás. La volvió a preguntar si iba a seguir mintiendo. Movió la cabeza de un lado a otro negándolo. Luego la preguntó si le iba a contar toda la verdad, de ser así, le aflojaba el tornillo y le quitaba el trapo de la boca. Volvió a mover la cabeza, en esta ocasión, de arriba abajo.

—Está bien… te contaré la verdad… —no paraba de jadear de dolor —. Luis y Antonio… abusaron de ella —sentía tanto dolor, que no se anduvo por las ramas—. Yo estaba haciéndolo con Ángel y lo supe después… ¡te lo juro!

—Y si fue así, ¡¿por qué no la ayudaste después?! ¡¿Por qué no lo denunciaste?! ¡Me extraña que no tuvieses nada que ver! —gritaba Ernesto apretando el destornillador que tenía en su mano derecha.

—¡Tenía miedo de ellos! ¡Te lo juro! ¡Ya te he dicho la verdad!

Volvió a meterle el trapo en la boca y apretó el tornillo de banco con todas sus fuerzas. Los huesos de su mano se hicieron añicos. Le arrimó la silla para que no cayese al suelo del dolor. Se puso pálida y perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, le dio un poco de agua y le dijo que si volvía a gritar, le ponía el trapo en la boca.

—Por última vez, ¿tuviste algo que ver? ¿Ángel sabía algo?

—Ángel no tuvo nada que ver —decía entre sollozos—, él no es capaz de matar una mosca. Luego se enteró de todo y tampoco movió un dedo. ¡Siempre ha sido un mierda! Mañana va a hablar con Luis y Antonio para que digan la verdad. Ha quedado el domingo con tus

hijos para hablar con ellos.

—No has contestado a mi pregunta, ¿quieres que ponga la otra mano en el tornillo? —la amenazó de nuevo.

—No, no, no, por favor… Era… tan guapa… tan lista… tan educada… ¡Era perfecta! ¡Gustaba a todos los chicos! Me dejé llevar por la envidia —reconoció con resignación—. Lo planeé con ellos.

—¡Sois unos hijos de puta asquerosos! —le gritaba al oído con rabia Ernesto—. ¡¿Me estás diciendo, que la destrozaste la vida por envidia?! ¡¿Qué destrozaste la mía y la de mis hijos por envidia?!

Al llevar guantes, cuando se quiso dar cuenta Ernesto, notó que le caía un líquido caliente por el brazo. Le había clavado el destornillador en el cuello a «la voltios». Miró su cara: la mirada pérdida y la boca entreabierta, no eran buena señal. Soltó la mano del destornillador clavado en el cuello de ella y no dejó de mirarse su mano intentando encontrar alguna explicación. Confuso, le quitó el destornillador del cuello sin tener en cuenta las consecuencias. La sangre salía a borbotones de su cuello. Le salpicó en la cara. Comenzó a llorar y a culparse por lo que había hecho. No dejaba de mirarse los guantes. Se acercó a un espejo viejo y roto que había en la pared. Vio que tenía la cara y la camisa manchadas de sangre. Daba vueltas por la nave intentando encontrar la respuesta a lo que acababa de suceder. Llevado por la adrenalina del momento, estaba decidido a esperar que apareciesen Luis y Antonio. Estaba dispuesto a rematar la faena. Era incapaz de controlar su furia. No dejaba de pensar cómo los iba a matar. Les haría sufrir como nunca nadie les habría hecho.

Después de media hora pensando que hacer, tomó la decisión de irse a casa. Mañana sería otro día. Metió el cuerpo de «la voltios» debajo de la encimera y lo tapó con unas mantas viejas que se encontró. Cogió un trapo y, se llevó el destornillador enrollado en él. Apagó todas las luces y se quedó en la puerta esperando no oír nada en la calle para poder salir sin que nadie le pudiese ver. Salió de la nave de Luis de la manera más sigilosa posible.

Se fue quitando los guantes y junto con el destornillador, los metió en el maletero. Se sentó al volante y sin encender las luces, salió de la calle. No podía llevarse el destornillador a casa, tenía que hacer algo. Sentía la rabia bullir en su interior. Pensó que sería mejor irse hacía Fuente el Saz de Jarama y luego coger la carretera que iba a Belvis de Jarama. Era una zona de mucho campo y el río Jarama pasaba al lado. Iba dándole vueltas de donde esconder, o, tirar el destornillador y los guantes. Estaba llegando a la zona industrial de Paracuellos de Jarama, cuando se le ocurrió que sería mejor tirarlo en el río. Se metió por la vía de servicio. Fue mirando calle por calle del polígono hasta que dio con la que creía que era la ideal. Fue hasta el final de luna de ellas y paró el coche. Se bajó de él mirando de un lado a otro. Temía

que pudiese haber algún coche con una pareja haciendo el amor, escondido. Eso le hizo recordar las noches que pasaba con Lucía en su coche cuando eran novios. Las lágrimas volvieron a recorrer sus mejillas. Terminaba la calle y se tuvo que adentrar en el campo. Encendió la linterna del móvil y caminó entre arbustos algo más de cien metros. Cogió el trapo con el destornillador que llevaba en el bolsillo de la cazadora, y lo tiró al río. No se lo pensó dos veces. Lo que no tiró fueron los guantes. Volvió al coche más rápido de lo que había ido.

Nada más llegar a su casa se quitó toda la ropa que llevaba puesta. Se percató de que no solo tenía la camisa manchada de sangre, también tenía los pantalones y los zapatos manchados. Decidió que mientras se duchaba, metería la ropa, junto con los guantes, en lejía. Después de haberse secado y tomarse algo para tranquilizarse, fue a mirar cómo estaba la ropa. Al no convencerle del todo, pensó que sería mejor tirar todo a la basura. Fue a la terraza y cogió la bolsa que tenía en el cubo de la basura para meter la ropa, los zapatos y guantes. Bajó a la calle y tiró la bolsa al fondo del contenedor.

47 - Vivir con las manos manchadas de sangre

La parcela. 31 de diciembre de 2019.

Solo habían pasado tres días desde que se desencadenó todo. Todas las noticias acerca de lo ocurrido, beneficiaban a Ernesto. Aunque todavía era pronto para lanzar las campanas al vuelo, las hipótesis iban encaminadas a Ángel. No solo había matado a Luis y a Antonio, también a su mujer. Se había enterado de que le ponía los cuernos y decidió tomarse la justicia por su mano. Aun así, se sentía intranquilo, ya no solo porque pudiera encontrar alguna pista la policía que le llevase hasta él, también porque había matado a una persona. Intentaba convencerse de que había hecho justicia. Qué una persona mala, envidiosa y vengativa, les había destrozado la vida, pero no era suficiente. También le tranquilizaba pensar que su hijo no se viera implicado, y que gracias a él, pudieron descubrir la verdad.

Se habían ido a media mañana a la parcela para comer allí y ya por la noche, celebrar el fin de año con Lola y Pepe. Ellos llegarían por la tarde, ya que trabajaban hasta mediodía. Después de todo lo que habían pasado, no estaba dispuesto a meter la pata y que todo se fuese al traste. Sabía que tendría que vivir con ello toda la vida. Tenía sus dudas al respecto, pero por Lucía y sus hijos, estaba dispuesto a afrontar ese reto.

Tobías aprovechó para poner al día a Natalia y Marina. Estuvo hablando con ellas largo y tendido. No se podían creer todo lo que les contó. Por una parte, se sentían aliviadas por él, por otra, sentían lástima de no poder estar a su lado. Les contó también, que llevaba dos días sin pesadillas, que lograba dormir del tirón, algo que hacía sentir bien a Tobías. Se emplazaron para después de las fiestas.

Mientras Tobías hablaba por teléfono y Naira veía la televisión, Ernesto decidió dar un paseo hasta la hora de la comida. Necesitaba estar solo y que le diese el aire. Según avanzaba en su paseo iba rememorando todo lo ocurrido. Recordó el primer día que se dio cuenta de lo preocupado que estaba Tobías con lo relativo a su madre. Al llegar a casa no había nadie. Una luz salía de la habitación de Tobías y le llamó la atención. Se había dejado el ordenador encendido. Después de comprobar lo que había estado buscando, se quedó preocupado y empezó a estar más pendiente de sus movimientos. No quiso entrometerse en nada y le dejó libertad de movimientos. Siempre que podía, seguía a su hijo como un detective. El día que Tobías y Natalia fueron a la nave de Luis, fue el día que peor lo pasó. Estuvo a punto de ser descubierto por Tobías. Se tuvo que meter entre

unos contenedores llenos de basura. Cada día que pasaba, cogía más fuerza la teoría de su hijo. Sentía lástima por él. Quería hablar con Tobías y ponerse de su lado, pero nunca se atrevió a hacerlo. Entonces tomó la decisión de intentar ir un paso por delante de él. No quería que su hijo corriese peligro en ningún momento. Tuvo que estar contando a sus hijos y a Yolanda mentiras para no ser descubierto. Estaba agotado.

Los gritos de «la voltios» no dejaban de resonar en su cabeza. «¿Cómo pude hacerle eso? Se lo merecía, sí, pero, ¿matarla era necesario?». Se hacía preguntas que aquella noche no se cuestionó en ningún momento. Intentaba quitarle hierro pensando en que había hecho justicia a su querida Lucía y a sus hijos. No le quedaba otra que ser paciente, tener fe y dejar que las cosas sucediesen sin interferir, sin juzgarlas. ¿Qué otra cosa podía hacer si no? ¿Delatarse?... ¿Dejar a sus hijos solos?... ¿Hacerlos sufrir de nuevo?...

Se merecía ser feliz de nuevo y vivir en paz. Se lo merecían todos. Rememoró también la mañana del sábado, iba dispuesto a rematar la faena. La venganza ha formado parte del comportamiento humano desde que estamos en la tierra y, Ernesto no iba a ser menos. Tenía derecho a enfadarse y herir a quienes les habían hecho daño. Jamás había agredido a nadie. Jamás tuvo un comportamiento violento. Era lo que más le inquietaba. ¿Cómo podía haber hecho eso? ¿Cómo llegó a pensar en matar al resto?

Todo lo ocurrido esos días atrás no le iba a devolver a Lucía, era la única manera de hacer justicia. Después de todo el tiempo que había pasado, de nada serviría haberles denunciado. ¿Qué pruebas tenía? En ningún momento fue su intención matar a «la voltios». ¡Fue un accidente! ¿Debía pagar por ello?

Paracuellos de Jarama. Sábado 28 de diciembre de 2019. 08:15 horas.

Después de lo acontecido la noche anterior, Ernesto apenas pudo pegar ojo. Todavía seguía preguntándose cómo podía haber llegado hasta ese extremo. No llegaba a recordar cómo le clavó el destornillador en el cuello a «la voltios». Cada vez que le venía alguna imagen de esa noche le hacía sentirse mal. «¡¿Cómo pude meterla la mano en el tornillo?! Si eso solo lo hacen los mafiosos, los policías corruptos…». Se castigaba Ernesto. Sentía tanta impotencia... Tantos años creyendo que Lucía estaba con depresión por culpa de los embarazos… El enterarse del motivo real, le hizo perder el juicio. «¡Soy un asesino! Por mucho dolor que tuviese acumulado, no tenía que haber llegado tan lejos. ¡No fue mi intención! ¡Ni siquiera me acuerdo!». Seguía lamentándose Ernesto.

Se tomó un café, se puso la ropa de montar en bici y bajo al trastero

a por la bicicleta. La colocó en la baca del coche y fue hacía Cobeña. Sabía que con ellos iba a servir de poco el diálogo, pero conociendo a Luis y Antonio, tenía el presentimiento de que esa mañana podía acabar igual o peor que la noche anterior. No se podían ir de «rositas», menos habiendo sido ellos dos los autores de la violación y el sufrimiento de Lucía todos estos años. Pensaba en Lucía, en sus hijos y se llenaba de ira. Según iban pasando los kilómetros más enfurecido se iba poniendo. No pensaba en las consecuencias que todo eso le acarrearía.

Tenía que pillarlos por sorpresa, ya que ellos irían armados. En la mochila que llevaba, aparte de agua y algo de comida, metió un cuchillo chuletero que tenía para partir la carne y unos prismáticos. Tendría que tenerlos vigilados sin que estos lograsen verle. Dejaría el coche algo apartado y cogería la bicicleta para pasar lo más desapercibido posible. Una vez aparcó, se montó en la bicicleta y se metió por los caminos que colindaban el coto de caza.

Se percató de que había demasiados grupos de cazadores. Aunque estaban algo distanciados unos de otros, necesitaba que los tres cazadores que al le interesaban, estuviesen lo más alejados posible de los demás. Si era posible, solos. Estuvo dando vueltas de un lado a otro para intentar ubicarlos. Vio a tres cazadores solos y pensó que serían ellos. Se tumbó entre los matorrales y cogió los prismáticos. Efectivamente, eran ellos. Estaban demasiado lejos, tendría que esperar una oportunidad mejor.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando vio que Ángel se sentó debajo de un árbol a esperar que Luis y Antonio llegasen hasta donde estaba él sentado. Ya no quedaban cazadores y estaban apenas a setenta metros de donde él estaba escondido. Ernesto empezó a sentirse más nervioso. Cuando llegaron Luis y Antonio hasta donde estaba sentado Ángel, estuvo a punto de ir a por ellos. Decidió esperar a ver cómo reaccionaban. Estuvo observándolos un buen rato y hasta los podía oír. La conversación iba subiendo de tono y él estaba expectante a lo que pudiese ocurrir. Cuando vio que Ángel se puso en pie apuntando con su escopeta a Luis, no se lo podía creer. Pasaron unos segundos y Ángel disparó a Luis. No daba crédito. No fue capaz de reaccionar. Cuando volvió Ángel a disparar a Luis se tumbó boca arriba para intentar coger algo de aire. Sin él pretenderlo, Ángel le estaba haciendo el trabajo sucio.

Un nuevo disparo hizo que se incorporase y volviese a mirar lo que había ocurrido. Antonio estaba aún de pie y Ángel seguía con su escopeta levantada. Le había volado la cabeza. Ernesto se puso a mirar de un lado a otro por si aparecía alguien. Sentía miedo y alivio a la vez.

Después de unos minutos estuvo a punto de salir y hablar con

Ángel. Se lo pensó mejor y siguió oculto. Se quedó observando a Ángel. Le escuchó cómo pedía perdón a Lucía y se arrepentía de no haberla ayudado. Sentía lástima por él. Vio que se ponía la escopeta debajo de la barbilla y le dio un vuelco el estómago.

Ver volarse la tapa de los sesos a Ángel nunca se le olvidará. Se volvió a tumbar boca arriba y se puso a llorar. «Cariño, mi vida, ¿por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no te dejaste ayudar? ¿Me querías proteger?», se decía Ernesto entre lágrimas. Pasaron unos minutos y bajó un pequeño barranco hasta llegar a su bicicleta.

Ernesto se había alejado tanto dando un paseo y ensimismado en sus pensamientos que no sabía ni donde estaba. No sabía si alguien le podría haber visto hablar solo o llorando. Cuando logró recomponerse, tomó el camino de vuelta a la parcela.

Después de comer se echó la siesta, estaba agotado de tanto sufrimiento. Le vino bien haber paseado y dormir la siesta, logró recuperar el ánimo.

Le dijo a Tobías que pusiese música, no le apetecía que estuviese la casa en silencio. «Bastante hemos sufrido ya, ¿no creéis?», les decía a sus hijos mientras se acercaba a Naira que estaba preparando una bandeja con productos navideños.

Ya con Lola y Pepe en la parcela, decidieron ponerse manos a la obra con los preparativos para la cena. Tobías propuso que él ayudaría a su padre a hacer la cena mientras los demás se encargaban de otras cosas. Aunque habían sido días muy duros, se sentía feliz y con ganas de pasar página.

—¡Bueno, papá! ¿Qué tienes pensado hacer? —quiso saber Tobías.

—De aperitivos: canapés de salmón, queso y miel —le sonreía su padre—; de entrantes: gambones en salsa de ostra; de segundo: solomillo de cerdo con salsa de uvas, y de postre: mouse de cava. ¿Qué te parece?

—¡Madre mía!... ¡Qué estoy deseando hincarle el diente! —dijo entre risas Tobías.

Ernesto no dejaba de observar a su hijo mientras se ponía el delantal. Le miraba con cariño y ternura. En ese preciso momento, se dio cuenta de que ya no había marcha atrás.

—¡Espera, no empieces todavía! —pidió a su padre—. Ves narrándome todos los pasos, me encanta oír cómo lo haces, y, cómo disfrutas haciéndolo.

—Está bien —dijo Ernesto con los ojos acuosos—, ves pelando las uvas, les quitas las pepitas y las pones a macerar con una cucharada sopera de azúcar colmada…

AGRADECIMIENTOS

Les doy las gracias a mi mujer, Lydia, y a mi hija, Naroa. Os quiero.

Además, me gustaría expresar mi agradecimiento por su apoyo, consejos y cercanía, a EDICIONES ALFÉIZAR; a mi amiga, Olaya, por ser de las primeras en valorar mis novelas; a mí también amiga, Encarna, por su predisposición, corrección y consejos; a todos los lectores que me siguen y me animan a seguir escribiendo.